

ELIE
GRIMES
LAS
CHICAS
MALAS
BESAN
MEJOR



Elie Grimes

Las chicas malas besan mejor

Traducción de
Sofía Tros de Harduya



SÍGUENOS EN
megustaleer



[@megustaleerebooks](#)



[@megustaleer](#)



[@megustaleer](#)

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Las chicas buenas se calzan para salir

Deberíamos casar a estos dos —insistió la tía abuela Vic por enésima vez.

Zoey evitó mirar al cielo y prefirió seguir sonriendo a las dos ancianas —la tía Vic y su amiga Beckey Manson—, que charlaban como si Adrian y ella no estuvieran allí, justo delante de las dos.

Zoey sabía lo que le esperaba y se resignó con un intenso sentimiento de satisfacción, el sentimiento de ser una mártir que padece su castigo por pura grandeza de espíritu.

La tía Vic era inagotable cuando se trataba de hablar de la vida de los jóvenes que la rodeaban y a los que quería. Y lo hacía sin ninguna malicia, todo lo contrario.

Aunque sin ninguna esperanza de encontrar apoyo en Adrian, porque su técnica de total apatía frente a los ataques matrimoniales de la encantadora abuela ya hacía tiempo que había demostrado su eficacia, Zoey se arriesgó a echarle una mirada, mientras la tía Vic afirmaba:

—Adrian y Zoey viven en Nueva York. —Zoey pensó suspirando: «¡Como si viviésemos juntos!»—. ¡Zoey, con solo treinta años, ya tiene su propia empresa! Un servicio de *catering*. Su abuela, mi hermana Angelina, se lo ha enseñado todo. Zoey ha elaborado el bufé. Su trabajo la ocupa casi todo el tiempo, por eso sigue soltera. Pero, como tú y yo sabemos, Beckey, más vale malo conocido que bueno por conocer, ¿a que sí?

Adrian, con las manos en los bolsillos del pantalón vaquero, se limitó a resoplar sobre el flequillo moreno que le caía por la nariz y se perdió en una intensa contemplación del fondo del jardín.

Por el rabillo del ojo, Zoey vio cómo su madre le hacía un gesto, con una expresión de desesperación en la cara, y luego le señalaba una mesa con un espacio vacío en medio de los platos, que amenazaba peligrosamente la armonía del bufé.

Zoey, consciente de ser una traidora, se jugó el todo por el todo:

—Vamos a ver, tía Vic, ¡Adrian no sería un novio adecuado! Sigue siendo un adolescente; míralo, aún lleva camisetas de AC/DC.

Adrian se estremeció a su lado y soltó un silbido entre dientes. Con un movimiento de cabeza, dejó que el flequillo volviera a la frente para esconderse detrás. Más tarde, Zoey se las pagaría y ella lo sabía.

«Pero en la guerra todo vale», pensó Zoey, sabiendo que se trataba de una versión incompleta del famoso refrán.

La anciana siguió con más énfasis:

—La maleta de Adrian se perdió en el viaje. ¿Sabes que está recién llegado de Brasil? Ha venido directamente de Río para no perderse la celebración de los treinta y cinco años de matrimonio de los padres de Zoey. Por eso lleva una camiseta vieja de adolescente. Es demasiado pequeña y se nota, ¿no? Adrian es un brillante compositor. Brillante. ¡Zoey y él prácticamente han crecido juntos! Adrian es el hijo de Stella y de Darryl Peters, los amigos de los padres de Zoey, los que viven justo enfrente. A ellos dos, a Dalton, el hermano de Zoey, a Tina, su prima, y a Laurie, la hija de los Harting, los que viven al final de la calle, los llamábamos «la pandilla».

—Si lo que queríais era que me casara con ella —empezó a decir Adrian, regodeándose—, quizá tendríais que haberla educado un poco mejor.

Zoey volvió la cabeza, justo a tiempo para percatarse de la mirada llena de rencor que su amigo de la infancia le lanzaba, y luego, con una ligera excusa, salió disparada hacia donde se encontraba su madre.

«Buen intento, Mozart», pensó, al tiempo que reprimía las ganas de lanzarse a un combate verbal con su mejor amigo.

Zoey procuró no correr mientras varias miradas se dirigían hacia ella desde las mesas colocadas en el jardín de sus padres. Ignoró de manera ostensible el gesto de Nana, su abuela, que charlaba con Stella Peters, mientras daba vueltas a las perlas del collar en un gesto muy propio de ella que presagiaba una discusión de lo más animada.

De todos modos, nada en comparación con lo que le esperaba a Zoey.

Conforme iba acercándose a su madre, más se le crispaba a esta el gesto de la boca. Fran Westwood había heredado de su madre, la tremenda Nana, el sentido del detalle y un autoritarismo que su carácter, mucho menos original que el de la anciana, magnificaba. Fran, al contrario que Nana, concedía una gran importancia a su imagen social. La fiesta de su aniversario de boda había supuesto meses de trabajo y Zoey a punto había estado de enloquecer cada vez

que sonaba el teléfono y en la pantalla aparecía «mamá». Dos semanas antes de la fatídica fecha, se había planteado muy seriamente cambiar su dirección de correo electrónico. Tres días antes, se había preguntado si sería realmente complicado falsificar la documentación y huir a México o, aún mejor, a Francia, porque allí encontraría trabajo de chef en algún garito.

—No has marcado los platos vegetarianos —le recriminó su madre, con las pupilas oscilando a una preocupante velocidad en unos ojos abiertos como platos y perfectamente maquillados.

Zoey miró la mesa, luego a su madre e inspiró profundamente.

—Me dijiste que no pusiera los platos vegetarianos en la misma mesa que los demás.

—¡Yo nunca he podido decir semejante cosa! —exclamó Fran.

—Dijiste que a tus amigas vegetarianas les daría asco la idea de que su comida hubiera podido cohabitar con la carne —siguió Zoey tranquilamente, separando bien todas las sílabas.

—¡Eso es ridículo!

—Completamente de acuerdo —respondió Zoey.

—Tienes que solucionar este problema ahora mismo —volvió al ataque Fran, furiosa—. La mayoría de los invitados llegarán de un momento a otro. Si Roberta Conner no tiene su menú vegetariano, mi vida se convertirá en un infierno durante los próximos días y todos mis esfuerzos para hacer de esta fiesta un momento inolvidable quedarán reducidos a la nada. Y sabes lo importante que es para tu padre.

Con el raballo del ojo, Zoey vio a Jo Westwood servirse un vaso de whisky mientras charlaba tranquilamente con Darryl Peters, arrellanados ambos en los sillones del salón de verano, donde tantas horas habían pasado hablando de todo y de nada.

—Voy a poner las etiquetas —aseguró Zoey.

No obstante, esa promesa no tranquilizó a Fran Westwood.

—Aprovecha para peinarte, cariño. Y, ya que estamos, como yo voy a estar tremendamente ocupada el resto del tiempo, sé amable con Laurie Harting. Su madre me ha hecho algún comentario a ese respecto. No olvides que habéis sido amigas de la infancia y que ya ha llovido desde que Spencer y tú...

Zoey miró a su madre y, muy a su pesar, soltó una amarga risita sarcástica.

—¿Desde que Spencer y yo rompimos porque Laurie hizo todo lo posible para que se enamorara de ella?

Fran Westwood le devolvió la mirada a su hija como si esta acabara de

anunciarle que había decidido meter relleno de cerdo en las samosas vegetales.

—Si no te importa, nada de escándalos hoy —gruñó, después de lo que pareció ser un breve instante de reflexión—. Tu padre no soportaría que nos arruinases la fiesta con una escenita.

Zoey dudó si responder que, de cualquier modo, su padre tendría una escenita y no provocada por ella, sino por algo tan insignificante como el tipo de vaso que había utilizado para brindar.

No obstante, renunció a discutir con su madre, porque no estaba preparada para escuchar sus argumentos, y prefirió concentrarse en la tarea que le había encargado.

Masculló que iría a buscar las etiquetas y que aprovecharía para peinarse y luego, no sin cierta ironía, preguntó a su madre si deseaba alguna otra cosa.

El chasquido de labios de su madre le proporcionó la respuesta.

Entonces, antes de dirigirse a la casa, Zoey prometió mostrarse amable con Laurie Harting y, además, aseguró que evitaría cualquier conversación que girara en torno a su próxima boda con Spencer.

—¿Zoey? —Su madre, en contra de lo esperado, sonreía—. Confío en que, en esta ocasión, Dalton, Adrian y tú no hayáis preparado una *sorpresa*.

La manera en la que destacó la palabra «sorpresa» decía mucho de lo que le había parecido el último espectáculo que habían improvisado durante la celebración de su trigésimo aniversario de boda.

—Creo que Dalton ha preparado un rap —repuso Zoey, con una sonrisa cautivadora.

Zoey no oyó el exabrupto que provocó su réplica y se alejó, lo más dignamente posible, ignorando otra vez el gesto de la mano de Nana, que, evidentemente, había seguido de lejos la conversación.

Subió los pocos escalones que conducían a la casa y apartó con el pie a Velter, el jack russell de su madre, que esperaba pacientemente a que alguien le abriera, con la aún persistente esperanza de robar algo.

—Lo siento, Velt, pero no se admiten perros en casa. Normas sanitarias. Quéjate a tu dueña.

En la cocina, donde reinaba una inquietante tranquilidad, Zoey se dirigió directamente a una caja de plástico en la que ponía «Zoey's Kitchen» en letra cursiva y de allí sacó las mismas etiquetas que había utilizado para la mayoría de los platos. Sentada en un rincón, Sally, su ayudante, miraba el móvil con pasión. Había hecho el esfuerzo de ponerse una falda de un largo razonable, debajo del delantal de cocinera, y de sujetarse los rizos de un rojo impactante.

—¿Algún problema? —preguntó, sin apartar la mirada de la pantalla.

—Mi madre quiere que presentemos los platos vegetarianos con los demás.

Sally apartó los ojos de la pantalla y miró al cielo, lo que Zoey fingió ignorar.

—¿Quieres que te ayude? —dijo, dejando el móvil de mala gana.

—¿Has acabado con lo demás?

—Sí. Las miniquiches están terminando de hacerse. Creo que estamos listas. Solo tienes que decirme cuándo saco los vasitos de aperitivo. Tu madre...

—... Va a volvernos locas a las dos, lo sé. Sally, te agradezco la paciencia.

Ella sonrió.

—Con total seguridad, es la peor clienta que hemos tenido —contestó—. Lo siento...

—No me dices nada nuevo. Quiches y vasitos de aperitivo... Nos hemos librado de la ensalada de bogavante por los pelos.

—Tu madre es..., podría decirse..., tradicional —respondió Sally—. Esperemos que quede satisfecha.

—O que nieve en julio. No quedará satisfecha a menos que sus amigas, repentinamente tocadas por la gracia, admitan que el bufé estaba bueno, sin añadir comentarios agridulces. Evidentemente, si fuera Nana la que se hubiera ocupado del bufé, nadie se atrevería a hacer la menor crítica, ni siquiera mamá. En mi familia todo es un arma de doble filo. Mi madre, oficialmente, hace esto para «ayudarme a despegar», pero yo sé perfectamente que lo hace para poder criticarme después. Soy tan decepcionante.

De pronto, afloró un sentimiento de amargura.

Desde su infancia, la relación con Fran había sido tormentosa. Su madre siempre se había propuesto ser una mujer independiente y activa, lo que la honraba, y Nana había tomado el relevo. Poco a poco se había convertido en mucho más que una abuela para Zoey. La niña había pasado los diez primeros años de su vida yendo de una casa a la otra; solo volvía a la suya para cenar y dormir, o incluso, cuando Fran y Jo se quedaban hasta tarde en la oficina, únicamente para dormir.

Un carácter profundamente independiente, su amor por la libertad y una completa falta de interés por el éxito social habían ido complicando las cosas aún más a medida que la niña se hacía mayor.

Había pasado la adolescencia oyendo que tenía que comportarse como una chica buena, unas veces entre risas, otras en serio. Todo dependiendo de quién lo dijera.

El tono de Fran, para quien esa frase se había convertido en el mantra

preferido, no dejaba lugar a dudas.

A partir de los doce años, siendo consciente de quién era y con la cariñosa tolerancia de Nana, Zoey había cultivado una personalidad opuesta a la que una madre de un barrio elegante podría esperar de su hija. Desde que su madre había mirado hacia otro lado (al de Dalton, que le convenía más), su adolescencia había sido una montaña rusa compuesta de descubrimientos, broncas y fiestas robadas.

Al llegar a la edad adulta, se había sosegado, al margen quizá de lo que al alcohol y las fiestas se refería. Al empezar a salir con Spencer, había creído que Fran estaría satisfecha, aunque en aquella época afirmaba no conceder ninguna importancia a la opinión de su madre.

La ruptura con Spencer había sido otro pretexto para recordarle lo decepcionante que era.

En el presente, Zoey pasaba completamente de ser «una chica buena». Realmente, se había esforzado mucho para lograrlo, aunque inútilmente. Quizá no sabía con qué se correspondía ese concepto. Suponía que, según los criterios establecidos, tenía algo que ver con la forma de peinarse y con el hecho de no acostarse con cualquiera. Sobre ese último aspecto, Zoey podía afirmar que durante el último año había sido *la mejor chica del mundo*.

Eso sí, sin que nadie le concediera el premio a la castidad.

Para Fran, Zoey seguía siendo una adolescente terrible, caótica, que andaba de aquí para allá con Adrian Peters y Dalton (quien estaba lejos de ser un santo, pero había desarrollado una especie de hipocresía bastante eficaz para escapar de cualquier represalia, algo que Zoey nunca había sabido hacer); una cría desobediente, mal vestida, que veía la vida como una oportunidad para hacer el idiota.

—Definitivamente, no soy la hija con la que soñó —concluyó Zoey, mientras Sally la observaba con una mirada cariñosa.

Zoey se dio cuenta de que, aunque Sally se había convertido en su mejor amiga, no debía revelarle su intimidad familiar así, mientras trabajaban.

«No es un comportamiento muy profesional».

Sin embargo, en aquel contexto le resultaba muy difícil ser profesional. Desde la víspera, Fran la había tratado como a una niña, a base de comentarios histéricos sobre su modo de actuar o su falta de organización.

Sally pareció leerle el pensamiento y dejó el teléfono.

—No te preocupes —respondió despacio—. Hemos vivido peores situaciones; lo conseguiremos, aunque esta cocina no nos ayude. Realmente no es nada

práctica. Todo es tan... nuevo. Parece que estos aparatos no se han utilizado hasta hoy.

—Bienvenida al modelo de cocina de la familia rica americana perfecta —comentó Zoey con sarcasmo—. A Nana le desespera, hasta se niega a entrar aquí. De todos modos, mi madre solo utiliza la vaporera, por eso está tan delgada. Intenta hacernos creer que es por su metabolismo, pero la verdad es que se muere de hambre.

Zoey se mordió los labios. Había vuelto a empezar. El comentario sobre el pelo que su madre le había asestado era el eco de otras críticas mucho más agrias que le había hecho en otros momentos, durante toda su vida. Al contrario que Fran, Zoey no era precisamente la delgadez hecha persona. Tenía caderas, nalgas y muslos redondeados y se desesperaba intentando hacer desaparecer el plieguecillo que le salía debajo de los codos y que su padre llamaba cariñosamente el «pliegue de bebé».

A eso se le añadía un pelo castaño imposible, que no aguantaba horquillas ni pasadores, que contrastaba mucho con los peinados domados y el cabello cien por cien italiano que su madre mantenía a base de grandes gastos.

Instintivamente, se llevó la mano a uno de los mechones descontrolados que escapaban del moño que Giuliano, el peluquero de Fran, le había peinado con toda paciencia por la mañana y que se había ido desmoronando a medida que transcurría el día, mientras se agachaba para abrir el horno o se inclinaba sobre el vapor de las cazuelas. Luego, invadida por una repentina angustia, se miró el vestido azul marino, el más austero que había encontrado en su armario repleto de vaqueros en tejido sin tratar, tops escotados y deportivas de colores chillones, y se fijó, horrorizada, en sus pies descalzos.

—¡Podías haberme dicho que iba descalza! —exclamó.

El cielo había querido que Fran no se hubiera fijado, porque no habría dejado de darse el gusto de indignarse.

—Te encanta cocinar descalza —respondió Sally, encogiéndose de hombros—. Además, así estás monísima. —El comentario de su amiga le arrancó una sonrisa. Sally tenía el don de animarla, siempre positiva y siempre de su parte—. Estoy muy contenta de quedarme en la cocina —continuó Sally, con aire malicioso— y de no haberme quitado el delantal. Tu madre ha llegado a decirme que con este pelo rojo tan rizado ganaría mucho cortándomelo.

—Lo siento muchísimo —murmuró Zoey.

—No te preocupes. Mi madre dice lo mismo —contestó Sally, sonriendo—. Eso y que ya soy demasiado mayor para ser solo ayudante. Cada una tenemos

una familia asfixiante con la que lidiar. De lo contrario, no tendríamos nada por lo que compensarnos y no sentiríamos este amor desmedido por el azúcar.

Y para apoyar sus palabras cogió un poco de azúcar glasé que había por la mesa con la punta del dedo y lo chupó.

—Acabemos con estas etiquetas para que pueda volver a enfrentarme al dragón y a su corte de hadas malignas —dijo Zoey, mientras se instalaba en el lado limpio de la mesa—. He lanzado a mi madre contra Dalton, pero él no la aguantará eternamente, no sin devolvérmela.

Los ojos de Sally se iluminaron brevemente.

—¿Tu hermano se las está apañando con la música?

—¡Dalton es un auténtico ídolo! —respondió Zoey, no sin dejar de reír por dentro—. Y como hace un calor horrible se ha visto obligado a desnudarse de cintura para arriba. Le he hecho fotos. ¿Quieres verlas?

Sally la miró, repentinamente roja como una peonía.

—¡Eres horrible! —murmuró—. Solo estaba siendo educada.

—Por supuesto —respondió Zoey, risueña—. Y dicho esto, creo que Dalton sufre la selección de la música de mi madre igual que yo la del bufé. Y el calor también, porque ya podrás imaginarte que está obligado a llevar la camisa puesta y queda fuera de toda discusión que se la quite en público. Pero si insistes un poco, estoy segura de que aceptará hacerte una sesión privada.

Dalton era exactamente ese tipo de chico. De adolescente, Zoey había renunciado a tener amigas el día en que se había dado cuenta de que algunas solo se relacionaban con ella para tener una oportunidad con su hermano o, en el mejor de los casos, para cruzárselo en el cuarto de baño por una coincidencia cuidadosamente calculada. En cuanto empezó el instituto, Dalton había pasado de ser un mocoso al que ninguna de sus compañeras de clase quería acercarse en las meriendas de sus cumpleaños a convertirse en un auténtico seductor por un milagro que Zoey atribuía a sus excelentes consejos de hermana mayor, a menudo condimentados con una colleja. Zoey solía pensar que la genética había sido complaciente con él: con el pelo negro y la tez de italiano, su hermano habría sido la perfecta caricatura del ligón latino. Aunque su aspecto juguetón y las pecas animaban a la indulgencia y le permitían, con una cierta ironía, llegar aún más rápido a sus fines.

Sally cogió un montón de etiquetas y un rotulador.

—Zoey Westwood, eres la peor amiga del mundo. Te mereces absolutamente todas las críticas que tu madre te ha hecho.

Esta vez, Zoey estalló abiertamente en carcajadas.

—¿Qué he dicho yo? No pongo objeciones a ese plan. Tengo que reconocer que mi hermano, esa pequeña cucaracha pagada de sí misma y orgullosa de su prestigioso título de Derecho, es el hombre ideal para una chica pelirroja que conozco.

—Yo no tengo ningún plan con tu hermano —refunfuñó Sally, enrojeciendo y riendo al mismo tiempo—. Y, a todas luces, él tampoco tiene ningún plan conmigo, al margen de aquel café que nos tomamos el año pasado, después del cual nunca nos hemos vuelto a ver a solas. Hablo de Dalton contigo porque soy tu amiga y todo lo que te afecta me interesa.

—¿Habláis de mí? —dijo en ese momento una voz alegre, desde el marco de la puerta de la cocina.

Dalton entró con paso titubeante. Efectivamente, vestía una camisa de color azul cielo con rayas blancas que no pegaba nada en absoluto con la mata de cabello moreno y liso que se empeñaba en no querer cortar ni con el rostro acribillado de pecas y, todavía menos, con el pantalón beis que se parecía extrañamente al estilo habitual de su padre, algunas tallas menor. El conjunto le daba el aspecto de un crío que iba a recoger un premio al colegio y contrastaba violentamente con el aire malicioso que mostraba en ese instante, mientras miraba a las dos mujeres.

—Hablabamos de tus habilidades como DJ.

Dalton se dejó caer en la silla más cercana.

—No me hables de eso. Mamá está volviéndome majara. —Sally y Zoey no pudieron contener una risa cómplice—. He puesto como excusa la urgente necesidad de ir al cuarto de baño para no sufrir el *Fly me to the moon*, de Sinatra.

—Pues a mí me gusta mucho esa canción —murmuró Sally, antes de volver a concentrarse con una brusca pasión en las etiquetas.

—Y a mí también —respondió Dalton—. Pero no cuando va precedida y seguida de todo lo *best of* de Frankie, ¿me entiendes? He querido poner a Harry Connick, Jr. por cambiar un poco y mamá me ha preguntado por qué mi generación tiene un gusto tan lamentable para las versiones.

Zoey y Sally se troncharon de risa otra vez.

—¿Han llegado los demás invitados? —preguntó Zoey.

—Sí, ha habido una entrada en masa. Ya sabes cómo es la gente de los barrios elegantes... Todos respetan el ligero retraso reglamentario de veinte minutos. A ver, tú, traidora —añadió Dalton, dirigiéndose a su hermana—. Has dejado a Adrian con la tía Vic y creo que el pobre está al borde del suicidio. Cuando pasé cerca de ellos, Adrian estaba a punto de gritar que si nunca te había pedido que

te casaras con él no se debía a que fuera homosexual. Yo lo habría salvado, pero...

—No has tenido valor. He sido una traidora, lo confieso. Adoro a la tía Vic, pero mamá y ella en la misma fiesta..., y eso sin contar con Laurie Harting.

Dalton le lanzó una mirada, de pronto incómodo. Zoey sabía que no le gustaba hablar con ella de asuntos sentimentales. Desde niños, hablaban de todo salvo de eso. Dalton, bajo aquella apariencia divertida y parlanchina, podía mostrarse extremadamente pudoroso. Sally rompió el silencio, sin darse cuenta de lo incómodos que estaban, con la cabeza aún inclinada en su tarea.

—¿Laurie Harting? —Y miró a Zoey, que había palidecido ligeramente—. ¿Quieres decir que vendrá Spencer?

—¿Tú crees que Laurie se abstendría de pavonearse aquí con su prometido? —respondió Zoey, un poco más seca de lo que le habría gustado.

—No la conozco —dijo con una mueca Sally—. Pero, por lo que tú me has contado de ella, tienes razón, me da la impresión de que es la clase de chica a la que le importan un bledo los sentimientos de los demás, ¿no? En cuanto a Spencer, tampoco lo conozco...

Dalton se movió en la silla.

—Spencer es un tipo majó.

Sally levantó la cabeza. Sus mejillas volvían a estar enrojecidas, pero Zoey notó un brillo furioso en sus ojos, mientras miraba de frente a su hermano.

—¿Un tipo majó?

—A mí siempre me ha caído bien Spencer —empezó a decir Dalton, sin atreverse a mirar a Zoey.

—¿Caerte bien Spencer? ¡Ese tipo rompió literalmente el corazón de tu hermana! —Zoey nunca había visto a su amiga furiosa. Sí irritada, después de una conversación telefónica con una clienta insoportable o con el contable, su pesadilla. La había visto picada, desconcertada y una o dos veces triste, pero nunca había oído esa voz furibunda ni había visto arrugársele la cara de aquella manera, ni brillarle los ojos verdes con ese resplandor vengativo—. Un tipo majó no deja a nadie por su amiga de la infancia. Un tipo majó seguro que tampoco lo hace por e-mail.

—Yo... —intentó Zoey, que veía cómo el terreno se volvía resbaladizo y el tono subía demasiado— diré en su descarga que estaba en Europa y...

—Déjalo —respondió Sally, deteniéndola con un gesto autoritario. Y volvió a centrarse en Dalton, que, mudo, la miraba fijamente con una expresión indescifrable—. Un tipo majó tiene la decencia de no aparecer en el aniversario

de boda de los padres de su ex recién comprometido. Fíjate, Dalton, estoy de acuerdo en que no todos tengamos la misma opinión sobre la gente en general, pero esto..., esto realmente no es mi definición de un tipo majó.

Sally se levantó, amontonó las etiquetas con un gesto rápido y eficaz y, sin añadir una palabra, se fue.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Dalton, con el rostro petrificado y tan perplejo que a Zoey le entraron ganas de reír.

—Creo que Sally es particularmente puntillosa con el vocabulario —respondió Zoey.

Dalton se puso en pie a su vez y dio la vuelta a la mesa, levantando con la punta de los dedos las etiquetas que Zoey estaba terminando. Ella reconoció en su manera de girar a su alrededor la misma vacilación que mostraba su hermano de adolescente a la hora de pedirle que lo cubriera cuando salía a escondidas y no quería revelar el nombre de la chica con la que iba.

—¿De verdad te molesta que venga Spencer? —murmuró Dalton—. Ya han pasado dos años.

Zoey no supo qué responder. Realmente, no estaba acostumbrada a ese tipo de conversación con su hermano y temía que no fuera el mejor momento para empezar. El propio Dalton parecía que preguntaba por obligación y el rictus crispado que mostraba en ese momento dejaba bien claro que no tenía verdaderas ganas de obtener una respuesta. O que se preparaba para un diluvio de lágrimas, lo que habría sido tan raro como molesto.

—No —contestó al fin Zoey, forzando una sonrisa—. El tiempo ha pasado. Todo está olvidado. Me da más miedo la reacción de mamá si no voy a poner las etiquetas inmediatamente que cruzarme con Spencer y Laurie. Vamos, Dalton, antes de que los dos nos metamos en un buen lío.

Zoey dio la vuelta a la mesa, abrió el horno para comprobar la cocción de las miniquiches y, tras recoger las etiquetas, echó a su hermano de la cocina. Dalton pareció relajarse, al tiempo que ambos recuperaban la frivolidad de adolescentes y se dirigían hacia el pasillo.

Antes de salir de la casa, Dalton se detuvo y se giró hacia su hermana.

—¿Zoey? No te comas demasiado el coco, ¿de acuerdo?

—Nunca me como el coco.

Dalton levantó una ceja circunspecto.

—Ya, seguro... Escucha, no quiero que pienses que me importa un bledo lo que sientas, pero, de verdad, deberías pasar página.

—He pasado página, Dalton. Dios mío, ¿estás dándome consejos sobre mi

vida sentimental? ¿Tanto te ha afectado Sally?

Su hermano cambió el peso de un pie al otro, incómodo. Cuando levantó la cabeza hacia ella, Zoey se fijó en que tenía la mandíbula apretada y las manos crispadas.

—No me gusta demasiado que me hablen en ese tono. Sally debería aprender a controlarse un poco.

—Pensaba que te gustaba.

Por un instante, la mirada de Dalton pareció contener toda la ira del universo. Era más o menos la misma mirada que cuando, de niños, Zoey se permitía entrar en su habitación para cogerle los juguetes sin pedirle permiso.

—¿Tú me has oído alguna vez decir eso?

—No, es verdad.

—Pues no empieces con esos comentarios de..., de...

—¿De chicas?

El gesto irritado de Dalton se convirtió en una sonrisa burlona.

—De amigas. Sé muy bien de lo que habláis cuando estáis solas.

—Ay, Dalton, por favor... Ya no tenemos catorce años.

Dalton abrió la puerta, se deslizó hacia el exterior y, como su hermana le seguía los pasos, se dio la vuelta para soltarle con un tono socarrón:

—¿De verdad?

Luego esquivó la mano de Zoey, que siempre había sido muy ágil, pero, aparentemente, no lo bastante rápida.

«Dalton no se equivoca. A veces me comporto como si tuviera catorce años. Vamos, valor. Madurez. Tú también eres adulta».

Lo que no le impidió alcanzar discretamente a su hermano, en el momento en el que este se abría paso entre el gentío para volver al tocadiscos, y darle un pellizco en un costado, con enorme satisfacción, antes de salir pitando para escapar de sus represalias.

Las chicas buenas nunca beben demasiado

Efectivamente, los invitados acababan de llegar en masa. Zoey debía reconocer ese talento a su madre: nadie faltaba a sus fiestas. Sally había cambiado los platos de sitio rápida y discretamente.

Fran Westwood estaba ocupada recibiendo a sus amigos, así que Zoey pudo colarse entre la gente que se aglutinaba sobre el césped perfectamente cuidado de sus padres y asegurarse de que todo estaba en orden, desde el bufé de canapés hasta la barra de cócteles que había conseguido montar pese a las reticencias de su madre. El único argumento con el que Fran había acabado por dejarse convencer había sido que ella sería la primera de su círculo que ofrecería semejante atracción.

Zoey conocía a la mayoría de las personas que reían, charlaban y aceptaban los canapés que ella misma había elaborado y que los camareros acababan de ir a buscar a la cocina, bajo el firme control de Sally.

Quizá fuera ese el problema.

Retrocedió detrás de la mesa, hacia la sombra fresca de los árboles, invadida repentinamente por una salvaje necesidad de aislarse.

Al margen de algunos extraños, seguro que clientes de su padre o unos nuevos vecinos a los que su madre quería integrar en su círculo, Zoey había pasado su infancia con esos hombres y mujeres a los que entonces veía una o dos veces al año, en Navidad o durante la tradicional barbacoa de sus padres, excepcionalmente sustituida por aquella suntuosa fiesta en la que todo había sido perfectamente orquestado, desde los farolillos blancos colgados de los árboles hasta la porcelana apilada en los extremos de las mesas.

Adrian había escapado de la tía Vic para vérselas con su propia madre, que le estiraba el cuello de la camiseta demasiado pequeña mientras le hablaba animadamente. Dalton, detrás de los platos, en la tarima de madera, aún sin bailarines, escuchaba por los cascos la siguiente canción que iba a poner, al

mismo tiempo que lanzaba furtivas miradas hacia un grupo de amigos de su madre, aparentemente decididos a acosarlo durante el tiempo que durara el cóctel para conseguir sus canciones preferidas. Sally había desaparecido de nuevo en la cocina.

Zoey vio a su tío Malcolm, envarado en un traje claro, y a su tía Babeth, con un vestido muy ajustado que se parecía al de Fran como dos gotas de agua. Las dos hermanas, aunque muy diferentes, se habían acostumbrado a vestir del mismo modo desde niñas. Babeth y Malcolm charlaban con los padres de Laurie.

Zoey sintió un ligero estremecimiento cuando vio el perfecto perfil de Suzie Harting.

La abominable Suzie Harting..., la peor de las amigas de su madre, siempre dispuesta a asestar un comentario amargo como la hiel después de un cumplido, todo ello acompañado con una sonrisa elaborada y empalagosa que no abandonaba jamás.

«Aunque nada comparable a su abominable marido...».

Fred Harting era eso que puede llamarse un empresario con puño de hierro y corazón de acero. La sola debilidad que se le conocía o, más exactamente, que él tenía a bien admitir, con una risita de satisfacción, era su única hija Laurie, la joya de la casa, la bonita e impecable Laurie, el vivo retrato de su madre. Esa debilidad lo había llevado a mostrarse especialmente seco con Zoey, a la que consideraba el verdugo oficial e injusto de su princesa.

Como si bastara con evocar su nombre, Laurie apareció en el campo de visión de Zoey. El calificativo de princesa le iba muy bien. Llevaba un vestido por encima de la rodilla, de un rosa completamente estival que destacaba su bronceado sin marcas, y su cabello rubio ceniza, con unas ondas cuidadosamente ordenadas, le caía sobre los hombros desnudos.

Zoey reprimió un silbido furioso. Solo sus piernas habrían empujado a Barbie a esconderse en su autocaravana, ponerse un chándal y comerse un tarro entero de helado de nueces de pecán.

Asediada por tanta perfección y consciente de pronto de que su vestido azul marino le daba el aspecto de una adolescente mal criada, Zoey retrocedió un poco más entre los árboles. Con la respiración entrecortada, esperaba ver a Spencer aparecer y rodear con el brazo la cintura de avispa de su prometida.

Sin embargo, no había ni rastro de él, ni junto a los padres de Laurie, que la miraban con una sincera satisfacción, ni más lejos.

Zoey sintió una mano deslizándose bajo su brazo.

—Sabía que estarías aquí, Zoey-Zou —dijo la voz de Adrian.

—¿Dónde querías que me escondiera? Estoy segura de que mi madre conseguiría encontrarme hasta en el cuarto de baño.

—Seguro que con ayuda de la mía.

—Demos gracias al cielo de que estén tan ocupadas torturando a los vecinos.

—O más bien demos las gracias a la tierra de Nueva Jersey porque nunca soportó el césped en esta parte del jardín, lo que lo hace impracticable para las cincuentonas encaramadas a altos tacones.

—Si me dejara llevar, estaría en nuestra cabaña —masculló Zoey, levantando la mirada hacia las ramas.

—Si me dejara llevar, yo viviría en esa cabaña —aseguró Adrian—. Tengo estupendos recuerdos de ese lugar.

—Yo también, como aquella vez en que le hice sangrar por la nariz a Laurie.

Adrian pasó un brazo por los hombros de su amiga.

—¿Así que Laurie Harting tiene la culpa de que te refugies detrás de los árboles? Su vestido rosa es espantoso. Parece la cerdita Peggy y...

—Adrian —lo interrumpió Zoey—. Gracias por lo que haces. Tú y yo sabemos que está simplemente perfecta. Hasta el rosa cursi le sienta bien. Yo parezco un teckel a su lado.

—Escucha, mi pequeño teckel —dijo Adrian, mirándola fijamente a los ojos—. Laurie Harting no tiene ni una pizca de tu sentido del humor ni de tu inteligencia, ni de tu clase. Nada de nada. Es una muñeca de plástico que seguramente recurrirá a la cirugía estética antes de cumplir los treinta y cinco y a la que su marido engañará con la secretaria.

—¿Tienes algún otro lugar común de ese tipo? —sonrió Zoey, algo reconfortada con aquella idea y sintiéndose inmediatamente malvada y mezquina.

—¿Alguien se dará cuenta de que no es rubia de verdad y lo dirá públicamente el día de su boda?

—Me parece que Spencer ya se ha dado cuenta de que no es rubia de verdad.

—No me resisto a imaginar ese tipo de cosas —respondió Adrian, con un tono lleno de humor—. Laurie se aburrirá soberanamente en su chalé de las afueras y se pasará las noches en Facebook colgando fotos de gatitos.

—Yo me paso las noches en Facebook.

—¿Colgando fotos de gatitos?

—De pasteles.

—Eso no es por no tener nada que hacer. Eso es prurito profesional.

—¿Tú cuelgas vídeos de conciertos en Facebook?

—No —admitió Adrian—. Pero..., espera, ¡tengo una prueba irrefutable de que tú vales mucho más que todas las Lauries Harting del mundo! —Zoey lo miró fijamente, esperando una respuesta. Adrian adquirió un aire solemne e inmediatamente Zoey tuvo ganas de darle con el revés de la mano, como cuando eran niños, por la barbaridad que no tardaría en soltar—. A Laurie Harting no le di yo su primer beso.

—Ese no fue mi primer beso, Adrian. Fue el tuyo.

—Prefiero ceñirme a mi versión.

—Te recuerdo que yo estaba allí.

Zoey se acordaba especialmente de los ojos abiertos como platos de Adrian con doce años, unos ojos un poco melancólicos, justo en el momento en que sus bocas se habían tocado. Habían decidido no cerrar los ojos. Según Adrian, eso era cosa de enamorados. Al verle los ojos fuera de las órbitas, Zoey había creído que Adrian tenía miedo, pero pocos segundos después se había dado cuenta de que su amigo había descubierto a Dalton espiándolos por la trampilla de la cabaña y de que su hermano ya bajaba la escalera a todo correr, diciendo entre risas que iba a contarlo todo. Ellos se habían lanzado tras él y luego Zoey lo había inmovilizado por la cintura en el suelo y le había restregado la cara por la tierra hasta que había jurado que no diría nada a nadie.

Adrian nunca había vuelto a hablar de aquel acontecimiento. Ella tampoco. Sin embargo, algunas veces, durante aquel año, por la noche, Zoey se había quedado absorta soñando despierta y se había imaginado a los dos, más viejos, intercambiando esos besos apasionados y un poco asquerosos que los mayores del cole se daban a veces apoyados en los árboles alrededor del campo de fútbol. Después, de la noche a la mañana, Adrian había vuelto a ocupar el lugar de mejor amigo. Habían entrado en la adolescencia como habían salido de la infancia, folloneros y salvajes, con Dalton pegado a sus talones.

Adrian juntó su mejilla a la de Zoey.

—¿Sigues enamorada de Spencer? —le preguntó.

—No seas idiota. ¿Después de dos años? No. Sencillamente, Laurie y él me devuelven una imagen realmente catastrófica de lo que es mi vida y de lo que soy yo. Si hubiera sido más delgada, menos insegura, más guapa, seguro que no me habría dejado por ella, ¿verdad? Podemos decir que fue un flechazo, que estaba escrito y bla, bla, bla, pero los hechos son que me dejó por ella. Porque no soy una Laurie Harting.

—Completamente cierto. No eres una Laurie Harting y nunca lo serás. A Dios gracias. Ella se pasó la infancia y la adolescencia intentando interpretar el papel

de chica perfecta. Durante ese tiempo, tú creciste, aprendiste y te convertiste en la mujer imperfecta y adorable que eres hoy. Yo no quise decírtelo en aquel momento porque parecías muy enamorada y muy feliz, pero Spencer es una especie de Laurie Harting. El estudiante perfecto, el ejecutivo perfecto. Son tal para cual. Estoy seguro de que, en este momento, hay un hombre imperfecto esperándote.

—Ay, Adrian —murmuró Zoey—. Tú también eres tan... perfecto...

—Precisamente por eso no estoy hecho para ti, algo de lo que te diste cuenta más o menos tres segundos después de tu primer beso.

—Tu primer beso.

—En cambio, por lo que veo, no has resuelto tu problema de mitomanía... — Zoey estalló en carcajadas y le dio un pellizco en el brazo—. Pero, hablando de otra cosa, podrías decirme por fin quién fue el afortunado que te besó antes que yo.

—Chris Holfer.

—¿Chris «Mormón» Holfer? ¿El tipo que a día de hoy tiene cinco hijos y va a misa todos los domingos?

—El mismo. ¿Te parece que eso tiene algo que ver?

—Seguro que sí. Después de semejante trauma, el pobre tipo no tuvo más remedio que refugiarse en la religión.

Zoey recorrió a los asistentes con la mirada. Toda aquella gente bien vestida, satisfecha y próspera le transmitía una vez más su propia insignificancia. Los solteros se podían contar con los dedos de una mano. Hasta Stannie Jefferson, la directora comercial de su padre, estaba acompañada, pese a haberse quedado viuda recientemente. Y la única persona que demostraba que un día ella tuvo pareja, Spencer, iba a casarse el próximo año.

—Estoy maldita. Acabaré completamente sola haciendo tartas para los hijos de los demás, igual que la tía Vic. Y todos mis ex son unos chalados.

Adrian la abrazó con un gesto lleno de ternura. Su camiseta olía al detergente que Stella Peters nunca había dejado de utilizar, un olor que la sumergía en un pasado reconfortante.

—¿Todos tus ex? —preguntó Adrian—. ¿Y Harry Urcman?

—Al parecer se ha vuelto alcohólico.

—Ah, es verdad... ¿Y Georgie Wilson?

—Vive con su madre.

—¿Pete Frydrier?

—Muerto.

—¿Estás de broma?

—Sí. Pero es auditor.

Adrian estalló en carcajadas.

—Y Spencer está prometido con Laurie. Tengamos en cuenta que hay una lógica. Vamos, Zoey, ¿no pensarás convertirte en una de esas patéticas treintañeras que van detrás de todo lo que se mueva con la esperanza de casarse? ¿No irás a convertirte, no sé, en tu prima Tina?

Adrian señaló con el dedo a una chica joven que acababa de acercarse a Fran para darle un beso. Zoey ahogó un grito de rabia. Obviamente, Tina había sacado toda la artillería: vestido de seda azul, el color preferido de Fran, tacones de vértigo y una cola de caballo sujeta con un pasador a juego con el vestido. Por ironía del destino, tenía mucha más pinta de ser la hija de Fran, excepto por el pelo castaño, que la propia Zoey.

—Parece ser que se ha reunido toda la «pandilla» —dijo Adrian, socarrón—: Laurie, Tina, Dalton, tú y yo.

—Adrian, mientras vivamos tendremos que cargar con la repipi de Laurie y el bicho de Tina —aseguró Zoey, con voz dramática—. ¡La pandilla! A nuestros padres les gustaba creer que éramos una alegre pandilla inseparable. Yo no guardo ni un solo buen recuerdo de aquella época, salvo con Dalton y contigo. Ni uno solo. Tengo la terrible sensación de estar condenada a revivir esa pesadilla todos los años.

—No seas negativa. A mí aún me dan ataques de risa cuando me acuerdo de aquella vez que atamos a tu prima en una barca y la dejamos a la deriva por el lago.

—Porque a ti no te castigaron durante una semana por eso. Tus padres eran mucho más indulgentes que los míos.

—¿De verdad? ¿Te arrepentiste?

Zoey le lanzó una mirada lo más decidida posible. Intercambiaron una sonrisa de complicidad, exactamente la misma que se habían lanzado, hacía veinte años, antes de coger la cuerda de saltar de Zoey y atar los puños a Tina, que se negaba a bajar de la barca para dejarles el sitio a ellos. En aquella época, no necesitaban hablar, lo que resultaba muy práctico, teniendo en cuenta el mutismo casi permanente en el que Adrian estaba sumido.

—¡Jamás! —exclamó Zoey, con exactamente el mismo grito furioso de aquel día. Luego sonrió—: Mírala, haciéndose la remilgada. ¿Cuánto te apuestas a que encuentra algo miserable que decir sobre el bufé?

—Cuatro dólares.

—¡Menudo jugador!

—Solo apuesto cuando estoy seguro de ganar.

Zoey apoyó la cabeza en el hombro de su amigo.

—Parecemos idiotas poniendo verde a todo el mundo escondidos detrás de los árboles. Si quieres saber mi opinión, vamos a volvernos unos amargados, como los dos viejos de *Los Teleñecos*.

—Pues eran mis preferidos. ¿Los tuyos no?

—No. Mi preferido era el perro que tocaba el piano, porque me recordaba a ti. Zoey le dio un rápido beso en la mejilla.

—Soy un buen perrito —contestó Adrian sonriendo—. Gracias, Zoey.

—De nada. Solo imagina qué fácil sería la vida sin Lauries ni Tinas. Qué maravillosa habría sido nuestra infancia si no las hubiéramos tenido detrás de nosotros, si no hubiéramos tenido que meterlas en nuestros juegos y sin que nos castigaran porque esas dos siempre encontraban el modo de unirse y chivarse.

—Si no nos hubiéramos visto obligados a huir de nadie, no habríamos tenido esta cabaña para escondernos. Venga, detesto cuando te quejas. Me gusta mucho más la Zoey que se enfurece contra el mundo y que un minuto después bromea. Levanta la cabeza y enséñales quién eres ahora. Dales una lección de clase. Descalza y con el pelo alborotado te pareces a Carmen. Ve a demostrar a todos los Spencers de la tierra que el amor es un pájaro rebelde.

—¿Estoy muy despeinada? —exclamó Zoey, que, de pronto, recordó que no había pasado por el cuarto de baño y que tampoco se había calzado.

—Una auténtica gitana.

—Mi madre me matará.

Adrian apartó el brazo de los hombros de Zoey.

—Corre a calzarte. Yo distraeré su atención.

—¿No irás a cantar?

—No. Voy a contarle a la tía Vic que yo te di tu primer beso. Mientras ella se desmaya y tu madre corre en su auxilio, tú podrás entrar discretamente en casa.

—Pobrecito Adrian —respondió Zoey, al tiempo que fruncía el ceño—. Ni siquiera la tía Vic se creería ese cuento.

—¡Sal pitando o te pongo en evidencia!

No tuvo que decírselo una segunda vez. Se aseguró de que nadie andaba por la barra de cócteles, rodeó los árboles por su derecha y caminó en dirección a la casa con el paso más rápido que pudo. Cuando llegó a la altura de la mesa en la que reinaban las fuentes de cócteles, se le paró el corazón.

Spencer estaba de pie, bajo la luz de los farolillos, a pocos metros de ella, con

el padre de Laurie. Le sacaba a Fred Harting más de una cabeza. Zoey había olvidado lo alto que era, lo rubio y lo bien que le sentaba reír. Por supuesto, ella lo había visto a menudo serio y eso mismo había sido lo que la había seducido: un tipo alto, rubio, que daba la impresión de estar absorto en una perpetua reflexión, de la que solo él conocía los argumentos y las conclusiones.

Zoey se detuvo en seco, de pronto a punto de llorar e inmediatamente furiosa consigo misma. Se había preparado para ese encuentro. Se había imaginado llegar, serena y majestuosa, y tenderle la mano (¿o la mejilla?) a Spencer, con un perfecto control de sus emociones. Había repasado veinte veces el diálogo que habría debido seguir, desgranando modestamente sus éxitos de los dos últimos años y preguntándole novedades sobre su carrera y su madre. Spencer, impresionado por su madurez, habría lamentado inmediatamente todo el daño que le había hecho.

Pero, en ese momento, solo tenía ganas de derrumbarse a sus pies y de morir ahí mismo, descalza y despeinada, bajo la mirada aterrada de todos los invitados y la mirada glacial de su prima Tina, que no dejaría de recordarle lo patética que siempre había sido.

—¿Quiere una copa? —dijo alguien junto a ella.

Zoey se giró. El hombre que estaba a su lado, con un vaso vacío en la mano, la miraba impasible.

—Tendrían que haber puesto un poco más de luz en el bufé —añadió el invitado—. No consigo leer las etiquetas.

Malditas etiquetas... Zoey miró al extraño con la repentina seguridad de que su madre le había pagado para señalar sus errores. Si seguía hablándole, se vería obligada a quedarse allí y sus posibilidades de tener un aspecto presentable para enfrentarse a Spencer, aunque fuera para morir a sus pies, se reducirían considerablemente.

—El bufé lo he hecho yo —respondió, al tiempo que le quitaba el vaso de las manos y abría el grifo de la fuente—. Es margarita. ¿Le apetece?

—Muy buena idea las fuentes.

—Gracias.

—Gracias a usted por servirme —dijo, elegantemente.

Tenía algo cálido y seco en la voz, como si ocultara un carácter cordial bajo varias capas de buena educación forzada.

Zoey lo miró más abiertamente y se dio cuenta de que, aunque no sonreía, al menos era atlético y, en efecto, elegante. Vestía una camisa blanca y un pantalón vaquero en tejido sin tratar, bien cortado. Su cabello liso, abundante, de un

castaño oscuro, despertaba el deseo de acariciárselo.

No tenía una cara realmente armoniosa, pero desprendía una sutil nobleza. Una nariz recta, no muy fina, y la boca un poco amplia acentuaban su mandíbula cuadrada. Solo la mirada, cuando la dirigía hacia ella, daba gracia al conjunto. Sin lugar a dudas, en otra parte y, sobre todo, en otro momento, Zoey se habría dejado llevar por su encanto. Se preguntaba quién sería y por qué seguía mirándola con un aire extraño, entre el interés y la desconfianza, mientras se llevaba el vaso a la boca.

—Soy Zoey —dijo.

El hombre pareció concentrarse por un breve instante, luego se pasó el cóctel a la mano izquierda y le tendió la derecha.

—Matthew Ziegler.

Zoey nunca había oído ese nombre en casa de sus padres. El hombre lo había susurrado casi a su pesar, como si no tuviera muchas ganas de presentarse.

—¿Está seguro?

—Completamente —respondió él con una risa molesta—. Aunque la margarita esté especialmente fuerte.

—También la he hecho yo —señaló Zoey—. Me gustan los alcoholes fuertes.

—Parece necesitarlos.

El hombre sonrió y Zoey frunció el ceño.

—¿Qué quiere decir exactamente?

—Pues, viéndola así, de pie en el césped, con una mano en el corazón, descalza...

Zoey sintió cómo se ruborizaba. Toda la rabia que había acumulado desde el principio de la velada parecía estar a punto de explotar y dejó que se desbordara de golpe.

—¿Qué se supone que quiere decir? ¿Parezco alcohólica o desesperada? —El hombre no tuvo tiempo de responder—. ¿Todas las mujeres que andan descalzas por un jardín parecen necesitar una copa? —siguió muy nerviosa—. ¿Eso piensa? ¿Que si no llevas un vestido de ciento ochenta y cinco dólares de satén rosa eres necesariamente una pobre chica a la que hay que servirle margaritas para que se vuelva un poco más agradable?

En ese momento, el hombre abrió unos ojos como platos, inmóvil, con el vaso suspendido en el aire.

—Solo quería decir que parecía haber recibido un golpe y...

—¡Ah, eso es! —exclamó Zoey—. ¿Quizá piensa que soy una de esas mujeres maltratadas que necesitan la ayuda de unos perfectos desconocidos para volver a

poner en orden su vida? ¡Esto es alucinante! ¡Andas tranquilamente por tu jardín y, de pronto, un tipo que ni siquiera recuerda su propio nombre se permite ofrecerte un análisis psicológico completo, y todo porque te tomas un vaso de margarita! ¿Usted me conoce? Para empezar, ¿quién le ha dicho que puedo soportar los zapatos? ¡A lo mejor tengo, yo qué sé, los pies planos! O a lo mejor me gusta pasear descalza. Lo que, evidentemente, me convierte en una original depresiva.

—Yo...

—Voy a darle un consejo. ¡Debería salir un poco de su barrio!

Zoey se detuvo, con la respiración entrecortada, bruscamente consciente de que había hablado demasiado alto y con una voz completamente histérica. Contra todo pronóstico, el hombre no huyó. Al contrario, soltó una discreta risita, aunque extremadamente divertida. Detrás de él, algunos invitados, entre ellos Spencer, que entrecerraba los ojos para ver de quién procedía aquella encendida diatriba, habían dejado de hablar y los observaban.

—Lo siento mucho —balbuceó Zoey, sin apartar la mirada de Spencer.

—No tanto como yo —contestó Matthew resoplando—. Sobre todo si de verdad tiene los pies planos.

Zoey habría querido que se la tragase la tierra. Sin responder, dio media vuelta y corrió a refugiarse en la casa.

Por la cara que puso Sally cuando la vio llegar por la puerta trasera y apoyarse contra la encimera, Zoey se dio cuenta de que debía de tener el aspecto de una loca recién escapada del manicomio.

—¿Qué sucede? ¿Tu madre se acaba de dar cuenta de que no hay alimentos *kosher*? —preguntó Sally.

—No bromees ahora —jadeó Zoey, vaciando el vaso de margarita de un trago, lo que le produjo un pequeño ataque de tos—. ¡Es verdad que está fuerte!

—¿Tu madre?

—La margarita. Sally, hay que ir inmediatamente a corregir las proporciones o todos los invitados de mis padres acabarán rodando por debajo de la mesa antes de que acabe el baile.

—Me tienta no hacerlo...

Zoey le lanzó una mirada furibunda.

—Vale, vale —dijo Sally—. Déjame adivinar... ¿Te has peleado con Laurie Harting?

—¿Tan mal estoy? —preguntó Zoey, dándole la vuelta a un bol de acero inoxidable para intentar comprobar los estragos.

—Digamos que estás un poco despeinada y completamente escarlata. ¿Qué ha pasado?

—Ha sido horrible —contestó Zoey—. Spencer estaba allí.

—Sabías que Spencer iba a estar allí —replicó Sally. Abrió el frigorífico para sacar unos limones y se dispuso a ensamblar el complejo y rutilante robot de cocina multifunciones de Fran Westwood.

—No sabía que me iba a impresionar tanto.

Sally levantó la mirada al cielo.

—Pues mira, eso es algo que yo podría haberte dicho. ¿Y qué? ¿Te pusiste completamente roja y huiste?

—No seas sarcástica...

—No soy sarcástica —respondió Sally, muy seria—. Es lo que yo habría hecho.

—Hui, sí. Pero antes agredí a uno de los invitados de mis padres, un tipo al que ni siquiera conozco.

—¿Uno de sus amigos?

—No, uno de nuestra edad. Seguro que el hijo de algún cliente de mi padre... ¡Ay, Dios mío!, ¡mis padres me matarán y esta vez con razón!

—Bueno. La cosa será menos dramática de lo que imaginas. Sencillamente, ve a buscar a ese tipo y te disculpas, le explicas que estás muy preocupada por que todo salga bien y que has estado sometida a mucha presión. El cuento de la presión siempre cuela. ¿Recuerdas su nombre o no le dio tiempo a presentarse antes de padecer tus iras?

—Sí... Matthew..., espera..., Ziegler.

Sally se detuvo en seco y se giró. Zoey comprendió que algo aún peor que la escenita que había ofrecido a todo el mundo acababa de producirse.

—¿Matthew Ziegler? ¿Alto, moreno, sexi?

—Alto y moreno, sí. Seguro que también sexi cuando no hay una histérica gritándole.

Sally soltó el medio limón sobre la encimera y se acercó a su amiga.

—¿Matthew W. Ziegler?

—No mencionó la W.

—Espera. ¿Un tipo bastante irritante, tirando a elegante, con aspecto de encontrar todo lo que le rodea de una penosa vulgaridad?

—Sí. No. Yo qué sé. Pero, en definitiva, ¿quién es ese Matthew Ziegler?

—¿Alguna vez has leído los dosieres de prensa que preparo?

La voz de Sally sonaba peligrosamente aguda.

—Eh..., a veces.

—¡Nunca!

Zoey se sintió pillada en falta, porque realmente era cierto. Los dosieres de prensa la aburrían, igual que la contabilidad y todo lo que no fuera estrictamente la cocina, así que dejaba que Sally gestionase esa parte del negocio; algo que hacía muy bien, por cierto.

—Matthew Ziegler —repitió Sally—. Uno de los críticos gastronómicos más influyentes de Nueva York. Matthew W. Ziegler. ¡Ha cerrado restaurantes con noventa palabras! —La boca de Sally se cerró con un rictus de rabia. Sacó el móvil del bolsillo del delantal y tecleó frenéticamente—. ¿Quieres un ejemplo?: «El Crescendo merece su nombre por varias razones, aunque la escalada no se haga en el plato, sino que va del estómago a la garganta, por lo muy exagerado, condimentado, ampuloso y de dispar creatividad que es todo allí. En lugar de la ligera escalada del aperitivo hacia el postre que cabría esperar, el comensal llega a tener la sensación de subir el Everest: hacen falta piolets para evitar la caída al vacío, no obstante inevitable cuando llega la cuenta».

Sally sonrió, pero con una sonrisa inquietante.

—Y a veces lo hace con menos palabras: «¿Tres estrellas de verdad? A lo mejor una noche clara...».

—¡Ay, Dios mío! —exclamó Zoey—. ¡Criticó mi margarita!

Un ataque de risa nerviosa le subió al pecho. En ese momento, el tequila le daba calor y la aturdió.

—¿Y eso te hace gracia? —saltó Sally, al borde de un ataque de nervios—. Acabas de agredir al tipo que puede destruir tu carrera, hacer que pierdas tu empresa, ¿y eso te da risa? —Zoey quiso responder, pero la risa le impedía hablar. Un largo aullido se elevaba en la cocina mientras Sally la miraba con pinta de estar cada vez más desconcertada—. Zoey, ¿estás completamente borracha? ¿Pero en qué estás pensando?

—Yo..., no..., en nada..., solo que... —Una nueva oleada de risas la interrumpió—. Pensaba que..., que ese hombre... —Zoey resbaló por la encimera cromada—. Que, después de esto, el crítico... —Las lágrimas caían por sus mejillas, tuvo un ligero hipido e intentó reprimir una sonrisa. Sentada en el suelo embaldosado, inspiró profundamente para acabar la frase—. ¡A lo mejor cierra el jardín de mis padres!

Luchando visiblemente contra el deseo de estrangularla, Sally también estalló en carcajadas.

Las chicas buenas no echan a perder los alimentos

Una vez exprimidos los limones, peinada, calzada con unas bailarinas espantosamente incómodas y después de diez minutos de un intenso *coaching* por parte de Sally, Zoey accedió a volver al jardín. Todo el mundo parecía haber olvidado o, más probablemente, negado el incidente, porque la recibieron unos rostros amistosos y elogios sobre su comida.

Solo Nana, su abuela, la observó acercarse con una mirada verde afilada, como las que le lanzaba cuando, de niña, hacía una pregunta que la anciana consideraba por debajo de su nivel.

Zoey dibujó una cálida sonrisa en su rostro y fue a sentarse junto a su abuela. La anciana mantenía toda su prestancia, pese a que la edad la había enflaquecido, y esa prestancia la mantenía sobre todo autoritaria. Gracias a esos ojos, Nana había mantenido a raya a toda la familia, excepto a Zoey, con la que compartía una complicidad alegre y llena de mansedumbre.

—*Errare humanum est, perseverare diabolicum* —rezongó Nana, tamborileando con los dedos en la mesa de esmalte blanco sobre la que había un plato de canapés medio mordisqueados. Zoey abrió la boca para objetar que seguía sin saber hablar italiano—. Es latín... —precisó la anciana, que conocía muy bien a su nieta—. Y quiere decir que equivocarse es humano, pero mantenerse en el error, diabólico. ¿Puedes explicarme qué ha pasado?

—Ni yo misma lo sé. Estaba tan furiosa... y mamá...

—No, no hablo de la escenita dramática que nos has regalado hace un rato. Creo que, en este momento, ese hombre en todo caso lamenta haberte faltado al respeto.

—Él no me faltó al respeto, fui yo la que..., ¡en fin!

—Sí, en fin. Te hablo de esto.

Con la punta del dedo, le señaló un hojaldre en un lado de su plato.

—¿Demasiado hecho? —preguntó Zoey.

—La cocción es perfecta. ¡Pero Zoey! ¿Bechamel en los canapés?

—Demasiado seco —replicó Zoey, con aspecto contrariado—. Supongo que la masa habrá absorbido la bechamel.

—¿Es que no te he enseñado nada?

Zoey arrugó la nariz.

—Sí, pero mi madre, tu hija, quería hojaldre. Te garantizo que no fue idea mía.

—Estoy segura de eso. Te acuerdas de mi tía Tilla, ¿no?

Efectivamente, su abuela le había hablado de ella más o menos un millón de veces, porque a Zoey le encantaba esa historia que, seguramente, la abuela había novelado mucho.

Nana había vivido la primera parte de su infancia en Nápoles, en el restaurante familiar, remolcando tras ella a su hermana Victoria, como seguía haciendo varias décadas después. A menudo hablaba de los olores que salían de la cocina, desde la *parmigiana* del lunes hasta las *frittate di maccheroni* del domingo, pasando por los *piatti* de pescado del viernes. Giuseppe, el padre de Nana, trabajaba con la familia en el centro de su universo. Nana lo describía como un hombrecillo dinámico, a veces engreído, un poco bravucón, con un bonito bigote negro y un ojo terrible. El padre reinaba en el comedor del restaurante, pero en la cocina el poder pertenecía a su hermana Tilla, dos años menor que él. Su retrato se confundía con el que Zoey se hacía de Nana de joven. La madre de Nana, una mujer entrañable, se ocupaba un poco del servicio y mucho de una pequeña Victoria que ya hablaba más que una cotorra y de una Nana siempre dispuesta a escapar de su vigilancia, para evitar encontrarse en medio de las peleas entre su padre y su tía, los dos muy impetuosos, con un carácter efervescente y acostumbrados a resolver sus diferencias culinarias con gritos y salpicaduras de salsa de tomate.

Hombre tradicional, Giuseppe, harto pero, en el fondo, orgulloso de su hermana pequeña, se quejaba con frecuencia de que esta no se hubiera casado. De manera que se le metió en la cabeza encontrarle marido, a poder ser conciliador, y puso tanto empeño que armó un importante jaleo en el barrio tranquilo al que alimentaba con sus excelentes *antipasti*. Los pretendientes acudieron atraídos tanto por la belleza de Tilla como por la falsa reputación de prosperidad de la familia.

Ella los largaba uno tras otro. En una ocasión llegó a esconderse en el cuarto de baño del fondo del patio para evitar conocer a uno, mientras Giuseppe, furioso, la llamaba desde la cocina y el pretendiente intentaba huir, poco

entusiasta ante la idea de casarse con una mujer tan salvaje.

Giuseppe acabó por resignarse, no sin antes predecir a su hermana que acabaría siendo una solterona seca como una uva pasa y probablemente a su cargo.

Uno de los puntos de fricción entre el padre de Nana y su impetuosa hermana era una salsa, la *genovese*, que Tilla había incluido en la carta y Giuseppe, un napolitano de pura cepa, se negaba a que estuviera. El hombre le armó un gran lío a su hermana, que Nana recordaba perfectamente pese a sus seis años de edad; los gritos de su padre movían los cimientos de la casa. En la mayoría de las ocasiones, Tilla se controlaba para no responderle y, con una sonrisa socarrona, argumentaba que esa salsa los haría ricos y los llenaría de gloria con un aplomo exagerado y una voluntad inquebrantable. Su hermano contraatacaba dirigiendo las elecciones de sus clientes hacia otros platos. Gracias a su legendaria labia y al prestigio que tenía entre sus parroquianos, nadie pidió esa salsa, lo que no desanimó a Tilla, que, todos los días, cocinaba además de los platos habituales una cazuela de la salsa prohibida. Nana contaba esa historia desde la perspectiva de la devota ahijada de aquella tía que le dejaba tocar las cazuelas, cuando todo el mundo le decía que era demasiado pequeña para aprender algo. En su cabeza fantasiosa de niña, la historia adquirió los tintes de un cuento de hadas y luego de leyenda. Nunca nadie se la cuestionó. Según Nana, un buen día, un extraño recién llegado de Génova se presentó en el restaurante, se sentó solo a una mesa y pidió un plato de pasta. Cuando Giuseppe le preguntó qué salsa quería, el hombre respondió que lo dejaba a la elección de la cocinera. Como un desafío y no con poco humor, Tilla hizo que le sirvieran la *genovese*. El hombre la probó y luego solicitó ver a la cocinera. La felicitó, dejó una generosa propina y volvió al día siguiente, pidiendo otra vez un plato de pasta «a elección de la cocinera». Giuseppe se mantuvo airado toda la semana, hasta que acabó acostumbrándose al extraño cliente de buenos modales que, al cabo de un mes, pidió la mano de Tilla.

Contra todo pronóstico, esta aceptó, seducida por aquel hombre silencioso que amaba su cocina. Con el corazón roto y no sin antes haber vaticinado a su hermano que no sería nada sin ella, lo siguió a Génova. Un año más tarde, el paro obligó a los habitantes de aquel barrio obrero y artesano a apretarse el cinturón, el restaurante quebró y Giuseppe, en un arrebató típico de él, lo vendió todo y se marchó a Estados Unidos con su familia. Allí, trasladó el amor incondicional que en el fondo sentía por su hermana a su hija mayor, tan dotada como ella para los fogones, y, después de cocinar para otros durante algunos

años, abrió un nuevo restaurante que prosperó.

Nana no volvió a ver jamás a su tía Tilla. Siempre decía que iría a buscarla, a ella y a su marido, del que solo recordaba que llevaba un sello de oro el día de la boda. Pero un día llegó una carta que anunciaba la muerte de su tía, probablemente por una neumonía. Nana nunca había visto llorar a su padre y ella no lloró por mantenerse fuerte, pero durante toda su vida conservó, escondido en el cajón de su tocador, un broche que su tía había comprado a un buhonero y que le había regalado el día que se marchó a Génova, además de una sólida capacidad de respuesta y un feroz rechazo a las convenciones culinarias impuestas por los demás.

—¿Entonces? —siguió Nana—. ¿Cuál es la mejor baza de un cocinero?

—¿Un buen quitamanchas? —Nana reprimió una sonrisa—. Convicción —recitó Zoey—. Tendría que haber defendido mi decisión sobre el menú. Eso no es tan fácil. Aquí no hay un guapo extranjero para apoyarme. Y te recuerdo que mamá es tu hija.

—Ya lo sé y créeme que me sorprende a diario. ¿Y la barra de cócteles es una idea tuya, solo tuya?

—Sí. Y la margarita está demasiado fuerte.

—El tequila siempre es demasiado fuerte. Al contrario de lo que la gente cree, el ron hay que servirlo en los cócteles y utilizar el tequila en la repostería.

Zoey grabó la información. Nunca había pensado en utilizar el tequila en los postres ni otros alcoholes diferentes a los comúnmente autorizados, como el ron o el coñac. Inmediatamente empezó a darle vueltas en la cabeza.

—Nana, deberías escribir otro libro de recetas.

—¡Dios me libre! De haber podido escoger, ¿qué bufé habrías ofrecido?

Zoey no se lo pensó mucho. Cuando su madre le había pedido que se encargara del *catering* de la fiesta, negociando sin parecerlo una importante rebaja, Zoey había visualizado inmediatamente el menú ideal para semejante ocasión.

—Habría representado todos los países de Europa a los que fueron durante el viaje de novios: Francia, Italia, España, Austria y Grecia. Habría colocado unos puestos donde los platos se prepararían delante de los invitados y una barra de cócteles inspirada en la del Ritz. Además platos agridulces, porque a papá le encantan, y postres para prepararse uno mismo.

Nana le apoyó una mano en el antebrazo.

—Bien. A mí me habría gustado ver eso en lugar de tomar por enésima vez blinis de salmón. Aunque también hay que decir que el tartar está muy logrado,

cariño. Ya me dirás de dónde has sacado esa miel.

El elogio serenó un poco a Zoey.

—¿Crees que mamá se habrá dado cuenta?

—Hace tres días que tu madre no come, preparándose para la fiesta. La mayoría de las personas con las que se relaciona serían incapaces de distinguir entre la miel de naranjo y el guano de paloma. Tenemos que estar felices por habernos librado de los volovanes.

Zoey esbozó una sonrisa crispada.

—Vendrán. Con los entrantes.

Nana dejó escapar un profundo suspiro, con los ojos chispeantes.

—Tienes buenas ideas, cariño. No permitas que unos imbéciles te las estropeen. Sobre todo, pase lo que pase, no dejes que nadie dicte tu conducta con la excusa de que mereces algo mejor que la vida que elegiste. —Nana apretó más la mano—. Créeme. Tus ideas les parecerán originales a muchas personas, porque tú consideras que la cocina es un intercambio, no un catálogo de convenciones y estereotipos. Esas personas pretenderán hacerte creer que tu talento debe ponerse al servicio de la mayoría. Eso es una trampa. Cuando publiqué el primer libro de recetas, quisieron que lo dividiera en cuatro temas, porque un buen libro de recetas debe contener todo lo necesario para hacer varias decenas de menús según los gustos y medios del que cocine.

—Y vendiste miles de ejemplares.

—Millones, si contamos las traducciones. Incluso en Europa. Un libro de cocina americano... Pero tuve que pelear por él. Imagina, una mujer, en aquella época...

—Nana, fuiste tremendamente adelantada a tu época.

—No. Yo cociné para mi familia durante toda la vida, nunca trabajé fuera de casa y tu abuelo siempre creyó que los niños y los cuartos de baño se limpiaban solos. Pero nunca cedí ante una cosa.

—¿Tu libertad?

—Mis decisiones. Defiende tus decisiones cueste lo que cueste. —La boca de Nana se plegó en una mueca divertida—. Excepto con tu madre, eso es una batalla perdida. Haz lo que te dé la gana y no le digas nada. —Nana tamborileó con los dedos en el brazo de Zoey por última vez—. Eso es lo que siempre has hecho, ¿no? Bien. ¿Tocará algo Adrian esta noche?

—No, si no le obligan a ello.

Nana rio. La mayoría de las risas ascienden, la suya descendía en cascada fresca y deliciosamente libre.

—Siempre me ha fascinado el modo en que ese chico parecía sufrir cuando le obligaban a tocar a Gershwin en las fiestas familiares y, sin embargo, yo le oía tocando magistralmente conciertos enteros cuando pensaba que no lo escuchaba nadie. Algo así como tú con los hojaldres de queso. Lo que me pregunto es cómo de unas personas tan convencionales como los Peters o tus padres han podido salir unos salvajes como vosotros dos.

—Los azares de la genética —respondió Zoey, con un tono sarcástico—. Parece ser que la mayoría de las taras se saltan una generación.

—En ese caso, prepárate para tener unos hijos tremendamente aburridos —respondió la anciana, con el mismo tono—. Vamos, lárgate a toda prisa. Mi hermana se acerca peligrosamente a nuestra mesa con su amiga Beckey. Nadie tiene por qué sufrir eso.

Zoey dio un beso en la mejilla a su abuela y desapareció antes de que la tía Vic pudiera atraparla con uno de sus interminables monólogos. Tras comprobar que todo estaba en orden en las mesas, más por no tener nada que hacer que por preocupación, ya que Sally se estaba ocupando de todo para que ella pudiera disfrutar de la fiesta, se apostó junto a la barra de cócteles, el único lugar del que huían los convencionales amigos de sus padres, que preferían esperar a que un camarero pasara a su lado.

Allí se le unió un Adrian desesperado que, a todas luces, no había conseguido aplicar su técnica del viaje interior. Sin una palabra, tendió uno de los dos vasos que sujetaba a Zoey.

—Gracias por pensar en mí —dijo ella.

—Ha sido casualidad, me pensaba beber este también. ¿Sabías que Fred Harting tiene dos barcos nuevos?

—¿Te los ha descrito?

—Desde la bodega hasta las velas.

Zoey ahogó una risita en su vaso de margarita.

—¡Así está mejor! Tendré que felicitar a Sally.

—Mándale a Dalton —comentó Adrian.

—A Dalton no le interesa nada Sally. La pobre... Por supuesto, no voy a decírselo, pero ya me imagino el mal trago cuando vuelva a hablarme de él.

Adrian le lanzó una mirada de soslayo y se puso a dar sorbos al vaso.

—¿Todo está saliendo como tú querías?

—No tengo mucho que hacer, solo supervisar y aburrirme.

—¡No digas eso! ¿Cómo vas a aburrirte en semejante ocasión? ¡Con un poco de suerte hasta podremos bailar!

Adrian esbozó unos pasos de tango.

—Espero que Laurie y Spencer nos deleiten con lo que hayan aprendido en las clases de vals para su fabulosa boda —refunfuñó Zoey, antes de acabarse de un trago el vaso—. ¿Otro?

—Zoey, Zoey, Zoey... Ya sabes qué pasa cuando bebes.

—Aguanto perfectamente bien el alcohol.

Y como muestra, atrapó a un camarero y pilló un vaso de su bandeja. Lo vació tan rápido como el primero y luego cogió el tercero.

—Vale. Esto es un desafío —sonrió Adrian, al tiempo que también cogía otro vaso.

—No —respondió Zoey, con la extraña sensación de que tenía la lengua medio anestesiada—. Lo que va a suceder sí es un desafío. Ven.

Antes de que Adrian pudiera protestar, Zoey lo sujetó del brazo y lo llevó hacia una mesa a la que había sentados varios invitados. Spencer acababa de llevar un plato a Laurie, quien se lo agradecía en silencio, con el rostro levantado hacia él, un brazo apoyado descuidadamente en el respaldo de la silla y sus interminables piernas cruzadas.

—¿Has visto cómo frunce la nariz? —murmuró Zoey al oído de Adrian—. Imagino que esa clase de mímica resulta encantadora. En una conejera.

—Ay, Zoey, por favor, no me hables en plena cara. Y, por el amor de Dios, no te acerques a una vela.

Tuvo que sujetarla, porque se resbalaba en la hierba.

—¡Malditas bailarinas! Esto no me pasaría con unas deportivas. Tendrían que prohibir cualquier calzado que no fueran las deportivas.

—Zoey, creo que es la peor idea que has tenido nunca. Estás medio borracha.

—No estoy medio borracha.

—Tienes razón, estás completamente borracha y...

Adrian no pudo acabar la frase. Ya estaban los dos delante de Laurie y Spencer, quienes se callaron un instante al verlos salir de ninguna parte y luego dibujaron la misma sonrisa educada en sus caras. En el momento en el que Zoey iba a abrir la boca con un «¿Qué hay de nuevo, chicos?» especialmente cómico en su opinión, se dio cuenta, no sin espanto, de que su prima Tina estaba inclinada sobre Matthew Ziegler, sentados los dos a la misma mesa y manifiestamente en plena conversación. Cuando, por su parte, el crítico la vio, dejó de hablar y un destello iluminó sus ojos de color avellana. Laurie fue la primera en romper el tenso silencio que se había instalado.

—Zoey, todo está realmente delicioso —dijo, mostrando el plato—.

Especialmente esta salsa. Me encantaría saber qué le has puesto.

Zoey iba a responder cuando Adrian se giró hacia ella y le susurró al oído:

—Por lo que más quieras, no digas lo que estás pensando.

Zoey lo empujó un poco. Al menos, ella pensó que había sido delicada, aunque lo cierto fue que Adrian dio un tremendo salto hacia un lado.

—Curry.

—¿Solo curry? —insistió Laurie.

—Evidentemente, no. Si quieres puedo darte la receta.

—Es tan original.

Zoey la miró un breve instante para asegurarse de que no había ninguna ironía en sus palabras.

—En la India no, supongo —respondió.

—¡Pero, por suerte, estamos en Nueva Jersey!

Tina acababa de intervenir con una sonrisa maliciosa en los labios. Laurie se giró hacia ella, ocultando la expresión de su rostro a Zoey, quien no dudó ni por un segundo que estaba mostrándole su apoyo. Conocía esas artimañas desde pequeña.

—Por lo demás, ¿qué hay de nuevo? —continuó Zoey.

Había intentado dar a su tono la mayor indiferencia posible. Su voz le pareció agria y aguda. Junto a Laurie, Spencer frunció el ceño.

—Acaban de ascender a Spencer —anunció Laurie.

Zoey miró a su exnovio, esperando que él interviniera.

—Y vaya ascenso —echó más leña al fuego Tina—. Laurie y él van a comprar una casa por aquí. ¿Os habéis decidido ya?

—Aún no —murmuró Laurie.

—La de las tres habitaciones te gustaba mucho. El otro día me decías que la terraza de la segunda planta daba mucha luminosidad al salón.

—Eso está bien, una terraza —intervino Adrian—. Una casa, niños... —Dudó y luego añadió—: Un perro. —Guiñó un ojo a Zoey y le rodeó la cintura con el brazo—. Ha sido agradable charlar con vosotros, pero ahora creo que Zoey debería ir a asegurarse de que todo va bien por la cocina. ¿No es así, Zoey?

—Todo está bajo control —respondió Zoey, con la lengua pastosa.

En ese momento, a Zoey le parecía que tenía toda la boca anestesiada. Spencer la miró fijamente y luego le dio el pequeño tic nervioso que Zoey tan bien conocía, el que le daba cuando estaba especialmente incómodo, como aquella vez en que ella había preguntado a un amigo suyo, mientras charlaban de política, cuál era el auténtico problema con Irak y ella misma se había

embarcado en un razonamiento que acabó por parecerse mucho a la letra de *We are the world*.

—¿Todo bien, Spencer? —preguntó Adrian.

Zoey abrió la boca para decirle que se callara. También lo conocía a él. Adrian no se resistía durante mucho tiempo a la tentación de burlarse de alguien que le desagradaba y siempre mostraba esa extraña calma antes de la tormenta. Ese aire serio presagiaba lo peor.

—Todo bien —confirmó Spencer—. ¿Y tú, Adrian? ¿Sigues en el piano?

Zoey se giró hacia Adrian. Aquello iba a ser una carnicería.

—Sigo dentro del piano, querido Spencer, casi instalado. El único problema con los pianos es que no tienen sumidero.

Spencer no comprendió la broma, pero Zoey se dio cuenta de que Matthew Ziegler, que hasta entonces había seguido la conversación sin el menor interés, esbozaba una sonrisa.

—¿Y los amores? —preguntó Tina.

—Como siempre. No hay sitio para dos en el piano —contestó Adrian, con tono indiferente—. Los músicos somos gente solitaria.

—Yo salí con una violonchelista cuando estaba en la universidad —comentó Spencer—. Me tenía subyugado la forma en la que sujetaba el arco.

Adrian abrió los ojos como platos. Zoey no pudo por menos que pensar en la expresión «servido en bandeja de plata», pese a la bruma que empezaba a invadirle el cerebro.

—Gracias, Spencer, por esta nítida metáfora musical. Laurie, ¿a ti te sigue gustando tanto la flauta dulce?

Zoey estalló en carcajadas, brevemente, porque la mirada que le lanzó su ex en ese preciso instante le produjo más bien ganas de que se la tragara la tierra. Otra risa respondió a la suya. Zoey levantó la mirada hacia Matthew Ziegler y comprobó que, esta vez sí, se divertía de verdad.

Laurie, al contrario, parecía furiosa.

—Tú siempre tan gracioso, Adrian —dijo Tina—. Tal vez podrías utilizar ese particular don para contar chistes entre dos piezas de Gershwin..., no sé..., en un piano bar, por ejemplo.

—Excelente idea —contestó Adrian—. Espero que vayas a verme. Le pediré al barman que te indique dónde están los solteros. A partir de un cierto grado de alcohol en sangre todo es posible, ya lo sabes.

Tina apretó los labios.

—Todo es posible, tienes razón —siseó Tina—. Igual hasta piensan que tienes

talento.

—Y tú, cerebro.

—Me parece que todo el mundo lo ha entendido —murmuró Laurie—. Si pudierais parar...

Zoey comprobó que su bonita tez había virado al rojo y se debatió entre el deseo de torturarla un poco más y el de impedir que su prima y su mejor amigo dieran un espectáculo delante de Spencer. A ese dilema que el alcohol le impedía resolver se añadía la frustración por no haberlo hecho ella misma.

La intervención de Laurie parecía haber neutralizado a Adrian, para gran alivio de Zoey.

—Spencer, siempre es un placer charlar contigo —dijo Adrian—. Laurie, Tina y...

De pronto, Adrian se fijó en Matthew Ziegler. La expresión de regodeo que se le dibujó en la cara anunciaba la guinda final.

Zoey lo sujetó del brazo para que se callara. Sorprendido, Adrian lo retiró inmediatamente. Con horror, ella comenzó a caer encima de Spencer, intentó mantener el equilibrio y giró sobre sí misma. Dio con el codo en la nariz de su ex, que también empezó a caerse y quiso agarrarse a la mesa, falló y golpeó el borde del plato que Laurie había dejado durante la conversación.

El plato voló por los aires. Zoey lo vio aterrizar de lleno en el vestido rosa de Laurie, manchándolo de salmón y salsa curry. Laurie lanzó un estridente aullido.

A su alrededor, unos veinte rostros se giraron a la vez. Zoey vio el de su madre inmóvil, con una graciosa sonrisa que, tan pronto como vio la escena, se transformó en una mueca de furibundo reproche.

A partir de ese momento, todo sucedió muy rápido.

Spencer empezó a dar golpecitos con gesto torpe en el vestido arruinado de Laurie, Tina soltó una sarta de insultos a su prima, Matthew Ziegler se puso a buscar servilletas de papel y Suzie Harting se precipitó con un vaso de agua hacia su hija, que miraba el desastre con lágrimas en los ojos.

Cuando Fran Westwood se disponía a abalanzarse sobre Zoey, como la miseria sobre la gente pobre, los invitados más próximos los miraban fijamente.

Dalton la sacó del apuro. De pronto la música sonó más fuerte y una exclamación alegre se alzó con las primeras notas de *Strangers in the night*. Jo Westwood, que no había visto nada de lo sucedido, corrió al encuentro de su mujer para invitarla a bailar.

Esa canción indicaba que se abría el baile, algo que Fran había repetido hasta la saciedad a su marido y a sus hijos durante más o menos tanto tiempo como el

que había necesitado Zoey para acabar la carrera universitaria.

Fran no tuvo más remedio que cogerse del brazo de Jo y seguirlo.

Adrian aprovechó para agarrar a Zoey del hombro y sacarla de la escena del crimen, dejándola disfrutar de un persistente ataque de risa.

—¡Nunca sabrás controlarte! —gritó Zoey cuando, al fin, estuvieron mezclados con la reconfortante masa de invitados que miraban a los Westwood dar vueltas elegantemente bajo los farolillos.

—Deberías darme las gracias —respondió Adrian—. Ibas a hacer un ridículo espantoso.

Zoey le clavó las uñas en la mano mientras se abrían camino entre la gente que se amontonaba alrededor de la tarima. La única consecuencia positiva de todo el asunto había sido que de nuevo estaba sobria.

—Me he cargado el vestido de Laurie, todo el mundo creerá que lo he hecho por una vil venganza.

—Todo el mundo sabe que tú no eres vil.

—Debería darte una torta —respondió Zoey.

—¡Ya me la has dado, especie de arpía!

Varias cabezas se giraron hacia ellos, entre otras la de la madre de Adrian, que hizo un gesto para ordenar que no hablaran tan alto.

—Seguimos estando en el mismo punto —refunfuñó Zoey—. Quince años más tarde, Laurie es la pobre víctima de la historia y nosotros somos los dos mismos gamberros a los que hay que mandar callar porque no saben comportarse correctamente durante más de dos minutos seguidos.

Un «chist» discreto, que llegó de alguna parte, la interrumpió. Zoey miró a su alrededor, decidida a no dejarse mangonear. Todo el mundo parecía subyugado ante el espectáculo de sus padres, quienes reproducían perfectamente la coreografía que habían ensayado durante mucho tiempo.

Jo Westwood hacía girar a Fran sobre sí misma cuando Zoey soltó:

—¿Sabes qué voy a hacer? Voy a ir directamente a la fuente de margarita y la voy a vaciar.

—¿En la cabeza de Laurie Harting? ¿Para acompañar a la salsa curry? —contestó Adrian.

—Y después me iré a casa e intentaré olvidar esta espantosa noche.

Sus padres daban vueltas delante de ella, con mucha gracia. Los ojos de Fran chispeaban, mientras Jo la acercaba hacia sí para estrecharla contra su corazón. Zoey no dudó ni por un segundo que Fran había estudiado durante mucho tiempo esa mirada conmovedora, con una minuciosidad despojada de cualquier

escrúpulo.

—Supongo que nada de lo que yo pueda decir te desviará de tan noble objetivo —le murmuró Adrian al oído.

—Me parece que, por hoy, ya has hecho bastante.

Adrian admitió aquella acusación con un gesto de la cabeza.

—Vale, Carmen —suspiró Adrian—. Vamos a vaciar esa fuente llena de tequila. Estaré contigo en la alegría y en las penas.

—Limitate a asegurarte de que encuentre mi cama cuando esté borracha como una cuba.

Zoey sabía que podía confiar en él para ese tipo de cosas. Adrian no tenía límites cuando se trataba de salir vencedor de un combate verbal, pero nunca la había dejado tirada en una situación realmente peliaguda o en ningún lugar que resultara peligroso para su salud física o, como en aquel caso, mental.

Cuando Zoey se despertó, al día siguiente, comprobó que Adrian había cumplido su palabra: efectivamente, estaba en su habitación en la casa de sus padres, en su cama individual y debajo de una colcha bordada.

Lo único que no esperaba era encontrar también a Adrian allí, arrinconado entre la pared y ella, con un brazo sobre el estómago y el otro perdido en alguna parte debajo de los almohadones con pasamanería de algodón de color crema y azul.

Y lo que esperaba aún menos era estar tan desnuda como él.

Las chicas buenas no se acuestan con cualquiera

Consiguió no gritar; la salvó el martillo neumático que le taladraba el cerebro.

Zoey no se acordaba de nada. De casi nada.

Tanteando, revisó si llevaba ropa interior. Incluso lo hizo dos veces, pero tuvo que resignarse a aceptar la idea de que lo único que la tapaba un poco era la camiseta de AC/DC de Adrian tirada sobre su pecho.

Unas imágenes fragmentadas le llegaron súbitamente mientras se inclinaba para recoger su vestido, que estaba tirado debajo de la cama. Cuando consiguió alcanzarlo, se dio cuenta de que una prenda de ropa se había enrollado en una de las mangas y, una vez que consiguió desenrollarla, vio que se trataba de los calzoncillos de Adrian.

Como en una pesadilla, se vio en la tarima con él, lanzados en el rock imposible de *Johnny B. Goode*. El rostro de Dalton, medio divertido, medio consternado, aferrado a los platos, aparecía y desaparecía a través de su pelo, que se bamboleaba al mismo ritmo que el resto del cuerpo. No valía la pena preguntarse si su simulacro de moño había aguantado el asalto.

Zoey se puso el vestido como pudo, rechazando varios *flashbacks*, uno de ellos especialmente molesto, en el que ella se subía el vestido para intentar trepar por la escalera de la cabaña del árbol, con Adrian empujándola mientras eructaba consejos alcoholizados.

En cuanto puso un pie en tierra, la asaltó una náusea. El parqué se tambaleaba más que el puente de uno de los dos barcos de Fred Harting. Se puso a buscar sus bragas por el suelo, luchando contra las ganas de vomitar.

Dirigió los ojos hacia sus pies. En vista del estado de los dedos, tampoco había llevado puestas las bailarinas durante mucho tiempo.

Entonces recordó vagamente haberlas lanzado por el césped, muy tarde, cuando el jardín ya estaba prácticamente vacío de invitados.

En cambio, le resultaba imposible, pese a toda la concentración de la que era

capaz y que le arrancaba oleadas de dolor, recordar lo que había pasado entre el momento en el que Adrian y ella intentaron subir al árbol y el momento en el que aterrizaron en su cama.

Adrian gruñó dormido.

Zoey anduvo titubeante hasta la puerta y la abrió con precaución, tanto por no despertarlo como para evitarse otra punzada de dolor en la cabeza.

Desde debajo de la escalera le llegó la voz de su madre.

—No estoy segura de que pueda desayunar, Joseph. Toda esa comida ayer...

Zoey se quedó inmóvil en el rellano, con la respiración entrecortada, entre la habitación de su hermano y la suya. No podía bajar con el vestido de la víspera, las pestañas pegadas con toneladas de rímel y tal sentimiento de culpabilidad que debía de leerse en su rostro, en el caso, completamente improbable, de que su madre no se hubiera enterado de que se había cargado el vestido de Laurie y de que había tomado la decisión de emborracharse con bastante éxito.

Un nuevo gruñido sordo salió de su habitación en el mismo momento en que los pasos de su madre se alejaban. Necesitaba ayuda lo más rápidamente posible.

Con una velocidad que hasta a ella misma sorprendió, se metió en la habitación de Dalton, justo enfrente de la suya. El dormitorio no había cambiado desde que su hermano se había ido a la universidad. Dalton estaba tumbado en su cama de adolescente, debajo de un póster de un velero y una estantería de la que su madre había retirado los libros de su hijo que consideraba grotescos y los había reemplazado por antologías de poesía inglesa.

Reescribir la historia... Ese era el deporte favorito de Fran Westwood.

Zoey estaba convencida de que el capítulo «Treinta y cinco aniversario de boda» sería objeto de varios borradores. Su madre la torturaría en privado de mil maneras antes de ofrecer al mundo su propia versión de los hechos, ampliamente edulcorada.

Zoey se detuvo.

Otro *flashback* la dejó sin aliento. ¿Había llorado durante el discurso de su padre, delante de todo el mundo, antes de lanzarse a sus brazos y gimotear en su hombro?

«Vale —pensó Zoey, entre dos arrebatos de vergüenza—. Estoy muerta».

Dos veces muerta si su madre sorprendía a Adrian en su habitación. Los hijos de Fran Westwood jamás habían sido autorizados a dormir con alguien bajo su techo.

«Y mucho menos a..., a... follar con un amigo de la infancia en la cama de la adolescencia».

No cabía duda de que Fran jamás había explicitado esa prohibición porque, aunque esperaba que su hija mayor se las ingeniara para fastidiarla eternamente, ni por un segundo la había imaginado capaz de semejante cosa, solo porque Adrian nunca le había parecido un yerno aceptable.

Zoey pasó por encima de la ropa tirada por el suelo, llegó hasta la cama de su hermano y le puso una mano en el hombro para sacudirlo despacio.

—Dile a mamá que no tengo hambre —rezongó Dalton, con la cabeza debajo de la almohada.

—Dalton, tienes que ayudarme.

—Déjame en paz, Zoey. Mantuve bailando a todo el Country Club hasta la una de la madrugada y aún me sangran los oídos.

—Dalton, esto es una urgencia. Si no te levantas ahora mismo, le contaré a mamá que te pasaste las prácticas de verano del segundo curso fumando hierba con Andrew Mayer en el tejado del edificio de su padre.

Esas palabras tuvieron en Dalton el mismo efecto que una ducha helada. Se levantó de un salto sin siquiera abrir los ojos.

—No puedo hacer nada por ti —le explicó, con una voz pastosa—. Te emborrachaste con tequila y el tío Malcolm lo grabó todo. Si ese vídeo en el que salgo con una camisa de color azul cielo se difunde, puedo despedirme de mi reputación.

—Dalton, eres abogado, no un DJ profesional. Te vas a pasar la vida con camisas de color azul cielo. Levántate ya. De verdad, tienes que ayudarme.

Dalton abrió unos ojos somnolientos, miró a su hermana y después estalló en carcajadas.

—Hola, Robert Smith...

—No es momento de bromitas —refunfuñó Zoey—. Tienes que bajar inmediatamente y alejar a mamá del comedor.

—También podría ir a buscarte un desmaquillante. Eso me resultaría más rápido y menos doloroso.

—No necesito un desmaquillante. Necesito que mamá no entre en el comedor y no vaya al jardín.

—¿Por qué motivo? —Zoey sintió cómo se le encogía el estómago frente a la idea de tener que contar a su hermano que Adrian estaba durmiendo en su cama en pelota picada y aún borracho, también él—. ¿Por qué motivo? —insistió Dalton—. No me moveré hasta que sepa por qué tengo que enfrentarme a mamá a primera hora de la mañana sin siquiera haberme tomado un café.

—Adrian está en mi habitación.

—¿Qué? —La sorpresa de Dalton se transformó en instantánea hilaridad—. ¿En tu habitación? ¿Quieres decir en tu cama individual? —Dalton se quitó las sábanas de encima y saltó de la cama—. ¿Estás de broma? ¿Te has tirado a Adrian Peters bajo el techo de mamá?

—Yo no me he tirado a Adrian bajo el techo de mamá... ¡Mira que puedes llegar a ser vulgar! Yo he..., yo... —Dalton ya se dirigía hacia la puerta—. Haz menos ruido —le suplicó Zoey, siguiéndole los pasos para intentar retenerlo.

—Después de veinticinco años de amistad, te has tirado a Adrian —repitió Dalton—. ¿No es una broma, Zoey? —Dalton se paró y dio media vuelta hacia su hermana—. ¿Has hecho alguna foto para la tía Vic?

—Dalton, te lo juro, si salgo de esta te mataré.

—¿De verdad crees que voy a ayudarte en estas condiciones? De hecho, ¿tienes algún plan?

—Mientras tú entretienes a mamá en la cocina, Adrian baja al comedor y sale por la puertaventana.

Dalton la miró con esa mezcla de ternura y consternación con que se suele tratar a los niños pequeños.

«O a los completamente idiotas», admitió Zoey.

—¡La vida es siempre tan excitante contigo! —susurró Dalton.

Luego, salió de la habitación y fue directamente a la de su hermana, pese a las silenciosas protestas de esta.

Cuando Dalton vio a Adrian, aún dormido, Zoey tuvo que taponarle la boca con la mano para callar una carcajada. Durante la pelea que vino a continuación cayeron encima de la cama. Adrian se incorporó hacia ellos con la cabeza despeinada y pinta de aturdido.

—Idos a jugar a otra parte —se quejó.

—No —susurró Zoey—. Adrian, tienes que despertarte.

—¿Qué coño hacéis en mi habitación?

—Estás en mi habitación.

Adrian levantó de nuevo la cabeza, vio los almohadones con pasamanería y miró a Zoey y a Dalton, el último con una sonrisa de oreja a oreja.

—Mierda, Zoey, ¿qué coño has hecho otra vez? —gruñó.

—¿Que qué coño he hecho yo? Por si no lo sabes, en esta historia somos dos.

—Yo lo confirmo —intervino Dalton—. Hasta Zoey, con su deplorable nivel en ciencias naturales, sabe que para esta clase de cosas tiene que haber dos.

—De todas las bromas que habéis gastado, seguro que esta es la peor —respondió Adrian, con un bostezo. Levantó la colcha y lanzó un suspiro—. Vale,

Dalton. Me has quitado los calzoncillos. Muy gracioso. Venga, libérame antes de que mis padres empiecen a buscarme pegando carteles con mi cara en las farolas.

—¡No es una broma! —estalló Zoey.

—¿Zoey? —gritó la voz de su madre escaleras abajo—. ¿De verdad estás chillando a estas horas? ¡Tu hermano está dormido!

—Lo siento, mamá. Enseguida bajo. Yo... me he caído de la cama.

—¡Eso parece, sí! ¿La noción de respeto te suena de algo? —respondió Fran, levantando un poco más la voz para marcar su vehemente reproche.

Zoey cerró la puerta, luego dio media vuelta hacia su hermano y Adrian. El último hacía unos movimientos bajo la colcha que indicaban que había encontrado los calzoncillos y que intentaba ponérselos con un mínimo de dignidad.

—Entonces, si no es una broma... —empezó Adrian.

—¿No recuerdas nada? —La agresividad de la voz pareció dejarlo clavado en el sitio, algo completamente extraordinario en Adrian, porque, generalmente, pocas cosas lo confundían. Frunció el ceño mientras Zoey seguía en el mismo tono—: ¿Nada de nada?

—Me acuerdo de que intentamos ir a la cabaña, pero tú estabas demasiado borracha como para subir por la escalera.

—¡Porque tú estabas completamente sobrio!

—Parece ser que no, pero yo..., ¡yo conseguí subir!

Puso una mueca irónica, la que utilizaba para cortar a los interlocutores que lo molestaban, pero la dirigió a Dalton. Ese era Adrian en estado puro. Se burlaba de ella y luego la excluía. Igual que cuando, de niños, reñían y Dalton estaba en medio.

—¿Tenéis previsto pasar la mañana discutiendo? —intervino Dalton.

—Dalton tiene razón —refunfuñó Zoey—. Seguiremos sin acordarnos de nada, ¿te parece bien? Dalton distraerá la atención de mis padres y tú saldrás por la cristalera del comedor y regresarás a tu casa. Discretamente.

—Mis padres deben de estar desayunando fuera —objetó Adrian.

Zoey lanzó una mirada llorosa a su hermano.

—Dalton, ve a asegurarte de que Darryl y Stella no están en la terraza de su casa.

Dalton cruzó los brazos.

—¿Y cómo? ¿Apareciendo por el jardín?

—¡Por Dios, busca una excusa!

—No —respondió Dalton—. Encuéntrala tú. Yo no soy el que se ha acostado

con nuestro vecino.

—Eso espero —replicó Adrian suspirando—. Estaba borracho, pero no tanto.

—Yo no me he acostado con el vecino —repuso Zoey furiosa, con las mejillas encarnadas—. Y, para empezar, Adrian no es «el vecino».

—Técnicamente sí —respondió Dalton, cada vez más divertido.

—Técnicamente, estoy casi seguro de que no nos hemos acostado juntos —dijo Adrian, al tiempo que lanzaba la colcha hacia los pies de la cama y se levantaba.

Tenía un hematoma en el costado derecho y un fino arañazo, aún sanguinolento, en el hombro.

Dalton se echó a reír ahogadamente.

—Porque ¿ahora te acuerdas? —refunfuñó Zoey.

Evitó mirarle el pecho, llena de vergüenza y de ganas de abofetear a su hermano.

—En primer lugar, si nos hubiéramos acostado juntos, estarías de mejor humor —contestó Adrian, con un gesto de determinación—. Después...

Se agachó para recoger el pantalón y se lo puso con un gesto natural, en absoluto incómodo por su presencia.

—¿Después?

Dio media vuelta para coger la camiseta de la cama, se la puso y así ocultó el hematoma y el arañazo, lo que permitió a Zoey levantar la cabeza y castigarlo con una mirada de desafío.

—Después, si realmente nos hubiéramos acostado, tú estarías completamente agradecida. En vista de tu actitud, me permito dudar seriamente de esa probabilidad e incluso afirmar que has pasado una muy mala noche. —Le dirigió una sonrisa socarrona y se giró hacia Dalton—. ¿Sigue estando la enredadera debajo de tu ventana?

Dalton asintió.

—El año pasado aún estaba.

En un acto reflejo, Zoey grabó la información, ya que, con toda seguridad, resultaría un arma eficaz contra su hermano pequeño si este se atrevía a lanzarle algunas finas alusiones durante los meses siguientes.

—Pues, entonces, no os preocupéis por mí —anunció Adrian—. Ya me las arreglo.

Cruzó delante de ellos con un paso triunfal, aunque algo vacilante. Cuando salió, Dalton silbó entre dientes.

—Desde luego, Adrian siempre ha tenido una buena dosis de clase.

—Efectivamente —refunfuñó Zoey—. La encarnación de la elegancia: «Si nos hubiéramos acostado juntos, estarías de mejor humor...».

Los dos hermanos oyeron el ruido de la ventana al abrirse, pese a los esfuerzos que había desplegado Adrian para ser discreto.

—Va a romperse una pierna —murmuró Zoey.

A una parte de ella, rencorosa, le habría gustado. La otra se puso a rezar con una voz ansiosa.

—Se puede bajar hasta el final —la tranquilizó Dalton.

—Yo no quiero ver esto —empezó ella a lloriquear, tapándose la cara con las manos—. Si mamá...

—¿Zoey? —gritó otra vez su madre—. ¿Zoey? ¿Estás molestando a tu hermano?

—¡Estoy despierto! —gritó Dalton. Zoey gimió de nuevo. Un ruido confuso le indicó que también Adrian la había oído—. ¡Ya voy, mamá! —añadió Dalton.

Un sentimiento de intenso agradecimiento invadió a Zoey. Articuló un gracias de mala gana.

—Me debes una —susurró su hermano, antes de salir de la habitación y bajar a todo correr la escalera—. ¿Mamá? ¿Me harías un capuchino con la nueva cafetera que compraste el mes pasado? ¡Me apetece mucho probar cosas nuevas! ¡Podríamos hacer otro para Zoey! También ella está siempre dispuesta a nuevas experiencias, ya lo sabes.

Y mientras se cebaba con todas las alusiones posibles e imaginables respecto a lo que creía que había pasado en la habitación de su hermana, Dalton arrastraba a Fran hacia la cocina. Su tono, a todas luces divertido, confirmó a Zoey que estaba disfrutando de verdad. Ella tendría que pagar un alto precio. Dalton no era de los que perdonan las deudas. Y eso lo sabía desde que era pequeña.

Y no podía reprochárselo. También ella conservaba cruelmente cualquier privilegio conseguido después de un honrado chantaje. Tal y como Adrian había aprendido a hacer a fuerza de relacionarse con ellos.

De pronto, Zoey recordó el motivo de la negociación. Corrió hasta la habitación de su hermano, que estaba vacía, y dio un salto hasta la ventana abierta.

Adrian había desaparecido, tal y como ella esperaba y temía a la vez. Zoey sabía que no volvería a verlo antes de que se marchara a Nueva York y su voz interior —además de su experiencia en días siguientes a las fiestas— le susurraba que se sentiría bastante más que incómoda cuando volvieran a cruzarse.

Cuando cerró la ventana, se vio el reflejo en el cristal y soltó un aullido, primero de terror y luego de horror, al darse cuenta de que era ella la que abría unos enormes ojos de mapache debajo de aquellas greñas enredadas e hirsutas. Luego galopó hasta su habitación para intentar volver de entre los muertos.

La media hora que pasó cepillándose el pelo no bastó para tranquilizarla. En cuanto parecía que su mente recuperaba un mínimo de paz, recordaba que, a lo mejor, se había acostado con Adrian. De vez en cuando, su cerebro le enviaba unas dudosas valoraciones respecto a los motivos de la actitud de su amigo, que a veces se desviaban hacia el análisis de la vejación pero, en la mayoría de las ocasiones, daban vueltas en bucle alrededor de la única hipótesis que le parecía viable: aquello había sido tan lamentable que Adrian prefería negar la verdad.

O tan traumático que su amigo nunca más podría volver a hablarla.

Es decir, que Adrian nunca más volvería a estar en la misma habitación que ella.

De todos modos, Zoey tampoco estaba segura de ser capaz de volver a estar en la misma habitación que Adrian.

Con ese último sentimiento, que no la abandonaría durante todo el día, bajó la escalera, derecha y con náuseas, dispuesta a enfrentarse a su destino, igual que un mártir camina hacia la arena del circo donde lo esperan los leones.

Las chicas buenas asumen sus errores

Al contrario de lo que Zoey esperaba, no hubo ofensiva. Desayunó sentada sola a la mesa. De pie, delante de ella, Dalton y Fran charlaban, al menos según los parámetros de lo que Fran consideraba una conversación: ella acosaba a Dalton a preguntas sobre su trabajo y su vida sentimental y subrayaba las respuestas de su hijo con unos «bien» y «perfecto» antes de continuar con el interrogatorio.

Fran se limitó a ser cordial con Zoey, lo que resultaba claramente más glacial que si las cosas hubieran seguido su curso normal y la hubiera atacado con comentarios moralistas respecto a su conducta. De vez en cuando, Zoey sentía su mirada encima. Pensó que Poncio Pilatos debía de haber tenido el mismo destello de fría determinación antes de ordenar que crucificaran a Jesucristo.

Muy felizmente, en cuanto se tragó el desayuno, Zoey embaló sus cosas y se dispuso a cargarlas en la furgoneta aparcada en la parte trasera de la casa.

Sally ya estaba allí, con el pelo cuidadosamente retirado de una cara aún más pálida de lo normal.

—¿Una mala noche? —preguntó Zoey.

—Estuve limpiando la cocina de tu madre hasta las cuatro de la madrugada —refunfuñó Sally.

—Lo siento, estaba...

—Ya sé en qué estado estabas —la interrumpió su ayudante—. Adrian y tú fuisteis a buscar harina hacia las dos.

La imagen de Adrian y ella persiguiéndose por la terraza para tirarse harina le golpeó la mente. Por suerte, estaban demasiado borrachos como para acertar. También el parqué exterior debía de haber quedado en un estado lamentable.

Alejarse de allí se había convertido en una necesidad.

—Esta mañana vi a Adrian —continuó Sally—. ¡Menudo cabeza loca!

—¿Todo bien en casa de los Peters?

Como no había sitio en casa de Zoey, Sally se había quedado en casa de los padres de Adrian. La habitación de invitados de los Westwood estaba en plena renovación y Fran se había negado a acelerar las obras por la fiesta. Zoey incluso sospechaba que las había retrasado para no alojar a Nana.

—Fenomenal —respondió Sally—. Es una gente encantadora. He dormido en una habitación empapelada con papel pintado Liberty y esta mañana Adrian ha tocado el piano. Realmente tiene un talento increíble.

—Sí —murmuró Zoey, a la que no le apetecía nada detenerse en el tema de Adrian—. Vamos a despedirnos de mis padres y de Dalton, ¿vale?

Sally esbozó una sonrisa.

—No quieres enfrentarte sola a ellos...

—Te aseguro que no.

Cuando entraron en la casa, Fran y Jo Westwood estaban en el salón. Sentada en el sofá beis, perfectamente derecha, vestida con una impecable blusa de seda azul y un pantalón gris, Fran veía las noticias en la inmensa pantalla de televisión que estaba junto a la chimenea, con el perro tumbado a sus pies. Jo leía el periódico, pero parecía luchar contra el sueño: se le cerraban los párpados.

Su padre se sobresaltó cuando Zoey anunció que había llegado la hora de marcharse.

—Ha estado perfecto, querida Zoey —dijo—. Gracias otra vez.

Se levantó para abrazarla. Zoey reprimió el súbito deseo de acurrucarse completamente contra él y lo besó cariñosamente.

Luego rodeó la mesa de café y se inclinó hacia su madre. Fran, glacial, le devolvió el beso.

—Acuérdate de llamar a tu abuela, por favor.

—La llamo todas las semanas —respondió Zoey.

—Y ten cuidado en la carretera —intervino su padre—. ¿Conduces tú, Sally?

Sally asintió antes de darles las gracias por el recibimiento.

Dalton bajó en ese momento, probablemente porque había oído que su hermana se marchaba. Se había duchado, afeitado e incluso había hecho el esfuerzo de peinarse hacia atrás y cambiarse de camisa, esta de un color azul océano que le hacía juego con los ojos.

—Pelota —murmuró Zoey, mientras le daba un sonoro beso en la mejilla.

Dalton esbozó una media sonrisa y se acercó a Sally. Durante lo que a Zoey le pareció un tiempo interminable, se quedaron cara a cara, aparentemente incómodos, y luego hicieron el mismo torpe movimiento el uno hacia el otro.

No habían intercambiado ni una palabra. Zoey les lanzó una mirada

desesperada antes de salir de la habitación y, con un último adiós, Sally le siguió los pasos.

Cuando al fin estuvieron en la furgoneta, las dos lanzaron un suspiro a la vez.

—Dura velada —dijo Sally, pulsando el lector MP3.

El primer corte del álbum de Moriarty invadió el habitáculo, mientras Sally giraba la llave.

—¿Te acostaste sin problemas? —preguntó Sally.

—Ni uno —contestó Zoey—. Una noche tranquila en mi cama. Mi cama de hija de familia.

—Ya veo —respondió Sally, mientras rebuscaba en la guantera las gafas de sol—. ¡Una noche tranquila!

Zoey no captó la broma en su justa medida y Sally no insistió.

La furgoneta siguió por el camino. Sally la detuvo delante de la casa de los Peters. Detrás de la gran puerta de madera blanca, Ludwig, el labrador de los padres de Adrian, las miraba con unos ojos alegres.

—¿Te has olvidado algo?

—No. Adrian me ha pedido que lo lleváramos a Nueva York.

—¿Qué?

Zoey había gritado y Sally la miró extrañada.

—No será la primera vez que vamos tres delante —dijo.

—Sí. No hay ningún problema —balbuceó Zoey, rogando al cielo no enrojecer.

En ese instante Adrian salía de la casa. Él también se había duchado e incluso había encontrado un suéter limpio en su antiguo armario. En el suéter, en blanco sobre un fondo azul marino, aún se podían leer las siglas del colegio de ambos, aunque la prenda parecía haber vivido varias vidas.

Bajó la escalera exterior con los mismos andares de quince años atrás, cuando Zoey lo esperaba subida en la bici para hacer el camino juntos. Adrian conservaba esa forma de moverse tan característica, como si nada tuviera importancia y nada lo afectara de verdad. Sin embargo, el tiempo y las margaritas de la víspera habían hecho su efecto. Unas ojeras grises le llegaban hasta las mejillas, dando muestras de que aún tenía más alcohol que sangre en las venas. Y eso no era nada en comparación con la cara lívida y el peinado desordenado.

Acarició el hocico de Ludwig y cerró la puerta a su espalda, después de hacer un gesto con la mano a su madre, que lo miraba irse desde la ventana del salón.

Zoey se movió hacia el asiento del medio.

—Te ha engordado el culo, ¿no? —se burló Adrian, mientras la empujaba y se instalaba en su asiento.

Se puso el cinturón de seguridad. A Zoey le habría gustado responderle con una buena réplica, como era habitual, pero no le salió nada. Se limitó a observarlo con unos ojos que debían de parecer de cordero, porque Adrian sonrió divertido.

Luego él recondujo la conversación hacia la música que difundía el MP3 e hizo otro gesto cuando Sally le informó de que era una sugerencia de Dalton. Desde siempre, sus gustos en esa materia divergían radicalmente.

Al fin se hizo un silencio que Zoey calificó como extremadamente incómodo. Se concentró en la carretera, que se sabía de memoria porque la había recorrido cada día de su infancia y adolescencia, y no respiró correctamente hasta que la furgoneta salió de aquel barrio. En cada rincón de cada calle, se veía con Adrian, primero de niños, cuando iban a jugar fuera, luego de adolescentes, cuando se pasaban las horas charlando sentados en la acera hasta que uno de los padres regresaba del trabajo y les pedía que dejaran de comportarse como unos sin techo.

A esas imágenes —Adrian con una camiseta de Superman y más tarde vestido de negro de la cabeza a los pies— se superponían las del despertar de ese día: Adrian desnudo en su cama, luego de pie delante de ella en calzoncillos, burlón y arrogante.

Cuando llegaron a un murete que ocultaban los árboles, donde solían esconderse durante el primer año de instituto, Zoey sonrió. Descubrieron ese lugar ideal para escapar de la minuciosa persecución de Stella y de Fran, que habían oído hablar de problemas de droga en el barrio y, por supuesto, imaginaron en el acto que sus hijos caerían automáticamente en esa trampa, solo porque eran Zoey y Adrian.

Lo que era deliciosamente irónico cuando uno sabía todo lo que Dalton había podido fumar durante sus años de estudiante.

Su escondite quedó al descubierto por culpa del lío con Jon Garibaldi y de la estúpida intervención de Adrian, que había entrado en ese periodo de la adolescencia que consistía en comportarse de manera rara y desproporcionada. El único enfado que les duró más de dos semanas, el tiempo que tardó en reabsorberse la equimosis de la cara de Jon a la vez que su relación sentimental con Zoey.

Cuando dejaron atrás el murete, aún apretujada entre Sally y Adrian, Zoey pensó que nunca se habían dado explicaciones sobre lo que había ocurrido. Se

limitaron a volver a hablarse, evitando mencionar el suceso, y luego la vida continuó su curso.

Zoey recordaba con mucha claridad el momento en que, cuando subía la calle con Jon, caminando uno al lado del otro, como hacían los adolescentes de aquella época, surgió el pie de Adrian de entre las ramas y dio en la nariz de su novio con todas sus fuerzas.

Sin decir ni una palabra, sin siquiera una advertencia ni intentar que pasara por un accidente o justificar aquel acto de violencia que no era propio de él.

Solo el pie y, un minuto después, su mirada oscura, mientras Zoey examinaba la nariz de Jon, que sangraba abundantemente, y empezaba a gritar.

La furgoneta giró a la izquierda, alejándolos definitivamente del murete al que ninguno de los dos se atrevió a volver después.

Sally comentaba la música y la carretera. Zoey notaba el brazo del amigo junto al suyo y hacía constantes esfuerzos, aunque muy discretos, para separarse lo más posible, lo que la empujaba contra Sally, que, por su parte, la empujaba amablemente pero con firmeza.

—Zoey, no puedo conducir si te apoyas en mí —acabó por decir.

—El pegajoso es Adrian.

Zoey se mordió el interior de la mejilla. Por unos segundos había olvidado que se suponía que no iba a hablar a Adrian, ni siquiera de Adrian, al menos hasta que mantuvieran una conversación sobre los acontecimientos de la víspera.

—¿Pegajoso yo? —se indignó Adrian—. Conozco a chicas que pagarían por estar en tu lugar.

—Mira, ahí tienes una perspectiva laboral interesante.

Adrian pasó el brazo por los hombros de Zoey y la estrechó contra él. Ella reprimió una náusea. Su proximidad ahora tenía algo de embarazoso y extraño. La mano de Adrian tocaba su brazo desnudo y el contacto con su piel le produjo un escalofrío.

—¿Qué tal así, ya no resulta demasiado pegajoso? —dijo Adrian, con un tono de lo más serio.

Zoey sintió cómo se deslizaban despacio las puntas de los dedos de Adrian sobre su piel. Cuando se giró hacia él furiosa, Adrian frunció el ceño.

Zoey le pidió que quitara la mano dos veces, sin que él pareciera escucharla.

—No me hace gracia —señaló Zoey.

—Sí, en este momento hay muchos sonidos que consigo sacar de tu garganta, pero la risa no es uno de ellos.

Zoey contuvo un grito de desesperación, luego le soltó un codazo seco en las

costillas que hizo jadear dolorido a Adrian, aunque no se movió ni una pizca. Zoey repitió el golpe y Adrian le respondió pellizcándole el bíceps, lo que la puso aún más rabiosa. Los dos amigos estuvieron peleando así, en silencio, durante unos segundos.

—¿Podéis parar de patalear? —dijo Sally, gimiendo—. Vamos a tener un accidente.

—Adrian va a provocar un accidente.

—¿Se puede saber qué os pasa? Esta mañana estáis que no hay quien os aguante.

Zoey resopló de rabia. Así era exactamente Adrian, daba donde sabía que dolía. No pararía de incordiarla, de abroncarla ni de hacer alusiones groseras, pero nunca abordaría directamente la cuestión. Peor aún, alimentaría la duda hasta que Zoey se pusiera histérica.

—¿Quieres que te lo diga? —saltó Zoey, al tiempo que agarraba la mano de su amigo con todas sus fuerzas para que este soltara a su presa—. A veces te comportas como un imbécil.

—Los dos os portáis como dos idiotas —replicó Sally—. No se puede decir que tengáis una resaca fácil.

—Zoey nunca se porta como una idiota —repuso Adrian, que intentaba en vano librarse de sus uñas, mientras sujetaba firmemente a su presa—. El truco de Zoey es incitar a los demás a portarse como idiotas y después quejarse. Por ejemplo: hacer que alguien se caiga de bruces de una escalera y lloriquear porque se le ha caído encima.

Sally apartó la mirada de la carretera para dirigirla hacia Adrian. Zoey se fijó en que su amiga abría ligeramente los ojos, como si acabara de entender algo que había estado delante de sus narices todo el tiempo sin que ella se diera cuenta. Zoey sintió pánico inmediatamente. Se giró hacia Adrian con el firme propósito de plantarle la mano en la boca y vio que miraba a Sally, pero esa mirada se había vuelto claramente burlona. La furgoneta se desvió ligeramente de su trayectoria y pisó la línea del arcén.

—Sally, ¡mira hacia delante! Y tú... O te estás quieto o te dejamos en mitad de la autopista. Volverás haciendo autostop, si es que alguien te para con esa pinta de asesino de adolescentes que llevas y esa cara de muerto viviente. Y ese alguien seguro que será un camionero.

—¿Quién sabe? A lo mejor me encuentro con alguno de tus ex.

—Date prisa, tenemos que llegar pronto —ordenó Zoey a su amiga—. De lo contrario, puede que haya un asesinato.

—El maletero ya está lleno, Thelma —contestó Sally sonriendo.

—Encontraremos un hueco. Ahora, quítame esa mano del hombro, Adrian. Si no, te juro que no volveré a dirigirte la palabra nunca más.

Adrian entrecerró los ojos para observar el rostro de Zoey y ver si bromeaba; luego retiró la mano, sin decir ni una palabra. El viaje se hizo eterno.

Adrian se encerró en un silencio malhumorado. Una vez en Nueva York, solo le dirigió la palabra a Sally para pedirle que lo dejara en una estación de metro. Evitó darles un beso con la excusa de que la furgoneta entorpecía la circulación y desapareció entre el gentío. Cuando cerró la puerta, Zoey soltó un suspiro de alivio.

—¿Qué ha sido ese rifirrafe con Adrian? —preguntó Sally, preocupada—. ¿Habéis discutido? —Zoey se moría de ganas de contarle todo a su amiga, pero la perspectiva de la burla o, peor, de la desesperación de su amiga se lo impedía. Ya se sentía bastante avergonzada—. De todas formas, su comportamiento ha sido extraño —continuó Sally—. Parecía que estaba saldando cuentas. Ha reaccionado como si... ¡Ay, Dios mío! —Dio media vuelta hacia Zoey como un ave rapaz hacia su presa—. Os habéis acostado juntos —afirmó con frialdad.

—¡Por supuesto que no!

—No me mientas. Puedo leerlo en tu cara.

A Zoey le habría gustado desaparecer en el acto. Sally la miraba sin reírse y sin cara de sorpresa, pero con una mezcla de seriedad y de interés creciente.

—En realidad, no lo sé —confesó Zoey—. Estaba borracha y me he despertado con Adrian. No es culpa mía.

—¿Crees que él empezó?

—¡Te estoy diciendo que no me acuerdo de nada!

Sally silbó entre dientes.

—¡Anda ya!

Esa afirmación despertó una duda en Zoey, pero rechazó con firmeza la idea. Si Adrian hubiera recordado algo, se habría sentido tan incómodo como ella. Y cuando Adrian se sentía incómodo, lo que no ocurría a menudo, tenía tendencia a emprender la huida. Habría preferido volver a casa en tren, algo que odiaba, antes que verse atrapado en la autopista con ella.

—Tú no conoces a Adrian como yo. Es capaz de fingir que sabe cosas solo para hacer rabiar a alguien. Cuando éramos adolescentes, me hizo creer que había leído mi diario. Resultado, lo quemé.

—¿Tu diario?

—¡Pues claro! ¡No iba a ser a Adrian! Después, me di cuenta de que nunca

habría podido leer mi diario por la única razón de que lo escribía en francés para evitar que Dalton lo leyera.

—¿Escribías tu diario en francés? —Sally estalló en carcajadas.

—Siempre se me han dado bien los idiomas —farfulló Zoey—. Por si te interesa, yo era una buena alumna y Adrian era pésimo en francés, bueno igual de pésimo que en casi todas las asignaturas menos en música. Y ya de Dalton ni hablamos. Confundía el francés con el español... De todos modos, da igual, no espero ver a Adrian en bastante tiempo.

—Pues lo vas a ver el próximo sábado, en la recepción del consulado de Brasil.

—¡Ay, no! —Adrian había utilizado sus contactos para conseguirle ese cliente. La recepción en el consulado de Brasil, después del treinta y cinco aniversario de boda de sus padres, había canalizado toda su atención y todo el estrés de las últimas semanas. Adrian tenía que asistir obligatoriamente, porque esa noche tocaba, acompañando a una cantante que llegaba de Río de Janeiro—. Él estará encadenado al piano y yo a la cocina —continuó Zoey—. Ninguno de los dos tendremos tiempo.

—Yo en tu lugar lo dejaría correr. Quizá no esté todo tan claro entre vosotros dos.

Zoey soltó un alarido de indignación.

—¡Adrian es mi mejor amigo! Bueno, mi único amigo masculino. Prácticamente somos hermanos. Todo está claro, ¿vale?

—¡Entiendo! ¡Tranquila!

—¡Estoy tranquila! —gritó Zoey.

Las dos amigas llegaron delante de la tienda. Encima de la verja de hierro se veía el nombre «Zoey's Kitchen» en color amarillo recién pintado sobre la fachada azul marino. Su casa estaba en el edificio contiguo a la tienda. Parecía encastrado por error en ese minúsculo espacio entre dos edificios imponentes. A Zoey le encantaba, con las ventanas todo a lo largo, la piedra amarillenta por el tiempo y el tejado descolorido, parecía una lámpara de Navidad olvidada en el escaparate de un anticuario. Sally aparcó en la zona reservada para carga y descarga y apagó el motor.

—Tengo que descargar las cajas antes de llevar la furgoneta al garaje.

—Te ayudaré —afirmó Zoey, aunque su estómago protestara violentamente ante la perspectiva de que lo comprimieran unas cajas de plástico.

—No merece la pena. No estás en condiciones.

Zoey dio las gracias a su amiga y salió del vehículo para dirigirse hacia la

puerta roja descascarillada del portal de su casa.

—¿Zoey? —la llamó Sally a través de la ventanilla bajada—. No te calientes demasiado la cabeza.

—¿Por qué todos creéis que me caliento la cabeza?

La sonrisa de Sally lo decía todo, pero esquivó el comentario, prudentemente.

—Si pasó algo entre Adrian y tú, seguro que él necesita tiempo para comprender lo que eso implica.

Zoey se encogió de hombros. No estaba de humor para descifrar la nebulosa frase de su amiga.

—No hablemos más de esto, ¿te parece? ¿Nos vemos mañana?

—Sí. Hasta mañana, Zoey —repuso Sally suspirando.

La miró como si quisiera añadir algo, pero pareció desistir. Zoey entró en el portal.

Subió las tres plantas que conducían a su piso y abrió cuidadosamente la puerta. Lo último que quería era que se abriera la de Karen y tener que mantener una de esas largas conversaciones a las que tan aficionada era su vecina. Por mucho que la apreciara, y no solo porque fuera servicial y alegre, con esa resaca se sentía incapaz de soportar su verborrea y su gusto por las bromas.

Cuando llegó, una bola de pelo blanco y negro se lanzó a sus piernas y se frotó furiosamente contra sus pantorrillas. Sushi era el único gato que conocía que te recibía como un perro: nervioso y torpe. «Estoy seguro de que es por su nombre —dijo Adrian un día—. ¡Un nombre de comida hecha con pescado para un gato! ¡Como para no volverse esquizofrénico!».

Zoey pateó con rabia. No quería pensar en Adrian, aunque, se dio cuenta, el lado bueno de la cosa era que había olvidado a Spencer.

Por supuesto, se puso a pensar inmediatamente en Spencer y en la lamentable escenita que había acabado con el lanzamiento de la salsa curry sobre el vestido de Laurie.

Cogió a Sushi en brazos. El gato ronroneó de gusto, acurrucado en su pecho, mientras Zoey caminaba los tres metros que la separaban del sofá. Y allí se derrumbó haciendo crujir los muelles.

—Pues, efectivamente, bien pudiera ser que hubiese engordado —dijo Zoey a Sushi.

De manera instintiva, estiró la mano para coger el teléfono fijo y marcó la tecla del buzón de voz.

—Es de idiotas revisar los mensajes de trabajo un domingo, ¿a que sí, amigo? Hasta diría que es patético. Solo me he ido tres días. ¿Te has aburrido?

Mientras rascaba al animal debajo del hocico, se puso a escuchar de manera distraída los cuatro mensajes anunciados:

«Buenos días, señorita Westwood, soy Jenny Hawkins. He recibido la propuesta de menú para nuestra boda y mi prometido y yo nos preguntábamos si sería posible poner una fondue de chocolate en cada mesa, unas minis en lugar de una grande en el bufé...».

—¡Por supuesto! —exclamó Zoey suspirando—. Tú y tu prometido solo habéis cambiado tres veces de opinión...

Pulsó el botón de «Borrar», prometiéndose que devolvería la llamada a la clienta al día siguiente por la mañana para decirle, igual que las otras veces, que todo era posible pero dependía del presupuesto. Ella era cocinera, no maga.

«¿Zoey? Soy Orlando. ¿Tendrías una copia de la llave de la puerta trasera? Es viernes y Gabriella ha perdido la suya».

Zoey hizo una mueca. Desde la noche del viernes, esperaba que Orlando y Gabriella, los dueños del restaurante italiano que lindaba con su tienda, hubieran encontrado una solución. Inmediatamente lo sintió por ellos. Si no habían encontrado la llave, Gabriella, que se ocupaba del servicio del comedor, se habría visto obligada a pasar por la puerta delantera y el trayecto la habría cansado bastante. Estaba en el sexto mes de un primer embarazo que Zoey sabía complicado, aunque la chica se hubiera negado a permitir que su marido se ocupara solo del restaurante.

«¿Zoey? Soy mamá. Espero que aún no hayas salido. Dime, ¿has apuntado que tenías que disponer los platos vegetarianos en una mesa separada? ¿Te has acordado de las etiquetas? Dalton ya está aquí. Ha puesto patas arriba los CD de casa. Tu padre está furioso. Hasta pronto. Voy a llamarte al móvil».

—Borrar —refunfuñó Zoey, al tiempo que apretaba otra vez la tecla.

Sonó un último *bip*:

«Señorita Westwood, soy Matthew Ziegler. —Zoey se sobresaltó. Siguió un breve silencio, como si el interlocutor le estuviera dando tiempo para digerir la información—. Me encantó el bufé de anoche. Me gustaría probar otra vez su cocina, quizá en un ambiente menos convencional. Quisiera saber si organiza degustaciones. Sin salsa curry a ser posible. Puede llamarme a la oficina... — otro silencio, este más largo, le señalaba que Ziegler acababa de darse cuenta de que era domingo— mañana. Hasta pronto».

Decía dos veces el número del teléfono del trabajo y repetía «hasta pronto» con una voz seria que no invitaba a la negativa. Zoey se quitó al gato del regazo para coger un bloc de notas y apuntarlo rápidamente.

«Sin salsa curry a ser posible».

El rostro de Laurie, al borde de las lágrimas, y su vestido manchado se le aparecieron; luego el de Matthew Ziegler, divertido, se le superpuso. Adrian y ella habían dado un buen espectáculo.

Dejó el teléfono y se hundió en el sofá, con la cabeza en los cojines. Sushi fue a pegarse a ella, reclamando lo que le pertenecía con grandes maullidos. Mientras Zoey abrazaba al gato, su pelo suave le produjo una sensación de consuelo al instante, e hizo lo que siempre hacía después de una noche agitada: juró que no volvería a probar ni una gota de alcohol y que no volvería a acercarse a ningún hombre en toda su vida.

6

Las chicas buenas escuchan los consejos de sus amigas

Zoey, no puedes estar rehaciendo el menú hasta el último minuto —protestó Sally, mirando la letra ilegible de su amiga en el cuaderno de notas. Estaba sentada en el mostrador de la tienda, en un taburete de bar de metal, con una pierna doblada debajo del trasero. Le caía el pelo rojo encima de los hombros desnudos. Como todos los lunes, los días más relajados en el laboratorio de Zoey porque seguían a los fines de semana, bien ajetreados desde hacía algunos meses, las dos chicas vestían ropa informal. Sally llevaba una camiseta de un amarillo canario cegador, un vaquero corto y unas sandalias de plástico rojo. Delante de ella, unos clasificadores abiertos, tazas vacías con unas aureolas pegajosas que había dejado el café frío, un número incalculable de bandejas sucias y un plato lleno de canapés daban fe de la creatividad que había sacado a Zoey de la cama a primera hora—. Tienes que decidirte, sobre todo porque solo cambias detalles. Francamente, Zoey, los pastelitos estaban perfectos...

—Prueba —se limitó a responder Zoey.

Le tendió el plato y disfrutó con el cambio de expresión de Sally cuando esta mordisqueó un pastelito.

—Limón y... azúcar, por supuesto..., y, Dios mío, Zoey, ¡los has rellenado con crema de caipiriña!

—Nana me dio la idea. ¡Bueno, casi! He adaptado una de sus sugerencias. Tenía dudas sobre el resultado por la cachaza.

—¡Está delicioso... y ligero! Claro, la textura. —Sally terminó el pastelito con una sonrisa extasiada—. Tienes que servirlos el sábado sin falta.

—¿Te das cuenta de que merecía la pena que revisase los detalles?

Sally rio.

—Tienes razón. Anotado. Efectivamente, es algo bueno. Cuando digo bueno...

debería decir excelente. ¿Me has hecho la lista para el pedido?

Sally no se deshacía en elogios ni en palabras de ánimo, siempre volvía a la logística. A Zoey le gustaba por esa conciencia profesional que les permitía trabajar juntas sin que sufriera su amistad.

Nunca había lamentado haberla contratado. No obstante, había tenido dudas después de la primera entrevista. Una chica extraordinaria, con una imagen impresionante, que le había presentado un currículum digno de una futura gran directora de empresa: escuela de negocios, prácticas en empresas de prestigio, conocimientos de gestión de empresas e idiomas, además de haber sido una consumada atleta durante todos los años de instituto, un detalle que había hecho torcer el gesto a Zoey.

Había tenido la sensación de que había un error de *casting*. Así que había vuelto a llamarla para plantearle la pregunta que había esquivado la primera vez: ¿por qué?

Sally había respondido muy seria que necesitaba construir su trabajo, no soportarlo.

No hay una palabra equivalente a «enamorarse» para la amistad, pero eso era exactamente lo que Zoey había sentido en aquel momento.

Desde hacía cuatro años, compartían el día a día con una división perfectamente orquestada, en la que el trabajo y la amistad se mezclaban sin jamás sobrepasar los límites que ellas mismas se habían impuesto tácitamente. Con Sally todo resultaba natural, incluso el hecho de que la ayudante a veces pusiera límites a la creatividad desbordante de Zoey y a su tendencia a ir saltando de una cosa a otra sin preocuparse de las imposiciones materiales. Con frecuencia, de hecho.

—Me falta terminar los pasteles de queso con fruta de la pasión —dijo Zoey—. Tengo por lo menos para medio día más.

El rostro de Sally adquirió una expresión de maestra de escuela.

—Zoey, tenemos el enlace Richardson-Welleba en menos de un mes. A la novia le prometiste una tarta con forma de estatua de la Libertad y aún ni has mirado los bocetos de Elena, que ya te ha enviado varias fotos.

Elena era la hermana de Gabriella, la chica del restaurante de al lado. Elena se había especializado en la decoración de tartas. Muy joven y con mucho talento, trabajaba fundamentalmente a domicilio para pagarse los estudios. Hacía los postres especiales del restaurante, cuando un cliente encargaba una tarta de cumpleaños o si Orlando no podía asumir un encargo concreto.

—¡Ay! —exclamó Zoey, suspirando y levantando los ojos al cielo—. Estoy

completamente agobiada.

—Vale. Ya sé que esperas mucho de ese cóctel del consulado.

—Sí. El señor De la Cruz es realmente un tipo estimulante y agradable.

El cónsul de Brasil le había dado carta blanca. Su única exigencia había sido que todos los platos estuvieran inspirados en las cocinas brasileña y americana a la vez.

«Sé que conoce muy bien su oficio —había afirmado cuando volvieron a ponerse en contacto—. Ya saboreé su cocina en la boda de Amandina. Me gusta contar con empresas diferentes, para variar un poco los placeres, ya me entiende. Nuestro amigo Adrian me asegura que usted sabe dar muestras de la mayor de las creatividades. Estoy abierto a cualquier propuesta».

De todos modos, el cónsul había asistido a una degustación «libre» que Sally y Zoey habían organizado de prisa y corriendo, y luego había confirmado que quería que Zoey se luciera en una cena cóctel para «una fiesta muy íntima» de entre cincuenta y sesenta personas. Se trataba de una recepción para la inauguración extraoficial de un festival en el que estaban previstos un partido amistoso y varios conciertos antes de la gran celebración, a la que asistirían más de doscientas personas.

Un sencillo cóctel de bienvenida.

—¡Y por una vez te dan una posibilidad real de demostrar tu capacidad! —exclamó Sally—. Las novias son tan, tan exigentes... Realmente, no me imaginaba que un cónsul fuera más abierto y, en definitiva, menos mirado con los detalles..., bueno, que confiaría más en ti que una neoyorquina de treinta y cinco años.

Lo había dicho sin ironía. Sally era una neoyorquina de pura cepa, una de esas que van deambulando por la ciudad como si recorrieran las calles de un pueblucho de Míchigan, con un desconcierto natural, pero presa de unos repentinos ataques de esnobismo que hacían reír a Zoey

—Me pareces un poco injusta. Te gustan tanto como a mí nuestras novias, incluso con sus exigencias y su desprecio total por nuestras limitaciones.

—Eso no es lo que quiero decir —replicó Sally con un mohín, traicionando así su opinión sobre las demás neoyorquinas—. Solo creo que ya es hora de que se te reconozca y de que Zoey's Kitchen dé un salto. Solo he visto al señor De la Cruz una vez, pero creo que es una persona a la que le gusta de verdad todo lo creativo. Alardea de ser un descubridor de talentos.

Zoey hizo un gesto vago. Para ser sinceros, a ella le importaba un bledo que la «descubrieran». Zoey no buscaba dinero, aunque un poco más tampoco sería

abusar, ni gloria, solo la posibilidad de utilizar sus habilidades como ella quería, con el margen de pasión y originalidad que intentaba poner en cada trabajo.

—Es una oportunidad para darte a conocer un poco más —insistió Sally.

—¿Te parece que no tenemos demasiada repercusión?

Su amiga hizo un gesto titubeante.

—Me parece que no utilizamos bastante las redes sociales y que no somos suficientemente innovadoras en materia de comunicación. Cuando veo lo que algunos llegan a hacer con menos medios que nosotras, hay veces que tengo ganas de...

De pronto se calló y miró a Zoey mordiéndose el labio inferior.

—¿Te sientes constreñida? —quiso saber Zoey.

Su tono había sido más seco de lo que hubiera querido. Zoey sabía muy bien que, a veces, le faltaba iniciativa y esa realidad la fastidiaba. Quizá esa era la única consecuencia negativa que había originado contratar a Sally; a menudo notaba los automatismos de su paso por la escuela de negocios y la dualidad resultante.

—No —respondió Sally con una sonrisa exagerada—. Sin embargo, si tuviera más medios y más libertad, utilizaría todas las herramientas a nuestra disposición para dar a conocer un poco más Zoey's Kitchen.

—Ya estamos al máximo de nuestra capacidad, Sally —afirmó Zoey, con tono autoritario—. No podríamos aceptar más encargos.

—Entonces, a lo mejor deberíamos diversificar la oferta, subir los precios y...

—¡Ni hablar de eso! —la interrumpió Zoey.

Sally suspiró.

—Ya lo sé... Aunque sea llama a Elena, por la tarta.

Zoey asintió. No había podido evitar ser tajante. Si ampliaban su cartera de clientes, necesitarían contratar a un ayudante a jornada completa, más a algunos extras. Esa perspectiva llevaba consigo demasiados riesgos para una empresa que, según Zoey, debía limitar su ambición a la del trabajo bien hecho.

Zoey se apresuró a desaparecer en su laboratorio, por si Sally volvía al ataque. Allí reinaba un auténtico caos. Aunque fuera tremendamente concienzuda, rozando a veces lo maniático, cuando estaba en plena acción necesitaba dejarse dominar por el impulso para crear una nueva receta.

Sacó la masa quebrada del horno y luego dejó los cuatro redondelitos de la masa dorada en la parrilla de enfriamiento.

La cabeza de Sally apareció por el resquicio de la puerta.

—Acabo de escuchar el contestador. Ha llamado Matthew Ziegler. El mensaje

estaba guardado, así que ya lo habías oído. ¿Le has devuelto la llamada?

—Aún no —respondió Zoey con una voz muy clara.

Evitó la mirada insistente de Sally y sacó un bol cromado del frigorífico. Conocía de sobra a Sally. Su amiga nunca soltaría la presa.

—¿Organizo una degustación para la próxima semana? ¿Quieres que lo llame yo?

—No.

Merecía la pena ver la cara de Sally. Pasó del autoritarismo a una resignación que Zoey sabía hipócrita, porque ya la había visto en muchas ocasiones.

—¿Y eso qué quiere decir? ¿«No, ya lo haré yo» o «No, no organices una degustación»? Porque en el último caso me enfadaría especialmente, Zoey. Más que nada, me decepcionaría.

Todas las estrategias estaban permitidas, incluido el chantaje emocional. Zoey sonrió.

—Sally, imitas a mi madre a la perfección. Sí, yo lo llamaré, pero no, no organices una degustación. Y no me sueltes tu discurso sobre la comunicación. Me niego a perder el tiempo haciendo comidas privadas para los periodistas.

—Críticos gastronómicos y blogueros. Así es como se hacen las cosas ahora.

—Seguro que tienes razón —murmuró Zoey, con su tono más conciliador.

—¡Pues claro que tengo razón! Ay, conozco ese tono... ¡A mí no me vengas con esas! ¡Bien que lo hiciste para De la Cruz!

—¡No es lo mismo! De la Cruz quería una cena cóctel tradicional. La mayoría de los servicios que ofrecemos supone tener en cuenta la decoración y el carácter de las personas. Sin eso, esto no tiene sentido e incluso pienso que la comunicación puede perjudicarnos. Y además..., no me apetece.

—No conozco a nadie menos ambicioso que tú —repuso Sally, levantando los ojos al cielo con un suspiro.

Zoey hizo un gesto de decepción.

—No ambiciono lo mismo que la mayoría de la gente, eso es todo.

—Lo sé.

Cuando Sally salió, Zoey se concentró en los pasteles de queso. Sabía que Sally tenía razón. Los blogueros y los críticos gastronómicos influían mucho en la fama de un restaurador. En cualquier caso, varios blogueros se habían puesto en contacto con ella para escribir una reseña como consecuencia del post de uno de ellos al que le había encantado el cóctel *Las mil y una noches*, que había preparado para una boda. Zoey no se oponía a esa idea, pero prefería esperar a tener una buena ocasión para que probaran su cocina.

Mientras rellenaba los moldes del pastel de queso con un *coulis* de fruta de la pasión, siguió pensando en la conversación con Sally. Su amiga siempre intentaba comunicar lo mejor posible sus creaciones y destacar su imagen. Zoey a veces pensaba que era injusta con ella, aunque rechazaba todas sus propuestas con la misma obstinación. La ambición de Sally la espantaba.

El teléfono del laboratorio sonó justo cuando acababa de posar la jarrita de *coulis*.

—Te paso a Matthew Ziegler —le anunció Sally, con una voz exageradamente cantarina.

Iba a ordenarle que colgase, cuando un simple «¿Hola?» le indicó que la llamada ya estaba pasada.

Al tiempo que maldecía a su amiga, Zoey se aclaró la voz para responder:

—Zoey Westwood.

—Estoy encantado de poder hablar al fin con usted —respondió Matthew Ziegler, con un tono de voz profesional.

—Estamos a lunes —protestó Zoey—. Iba a llamarle.

—Lo que acaba de hacer. —Zoey lanzó una sarta de tacos, afortunadamente en silencio, contra Sally, que debía de mostrar un aspecto totalmente satisfecho sobre su clasificador de encargos—. Me gustó mucho lo que pude entrever de su cocina el sábado —continuó Matthew—. ¿Sería posible asistir a una degustación?

—Mire, me gustaría mucho, pero, sinceramente, no hago degustaciones privadas.

—Ah —repuso Matthew—. Es una pena. Entonces, ¿dónde podría tener la suerte de saborear otra vez su cocina?

Su voz sugería que no solo hablaba de cocina. Típico de esa clase de hombres, seguros de sí mismos y seductores incluso en las conversaciones profesionales.

—Pues, a no ser que esté en la lista de invitados a la recepción del consulado de Brasil el próximo sábado, imagino que en su propia boda.

—Aún falta mucho —contestó Matthew riendo—. Es gracioso, porque resulta que tengo contactos con Brasil, imagínese... Además de la caipiriña.

—Creía que lo suyo eran las margaritas.

Zoey subrayó sus palabras con una risita, perfectamente estúpida y completamente inapropiada; inmediatamente, empezó a golpearse la cabeza contra la pared.

Matthew Ziegler respondió con una risa contenida.

—¿Entonces nos despedimos hasta el sábado?

—Espere, yo... ¿Oiga? ¿Oiga?

El crítico ya había colgado.

—¡Pero qué estúpido pretencioso! —exclamó Zoey resoplando, con el teléfono aún en la oreja.

—Perdone, es que he dado a una tecla sin querer. ¿Qué decía?

—Decía que sí, el sábado, perfecto —refunfuñó Zoey, sintiendo cómo le subía el calor a las mejillas.

—Me alegro. ¡Hasta la vista!

Zoey balbuceó una rápida despedida, luego colgó el teléfono y se aseguró dos veces de que estaba bien colgado. Sally entró en la habitación dando saltos.

—¿Y? —dijo.

—Que va el sábado al consulado de Brasil.

—Creía que no podíamos invitar a nadie...

—No lo he invitado. Se ha invitado solo, no sé cómo.

Sally rio en silencio. Zoey ni siquiera conseguía estar enfadada con ella. Sally compartía la misma tendencia que Adrian, Dalton y ella misma a portarse como unos malcriados en la mayoría de las ocasiones, como si por su propia naturaleza no pudieran evitar querer ganar por encima de todo.

—Pues ese Matthew Ziegler está bastante bueno.

—Sally, deja de sexualizarlo todo. Te recuerdo que estaba con mi prima Tina. Creo que salen juntos. Tú no llevas a alguien a una fiesta familiar si no tienes una relación seria, ¿verdad? No me gusta Tina, pero tampoco la odio como para ligarme a su novio, ¿entiendes?

—¿Ahora son novios?

—Eso espero por su bien. Dada la presión que se impone para encontrar a alguien y que todo vaya rápido.

—A todas luces, es la única persona de esta familia que se impone presión para encontrar a alguien, sí.

—No empieces, estoy muy bien sola.

—¿De verdad? —Sally la miró con un ojo suspicaz. El aspecto cómico que ese gesto le daba arrancó, por fin, una sonrisa a Zoey—. A decir verdad, estaba pensando más bien en Dalton —añadió.

—Dalton es inmune a la presión —respondió Zoey—. Definitivamente, cada vez te pareces más a mi madre. En una versión más sentimental y con el pelo menos cardado.

Sally le sonrió.

—Me lo tomaré como un cumplido mal dicho. De todos modos, me alegro de

que al fin te decidas a demostrar tu talento.

—Por supuesto. Yo decido... Sally, la próxima vez que tomes la iniciativa de llamar a alguien, avísame. Tenía las manos llenas de *coulis* de fruta de la pasión.

—Dicho así, suena un poco guarro...

El aire travieso de su amiga le hizo levantar los ojos al cielo.

—Eres un caso perdido. Ve a acabar con las notas de pedido, ¿quieres? Espero que, al menos, eso te calme.

—Pues claro que sí —respondió Sally con un suspiro.

Luego desapareció.

Zoey volvió a estar sola en medio del caos que ella misma había creado en su laboratorio. No conseguía enfadarse con Sally. Incluso se sentía extrañamente bien. Quizá necesitaba que la azuzasen un poco a fondo.

Durante los dos últimos años había evitado cualquier otra publicidad que no fuera el boca a boca.

«Lo cierto es que te aterra la idea de jugar en las grandes ligas. Y no solo...».

Hasta entonces, había dejado al margen cualquier relación con su abuela. Nadie sabía que era la nieta de Angelina Pinallo, la autora de unos libros de cocina tradicional que se habían utilizado en miles de hogares de la generación anterior y que, curiosamente, hacía cinco años habían vuelto a ponerse de moda. Por supuesto, la tendencia *vintage* había favorecido mucho esta vuelta y la reedición de la mayoría de los libros de Nana.

Nadie ignoraba la particular función que habían desempeñado los blogs en este caso. A toda una generación que había crecido saboreando las recetas de sus abuelas le gustaban esos libros, de manera que se citaban y transmitían muchísimo por la red.

Zoey no quería aprovecharse de esa pesada aura ni que su propia cocina se convirtiera en objeto de comparación entre Nana y ella.

«Toma tus propias decisiones», le había dicho su abuela.

Lo que sería difícil si alguien decidía que sus habilidades solo eran el eco de las muy singulares de la anciana. Por supuesto, Nana le había transmitido lo que sabía, teniéndola durante horas en la cocina cuando su madre trabajaba, pero Zoey consideraba que había puesto su toque personal a las recetas familiares y que se había emancipado de esa herencia, a veces engorrosa.

«O aún no y eso es lo que te preocupa...».

Sin embargo, Zoey dudaba que los blogueros pudieran detectar el vínculo entre Nana y ella. En cambio, Matthew Ziegler, con sus contactos y su conocimiento del medio...

«O simplemente porque la querida Tina se lo haya dicho».

Sí, probablemente él lo sabía. Además, Zoey sospechaba que el crítico era lo bastante esnob como para odiar la cocina casera que Nana proponía en sus recetas.

¿Qué quería ese hombre exactamente? ¿Ponerla a prueba? ¿Pretendería matar dos pájaros de un tiro, divertirse desacreditándolos a ella y a los populares libros de Angelina Pinallo a la vez? ¿Utilizarla para promocionar la última tendencia culinaria?

Zoey tenía ganas de llamarlo y convencerlo para que no fuera al cóctel del consulado. Eso supondría un fracaso, por supuesto, y quizá hasta una humillación, pero el miedo que la invadía le parecía más desagradable que la perspectiva de rebajarse a mendigar una cancelación.

«Toma tus propias decisiones», repetía la voz de Nana.

Era cierto, ella siempre había tomado sus propias decisiones y ahora estaba obligada a defenderlas.

Zoey decidió enfrentarse a Matthew Ziegler.

—E incluso deslumbrarlo —murmuró. Echó un vistazo a la cocina arrasada—. Voy a tener mucho trabajo —añadió, mientras colocaba un bol en la encimera. El espejo de enfrente le devolvió una imagen muy poco glamurosa de ella misma—. En todos los aspectos... Pero empecemos por lo más fácil —suspiró.

Zoey se puso a recoger el laboratorio.

Las chicas buenas no contestan

Y la tarta?

La joven hizo la pregunta con un tono apagado, pero su sonrisa demostraba que llevaba un ratito sometiendo sus nervios a una dura prueba.

En medio de los dos novios, sobre la mesa de metal azul, un expositor presentaba un muestrario bastante completo de lo que Zoey's Kitchen podía elaborar. Jenna Welleba estaba demasiado ocupada recordando todas sus expectativas y no había tocado ni un canapé, mientras su novio iba por el cuarto. Zoey rebuscó en el dossier que Sally acababa de entregarle y sacó unas fotos. Una miniestatua de la Libertad dominaba sobre tres pisos de tarta de un color blanco cremoso.

—La base es esta. La repostera nos ha preguntado si quieren alguna inscripción.

Jenna Welleba miró atentamente la foto y se le contrajeron las pupilas.

—Me habría gustado hablar con ella directamente.

—No se preocupe, estoy acostumbrada a trabajar con ella. ¿Hay algo que no le gusta?

—Me imaginaba la estatua un poco más grande.

Zoey contuvo una carcajada, evitando escrupulosamente la mirada de Sally. Entre las dos habían agotado toda la reserva de bromas sobre el tema, pero únicamente la mención de la estatua en la cumbre aún les hacía partirse de risa.

—Pues aun así mide quince centímetros —objetó Zoey.

—Está bien —aseguró Sean Richardson, el futuro marido, que hasta entonces aún no había dicho ni palabra.

—Sí, para un hombre, quince centímetros siempre son más que suficiente —respondió Jenna Welleba, con un reflejo furioso en la mirada.

El novio quiso responder, pero aparentemente prefirió no hacerlo. Tenía fácilmente diez años más que Jenna; la frente despejada, unas gafas de concha y

una chaqueta completaban el perfecto uniforme de profesor de literatura.

Zoey metió la nariz en el dossier. Lo último que necesitaba era una bronca de pareja delante de ella. Por desgracia, eso ya le había pasado algunas veces desde que había empezado con ese trabajo. Su experiencia le permitía catalogar a los futuros matrimonios en varias categorías: los «siempre de acuerdo» (pero a menudo solo aparentemente, porque la novia la llamaba con frecuencia para darle instrucciones contrarias a lo que habían decidido), los «nunca de acuerdo» (y uno de los dos acababa cediendo) y los «tú no sabes nada de esto».

Esa pareja pertenecía sin ningún género de dudas a los «tú no sabes nada de esto». Jenna Welleba dejó de mirar a su novio y adelantó una mano, adornada con un precioso solitario, para señalar la foto que mostraba con más precisión la tarta.

—Esto no me parece bien. Solo la estatua.

—Es muy difícil de hacer —la informó Zoey.

Jenna emitió un pequeño chasquido con los labios.

—Usted no entiende lo importantísimo que es para mí.

—Lo comprendo perfectamente...

—Todo el mundo cree que nos casamos para que yo consiga la tarjeta de residencia —continuó la novia—. Porque soy emigrante y de origen indio. —Su impecable acento inglés daba pruebas de que esa chica jamás había visto el Taj Mahal, salvo, claro está, que este fuera visible desde el Big Ben. Jenna sacudió su bonito rostro, haciendo tintinear los pendientes, con un gesto lleno de reproche. Su encendido discurso había dado un tono más pronunciado a sus mejillas cobrizas—. En cuanto llegué de Inglaterra, Sean me pidió que me casara con él y yo lo rechacé. —Jenna recalcó la última palabra—. Me caso con él siendo ciudadana estadounidense. Así que quiero una tarta que simbolice esto: Sean se casa conmigo libremente y yo me caso con él libremente.

—Entiendo —murmuró Zoey—. Sepa usted que respeto este compromiso con respecto a generaciones de mujeres que jamás estuvieron de acuerdo en casarse.

Jenna la miró. Justo en ese momento, Sally le hizo un discreto «no» categórico con la cabeza. Demasiado tarde.

—¿Qué insinúa usted? —preguntó la clienta.

—Nada. Quiero decir que respeto el compromiso feminista.

—Mis padres ni siquiera están casados —señaló la novia—. Solo mi padre es indio. No quiero demostrar nada a mi familia, si es eso lo que pretende decir.

Zoey sonrió a su pesar. Conocía bien ese tipo de rabia, que se alimenta de la mínima palabra o de la menor expresión inoportuna. Sally, desde detrás del

mostrador, le hizo un gesto para ordenarle que se callara.

—Entiendo —dijo Zoey, con una voz más suave—. Sin embargo, me temo que eso no va a ser posible. No con el presupuesto que hemos hablado. A no ser que nos saltemos una parte del cóctel. —El argumento dio en el clavo. La novia se recolocó en la silla y suspiró—. Fundamentalmente porque nunca estará a la altura de sus expectativas.

—Le parece que quedará *kitsch*, ¿es eso?

—Sí —admitió Zoey.

—Me horroriza lo *kitsch*. Y solo porque soy medio india todo el mundo cree que me gusta el oropel, cuando realmente lo odio.

Zoey evitó señalarle que la mayoría de los invitados considerarían una tarta con forma de estatua de la Libertad completamente *kitsch* y prefirió concentrarse en el menú.

—Entonces nos quedamos con la opción A de cena-cóctel: *Garden party en Londres*. Le pasaré la nota de pedido de los vinos.

Entregó la factura a la pareja, teniendo cuidado de deslizarla entre los dos, de modo que ambos pudieran revisarla. Jenna puso la mano encima y la arrastró hacia sí, sin importarle los esfuerzos desmesurados que hacía su pareja para leer la cantidad.

—¿Por qué aparecen los dos nombres en la factura? —preguntó la novia, levantando una ceja.

—Porque la boda es de los dos —respondió Zoey, sin atreverse a mirar al futuro marido.

—Pero la pago yo —precisó Jenna, bastante seca—. ¿No es así, Sean? —Sean balbuceó una vaga afirmación—. Pues debería estar a mi nombre. Mire usted, tengo por principio jamás depender de nadie. ¿Y por qué tiene que ir antes el nombre de Sean que el mío? Esta mentalidad americana...

Zoey empezaba a irritarse. También le molestaba ver a Sean Richardson encogerse detrás de la mesa mientras su futura esposa seguía con el raudal de críticas.

—Tenemos la costumbre de poner los apellidos por orden alfabético —mintió Zoey, que sabía perfectamente que el error era suyo.

—Ah, por supuesto... Como en el colegio —sonrió la novia, al tiempo que le guiñaba un ojo a su prometido.

Esa mujer parecía pasar de la rabia más iracunda a la complicidad en unos segundos. Zoey lo aprovechó para cambiar de tema.

—¿Han decidido algo sobre las flores? Necesitaría saber si habrá ramos en el

bufé o sencillas composiciones en las mesas.

—Las dos cosas. A mi suegra le encantan las flores. Le he hecho esa concesión, además del vestido que llevaré, que era el suyo.

Zoey rio para sus adentros: «La paradoja de la novia». En la mayoría de las ocasiones afirman que no quieren depender de nadie y no aceptan ninguna propuesta de los demás, pero acaban sacrificándose a los ritos más obsoletos. Todas las novias, independientemente de su clase, tenían ese pequeño lado tradicional que siempre les permitía anclar la boda dentro de un espíritu familiar y comúnmente admitido.

—Mi madre, que no está casada... —empezó Jenna, con la mirada otra vez furibunda.

—Me apunto lo de las flores —la interrumpió Zoey, que no quería oír su opinión sobre la unión libre de sus padres—. Aunque sea usted la única que pague, necesito las dos firmas en la factura. Es una especie de garantía comercial.

Aparentemente, el dinero era una referencia de peso para Jenna Welleba. Empujó la factura hacia su compañero después de haber estampado su rúbrica abajo y lo miró firmar.

—Perfecto —dijo Zoey, mientras recogía el documento—. Les enviaré una copia.

La puerta de la tienda se abrió. Entró Dalton, con una bolsa de deporte descuidadamente cargada a la espalda. Cuando vio que Zoey estaba en plena conversación, se dirigió directamente hacia el mostrador, se sentó en uno de los taburetes de bar y empezó a charlar en voz baja con Sally.

—¿Usted cree que será suficiente? —preguntó Jenna, al tiempo que señalaba con el dedo la larga lista de bocaditos y vasitos que había aceptado diez minutos antes.

—Absolutamente suficiente. Y, si quiere un consejo, preste mucha atención a que los camareros sirvan el alcohol poco a poco. El problema de los cócteles es que la gente bebe demasiado rápido en proporción a lo que come. Algunos invitados a mitad de la celebración ya están en bastante mal estado.

—Eso no me da miedo —respondió Jenna Welleba—. Recuerde que soy inglesa y la mitad de los invitados también. Habrá un grifo de cerveza.

—Por mi parte, los invitados son más moderados —añadió Sean—. Deberías escuchar lo que...

La chica pasó el brazo por debajo del de su futuro marido y sonrió.

—Quizá ya va siendo hora de que vosotros, los americanos, os relajéis un

poco.

Sally estalló en carcajadas detrás de ellos. Zoey comprobó que no tenía nada que ver con la conversación. La blanquísima piel de su amiga había enrojecido, como le pasaba siempre que Dalton se inclinaba por encima del mostrador para susurrarle algo al oído.

—Creo que ya está todo —anunció Zoey.

—Sí. Aún me faltan un montón de detalles que ver, pero estoy contenta de haber cerrado esto.

Jenna se levantó y le tendió la mano a Zoey.

—Hasta dentro de un mes y medio.

—Llámeme si tiene alguna duda.

La novia asintió y salió, remolcando a su prometido, con la boca llena del último canapé que había cogido al vuelo.

Zoey miró a aquella extraña pareja, que pegaba tan poco, cogerse de la mano en la acera y desaparecer por la esquina de la calle. Luego se giró hacia su hermano y su ayudante.

—¿Os importaría mucho ser un poco discretos, es decir, maduros, cuando estoy con clientes?

—Hola, hermana mayor —respondió Dalton, al tiempo que saltaba del taburete y le daba un cariñoso beso—. Te he traído algunas de las cosas que te dejaste en casa de nuestros padres. Tienes que llamar a mamá para decirle que lo he hecho. ¿Vale?

—Ni en broma, Dios me guarde de hablar con mamá durante esta semana.

—Te lo confirmo, está furiosa contigo.

—Imagino que piensa que monté el espectáculo.

—Pues sí... —murmuró Dalton, con una sonrisa encantada en los labios—. Después de tres litros de margarita...

—¡No me hables! Aún tengo náuseas.

Zoey se sentó en un taburete y le entregó el dossier a Sally. Como por milagro, una sombra de brillo de labios había aparecido en los abombados labios de su amiga. Sally tenía dotes de maga en cuestión de maquillaje: nunca nadie la veía retocarse y, sin embargo, siempre estaba perfectamente arreglada. Zoey también sospechaba, con una pizca de deslealtad femenina, que utilizaba lágrimas artificiales. Los ojos de Sally siempre parecían estar húmedos y brillantes, lo que le daba un aspecto encantador. De no haber sido su amiga, probablemente la detestaría.

—Creía que Jenna Welleba no callaría nunca —dijo Sally.

—Pues yo he pensado que iba a hablar de lo simbólico del canapé en la lucha por la emancipación de las mujeres...

—¿Siempre son tan inaguantables? —preguntó Dalton.

—No son inaguantables, sino más bien quisquillosas. Esta caminará por el pasillo de la iglesia con el vestido de su suegra y llorará en el momento del intercambio de las alianzas.

—Pues tal y como es el personaje, ya me extrañaría.

—Créeme. Nunca se proclama la independencia con tanta elocuencia como cuando alguien toma la decisión de casarse. Eso se llama autopersuasión. Un individuo realmente independiente no se plantea el matrimonio.

—A quién se lo vas a decir...

Zoey despeinó un poco más el pelo de su hermano, con un gesto lleno de fingida ternura.

—Ya sabes que odio eso —refunfuñó Dalton.

—¿El matrimonio?

—Que me toquen el pelo. El matrimonio también.

—Ya volveremos a hablar cuando nos traigas a una perfecta heredera rubia y muy sonrosada...

—¿Por qué rubia?

Zoey lanzó una discreta mirada a Sally.

—O a una irlandesa. A mamá le gustaría tanto...

—Sí, ya se sabe, los italianos sueñan con casar a sus hijos con irlandesas —dijo burlonamente Dalton—. También a papá le encantaría que perpetuaran un poco su sangre celta.

—Pues yo creo que a papá le importa un bledo que nos casemos o no, siempre que seamos felices.

Dalton rio.

—Tú te olvidas de que nuestro querido viejo lleva viviendo treinta y cinco años con mamá. No subestimes la influencia de quien te trajo al mundo. De cualquier modo, lo mejor para mamá sería que nos casáramos con alguien que ella conozca. —Dalton se pasó la lengua por los labios y sonrió de nuevo—. Por cierto, ¿alguna noticia de Adrian?

«Un día te mataré, Dalton», pensó Zoey, y fue a darle una discreta patada, pero resbaló sobre la tibia y golpeó con el dedo gordo del pie el metal del taburete.

—No, ninguna —contestó, reprimiendo una mueca de dolor—. Pero lo vimos hace tres días.

—Sí, en efecto, lo vimos —repuso Dalton, con un tono exageradamente serio. Zoey miró implorante a Sally. La ayudante releía el dossier Richardson-Welleba tomando notas en un cuaderno. Esa era su mejor estrategia cuando no quería participar en una conversación. Zoey se fijó en que se estaba mordiendo el labio inferior—. Lo vimos —repitió Dalton, alentado por el hecho de que su hermana volviera la cabeza—. Al irse a la cama y al despertarse. Como si formara parte de la familia.

—Dalton, yo...

—¿Y qué? —susurró Sally. Su susurro en realidad parecía un silbido. Dalton cruzó los brazos encima del mostrador, con una expresión irónica y expectante a la vez—. ¿Y qué si Zoey lo vio al acostarse y al levantarse? Son adultos, ¿no? Hacen lo que les da la gana.

—Lejos de mí la idea de censurar lo que sea —respondió Dalton, un poco picado por el tono de Sally.

—A la única persona a la que habría que censurar aquí es a ti, Dalton —replicó Sally, que había levantado la cabeza—. Zoey sabe perfectamente lo que hace —añadió.

—Pues sería la primera vez —protestó Dalton.

—Mejor harías ocupándote de tus asuntos en lugar de ir a husmear en los de los demás.

—¿Pensáis pelearos cada vez que os veáis? —intervino Zoey, consciente de que estaba en el sitio que Sally había ocupado entre Adrian y ella.

—Realmente, sería una pena —contestó Dalton—. Quería invitaros a las dos esta noche.

—¿Invitarnos? ¿Por qué?

—Por nada, ¡para que os relajéis un poco antes de la gran noche! Josh lleva una semana trabajando de barman en el Raines Law Room. Le alegrará vernos y los cócteles merecen la pena.

Josh era el mejor amigo de Dalton. Había terminado la carrera al mismo tiempo que él, pero, al contrario que el hermano de Zoey, se había tomado un año para pensar qué hacer antes de que lo contratara algún bufete de abogados. Era un chico brillante y además tenía un cierto encanto. Zoey vio inmediatamente la oportunidad de presentárselo a Sally, para que a esta se le quitara de la cabeza su hermano, ya que su hermano no estaba interesado en ella. Entonces, a lo mejor podrían hablarse normalmente. A Zoey no le apetecía nada que su mejor amiga y su hermano pequeño tuvieran una bronca cada vez que se veían.

—¿Sigue soltero Josh? —preguntó Zoey.

—Libre como el aire. Aquella española le rompió el corazón, ya sabes...

—El corazón roto... —murmuró Zoey, levantando los ojos al cielo.

—Roto en mil pedazos —respondió Dalton—. Por supuesto, para entender eso sería necesario que alguna de vosotras tuviera uno.

—¿Y ahora qué quieres decir? —gritó Sally.

—¡Ya está bien! —exclamó Zoey—. Ya estoy harta de veros a los dos reír como locos y un minuto después reñir como el perro y el gato. —Se giró hacia su hermano—. Recuerda que tú invitas.

—Por eso no te preocupes, mi querida hermana mayor. Después del tercer vaso, generalmente eres tú la que pierde la memoria. —Antes de que Zoey pudiera responderle o volver a darle un golpe, Dalton saltó del taburete y añadió —: Esta noche en el Raines Law Room. ¿A las nueve?

—Es en Chelsea, ¿no? —preguntó Sally.

—Sí.

—A las ocho y media —respondió con tono autoritario.

Zoey se encogió de hombros. No entendía nada de lo que pasaba entre los dos. A decir verdad, en ese momento le importaba un bledo. Ya lamentaba haber aceptado la invitación; estaba cansada y le angustiaba la idea de no superar la gran prueba del sábado. Una vez que Dalton salió por la puerta, Sally guardó el dossier con los demás, debajo del mostrador, y se pasó instintivamente la mano por el pelo.

—¿Es majo ese Josh? —preguntó.

—Bastante atractivo. Aunque amigo de Dalton... —Zoey se dio cuenta de que estaba vendiendo muy mal al tipo que tenía planeado presentar a su amiga. Durante un instante, pensó en cómo podría transformar a Josh, el mejor amigo de su hermano y su compañero de juergas, en un hombre que pudiera interesar a Sally—. Pero mucho mejor. Más serio. De verdad, no es para nada de la misma calaña. ¡Y brillante!

—Ya entiendo... ¿Te interesa?

Zoey soltó un gemido de desesperación.

—No busco todos mis ligues en el entorno familiar, ¿vale?

—No —respondió Sally con un gesto extraño, entre la broma y el reproche—. Realmente no.

—Es el mejor amigo de mi hermano menor. La primera vez que Dalton lo trajo a casa de la universidad, jugaron a ver quién bebía más cerveza sin respirar.

—Encantador... ¡Muy apetecible!

—Pero de eso hace ya mucho tiempo —rectificó Zoey—. Josh ha cambiado un montón.

—Sí, ahora prepara cócteles... ¡Menuda evolución! —Sally rio abiertamente—. ¿Nos vemos allí?

—Sí, me apetece mucho. No sé si seré puntual —respondió Zoey.

Ni siquiera estaba segura de conseguir levantarse del asiento para cerrar la tienda y subir a darse una ducha.

—¿En serio? —replicó Sally, antes de marcharse discretamente.

Zoey bajó del taburete y se dio un masaje en el cuello; le dolía después de pasar la mañana revisando notas y los diversos pedidos en curso.

Sally no podía imaginar el esfuerzo que tendría que hacer para salir de su casa, después de arrellanarse en el sofá, como acostumbraba, con Sushi en el regazo, y mostrarse divertida y sonriente con Josh y Dalton.

Zoey ya ni se acordaba de la última vez que Sally, Dalton y ella habían salido juntos. Desde hacía dos años, tenía tendencia a ser más casera.

«Incluso solitaria».

Sally salía mucho. Por algún motivo que nunca le había dicho, a la entusiasta pelirroja no le interesaba tanto su vida privada como su vida profesional. Salía con hombres que Zoey nunca veía y aseguraba que quería quedarse soltera. El modo en que manejaba las relaciones sentimentales fascinaba a Zoey. Sally no cargaba con convencionalismos sociales ni con remordimientos superfluos, en cambio Zoey había conseguido arrepentirse de las pocas historias —generalmente de una noche— que había tenido después de Spencer.

En ese aspecto Sally y Dalton se parecían sorprendentemente. La misma distancia, la misma insociabilidad tranquila. Por otra parte, los dos congeniaban muy bien para salir de juerga, pero nunca habían mantenido una relación de amistad al margen de los ratos, escasos desde hacía un tiempo, que compartían con Zoey.

No obstante, Zoey creía que, últimamente, Sally había cambiado. El modo en que miraba a su hermano y los secretos sobre su vida sentimental, que afirmaba estar en punto muerto cuando Zoey insistía en saber, le preocupaban.

Sally parecía desengañada, menos apasionada.

«Más reservada», pensó Zoey, mirando cómo el pelo rizado y pelirrojo de Sally se bamboleaba mientras se apresuraba a marcharse para arreglarse.

La idea de devolverle un favor a su amiga le dio valor para ordenar un poco la tienda antes de subir a su casa.

Después de todo, podría haber un flechazo entre Sally y Josh, y eso sería

bueno para todo el mundo salvo, quizá, para el ego de Dalton.

«Eso no le vendría mal», decidió Zoey, mientras empujaba la puerta de su casa.

De todos modos, no tenía tiempo para darle vueltas al tema, tan recurrente, del presuntuoso ego de su adorable hermanito. Otro problema la absorbía: por supuesto, no tenía nada que ponerse.

Las chicas buenas no provocan trifulcas

Zoey llegó a la entrada del bar con más de veinte minutos de retraso. Se había esforzado poniéndose unas bailarinas para darles un toque más distinguido a los vaqueros en tejido sin tratar y el top negro escotado que destacaba sus generosas formas. Hacía tanto tiempo que no salía que se sentía infinitamente desfasada y anticuada cuando se cruzaba con chicas que iban a la última.

«De auténtico perfil de Instagram», habría dicho Sally.

Zoey se había peinado rápidamente, sujetándose dos trenzas flojas en la nuca, pero ya se le escapaban unos mechones. En una bandolera de cuero llevaba el cuaderno de notas, del que nunca se separaba, el móvil y los restos de una cartera que hacía ya tiempo había pasado a mejor vida.

Conocía el Raines Law Room: allí había asistido a varios conciertos de jazz en la época en la que estaba con Spencer. No obstante, no era con él con quien más había frecuentado ese local, sino con Adrian.

Apartó la cortina que ocultaba la puerta del bar. Le encantaba la decoración, unos grandes sofás, sillones de cuero, una amplia biblioteca donde se mezclaban libros y botellas... A aquella hora, entre semana, no había mucha gente: dos parejas cómodamente instaladas en un reservado, un hombre solo en el bar y un grupito de jóvenes que evidentemente salían de la oficina, todos con traje y camisa blanca.

Mientras buscaba a Dalton y a Sally vio a Josh, que salía de la trastienda de detrás de la barra. Hacía un año que no lo veía y su intuición no le había fallado en absoluto. Había madurado. El estudiante juerguista, con un corte de pelo imposible y unas camisetas tan absurdas como las de su hermano —una de ellas proclamaba *Free hugs* en la parte delantera y *Thank me, babe*, en la espalda—, se había convertido en un joven recién afeitado, con un pelo castaño corto, vestido con una camisa de color verde oscuro perfectamente a juego con la decoración de madera oscura del bar.

Josh le sonrió. También su cara había adquirido madurez. Los ojos grises, profundos y reflexivos, detrás de las gafas le daban un airecillo serio y melancólico. Pero su sonrisa seguía siendo atractiva.

Zoey se inclinó por encima de la barra para darle un beso en la mejilla.

—¡Hey, Zoey! —dijo Josh alegremente—. ¿Vienes a visitar a los trabajadores nocturnos?

—Ha sido el principal argumento de Dalton para sacarme de casa —respondió ella—. ¿Cómo te va?

—Muy bien. Como ves, estoy experimentando la vida real antes de vender mi alma.

—No estoy segura de que servir cócteles con cantidades ofensivas de alcohol te garantice el paraíso, Josh.

—No, pero me proporciona un anticipo. ¿Qué te pongo?

—¿Qué me ofreces? Paga Dalton.

—Uy, uy —dijo Josh, divertido—. Algo quiere que le perdones. Puedo ofrecerte los combinados de la barman o uno de los míos. Te advierto que los míos son experimentos.

—Pues me vale un experimento.

—Me parece que te gusta el limón.

Zoey esbozó una sonrisa. Josh era de la clase de hombres especialmente atentos con los demás, capaz de recordar el menor detalle que concernía a las personas que apreciaba, aunque solo fuera un poco, lo que no siempre sucedía. Cuando alguien no le caía bien, se cerraba en banda.

Entonces Zoey comprendió por qué había querido probar ese difícil oficio, en el que las relaciones humanas son casi tan importantes como la rapidez y la creatividad. Debía de ser consciente de que esa actitud no sería viable en el duro y competitivo mundo de los abogados.

En ese aspecto, era exactamente lo opuesto a Dalton. A su hermano todo le resultaba fácil socialmente. Su madre los había educado a los dos en ese sentido, pero ella se había rebelado en un momento dado y se había negado pura y simplemente a exigirse ser amable con las personas que no soportaba. En los ambientes sociales, el humor de su hermano era irresistible, al alcance de todos y sutil a la vez. También sabía callarse en el momento oportuno, al contrario que ella.

Josh desapareció en la trastienda. Cuando volvió, dejó un elegante vaso delante de Zoey.

—Ron añejo, limón, jengibre, cáscara confitada de cereza y *chartreuse*.

—¿Cáscara confitada de cereza? —se sorprendió Zoey, al tiempo que se llevaba el cóctel a la boca—. ¡Josh! ¡Está delicioso!

—Tendría que haberle añadido un poco de paprika, como hago habitualmente, pero he recordado que no te gusta demasiado. Parece ser que, últimamente, prefieres el curry.

—Las noticias vuelan —masculló Zoey entre dientes.

—Ya sabes que a Dalton le encanta contar lo que ocurre en su familia. No pasa nada, adoro lo que haces. A mí me habría gustado llenar de salsa barbacoa al asqueroso tío con el que se fue mi ex.

—¿Salsa barbacoa?

—Industrial. Soy de clase media.

Un cliente hizo un gesto discreto desde el extremo del bar. Josh se excusó con Zoey y puso cara de pena por cortar la conversación.

—No te preocupes —lo tranquilizó Zoey—. Tengo que encontrar a los demás.

—Están allí, en aquel lado.

Zoey cogió su vaso y fue en busca de Dalton y Sally. Cruzó la zona principal y los encontró en unos sofás azules, en un reservado delimitado por unos pesados cortinones, sentados uno al lado del otro.

Cuando se acercó, Sally le dirigió una sonrisa crispada.

Adrian estaba sentado frente a ellos, a pocos centímetros de una chica de una belleza deslumbrante con el pelo recogido hacia atrás, lo que hacía destacar su piel mate y la finura de sus rasgos.

Zoey dejó el vaso en la mesa. No le apetecía nada hablar con Adrian y aún menos verlo ligar delante de sus narices con una chica que se acercaba a la perfección, algo que era capaz de hacer para provocar. Se fijó, no sin un pizca de cinismo, en que Adrian había apoyado el brazo en el respaldo del sofá, detrás de la desconocida.

—Veo que ya te has abastecido —dijo Dalton.

Se movió hacia Sally en el sofá para dejarle sitio. Zoey se encastró allí, metiendo lo máximo posible el culo, con miedo a tirar los vasos de paso.

Un incómodo silencio se cernió sobre ellos, mientras Zoey se derrumbaba en los cojines. Dalton estaba concentrado en la degustación de un complicado cóctel de un bonito color ambarino, en el que flotaban minúsculas miguitas negras. Sally, que siempre había tenido un gusto muy sencillo en materia de alcohol, metía la nariz en una pinta de cerveza. Se había puesto de punta en blanco: un minivestido de color ocre que iba de maravilla con las sandalias de tacón cobrizas. No había nadie como ella para atreverse a combinar semejantes

colores con esa mata de pelo resplandeciente, suelta sobre los hombros desnudos.

—Lo he apuntado en tu cuenta —respondió Zoey a su hermano.

Lanzó una sonrisa a Adrian y luego miró a su compañera, quien también la observaba impasible.

—Hola, soy Zoey.

La estatua se permitió una sonrisita y le tendió la mano, al tiempo que susurraba un suave «Hola». Su ligero acento era perfectamente acorde con su apariencia. Aún peor, todavía le daba más *sex-appeal*. Adrian levantó el brazo del respaldo del sofá y cogió su vaso, como si de pronto le asaltara un hormiguelo.

—Soy Marianita. He oído hablar mucho de ti.

Marianita se volvió hacia Adrian y le dirigió una mirada cómplice.

—Yo también —mintió Zoey, acentuando su rictus más hipócrita.

—Entonces debes de saber que Marianita estará el sábado en el consulado de Brasil —intervino Dalton, muy malicioso siempre en esa clase de situaciones.

Zoey se abstuvo de responder.

—Tienes una empresa de *catering*, ¿no es así? —preguntó Marianita.

—Sí y tú eres...

Evitó decir: «el trofeo que Adrian llevará para exhibirlo con su piano».

—Yo cantaré esa noche —respondió la chica.

—Marianita y yo trabajamos juntos en Río —explicó Adrian, nervioso.

De pronto, Zoey se dio cuenta de que nunca había mencionado el nombre de la cantante que lo acompañaría. Se había limitado a decir que era una brasileña que vivía en Nueva York y que «tenía una voz que armonizaba con su música». Zoey se había cuidado mucho de preguntarle nada más, por la sencilla razón de que ese tema no le interesaba en absoluto y además Adrian siempre era muy discreto con respecto a sus esporádicas conquistas. Por otra parte, siempre había asegurado que evitaba cualquier tipo de relación con alguien de su ámbito profesional. Lo que parecía muy sensato, en vista de la facilidad con la que se quitaba de encima a todas las mujeres con las que tenía algo parecido a una relación.

—El azar siempre hace bien las cosas —comentó Zoey.

—Pero no estamos aquí por casualidad —respondió Adrian—. Me parece que Dalton nos invitó. Esto suena a anuncio de algo, ¿no?

—¡Siempre tan clarividente! —repuso Dalton sonriendo—. Efectivamente, efectivamente... Esta mañana he firmado el contrato definitivo con Mansfield,

Hanson & Wurd.

—¡Enhorabuena, hermanito! —exclamó Zoey, al tiempo que levantaba el vaso y pensaba qué tenía que ver Marianita con ese acontecimiento. No era nada sorprendente, ¡pero merecía la pena celebrarlo!

—Gracias —respondió Dalton.

—Enhorabuena —susurró también Marianita.

Se inclinó para darle un beso, dejando de paso al descubierto un escote que a su lado el de Zoey parecía de interna de colegio de monjas.

En el tiempo que tardó en volver a sentarse, Zoey y Sally pudieron intercambiar una larga mirada elocuente.

—Ya no os molesto más —dijo Marianita—. Tendréis ganas de celebrarlo en familia. Solo he venido a saludar.

—Le di la dirección del bar a Marianita porque estaba buscando un local para traer a los primeros invitados que han llegado de Brasil a tomar una copa — señaló Adrian—. Así teníamos la oportunidad de volver a vernos antes de los ensayos y de añadir algunos detalles a nuestra actuación.

La imagen de Adrian y de la belleza brasileña enrollándose en el reservado dejó entrever a Zoey lo que podía querer decir «algunos detalles».

Si había algo que la cantante podría haber llevado a aquella cita profesional, debería haber sido un sujetador.

—Veo que ya han llegado algunos de mis amigos —ronroneó Marianita, mientras se levantaba—. Me ha encantado conocerlos.

Lanzó un beso en general y, con un paso tan triunfal como le permitía su atuendo, se dirigió hacia el fondo de la sala. Adrian la observó alejarse con una sonrisa de satisfacción en los labios.

—Simpática —señaló Zoey.

—Esa no es la primera palabra que me viene a la cabeza —respondió Adrian—. También tiene mucho talento.

Dalton sonrió, pero se abstuvo de hacer ningún comentario, lo que sorprendió a Zoey. Estaba mirando fijamente a Adrian, con aspecto serio, como si también él intentara adivinar lo que su amigo de la infancia sentía en ese preciso instante.

—¿Otra copa? —propuso Dalton de pronto.

Como todos asintieron, se levantó para pedírselas a Josh.

—¿Todo bien, Zoey? —preguntó Adrian.

—Sí, ¿por qué?

El tono de Zoey al contestar había sonado excesivamente agresivo. Después de todo, si Adrian se acostaba con una de sus cantantes, no era problema de ella.

Le traía sin cuidado, aunque hubiera preferido que ese tipo de cosas se las anunciase antes y de otro modo.

—Pareces nerviosa. ¿Angustiada por el sábado?

Su voz era tranquila y suave. Y volvió a verlo tal y como era casi siempre con ella, atento y preocupado.

—Un poco —admitió Zoey, bajando la guardia.

—Estoy seguro de que todo saldrá bien. Al fin y al cabo, si aguantan mi música, aceptarán tu cocina.

Zoey sonrió.

—En el peor de los casos, Marianita podrá hacerles un paso de baile —respondió.

Adrian frunció el ceño, sin que Zoey comprendiera por qué. Siempre hacían esa clase de bromas absurdas.

—Marianita es cantante —precisó Adrian—. No una bailarina de cabaré.

—Estaba bromeando.

—Pues esa broma me parece sexista e inapropiada.

Zoey sintió que se le encendían las mejillas.

—¿A ti te parece una broma inapropiada?

—Y sexista —insistió Adrian.

—Pues es la primera vez que me echas una bronca por esta clase de bromas que, generalmente, te encantan.

—Quizá las personas cambian. —Zoey quiso utilizar a Sally de testigo, pero su amiga tenía la cabeza vuelta ostensiblemente hacia la pared, perdida en sus pensamientos—. Quizá hace algún tiempo me di cuenta de que yo también era sexista —siguió Adrian.

—E inapropiado —añadió Zoey, con una sonrisa punzante.

—Quizá el comportamiento de algunas personas ha hecho que lo comprenda recientemente.

Se miraron un instante en silencio, hasta que Dalton los interrumpió, sentándose entre su hermana y Sally.

—Entonces, quizá deberías advertir a esas personas —respondió Zoey.

—Quizá no me apetece hablar de eso con esas personas —replicó Adrian—. Eso es algo que tú puedes entender, creo... Tú, la reina del *de eso no se habla*.

Era completamente miserable. El apodo que le había puesto su antiguo novio de la universidad estaba de más en aquella conversación. Adrian debía de estar realmente contra las cuerdas para utilizar unos métodos tan mezquinos e injustos.

—Quizá algunas personas prefieran no decir nada antes que expresar continuamente lo contrario de lo que piensan —masculló Zoey entre dientes.

—Quizá también algunas personas expresarían lo que sienten si tuvieran un poco de capacidad de comunicación. Por ejemplo, si no estuvieran atadas por un estúpido pacto.

Zoey miró intensamente a su amigo. ¿De qué estaba hablando? Adrian tenía una percepción muy personal de las relaciones sentimentales, aunque, en la práctica, se pareciera mucho a la de Dalton y Sally.

Nunca mantenía una relación larga. Aunque también era más prudente que sus dos amigos. Mientras Dalton y Sally rechazaban la tibieza de una pareja convencional, él ni se tomaba la molestia de teorizar.

Zoey nunca lo había visto enamorado. Se limitaba a soltar de vez en cuando unas pullas deliciosas y divertidas a las chicas que le gustaban con las que quería acostarse, sin preocuparse por los preámbulos.

De los cuatro amigos, él siempre había sido el más suelto, el más discreto y el menos convencido. Oírle hablar de un pacto cuando menos resultaba sorprendente. Sin embargo, la palabra cosquilleaba la memoria de Zoey. Debían de haber comentado algo sobre eso en algún momento.

«¡El pacto de no relación!».

¡Por supuesto!

El recuerdo apareció claro.

Siendo Adrian y ella estudiantes, una noche, cuando regresaban a casa de sus padres un poco piripis, durante un fin de semana de reencuentros especialmente festivo, las cosas estuvieron a punto de escapárseles de las manos. Entonces decidieron sellar un pacto: pasara lo que pasase, ellos nunca mantendrían una relación sentimental, por mucho que aún estuvieran tirados al cumplir los treinta.

«Lo único que ganaríamos con eso sería estropear nuestra amistad», dijo Adrian.

En aquella época, Zoey había estado completamente de acuerdo.

«Y además, ya nadie está tirado a los treinta. ¡La fecha límite se ha retrasado muchísimo!».

En ese momento, cuando Zoey ya había cumplido treinta y un años, sabía que eso no era del todo cierto. La mayoría de sus amigos y conocidos estaban en pareja. A menudo, las invitaban a Sally y a ella a unas fiestas en las que debían desplegar toneladas de diplomacia para no verse en medio de largas y aburridas conversaciones sobre la organización de un bufé o la elección del vestido ideal, cuando no se veían emparejadas a la fuerza con los dos únicos solteros

masculinos de la fiesta.

—¿Un pacto? —repitió Zoey.

Estaba indignada con Adrian. Esa conversación tendrían que haberla mantenido en otro lugar y en privado.

Adrian era incapaz de comportarse con el mínimo pudor que se esperaba de un amigo o de un enamorado. O de un amante, daba igual cómo llamar a esa persona con la que habías sellado un pacto recién pasada la adolescencia y con la que, probablemente, te habías acostado tres días antes.

—Una maravillosa imagen del amor, Adrian —añadió Zoey, frente a su silencio—. ¿Qué clase de pacto se firma en una relación?

Incluso en el colmo de la exasperación, Zoey presentía que su mala fe quedaría recalcada e inmediatamente derribada.

—Técnicamente hay un montón de pactos —intervino Dalton—. Todas las relaciones se apoyan en pactos.

Zoey podría haber apostado que el contraataque vendría de Dalton, al que le encantaba soltar peroratas sobre los errores de definición.

—¿Y eso quién lo dice, el abogado o el tipo que nunca ha conseguido desayunar dos veces seguidas con la misma persona? —soltó Zoey a su hermano.

Dalton se hundió en el sofá sin sonreír y con el ceño fruncido.

—Eh, tranquila —murmuró Dalton—. Lo único que hacía era rectificar un error.

—Esta conversación se está volviendo inaguantable —gimió Sally, a la que el tono mordaz de sus amigos había sacado de sus pensamientos—. ¿No podríamos tener la fiesta en paz?

—Si molesto a alguien, puedo ir a la mesa de los brasileños —señaló Adrian.

—Pues claro que no, tú no molestas a nadie —contestó Zoey suspirando—. Sally tiene razón, hemos venido a celebrar el inicio de la brillante carrera de mi hermanito. Dime, ¿es esa la mesa de los brasileños?

Sally debía de haber tenido la misma visión, porque una amplia sonrisa se abrió en su rostro. Cuatro chicos entraban en el bar. Zoey apenas pudo reprimir un chasquido con la boca.

—Si yo hubiera hecho eso, me habría ganado el sermón de mi vida sobre el modo de tratar a las personas —refunfuñó Dalton—. Las chicas no son pedazos de carne.

—Si tú hubieras hecho eso, yo habría estado muy ocupada llamando a mamá para anunciarle que habías salido del armario —respondió Zoey, sin apartar la

mirada del grupo que caminaba hacia el fondo de la sala.

—Ay, mira quién... —murmuró Sally, haciendo un gesto a Zoey.

Matthew Ziegler acababa de pasar por la puerta después del grupo. Entrecerró los ojos, sacó un estuche del bolsillo de su pantalón vaquero y se puso unas elegantes gafas de carey para mirar a su alrededor.

—Es absolutamente sexi —susurró Sally.

—O sencillamente miope —respondió Zoey. Aunque había que admitir que ese tipo alto, de aspecto perfecto, que se calzaba las gafas con pinta titubeante tenía realmente algo muy atractivo—. Me pregunto qué hará aquí. Seguro que ha venido por casualidad —añadió con ironía.

Sally se encogió de hombros.

—¡Te juro que yo no tengo nada que ver con esto! Te dijo que conocía a bastante gente del consulado, ¿no?

—Lo cual no quiere decir a toda la comunidad brasileña de Nueva York.

Las dos chicas se callaron repentinamente. Matthew Ziegler había llegado a la altura del reservado y acababa de darse cuenta de que estaban allí. Se acercó hacia ellos y tendió la mano a Dalton.

—¿Qué tal, Dalton? ¿Cómo va todo?

—Todo bien, Matthew. ¡Me alegro de verte! ¿Qué haces aquí?

—He venido a tomar una copa con unos amigos músicos. El grupo de cariocas del que te hablé.

Zoey miró a su hermano, una vez más sorprendida por la facilidad que tenía Dalton para entablar relación con todo el mundo. Debía de haber charlado con Matthew durante el aniversario de boda.

Luego Matthew la saludó a ella, sin tenderle la mano. Zoey quiso decir algo, pero se quedó sentada delante de él, levantando exageradamente la cabeza para mirarlo, muda y estúpida.

—Buenas noches, Sally —siguió Matthew, sin parecer ofendido por la grosería de Zoey.

Sally respondió con una risita cristalina y se pasó la mano por el pelo. Zoey sintió un cierto alivio al verla comportarse tan tontamente como ella, con volumen añadido.

—Hola, Matthew. Me gustó mucho tu última crítica.

Zoey se esforzó para no reírse. Evidentemente su amiga, boquiabierta y con las mejillas ligeramente enrojecidas, debía de haberse dado cuenta del lugar común que acababa de utilizar. Sin embargo, Matthew Ziegler pareció apreciar su comentario.

—¿De verdad? —respondió.

—Yo también creo que la cocina vietnamita es la gran tendencia del momento, pero que, en ocasiones, merecería volver a sus fundamentos.

Zoey se quedó atónita. ¿Matthew Ziegler escribía semejantes banalidades?

—Eso no es exactamente lo que decía —murmuró, con un tono un poco condescendiente—. No obstante, la idea es esa. Es el problema de las tendencias gastronómicas. El deseo de innovar supera a menudo el de tender hacia una cocina de sabores armoniosos. Lo que no evita desviarla de sus fundamentos.

Sally rio de nuevo. Una sonrisa sarcástica se dibujó en la cara de Adrian.

—Evidentemente tú lo expresabas mejor que yo —dijo Sally, coqueteando.

Zoey le lanzó una mirada de reproche. ¿También iba a proponerle limpiarle los zapatos y cargar con su bolsa?

—Cada uno tiene su oficio —contestó Matthew Ziegler, con tono divertido—. Vosotras creáis, yo critico.

—Pero esa es una posición más cómoda —intervino Zoey.

¿De verdad había dicho eso al tipo que iba a probar su cocina tres días más tarde y quizá a firmar su partida de defunción profesional?

—Si se considera que conseguir que te odien una de cada dos veces tiene algo de cómodo, entonces sí.

—No necesariamente tienes que conseguir que te odien —señaló Zoey.

—Eso es verdad. Ahora bien, hablo muy poco de restaurantes que no me parecen a la altura. Aunque quizá debería. Gracias a que nosotros, los críticos, denunciemos las supercherías culinarias que florecen en una ciudad como Nueva York, las estructuras de menor tamaño pueden crecer. —El crítico se interrumpió un instante, mostrando unos dientes blancos en una sonrisa llena de ironía—. Imagino que no tendrás nada en contra de ese principio.

Zoey calmó la oleada de rabia que le subía lentamente desde el estómago y le devolvió su más irónica expresión.

—Hasta ahora, las estructuras de menor tamaño han conseguido crecer perfectamente sin los críticos. Pero aplaudo tu sentido del compromiso.

—Ese es, efectivamente, uno de mis puntos fuertes. —Su voz había sido menos amistosa. Zoey percibió en ella una inflexión seca, casi dura—. Me están esperando. Me ha encantado volver a veros —dijo, a pesar de todo, con un tono ceremonioso—. Dalton, hasta pronto. Sally, Zoey, hasta el sábado.

Cuando Matthew se fue, Adrian emitió un sonido gutural.

—Ese tío es más tieso que un palo y está al límite de la falta de educación.

—No sé si recuerdas la fiesta del sábado pasado, esa en la que tú no fuiste

muy amable con Tina —respondió Dalton.

—¿Y? ¿Qué tiene eso de raro?

—Tina fue la que lo invitó.

—Gracias, Tina —murmuró Zoey, levantando la mirada al cielo.

Sally no decía nada, pero miraba a su amiga con cara de furia.

—¿Qué? —saltó Zoey—. ¡He hablado con él!

—Ya lo creo —respondió Sally, casi entre dientes.

—¿Quizá no he sido bastante empalagosa?

Sally, con el rostro tenso de desesperación, fulminó con sus ojos verdes a su amiga.

—Te recuerdo que hago verdaderos esfuerzos para dar a conocer mejor Zoey's Kitchen y tú has estado a punto de echarlo todo a perder con tres frases... De verdad, Zoey...

El tono de sermoneo de Sally acabó por enfurecerla. Ya estaba harta de los consejos y reproches sobre el modo en que manejaba su vida y su trabajo. Todo el mundo le hablaba como si debiera mejorar permanentemente. Su madre, Dalton, Sally...

—Te recuerdo que yo he creado Zoey's Kitchen, de manera que no necesito recibir lecciones.

El tiro dio en el blanco. Sally abrió los ojos. Zoey lo lamentó inmediatamente. Nunca había hablado así a su amiga. Jamás la había hecho sentirse como su ayudante. Ni siquiera sabía por qué estaba tan furiosa ni si esa rabia iba dirigida contra Adrian o contra Matthew Ziegler. O contra Sally. O sencillamente contra sí misma, por haberse mostrado tan grosera y estúpidamente reivindicativa.

—Creo que ya es hora de que me marche —dijo Sally, fríamente—. Mañana tengo que madrugar.

Antes de que Zoey pudiera responderle o al menos escuchar la voz interior que le suplicaba que retuviera a su amiga y se disculpara, Sally ya había desaparecido.

Dalton silbó dos notas agudas, de esas que expresan una admiración forzada.

—Perfecto, Zoey. Maravilloso.

—Tú no te metas.

—¿Y si no qué? ¿Me humillarás en público? —Dalton dio un trago al cóctel con el ceño fruncido—. No sé qué te pasa, Zoey, pero estás realmente insoportable.

—Déjala, Dalton —dijo Adrian—. Todos estamos muy nerviosos.

—El papel de pacificador no va contigo, amigo —respondió Dalton.

Zoey notó que un tic nervioso le movía el párpado, señal de que su hermano estaba furioso, lo que no ocurría a menudo.

—No dispaes al mensajero, tío —gruñó Adrian—. Yo no tengo nada que ver con todo esto.

—¿De verdad? Pero así es desde siempre, ¿no? Tú nunca has tenido nada que ver con nada. Como cuando éramos pequeños y os picabais el uno al otro para pasaros más.

—¿Vas a reprocharme lo que hice cuando tenía doce años, Dalton? ¿De verdad quieres que recordemos quién hace qué en perjuicio de los demás?

—Sabes muy bien de qué hablo.

Los dos chicos se desafiaron con la mirada en silencio.

—¿Y de qué hablas? —preguntó Zoey.

Inmediatamente lamentó haber soltado la pregunta. Dalton apretó un poco más la mandíbula, sin apartar los ojos de Adrian.

—Solo digo que Adrian debería elegir sus zonas de juego... menos próximas, si no es capaz de asumirlas.

Zoey no creía lo que estaba oyendo. Su hermano jugando al machito. Él, que siempre se había reído como un loco cuando ella le pedía ayuda.

—A priori, no te necesito para manejar mi vida —respondió Adrian, con un destello desagradable en los ojos.

—Sí, Dalton, tú métete en tus asuntos —echó más leña al fuego Zoey.

—Pues ya me gustaría —contestó Dalton—. El problema es que vosotros metéis a todo el mundo en vuestros asuntos. Ya es hora de que salgáis de la adolescencia. Por mucho que me fastidie reconocerlo, algunas veces mamá tiene razón...

Zoey apretó la mandíbula. Ese era un golpe bajo, poco digno de su hermano.

—Efectivamente —susurró Zoey, ácida—. Adrian y yo somos adolescentes. Entonces, deberías pensar en qué lugar te coloca eso a ti, que vas pisándonos los talones desde hace años. Con esto, yo también os dejo. El toque de queda ha sonado hace mucho rato.

Se levantó y agarró el bolso.

—Me tienes acostumbrado a mejores respuestas —replicó Dalton con rabia.

—Seguro, pero como tú bien dices, mamá tiene razón: soy decepcionante.

Cruzó la sala con los puños apretados en la correa del bolso y salió.

Una vez en la calle, el viento tibio en el calor sofocante de la noche de verano le agarró la garganta. Zoey tuvo que detenerse en la acera.

¿Cómo había podido hablarles así a su hermano y a sus mejores amigos?

Definitivamente algo no iba bien. Pocas veces la engañaba su intuición y, por lo general, la rabia llegaba al mismo tiempo que las dudas. Estaba resentida con ellos, pero ¿por qué?

Desde hacía dos años, todos se habían distanciado. Zoey se había acostumbrado de tal manera a la soledad que a veces se sentía extraña dentro de su propio círculo.

—Pobre idiota —murmuró.

—Pobre no sé —le respondió una voz divertida detrás de ella. Zoey se giró y se dio de bruces con Matthew Ziegler, que se quitaba las gafas y las guardaba minuciosamente en su estuche—. Idiota, no me das esa impresión. ¿Te acompaño?

—Realmente no estoy de humor —gruñó Zoey.

—Pues pareces alterada.

—Y tú tienes el don de cruzarte en mi camino cada vez que lo estoy...

—¡Espero que estés menos borracha que el otro día! De todos modos, aunque insistas, no aceptaré una última copa. Ya aprendí la lección.

Zoey titubeó. La idea de regresar sola a casa dando vueltas a aquella espantosa noche no le apetecía en absoluto.

—No me apetece mucho hablar —se oyó responder a sí misma con una voz ronca.

—Pues hablaré yo. ¿Eso te parece bien?

Cuando se acercó a ella y le ofreció el brazo, galantemente, Zoey se sintió extrañamente mejor. Ese hombre desprendía una sensación de seguridad y de dominio.

Más en concreto, parecía un tipo hecho y derecho, pese a su mirada miope y aquella sonrisa irónica. No un adolescente. Exactamente lo que ella necesitaba en ese momento, mientras aún le resonaban las duras palabras de su hermano y se maldecía por su salida teatral.

—Me encanta caminar de noche por Nueva York.

—Vivo bastante lejos —le advirtió Zoey.

—Sé dónde vives. —Matthew meneó la cabeza y rectificó—: No soy un asesino en serie que te haya estado vigilando durante meses desde el coche.

—Estoy segura de que no tienes coche.

—Exacto. ¿Cómo lo has adivinado?

—Eres un auténtico neoyorquino.

—No, soy neoyorquino de adopción, como la mayoría de la gente. Simplemente me horroriza verme atrapado en un lugar cerrado.

—¿Claustrofobia?

—Más que nada, embotellamientofobia. Tampoco me gusta perder el tiempo.

—Pues eres un neoyorquino auténtico... ¿Cómo sabes dónde vivo?

—Tu dirección profesional y la personal están en el mismo edificio.

—¿Y por qué la has buscado? —preguntó Zoey melosa, detestándose por ello inmediatamente.

Ziegler la miró perplejo.

—Me interesa tu cocina —respondió, con expresión sorprendida—. Me he informado. Bueno, tengo internet, como todo el mundo. —A Zoey casi le decepcionó la respuesta—. Caminemos, ¿quieres? —añadió—. Si el trayecto es demasiado largo, me permitirás que te acompañe en taxi. Y te aseguro que no es porque me dé miedo que te agredan.

—Entonces, ¿por qué?

—No me gustaría que la caminata te cansara. En vista de cómo te pones cuando te hablan de tus pies, la que me da miedo eres tú.

La sonrisa que le dirigió era a la vez irresistible e irritante.

No obstante, Zoey emprendió el camino con él.

Las chicas buenas no cogen taxis con desconocidos

Primero caminaron en silencio. La luz artificial acariciaba el asfalto seco, aunque no le daba vida. La noche cobijaba a montones de turistas errantes o a neoyorquinos que regresaban a casa. Se cruzaron con personas solas y atareadas, con parejas alicaídas y con otras serenas, de la mano, y con grupos animados.

—No te has quedado mucho rato —dijo Zoey, al cabo de unos minutos.

—Nunca salgo hasta tarde.

—Ya veo...

—¿Qué quieres decir con ese «ya veo»? —preguntó él inquieto—. «¿Ya veo, eres más bien mañanero» o «Ya veo, eres más aburrido que una ostra?».

—Yo tampoco salgo nunca hasta tarde.

—Pues me dio la impresión de que te gustaba la juerga —le rebatió Ziegler.

—Si la juerga significa beber un litro de margarita y humillarse delante de toda la familia, sí, sin duda tienes razón.

—Tenías circunstancias atenuantes. Para serte franco, te encontré bastante digna, incluso después del episodio del curry. —Zoey, a su pesar, soltó un gemido avergonzado—. Si lo entendí bien, ¿estabas prometida con Spencer?

—Prometida no, pero éramos pareja, sí, por poco que eso signifique. Salíamos juntos —rectificó Zoey.

—Me encanta esa definición, que quiere decir todo y nada a la vez. ¿Y luego apareció Laurie?

—Creo que Laurie siempre estuvo ahí. Rápidamente presenté a Spencer a mis padres y fue a una barbacoa de las que ellos organizan. Ahora me doy cuenta de que debió de ser en esa ocasión cuando se enamoró de ella. Tardó seis meses en romper conmigo.

Zoey sintió que ese recuerdo le encogía el corazón. Spencer se fue a pasar tres semanas a Europa. La llamaba todos los días. En casa de sus padres, se encontró con la madre de Laurie, que le dijo que su hija estaba en París de vacaciones con

una amiga y que había coincidido con él. Spencer no había mencionado ni una sola vez el nombre de Laurie. Tres días después, le envió un e-mail diciéndole que quería «hacer una pausa». Al día siguiente, le anunció, por esa misma vía, que rompía con ella.

Zoey, durante todo el tiempo que había durado su relación, jamás había imaginado a su enemiga de la infancia como una rival sentimental, aunque Spencer hubiera coincidido con Laurie estando con ella y siempre en casa de sus padres. Su famosa intuición debía de haberse nublado.

—Estaba completamente ciega —continuó Zoey, siguiendo el camino de sus pensamientos—. Pero eras tú el que iba a hablar. Creí entender que habías desembarcado en mi encantadora familia gracias a Tina.

—Así es.

—Y... ¿sois pareja desde hace tiempo?

—Salimos juntos —respondió Ziegler escuetamente, antes de encerrarse en el silencio.

Zoey no insistió, pese a que se moría de ganas de saber cuál era la auténtica naturaleza de su relación. Le turbaba caminar de ese modo con él, enganchados del brazo, viendo en las parejas con las que se cruzaban el reflejo de lo que ellos debían de parecer a los ojos de los demás.

—A ti no te cae muy bien Tina, ¿verdad? —dijo repentinamente Ziegler.

—No es eso —balbuceó Zoey—. Es complicado.

—En el numerito de la otra noche ya me di cuenta de que Adrian y tú estáis acostumbrados a las peleas verbales con ella desde hace mucho tiempo.

—Lo siento, la relación entre primos a veces... Mi madre rivaliza con la suya desde siempre. En realidad, rivaliza con el mundo entero. Cuando éramos pequeñas a Tina y a mí nos comparaban continuamente.

—Pero no tenéis nada que ver la una con la otra...

Zoey se preguntó cómo debía tomarse aquel comentario. Si salía con Tina, como aseguraba, tenía que apreciar muchos aspectos de su prima, lo que implicaba entonces una imagen bastante penosa de ella misma.

—Exactamente. Para mi madre, yo nunca he estado a la altura de Tina y Laurie. Ellas parecían..., parecían... chicas. Yo estaba siempre despeinada, con las rodillas despellejadas, de aquí para allá con Adrian y Dalton.

—Es verdad, Adrian y tú parecéis muy amigos.

El tono había sido superficial, pero a Zoey le pareció que Matthew se había crispado repentinamente, antes de recuperar esa condición de conversador experto y un poco convencional que sin duda le caracterizaba.

—Ya lo éramos de niños. Adrian no hablaba con nadie excepto conmigo. Creyeron que era autista hasta los diez años. Incluso sus padres lo llevaron a hacer pruebas. Sencillamente, Adrian empezó a hablar cuando tuvo dominado el sentido de la réplica. Una especie de defensa, creo. Era un genio en música.

—Como tú en la cocina.

—No, ni mucho menos. No se puede comparar el talento de Adrian con mis habilidades... Él hace arte; yo, artesanía.

—No cometeré la estupidez de recurrir al tópico de la música del paladar — contestó Matthew riendo—. Me horrorizan las frases hechas.

—A mí también. Y volviendo a Tina, me parece que ha sufrido tanto como yo con las incesantes comparaciones de nuestras madres, ella con el agravante de que Nana nunca le prestó demasiada atención.

—¿Tu abuela?

—Sí. Nana es una mujer excepcional, pero no puede decirse que sea justa. Puede ser mordaz hasta con las personas a las que quiere. Creo que Tina siempre le ha parecido demasiado sosa.

Zoey se detuvo y lo miró de repente. Sobre todo, no debía insistir en ese tema; ni en el de Tina ni en el de su abuela. Matthew la miraba con la cabeza inclinada hacia un lado; parecía especialmente interesado. La luz se reflejaba en sus ojos de color avellana, con unas chispas doradas que no había visto hasta ese momento.

—¡Mira que me incitas a hablar! —dijo Zoey.

Efectivamente, el crítico había conseguido entrar en la intimidad de su familia sin decir nada de sí mismo. No obstante, Zoey conocía ese viejo truco. Aparecía en todos los manuales de comunicación que utilizaban los ejecutivos americanos... Su madre se lo había repetido hasta la saciedad: «Nunca hables demasiado. Tú pregunta».

Sin embargo, no podía reprochárselo a Matthew. Si le interesaba Tina, debía de codiciar cualquier detalle que tuviera que ver con ella. Zoey luchaba contra el malvado deseo de contarle los episodios menos memorables de su infancia y adolescencia. Sin duda, Tina y ella no habían desarrollado la idílica relación que se esperaba de ellas, pero lo último que Zoey quería era mostrarse tan traidora. No conocía a Matthew ni sabía cuáles eran sus intenciones respecto a su prima. No tenía que influir en él.

Principalmente porque a nadie le gustan las personas hirientes. En el peor de los casos, Matthew se haría esa opinión de ella y, tarde o temprano, lo comentaría con su prima y eso provocaría otro escándalo más.

«Zoey, la solterona amargada que echa pestes de las que tienen la suerte de haber encontrado a alguien a su medida».

Sonrió. Casi mejor que: «Zoey, la alcohólica que se acuesta con su mejor amigo, se enfada con él y provoca una bronca general en la que vapulea a sus más fieles aliados».

—¿Qué quieres saber? —preguntó Matthew.

—Esto no funciona así. No voy a someterte a un interrogatorio.

—Siempre puedes esperar a llegar a casar y dar una vuelta por internet.

—¿Qué dice tu biografía oficial?

—Que trabajo como crítico gastronómico desde hace ocho años. Que nací en Chicago, de madre francesa y padre americano de origen alemán. Que mi nombre de pila es Matthieu, pero nadie lo utiliza desde que murió mi madre, porque mi padre siempre me llamó Matthew.

—¿Y tu biografía entra en tantos detalles?

—No. De todos modos, la información *online* nunca sirve para nada. Bueno, sí..., si volvemos a la discusión sobre mi trabajo, en las páginas de algunos restaurantes puedes encontrar insultos floridos a mi persona.

—¿Tu plato favorito?

—No me gustan los juegos de preguntas.

—¿Relaciones con Brasil?

Frunció la boca, incómodo.

—Mi biografía no da ninguna información a ese respecto. Demasiado personal.

—¿De verdad? ¿Un oscuro secreto?

—Es tan secreto que ni yo mismo estoy seguro de conocerlo.

Zoey estalló en carcajadas. Era una respuesta que ella misma podría haber dado. Mientras reía, el crítico inclinó la cabeza hacia ella, repentinamente serio. El brillo de sus ojos la sorprendió.

—No hay muchas mujeres que se rían con mis bromas —dijo.

—Eso no es muy gratificante para mí.

Zoey había adquirido su tono más alegre, pero una señal de alarma acababa de sonar en su mente. Tenía que alejarse de él lo más rápido posible. O acercarse. O alejarse.

—Yo creo que sí —susurró él.

—Es demasiado gratificante para ti.

Ziegler se paró, obligándola a detenerse también y girarse hacia él. Zoey se encontró frente a él, con su cara a pocos centímetros. Una pareja de estudiantes

chocó contra ellos riendo.

—Contente —gritó alegremente el chico, tirando de su amiga risueña.

—Eso es lo único que hacemos —murmuró Matthew.

Zoey lo miró, sorprendida. Las ganas de reír le cosquillearon la nariz, pero Matthew no reía. La miraba con el ceño fruncido y un aspecto serio, luego se inclinó despacio hacia ella, hasta que Zoey sintió su aliento en la piel. La recorrió un escalofrío.

—Has bebido whisky —dijo.

Y sintió cómo le latía el corazón, sin saber si era de emoción o de absoluta consternación. Ya se había puesto en ridículo en multitud de ocasiones, pero era la primera vez que hablaba del aliento de la persona que iba a besarla.

La alarma se volvió insistente. Iba a besarla. Ese hombre salía con su prima Tina. Eso era completamente desleal, además de indecente.

—Efectivamente —respondió Ziegler.

—Me horroriza el whisky.

Zoey lanzó una mirada a la calle, planteándose repentinamente la posibilidad de tirarse debajo de un coche.

—Lo siento por ti —susurró Matthew.

La rodeó con sus brazos y Zoey se vio contra él mientras Matthew posaba los labios en los de ella.

Al contrario de lo que ella esperaba encontrar en ese beso —si realmente esperaba encontrar algo—, Matthew era realmente impetuoso y tenía un regusto a canela, más que a whisky.

Zoey reconoció inmediatamente una química absoluta, una conexión de piel que solo había sentido una vez en la vida. Entonces supo que sería muy difícil desprenderse de él, aunque fuera un perfecto extraño, y que al menos ya había quemado etapas.

Cuando sus labios se alejaban, Zoey se puso de puntillas para retenerlo.

No calculó el impulso, arrastrada por aquel beso que la había electrizado de la cabeza a los pies. Matthew retrocedió medio paso, desequilibrado, y chocó con la pared que tenía a su espalda. Cuando recuperó el equilibrio, la sujetó de las caderas suavemente. Luego, deslizó el tejido del top y le puso las manos en la piel con más firmeza.

Zoey lo empujó contra la pared. Sus bocas seguían unidas y las manos de Matthew remontaron su espalda para atraerla un poco más hacia él. Una oleada de calor atravesó el pecho de Zoey y le bajó hasta el vientre, que apoyó en el de Matthew. Este parecía tener mucha dificultad para controlarse; Zoey sentía los

dedos de él temblando sobre su piel, mientras le rozaba los riñones. De pronto, la atrajo hacia él violentamente.

No podían estar más apretujados. Matthew deslizó otra vez sus manos por la columna vertebral de Zoey, por debajo del top, de arriba abajo y de abajo arriba, en una caricia contenida pero eficaz.

—Me estás desnudando en plena calle —le susurró Zoey al oído.

—He deseado hacerlo desde que te vi —respondió Matthew con la respiración entrecortada— descalza y despeinada en el jardín.

—No estaba despeinada.

—Sí lo estabas. Igual que ahora.

Le pasó la mano por el pelo, desordenando los mechones desbocados que se le escapaban de algo parecido a un moño. Y cuando él se inclinó sobre ella, Zoey cerró los ojos.

Sintió cómo los cálidos labios de Matthew le cosquilleaban suavemente la piel un segundo. Cuando Zoey se dejó caer sobre él, Matthew la empujó ligeramente para pasarle las manos alrededor de la cintura y del vientre. Ella se estremeció.

—Creo que tendríamos que parar —dijo Matthew sin convicción—. De verdad, corres el riesgo de que te desnude y te haga el amor contra esta pared.

—El que está contra la pared eres tú —le señaló Zoey.

Matthew no respondió. Sus dedos habían alcanzado el nacimiento del pecho de Zoey y lo señalaban con un movimiento ligero, luego dibujaron el contorno, pasando por debajo del sujetador. Parecía controlar sus movimientos, como si la conociese desde hacía años, la hubiese acariciado mil veces y supiera exactamente lo que había que hacer para excitarla. Sin embargo, de vez en cuando un titubeo suspendía los dedos en el aire, un temblor irreprimible los detenía.

La alternancia de esos dos estados y la batalla que parecía desarrollarse en la cabeza y el cuerpo de Matthew la volvían loca.

Zoey lo deseaba tanto que casi le hacía daño.

—¡Para eso hay hoteles! —gritó una voz desde el otro lado de la acera.

Unas carcajadas siguieron a la ebria exclamación. Matthew pareció volver en sí, apartó la mano y reajustó el top de Zoey. Ella dio un pasito hacia un lado para separarse de él.

Nunca nada le había provocado más pesadumbre que ese momento. Allí donde él la había tocado, la piel aún palpitaba, difundiendo oleadas de escalofríos hasta el bajo vientre. Zoey recuperó a duras penas el aliento y luego se atrevió a mirarlo.

Matthew frunció el ceño y su boca entreabierta no esbozaba una sonrisa.

—¿Te acompaño?

—Te lo advierto —dijo Zoey sonriendo—, sigo sin invitarte a la última copa.

—Da igual, no tengo mucha sed.

Le cogió la mano y la llevó hacia la orilla de la acera para detener un taxi.

Muy educado, la dejó pasar primero, luego rodeó el coche y se sentó en el otro lado.

«Lo más lejos posible», observó Zoey.

No podía por menos que agradecerse. No estaba segura de poder resistir el menor contacto ni de que al taxista le gustara verlos besarse hasta perder el aliento en el asiento trasero.

«Seguro que ha habido otras», pensó Zoey.

Matthew golpeó el cristal de la ventanilla con el índice.

—En esa calle está el mejor restaurante indio de Nueva York —dijo el crítico. Zoey soltó una risita nerviosa. Una risa ahogada más exactamente—. Te importa un auténtico bledo, ¿verdad?

—Totalmente —susurró Zoey. Él se quedó sobrecogido un instante, absorto por el movimiento de los labios de ella cuando añadió—: Pero te escucho.

Zoey movió los dedos en el asiento hasta su mano. Vio cómo se crispaban las falanges de Matthew y luego se relajaban.

—Es un restaurante muy bueno —repitió.

Zoey empezó a jugar con sus dedos, los fue rozando uno tras otro. Por la forma en la que se le tensaron los músculos del antebrazo, se dio cuenta de que hacía esfuerzos para no responder a sus caricias.

—¿Quieres decir que todo es bueno? —preguntó sonriendo.

—A primera vista, no. El lugar es agradable, pero el personal...

—¿Poco amable, quizá?

—Casi grosero... No obstante, es imposible no quedar impresionado con... —dudó— la decoración.

Y Matthew sonrió otra vez de esa manera mordaz que tanto le había desagradado. Pero en ese momento le pareció absolutamente sexi. Le daba el aspecto de estar deseando devorarla.

—Es importante que algo te impresione —comentó ella, muy seria—. No se puede juzgar solo por la apariencia.

Extrañamente, Zoey se sentía segura de sí misma. Su mano subió hasta la muñeca tensa de Matthew. El contacto con su piel, más suave en ese punto, la hizo temblar.

—Tienes razón. Hay que fiarse de los otros sentidos para poder formular una crítica objetiva. —Apartó la mano y le rozó la mejilla—. El tacto. —Le hundió la nariz en el cuello—. El olfato. —Le rozó la parte de atrás de la oreja con la boca—. El gusto. —Y, levantando despacio la cara, añadió—: Por último, el oído es facultativo.

—De manera que es el momento en el que deberías callarte.

Matthew apoyó su boca en la frente de Zoey, dejando que se aventurara en el límite de su cabello, y luego la bajó hasta el huequillo estremecedor, situado entre el lóbulo de la oreja y el nacimiento de la mandíbula.

—Sería una pena. No oirías cuánto te deseo.

Zoey evitó una respuesta burlona. No necesitaba oírlo. Ni decirlo. Tenía que hacer esfuerzos sobrehumanos para alejar los labios de ese hombre, que, en ese momento, recorrían su cuello, para no sujetar con una mano su gruesa mata de pelo que le cosquilleaba la barbilla, besarlo en plena boca y desabrocharle el pantalón.

Una tos en la parte delantera les hizo recuperar la compostura. El taxi se había detenido delante del edificio, seguro que ya hacía un rato. El taxista lanzó unas miradas insistentes por el retrovisor. Zoey levantó la cabeza al mismo tiempo que Matthew. Se encontraron frente a frente con sus caras a un centímetro una de otra.

La boca de Matthew se unió inmediatamente a la de Zoey. Mientras le abría los labios con la lengua, despacio, ella lo vio sacar un billete del bolsillo posterior del pantalón vaquero y entregárselo al taxista, y luego abrió la puerta de su lado. Matthew la sujetó cuando se deslizó hacia atrás, aún enganchado a su boca. A Zoey le gustaba sobre todo la presión de su brazo que le impedía caer y cómo le sonrió, mientras seguía besándola, cuando ella lanzó un grito de sorpresa. Sacó las piernas, puso un pie y después el otro en la acera y bajó de espaldas del taxi.

Si alguien hubiera pasado en ese momento, aquella visión le habría divertido bastante.

Sintiéndolo mucho, se separó de Matthew para que también pudiera salir del taxi. Una vez fuera del coche y después de alisarse la camisa con un gesto formal, él la miró.

Zoey no sabía realmente qué hacer. Separada de él, las cosas le parecían menos evidentes que en el taxi, donde habría asesinado a cualquiera que se hubiera interpuesto entre ellos.

—Ya has llegado a buen puerto —comentó Matthew.

A Zoey se le crispó el vientre, no esperaba eso. Delante de ella, Matthew parecía haber recuperado todo el dominio y toda la tranquilidad. Se peinó rápidamente, pasándose los dedos por el pelo, exactamente como Zoey había soñado hacerlo unos minutos antes.

Tenía que salir de esa situación inmediatamente, antes de que él se echara a reír, se sintiera incómodo o, aún peor, le diera las gracias. Zoey debía imperiosamente recuperar un poco de control y, ya de paso, de dignidad.

—Gracias por haberme acompañado —dijo del modo más educado del mundo—. Hasta pronto.

Se giró y se dirigió hacia la puerta de su portal, con el corazón a mil por hora. Matthew la había plantado allí, delante de su casa.

Tendría que haberse mostrado firme, grandiosa, arrogante y decirle, ella primero, que no irían más lejos.

Ahora, ya nunca irían más lejos.

Tecleó la clave de acceso, pero, antes de que hubiera pulsado el último número, sintió que unas manos le rodeaban la cintura. Se dio media vuelta. Matthew no esperó a que hablara y empezó a besarla con un ímpetu que a ella le costaba dominar.

Tuvo que empujarlo para recuperar el aliento.

Matthew se apartó, soltó un profundo suspiro y sujetó uno de sus mechones sueltos con los dedos.

—No me gustaría hacer nada desconsiderado —murmuró, como si hablara para sí mismo. Dio un paso atrás, la miró con la cara paralizada en un rictus lleno de duda y de seriedad—. Hasta el sábado, Zoey —añadió repentinamente.

Antes de que ella pudiera decir una palabra, Matthew se alejó.

«¿Hasta el sábado, Zoey?».

Lo miró marcharse, sin poder evitar fijarse en su modo de andar elegante y tranquilo y sin comprenderlo.

¿Acaso era ella la clase de chica a la que uno besa en un taxi porque no puede resistirse y luego la planta?

¿A lo mejor le había enviado señales?

«Seguro que no», gritó una voz indignada en su interior.

Él había insistido en acompañarla, él la había besado, ella le había deseado buenas noches cuando entraba en su portal, él la había sujetado. Por su parte, todo lo que ella había hecho había sido responder a sus besos, porque...

«¡Pero qué idiota soy!».

Se había equivocado dejándose llevar. Habían llegado demasiado lejos. No

había controlado nada. Tendría que haberlo enviado amablemente a su casa antes de que la besara en la calle. Después, ya era demasiado tarde.

«¿Por qué me atraen siempre tíos así?», se preguntó.

Un psiquiatra podría darle una explicación compleja y detallada, ¡pero sabía lo que Sally diría de eso!

«Te complicas demasiado la vida, Zoey. Diviértete. Vive plenamente».

No obstante, Sally no habría permitido que la dejaran así, por la sencilla razón de que no habría llegado a ese extremo. También lo habría besado, pero, una vez en el portal de su casa, Sally le habría dicho: «Muchas gracias, pero me parece que esta noche no iremos más lejos».

Sally se habría dado cuenta de la clase de tipo que tenía frente a ella.

Un tipo capaz de engañar a la mujer con la que se veía —con la que salía— con la prima de ella.

«Una prima completamente cretina...».

Ya le parecía oír los comentarios de Tina cuando se enterara: «La idiota de Zoey... se colgó del cuello de Matthew... ¡Para herirme, por supuesto! ¡Él tuvo que darle a entender muy claramente que no le interesaba!».

Y no era que a Zoey le preocupara mucho la opinión de Tina, pero esta tenía motivos para demoler su reputación en el entorno familiar, si es que aún le quedaba una decente... Su madre no se lo perdonaría y Nana aún menos.

«¡Sé valiente, Zoey! —le repetía siempre la anciana cuando estaba castigada, normalmente por alguna de las legítimas, pero a veces crueles, venganzas de Tina y Laurie contra Adrian y ella—. Devuelve siempre golpe por golpe, pero nunca seas traidora. Jamás. Solo los cobardes necesitan esa clase de recursos. Los cobardes y la gente sin inteligencia».

Volvió a teclear la clave, esta vez hasta el final, y subió la escalera sin dejar de llamarse imbécil y de repasar la escena del taxi alternativamente.

Sin lugar a dudas, había sido la peor noche de su vida.

Y eso que había unas cuantas en competición.

Como aquella del año anterior en la que se había pasado dos horas consolando a su *cita*, que salía de una difícil ruptura y a quien la primera cena juntos le recordaba a otra que había vivido con su ex.

O como la vez en la que se dio cuenta de que el tío —Andrew, rubio, encantador— que la llevaba a tomar una copa había mentido sobre su edad y aún estaba en la universidad.

Se desnudó rápidamente, sintiendo todavía el olor a Matthew, que la volvía loca y la enfurecía a la vez, y se metió en la ducha.

Mientras le caía el agua e intentaba convencerse de que realmente no lo deseaba, se prometió actuar como siempre había hecho en esos casos: sumergirse en el trabajo y olvidar.

Al menos hasta el sábado siguiente.

Las chicas buenas siempre mantienen la calma

Zoey atravesó la sala hasta el imponente piano, sobre el que la florista acababa de disponer un ramo de rosas. Mia, la ayudante del cónsul, supervisaba los últimos preparativos con el ceño fruncido y un dossier abierto en la mano.

—La estaba buscando —dijo Zoey.

El cuerpo de Mia se crispó bruscamente dentro de su impecable traje de chaqueta de alta costura. Miró a Zoey como si ella fuera la causa de todos sus problemas o, al menos, una insoportable inoportuna.

—¿Qué puedo hacer por usted? —logró articular Mia, haciendo un visible esfuerzo.

—Necesitaría que movieran la mesa que está justo delante de la ventana principal —respondió Zoey, sin apartar la mirada de la florista, que seguía arreglando las flores del piano—. Y si puedo permitirme una sugerencia, no debería poner ese jarrón ahí.

—¿Por qué motivo?

—Adrian Peters pedirá que lo quiten.

—¿De verdad?

Aquel tono desafiaba a cualquiera que se acercara a las rosas.

—Incluso le dirá que el ramo de rosas obstaculiza el sonido del piano. Créame.

Mia se encogió de hombros. La expresión de su rostro reveló brevemente la opinión que tenía de los artistas en ese preciso instante.

—Pondremos las rosas en el velador, junto al sofá azul, allí —dijo a la florista—. ¿Es verdad?

—¿El qué? —preguntó Zoey.

—Que un ramo pueda obstaculizar el sonido de un piano.

—Ni idea.

Zoey sospechaba que su amigo simplemente se había buscado esa excusa

porque no le gustaban los detalles superfluos.

—¿Necesita algo más? —preguntó Mia, con sus zapatos de tacón pisando ya la gruesa alfombra del salón de recepciones.

—No, todo está bien.

—Perfecto. Pues le sugiero que vaya a ver a Jorge para el protocolo.

—¿Protocolo?

—El señor De la Cruz quiere que presente usted el postre. Ya le hablé de ello. El tono no dejaba ningún espacio para la duda.

—Sí, por supuesto. Pero de aquí a nada voy a tener el tiempo justo. Apenas faltan unos minutos para empezar con todo.

—Solo tiene que recordar la pronunciación de algunos nombres. Jorge la ayudará.

Zoey se dirigió hasta el hombre de pelo moreno corto, peinado hacia atrás, con camisa blanca y pantalón gris, que consultaba unos papeles delante de un laúd de madera oscura. Este le dirigió una amable sonrisa y le tendió la mano.

—Usted debe de ser Zoey, la chef de esta noche.

—Buena capacidad de observación.

—Lleva delantal —le señaló Jorge, sin una pizca de humor—. Tengo que presentarle a las tres personas con las que inaugurará el postre.

«Inaugurar el postre».

Zoey sonrió a su pesar.

—Gilberto da Costa, que es el entrenador del equipo de fútbol; Rafael Branco, que es el agregado del Ministerio de Cultura, y Sofia Alves, a la que ya debe de conocer, pero que le presentaré igualmente. ¿Podrá recordar los nombres? —Zoey los repitió casi sin error de pronunciación. Jorge no la escuchaba. Abrió los ojos mirando el salón y de pronto apretó los puños. Parecía dispuesto a abalanzarse sobre una presa, justo detrás de Zoey—. ¡Espere un segundo! —exclamó. Le puso la lista de invitados en las manos y echó a correr gritando—: ¿Qué hace con ese estandarte? ¡Esto no es una fiesta de estudiantes!

Zoey estalló en carcajadas. Era exactamente la clase de comentario que ella podría haber hecho en una situación así. Luego bajó la mirada a la lista para memorizar bien los nombres.

No pudo evitar buscar el de Matthew, como tampoco había podido evitar buscarlo en internet y revisar las fotos y los artículos que tenían algo que ver con él, la mayoría elogiosos.

Encontró su nombre: «Matthew Ziegler + 1».

«¿Más uno? ¿De manera que iría acompañado? ¿De verdad acudiría a verla

con otra mujer? ¿Con Tina?».

La imagen mental que se hizo de Tina entrando del brazo de Matthew Ziegler podría haber sido un cuadro con el título de *El triunfo*.

—¿Zoey? —oyó la voz de Sally a su espalda. El salto que dio la habría clasificado directamente para los Juegos Olímpicos. Su amiga la miraba con expresión impasible. Le habría gustado enseñarle la lista para que se indignara con ella. Sally habría encontrado las palabras adecuadas para hacerla reír y permitirle desdramatizar. Pero, desde la noche del Raines Law Room, solo habían hablado de trabajo. En varias ocasiones, Zoey había querido acercarse a su amiga y pedirle perdón, pero su cara seria la había disuadido—. Tenemos un problema. Hakeem ha tenido un accidente de coche.

—¿Está bien?

—Sí, pero tiene una costilla fracturada y no podrá trabajar esta noche. —Zoey gimió. Hakeem era el ayudante de cocina más eficaz de la escuela de hostelería con la que contrataba el personal para las recepciones. Una vez que se le pasó el miedo a que le hubiera ocurrido algo grave, se dio cuenta de lo apremiante de la situación. Cogió el teléfono del bolsillo del pantalón. La mirada de Sally le dejaba pocas esperanzas—. He llamado a todos los estudiantes con los que solemos trabajar y ninguno está disponible.

—Lo haremos sin ayudante. —Zoey habló con su voz más profesional, pero no las tenía todas consigo. Todos los elementos del engranaje eran importantes para una celebración como aquella. Sin la rapidez y el dominio de Hakeem, acostumbrado a las órdenes dadas a toda velocidad, que a menudo se resumían en una sola palabra, el desarrollo del cóctel estaría sembrado de dificultades o, aún peor, de retrasos. Respiró profundamente para recuperar la sangre fría y empezó a establecer una lista de prioridades—. Sacaremos primero todo lo que no hay que montar. Pon a Phil y a Becca a preparar lo caliente, rellena los vasitos y yo me ocupo de los suflés helados.

Sally asintió con la cabeza, como un militar dispuesto para la acción, y desapareció en las cocinas. Zoey iba a ir tras ella cuando vio entrar a Adrian.

Estaba fantástico con un pantalón de traje gris, sin corbata y con una camisa blanca, el pelo un poco alborotado, y la chaqueta en el brazo. Detrás de él, Marianita entró por la puerta, envuelta en un vestido negro ajustado muy sencillo y subida a unos tacones altos. Dejó el bolso de fin de semana de cuero y se acercó a él.

Zoey se abalanzó sobre Adrian.

—¡Adrian! Necesito que me salves la vida.

—¡Qué recibimiento! Pero mucho me temo que no voy a tener tiempo para eso.

Zoey lo sujetó del brazo, ignorando la mirada estupefacta de Marianita, y lo arrastró hacia el salón.

—Te juro que si sobrevivo a este fin de semana tendremos una conversación. Pero, mientras tanto y en nombre de nuestros veinticinco años de amistad, es imprescindible que me ayudes a ganar tiempo.

—¿Ganar tiempo? ¿Algo no va bien?

—Falta de personal. Arréglatelas como quieras, pero tienes que estar asombroso al principio de la recepción. Tienes que dejar a todo el mundo boquiabierto, que no piensen en comer, ¿me entiendes?

—Siempre estoy asombroso.

—Deja de bromear. Sé muy bien cómo se desarrollan este tipo de veladas. Tú tenías planeado empezar suavemente para no perturbar las conversaciones. —Zoey le suplicó—: ¡Por favor, Adrian, nunca te pido nada!

—Siempre estás pidiéndome cosas. Zoey, no puedo cambiar el programa en el último momento.

—Adrian, ¡me va la vida en ello!

—No exageres.

—No exagero.

—Bastaría con invertir las dos primeras partes —intervino Marianita. Zoey no la había visto acercarse. La chica sonrió y cogió el brazo libre de Adrian—. Vamos, Adrian, no se niega nada a una mujer angustiada... —añadió zalamera. Apoyó la cabeza en el hombro del chico y continuó—: Ni siquiera hay que cambiar el orden de las canciones en cada una de las partes. Empezaremos media hora antes y ya está.

—Si las dos os empeñáis... —refunfuñó Adrian—. Vale, Zoey. Pero me debes una buena. Sabes que odio los cambios de última hora.

—¡Gracias, gracias, gracias! —Le habría saltado al cuello si no hubiera corrido el riesgo de darse de narices con Marianita. La espléndida brasileña separó su brazo del de Adrian y le dio un beso en la mejilla. Adrian sonrió incómodo—. Tengo que irme —murmuró Zoey.

Definitivamente, odiaba aquella intimidad entre los dos que le recordaba a la de ellos. Marianita se comportaba exactamente como si lo conociese desde hacía años.

Enfadada, los dejó allí y se fue con paso decidido, pero medido, para atravesar el salón. Cuando estuvo segura de que no la veía nadie, salió en esprint hacia las

cocinas.

Becca y Phil ya estaban en los fogones, mientras Sally alineaba los vasitos en una bandeja. Miró la decoración y con un rápido vistazo valoró todo lo que faltaba por hacer. Sally había instalado el material en la encimera enfrente de la suya, cerca de los hornos. Zoey sintió que el pánico le hacía un nudo en el estómago. Los suflés fríos y calientes exigían un tiempo especialmente preciso, casi al segundo. Sin Hakeem apoyándola, no estaba segura de conseguirlo. Sally o Becca podrían ayudarla, pero tendría que explicarles cada gesto y ya no había tiempo para formar a nadie. Iría más rápido sola, aunque supiera que las posibilidades de éxito eran pocas. Si todo salía mal, la culpa solo sería de ella. Aunque no tuviera nada que ver con la desgracia que le había ocurrido a Hakeem, el jefe de equipo tenía que asumir las responsabilidades.

Una risa absurda le cosquilleó la nariz. Solo eran suflés.

«No».

No eran solo suflés. Lo que estaba en juego era su preocupación por las cosas bien hechas, su reputación y la confianza que Adrian había puesto en ella consiguiendo que la contrataran. Todo bastante importante como para fallar en el último momento.

Los rostros de los ayudantes se volvieron hacia ella. Parecían esperar una orden, una palabra, como de costumbre. Todos eran conscientes de lo precario de la situación.

—¡Vale! Cuento con vosotros para que cada uno me asegure su parte. Esta vez lo haremos sin Hakeem. Y lo haremos perfectamente. —La mirada huraña de Phil y la preocupada de Becca dejaban entrever que sus palabras no habían sido de lo más convincentes—. O al menos lo mejor que podamos —siguió con un suspiro—. Becca, cuidado con la cocción de las minihamburguesas. Phil, la *feijoada* de pescado debe cocer a fuego lento durante veinticinco minutos, ni uno más. Durante ese rato, puedes saltar las verduras en el aceite de sésamo. ¿Sally? —Su ayudante parpadeó—. No olvides rellenar los vasitos solo dos tercios.

—Sin problema.

Y sin esperar más, Zoey se aplicó en su tarea.

Ya había rellenado las tres cuartas partes de los moldes de suflé cuando llegaron los camareros para llevarse las primeras bandejas. Zoey detuvo a uno de ellos cuando salía hacia el salón.

—¿Va todo bien por ahí?

—Han llegado los invitados. Pero creo que hay un contratiempo en el desarrollo de la recepción.

—¿Qué pasa? —respondió Zoey, intentando suavizar los tonos agudos de su voz.

—Es la primera vez que veo que una recepción de esta categoría empieza con un auténtico concierto. De pronto, a nadie le importa la comida.

Zoey suspiró aliviada.

—Gracias.

—A los que comen, parece que les gusta —la tranquilizó el camarero, que debió de percibir su ansiedad.

Después, desapareció con su bandeja.

Zoey volvió a su trabajo, concentrada. Cuando metió los suflés al horno, eran las ocho y media. Los invitados llevaban allí al menos una hora. Entonces se fijó en que el baile de camareros era más continuo y volvían con más rapidez. Adrian había cumplido su palabra.

La cabeza de Jorge asomó por la puerta de doble batiente.

—¿Señorita Westwood? El señor De la Cruz pregunta por usted.

«Ay, Dios mío», pensó Zoey, enloquecida.

En su cabeza entraron inmediatamente en conflicto el miedo a que la despidiera en el acto y el de no poder acabar los suflés que tanto tiempo y energía le habían costado.

—Phil, saca los suflés en un minuto. Escucha bien. Espolvorea el glaseado por los bordes, pero de ninguna manera por encima, y los mandas directamente. Usted —el camarero al que llamó se detuvo, sin parecer sorprendido—, usted espere, pille a uno de sus compañeros cuando se presente y los llevan directamente al salón.

Zoey se quitó el delantal, se colocó el pelo mecánicamente y salió siguiendo los pasos a Jorge, que le hacía gestos para que se apresurara.

—¿Por qué quiere verme? —preguntó, cuando entraban en el salón.

—Quiere felicitarla personalmente.

—Es un poco pronto —refunfuñó Zoey—. Aún tengo trabajo.

—¿Quiere que se lo explique? ¿Delante de los invitados?

La amable sonrisa de Jorge se había cargado repentinamente de una tensión preocupante.

—No, no merece la pena —balbuceó Zoey, al tiempo que pensaba que ella nunca habría podido hacer esa clase de trabajo.

Con total seguridad, habría mandado a paseo al primer diplomático que se hubiera permitido darle órdenes y, de todos modos, habría cometido un número incalculable de errores. O, más probablemente, la habrían despedido a la

primera.

El salón lleno de invitados lucía en todo su esplendor. Se habían bajado las luces, lo que daba a la habitación un aire de cálida hospitalidad.

Adrian, en una tarima, tocaba una pieza de jazz bastante lenta, solo al piano. Zoey lo había visto centenares de veces, pero, aun así, siempre le parecía tan guapo e intemporal cuando tocaba, alejado de lo que ella conocía de su día a día y a la vez en el lugar exacto en el que debía estar. Zoey le dirigió una sonrisa que surgía directamente del pasado de ambos, sonrisa que solo le dedicaba a él desde que eran niños, pero que Adrian no vio, y luego siguió hasta el final del salón.

Un grupo de hombres vestidos con sencillez y agrupados en torno a los sofás parecía pertenecer a uno de los equipos que iban participar en el partido de fútbol amistoso del día siguiente. En un rincón, reconoció a los músicos que había visto en el Raines Law Room unos días antes. Reían entusiasmados alrededor de Marianita, quien a todas luces se sentía en la gloria, más melosa que nunca.

Jorge la condujo hasta el bufé donde Luis de la Cruz, con un vaso en la mano, charlaba con cara de interés con un hombre impresionante, de pelo gris, y otro más desabrido, con un corte de pelo casi militar, que debía de ser el entrenador del equipo, Gilberto da Costa. Seguro que el primero era el agregado del Ministerio de Cultura. Junto a ellos, Matthew Ziegler escuchaba interesado con una expresión seria marcada en la cara.

Cuando lo vio así, apoyado en el sillón, con una postura despreocupada, creyó que el corazón se le iba a desbocar. Rogó al cielo no sonrojarse, no tartamudear y evitar lanzarle miradas insistentes, algo de lo que se sentía incapaz por lo atractivo que le parecía. ¡Tenía que dominarse! Aún se sentía muy humillada por la manera en la que la había plantado en el portal de su casa, como una yuca vieja en el patio trasero de una sala de fiestas.

Cuando llegó junto al grupo, el cónsul le sonrió y luego, con un gesto elegante, la presentó a las personas del círculo.

—Señorita Westwood, el señor Branco estaba ansioso por conocerla.

—Espero no haberla interrumpido —dijo el hombre, en un inglés casi sin acento.

—En absoluto —contestó Zoey, sonriendo nerviosamente—. Encantada de conocerlo.

—Igualmente. Su *feijoada* me ha dejado asombrado.

—Ah, ¿sí?

Zoey odiaba esa expresión, a menudo teñida de un cierto sarcasmo.

Asombrado... Era como decir a una madre que su hijo estaba lleno de energía, algo que le habían dicho muchas veces a la suya antes de que ella entendiera que eso significaba que era insoportable e incontrolable. En cocina, que algo te deje «asombrado» es como expresar que has estado a punto de vomitar y que te ha hecho falta toda la buena educación posible para evitarlo.

Zoey cruzó la mirada con Matthew, que la estaba observando.

—Realmente encantado —añadió Rafael Branco, que, pese a su excelente nivel de inglés, no manejaba la ironía con tanta facilidad como Zoey creía—. Es el plato preferido de mi madre y usted lo ha interpretado como nadie.

—Le he incorporado quimbombó —respondió Zoey—. También era un plato de esclavos.

Casi inmediatamente se maldijo, porque recordó que a algunos brasileños no les gustaba que les mencionasen el pasado esclavista de su país.

En ese mismo momento, Matthew levantó una ceja.

—Platos que parecen sencillos, pero no lo son —reflexionó Rafael Branco, sin darse cuenta aparentemente de su torpeza—. Sin embargo, las especias no lo son todo. Enhorabuena otra vez.

—Se lo agradezco.

—El señor De la Cruz me había advertido sobre la singularidad del menú, que se supone que debía representar a nuestros dos países. No obstante, no me esperaba esto. ¿Qué viene a continuación?

Su expresión glotona dejaba entrever hasta qué punto apreciaba la buena comida.

—Rafael es un gran gastrónomo —comentó Luis de la Cruz—. Precisamente, el señor Ziegler estaba hablando de su último viaje a Brasil y de la finura de la cocina del país.

—Yo solo soy un aficionado —respondió Rafael Branco con modestia—. ¿Y a continuación?

—Suflés —respondió Zoey—. Fríos y calientes. Río en verano, Nueva York en invierno.

En ese momento, mientras se oía decirlo, la idea le pareció estúpida y simplista.

—¡Maravilloso! —exclamó Luis de la Cruz, animándola.

Zoey tenía ganas de morirse. Ahí estaban felicitándola como si fuera una cría que hubiera mostrado un tarro con masa de sal...

—Sí que es interesante —añadió Matthew.

Su seriedad enfadó a Zoey.

—Matthew, mi vaso está vacío —lo interrumpió una voz femenina con tono cordial.

Una mano, sobre la que brillaba una pulsera de oro y diamantes, tendió una copa por encima de un respaldo al crítico. Luego, la mujer que hasta ese momento había estado oculta se levantó del sofá. Tendría poco más de cincuenta años y, excepto por las arruguitas que le habían horadado el contorno de los ojos, todos sus rasgos eran iguales a los de la joven que Zoey veía en el otro extremo del salón, en medio de los músicos.

—Ahora mismo me ocupo de eso, Sofia —respondió Matthew.

A Zoey le pareció que su tono se había vuelto más cariñoso. Cogió la copa vacía con una mano y el brazo de la mujer con la otra para ayudarla a incorporarse al grupo. Llevaba un vestido largo, blanco, que destacaba su perfecta silueta. El pelo negro iba recogido en un moño. Un sencillo collar plano, de oro, le acentuaba la finura del cuello. En muchos aspectos, era aún más guapa que Marianita.

—Hasta ahora me ha gustado mucho su comida —dijo la mujer, sin una sonrisa—. Y eso que el suflé —movió un dedo, como el director de orquesta la batuta— exige un dominio especial. Mi chef de São Paulo suele decir que nadie puede alardear de ser cocinero hasta que no ha conseguido un suflé, pero que inmediatamente hay que olvidar esa receta. Es muy... ¿Cómo lo dices tú, Matthew?

—*Vintage* —repuso Matthew, evitando la mirada de Zoey. Cuando, al fin, la miró de frente, esbozó una sonrisa apenada—. Imagino que conoce a Sofia Alves, es alguien que no necesita presentación en el mundillo de la gastronomía. Sofia, te presento a Zoey Westwood, una chef joven y prometedora.

Zoey se fijó en la notable diferencia que había entre la que no necesitaba presentación y ella, de la que había que precisar su función. No obstante, intentó parecer lo más segura posible. Efectivamente, el nombre le sonaba de algo. Tendría que preguntar a Sally, aunque ya estaba oyendo su voz desesperada cuando le respondiese: «¿Sofia Alves? Zoey, espero que no hayas dicho nada de...».

—Siento ser tan franca —continuó Sofia—. Estoy acostumbrada a tratar con chefs y sé cómo les gusta que les hablen.

—Entonces también debe saber que más vale probar la cocina de un chef antes de emitir una opinión sobre sus platos.

Matthew parecía querer que se lo tragase la tierra. Zoey vio cómo su mano, que no se había desprendido del brazo de la mujer, lo presionaba ligeramente,

como si le transmitiese calma. Ese gesto de intimidad la sacó de quicio definitivamente. Aquello no era solo una respuesta. Era la declaración de guerra de una rival.

—Matthew ya me había dicho que tenía el carácter de un auténtico chef —añadió Sofia.

—Agradezco que lo haya puesto a prueba —respondió Zoey—. Ya que no lo ha hecho con mis suflés.

La nariz de Sofia tembló y sus ojos negros relampaguearon. Sin embargo, en contra de lo esperado, inclinó la cabeza y respondió riendo:

—Tiene razón. Matthew me dice a menudo que no tengo medida.

—Cualidad que él posee hasta la contricción —replicó Zoey.

—Pues yo no tengo esa misma opinión —intervino Rafael Branco riendo—. Recuerdo aquella noche en Río...

—Te lo ruego, querido Rafael —lo interrumpió Matthew—. No vayas a desvelar ese incómodo recuerdo.

—Pues yo conozco alguno peor —intervino Sofia.

Pasó la mano por el cabello de Matthew, con un gesto cariñoso, y lo dejó despeinado.

«¡Pero qué manía de tocarse en público!», refunfuñó Zoey por dentro. Y enseguida se quitó de la cabeza las imágenes de Matthew y ella besándose en plena calle.

—¿Te acuerdas de la escapada a Bahía? —siguió Sofia.

Rafael Branco soltó una risita, con los ojos brillantes de complicidad. Matthew esbozó una sonrisa.

Zoey asintió con la cabeza tan educadamente como pudo, para dar la impresión de que aquella conversación le interesaba. Pero, por dentro, tenía ganas de gritar de desesperación. Matthew había tenido el mal gusto de acudir acompañado de su amante, que era exactamente lo opuesto a ella, y, además, la amante se proponía recordarles la gran intimidad que tenían.

Pronto, Zoey dejó de escuchar. Con el rabillo del ojo veía pasar a los camareros con los suflés en los cuencos y calculó mentalmente el tiempo que necesitaría para montar los pastelitos y presentarlos para el postre. Había perdido el hilo de la conversación cuando la voz de Matthew se levantó por encima de las demás.

—No deberíamos entretener a la señorita Westwood más tiempo. Seguro que aún tiene mucho que hacer. Vosotros ya sabéis lo que es la cocina.

—La he retenido —se excusó Rafael Branco—. Me he dejado llevar por mi

entusiasmo. Le agradezco el tiempo que nos ha dedicado, señorita, y espero lo que viene a continuación con gran impaciencia.

Sofia Alves se limitó a asentir, como buena perdedora.

Cuando iba a llegar al pasillo de las cocinas, una mano la detuvo. Marianita se plantó delante de ella.

—He visto que has estado hablando con mi madre.

—¿Era tu madre? —respondió Zoey sin convicción, con la cabeza ya en los siguientes pasos a dar.

—Sí y no me agrada en absoluto que haya venido. Al principio no quería. La convenció Matthew Ziegler. —El modo en que pronunció su nombre decía mucho sobre su opinión. Zoey notó con interés que la guapa brasileña se había expresado con menos alegría que en las anteriores ocasiones—. No sé lo que te ha dicho, pero te pido disculpas por adelantado. Le he visto la cara. Mi madre puede ser espantosamente grosera y completamente descuidada. No logro comprender cómo sigue manteniendo una relación con él.

Marianita había escupido la última palabra, sin dejar ningún lugar para la duda sobre la «relación» que su madre y Matthew mantenían.

«Le tiene que molestar bastante que su madre salga con alguien que apenas tiene algunos años más que ella», pensó Zoey. Y por un instante olvidó que se refería al hombre en el que había estado pensando los tres últimos días con una mezcla de furia y atracción, igual de irreprimibles las dos.

Luego se dio cuenta de lo absurdo de la situación. Estaba hablando de Matthew con Marianita, que, a su vez, parecía ser la amante de Adrian, con quien...

«¡Ahora tengo que ocuparme de otras cosas!», se gritó mentalmente.

—Cada vez que pienso en el daño que..., que... —siguió Marianita—. Sencillamente, me siento consternada.

—De verdad que no tienes de qué preocuparte —respondió Zoey, al borde de la desesperación—. No me ha ofendido y tengo que volver a la cocina. Pronto tendremos otra oportunidad de hablar.

—Espero que sí —respondió la chica con una sonrisa encantadora—. Hay otro tema que me gustaría tratar contigo.

—En otra ocasión, ¿vale?

Estaba a punto de estallar. Sin despedirse la dejó allí plantada y corrió hacia las cocinas.

Sally también parecía estar al borde de la desesperación. Becca y Phil estaban manos a la obra gritándose órdenes, exactamente como lo habría hecho Zoey si

hubiera estado allí.

—Esto es un desastre. ¿Dónde estabas?

Zoey evitó gritarle a la cara. Al menos, había abandonado aquella expresión de empleada herida y había vuelto a convertirse en Sally.

—Resistía un asalto de Brasil —respondió—. Ya estoy de vuelta.

—Tendríamos que haber preparado más cosas con antelación. Deberíamos haberlo previsto —gimió Sally.

—¿Haber previsto un accidente de coche? Eso no es prever, ¡eso es ser adivino! Vamos, ¿nos ponemos manos a la obra? ¿Los otros postres están preparados?

—Si ayudo a Becca y Phil, no debería haber problema. ¿Tú puedes hacer los pastelitos sola?

—¡Por supuesto!

Zoey probablemente presumía de capacidad para recuperar todo el tiempo que había perdido, pero estaba segura de que nadie podría reprocharle un poco de entusiasmo forzado.

Las chicas buenas comunican con claridad y tranquilamente sus pensamientos

Media hora más tarde, pudo confirmar que había sido demasiado optimista. No habían llevado con antelación la mezcla que había probado a principios de la semana. Pese a todas sus precauciones, la diferencia de temperatura la había perjudicado. La textura de la crema, poco espesa, le impedía trabajar con la rapidez que le habría gustado. A ese ritmo, nunca tendría tiempo de montar los pastelitos y fijarlos. Debería haber empezado una hora antes.

Los camareros llegaban uno tras otro para llevarse las últimas bandejas de saladitos. En sus insistentes miradas, Zoey leía el alcance de los estragos. Algunos parecían entrar en pánico, otros expresaban un reproche burlón.

En el centésimo pastelito, se apoyó en la encimera. Nada iba como estaba previsto. Esperaba pequeños inconvenientes, siempre los había, pero no aquel desastre, tanto en la cocina como en el salón, donde la habían humillado por duplicado.

Sintió una presencia junto a ella, volvió la cabeza y vio a Matthew remangándose la camisa con un gesto perfectamente natural, como si siempre hubiera formado parte del equipo. Sally le lanzó una mirada interrogante desde la parte trasera de la cocina, a la que Zoey respondió encogiéndose de hombros circunspecta.

—¿Puedo saber qué estás haciendo? —preguntó la cocinera.

—Evidentemente, voy a rellenar pastelitos —respondió el crítico, con un tono divertido—. Te hemos retrasado.

—¿Así que has venido a echarme una mano en compensación?

Cogió una manga y empezó a trabajar con aspecto concentrado.

—No, he venido a pedirte disculpas por el comportamiento de Sofia.

—Escucha, eres muy amable, pero no admito aficionados en mi cocina —

respondió Zoey, con su tono más despectivo.

A Matthew se le escapó un principio de risa.

—Si hubieras oído hablar de Sofia Alves, lo que no era el caso, aunque todos hemos fingido lo contrario, habrías sabido que es la propietaria de los cuatro mejores restaurantes de Brasil. Yo aprendí con ella.

—¿Tú aprendiste a cocinar? —dijo Zoey sorprendida.

—Sí, pero nunca he conseguido un suflé. Yo aprendí a cocinar porque un buen crítico debe saber de qué habla de una manera muy concreta, ¿no te parece? Mira, no se me da tan mal. Ahora, cállate y ponte a trabajar. Estamos perdiendo un tiempo precioso.

Zoey abrió la boca para responder, pero se dio cuenta de que, efectivamente, Matthew se las arreglaba más que honrosamente.

«Casi tan bien como Hakeem», tuvo que admitir.

Durante la siguiente media hora, solo intercambiaron algunas palabras. Zoey daba órdenes, olvidándose de a quién se dirigía. Matthew las seguía y, a veces, incluso se adelantaba.

Zoey miró cómo salía la pieza montada de pastelitos de caipiriña, transportada por tres camareros. Nunca se había sentido tan cansada y nerviosa a la vez. No consiguió sentir el menor alivio, ni siquiera cuando Becca, Phil y Sally expresaron escandalosamente lo entusiasmados que estaban por haber terminado, mientras llevaban las bandejas de saladitos a la mesa auxiliar para que comiesen los camareros.

Cerca de ella, Matthew se apoyó en la encimera, con los brazos cruzados.

—Tengo que ir a presentar el postre —murmuró Zoey, con voz extenuada.

—Te he dispensado de eso. Querían verte, te han visto. Creo que necesitas un descansito, un poco de aire fresco y una copa de champán. ¿Me permites? —Sin esperar respuesta, se dirigió hacia uno de los frigoríficos, sacó una botella y al pasar cogió dos copas de una caja—. Vamos —dijo, empujándola delicadamente hacia la puerta—. Te lo mereces.

—Sí, ve —la animó Sally con un guiño—. Nosotros nos arreglamos con lo que falta.

Zoey se dejó llevar. Necesitaba beber algo y salir de aquella cocina sobrecalentada. Notaba que el sudor le pegaba el pelo en el nacimiento de la sien.

El aire fresco le sentó bien. Se apoyó en la pared del patio trasero y se derrumbó, completamente agotada.

—Quítate ese delantal, tienes que estar muriéndote de calor —dijo Matthew,

mientras servía el champán en las copas. Le entregó una al mismo tiempo que Zoey dejaba caer el delantal por las caderas—. Bravo. Los has conquistado. Y eso que Rafael Branco es un hombre difícil en materia gastronómica.

—La comida no era lo más relevante de la fiesta —comentó Zoey.

—No, pero sí un elemento. Para las personas que te han presentado es muy importante; para el resto, no lo sé. La comida y el concierto de tu amigo. —Había enfatizado la palabra «amigo»—. Ha estado excelente —añadió.

Zoey vació su copa como si fuera un vaso de agua y se la tendió a Matthew. Él sonrió antes de volver a servirle.

—Y yo que pensaba tener una posibilidad de verte sobria...

—Y yo que pensaba tener una posibilidad de verte honesto —respondió Zoey al instante.

Matthew la miró, sorprendido.

—Sincera al máximo —respondió, con un gesto repentinamente decepcionado—. Realmente me ha gustado la música. Casi tanto como tu capacidad de respuesta.

Zoey se mordió la lengua para no contestarle. Tan cerca de él, tenía ganas de abofetearlo, de saltarle encima y de tirarle la copa a la cara, a la vez que el nombre de Sofia.

Pero eso habría sido demostrarle todo el interés que le había dedicado durante los últimos días. Ya era bastante engreído.

—Me ha gustado la fiesta —repitió Matthew. Al ver cómo la miraba, de un modo tan intenso que creyó que el aire se había espesado entre ellos, Zoey dudó de sí misma—. Sobre todo, el momento en el que has estado a punto de lanzarle el guante a la cara a Sofia Alves —insistió.

—No he lanzado el guante a la cara de nadie —respondió ella, incapaz de apartar los ojos del movimiento de los labios de Matthew.

—Yo en tu lugar lo habría hecho. En el fondo, eres más comedida que todos nosotros. El desafío fue ridículo.

Zoey suspiró y le miró a la cara.

—Por una vez, ¿podrías ser claro? No entiendo nada de lo que me dices. Escucha, te agradezco realmente la ayuda y el apoyo en cuanto a mis capacidades sociales, pero me gustaría que...

No le dio tiempo a terminar la frase. Matthew la había sujetado del brazo y atraído hacia él. Un segundo después, la besó. Zoey se dejó besar. Le dio la vuelta despacio y la apoyó contra la pared. El contacto de la piedra le devolvió algo de cordura y un sobresalto de orgullo. Zoey lo empujó con las dos manos.

—¡Ni hablar de esto! —exclamó—. Ya me la jugaste una vez.

Matthew mostró una expresión de desconcierto.

—¿Que te la jugué?

—Me besaste sin pedirme permiso y me apretujaste contra una pared.

—La última vez era yo el que estaba apretujado contra la pared. En cuanto al permiso para besarte... ¿Quieres firmar una reclamación? Eso puede arreglarse —concluyó.

Ziegler parecía realmente divertido con esa perspectiva.

—¡Pues a mí no me parece gracioso! —estalló Zoey—. Desde hace una semana vivo situaciones completamente estúpidas y tú has tenido mucho que ver en ellas. No sé si te excita besar a las chicas que apenas conoces y largarte después sin ninguna explicación, pero esta vez no va a ocurrir.

—Eso no es lo que me excita de verdad —dijo malhumorado Matthew—. Habitualmente no beso a las chicas que apenas conozco.

—No, claro. Con las otras sales. Ese es el término apropiado, ¿no es así?

—Si estás hablando de tu prima...

—¡No hables de mi prima! ¡Sobre todo no hables de ella!

—Ya no salgo con ella.

Por un momento, Zoey se quedó sorprendida, luego sintió una sorda satisfacción seguida de auténtica rabia. Debía de tener un aspecto completamente ridículo y cómico, porque Matthew pareció reprimir una mueca.

—¿Y qué quieres decir con «ya no salgo con ella»?

—Me la presentaron unos amigos comunes, pero enseguida me di cuenta de que no iríamos a ningún sitio. Tu prima es encantadora, muy guapa y exquisitamente educada, pero no es el tipo de chica con el que me veo teniendo una relación.

—¡Pero si te presentó a toda la familia!

—Como un simple amigo, lo que era. Me pidió que la acompañara y acepté.

—¿Sueles acudir a fiestas familiares en calidad de amigo?

Matthew bajó la cabeza, visiblemente incómodo.

—Tenía otras razones para ir. Unas razones de las que no puedo hablarte.

—Definitivamente estás lleno de misterios... ¿Y Sofia Alves?

—¿Qué pasa con Sofia Alves?

—¿Sales con ella?

De pronto la rabia le crispó el rostro.

—¿Pero me estás pidiendo cuentas? ¡La relación que tengo con Sofia es personal! —terminó con un tono ofendido.

Zoey forzó la risa.

—Hace un minuto tenías la lengua dentro de mi boca, pero eso, eso no es en absoluto personal.

—Para empezar, no tenía la lengua en tu boca y, puestos a seguir por esta vía llena de sutileza, créeme que lo lamento. Por otra parte, es la primera vez que una mujer con la que nunca me he acostado me monta un número.

—Eso no tiene nada de sorprendente, aunque no debe de haber muchas en Nueva York. Ya entiendo por qué viajas tanto.

—Estás empezando a ser realmente ofensiva —respondió él, apretando la mandíbula.

—Tú has terminado de serlo. —Zoey se precipitó hacia la puerta—. Te agradezco que me hayas demostrado la amplitud de tus capacidades —soltó—, pero, esta noche, voy a limitarme a las que desarrollas en la cocina.

Y con unos andares majestuosos, lo dejó allí, pálido de rabia y mudo.

Apenas había entrado cuando Sally se acercó a ella, muy contenta.

—He ido a buscarte, te reclamaban en el salón. Ha sido todo un éxito. De principio a fin. Podemos estar orgullosas. —Sally hizo un gesto travieso—. Cuando salí a buscarte, no te vi —continuó diciendo con una chispa burlona en la mirada—. Solo se veía la espalda de Matthew Ziegler. Nunca me había dado cuenta de que tuviera cuatro brazos.

A su espalda, los dos ayudantes ahogaron una carcajada en las cazuelas.

Las chicas buenas dan las gracias

Una cocina creativa que no duda en desmarcarse de los clásicos para volver a ellos mejorándolos, una mezcla perfecta de sensualidad brasileña y franqueza estadounidense...». —La voz de Sally explotó en sonidos arrebatados—. ¿Está hablando de tu cocina?

—Deja de darme la lata con el estúpido artículo de Matthew Ziegler, ¿quieres?
—Zoey levantó la mirada al cielo.

—«Un prometedor inicio, aunque Zoey Westwood tiene mucho que aprender sobre la sutileza de los placeres de la boca».

—¿Ha escrito eso? —gritó Zoey, al tiempo que arrancaba el periódico de manos de su amiga.

—Pues claro que no —respondió Sally riendo—. Te vuelves completamente idiota en cuanto surge el tema de Matthew Ziegler, ¿lo sabes?

—Hace más de una semana que me torturas con eso —refunfuñó Zoey—. ¿Podemos decir que ya estamos en paz?

—No. Estaremos en paz cuando yo lo decida. —Sally cogió el periódico y se giró hacia su amiga—. ¿Acaso habrías preferido lo que escribió sobre el Stan? «Generalmente se valora la presencia de un chef en el comedor, excepto cuando este pasa más tiempo atusándose el pelo que preocupándose por los clientes, que esperan durante media hora un cebiche de gambas con jengibre y arándanos. Sin lugar a dudas, la telerrealidad han hecho mucho daño a la cocina, y viceversa, pero, en contra de mi comida, empezó ella». Tendrás que mandarle una nota para darle las gracias.

—Antes morir —refunfuñó Zoey y dejó caer la frente sobre el mostrador.

—Las relaciones profesionales obligan. Un crítico es muy susceptible.

—Sally, lo mandé al carajo. Estamos más allá de la susceptibilidad.

La ayudante se levantó para ir a la cafetera y llenar el depósito de agua.

—A mí no me vengas con esas. Yo vi las miradas que os lanzabais cuando

entró en la cocina. Eran... abrasadoras.

—Estuve a punto de darle una bofetada. No bromeo, Sally. Ese tío es un asqueroso seductor. Ha dejado a Tina.

—Lo que demuestra que tiene gusto. Tú eres mucho más sexi que Tina.

Y esa idea sumergió a Zoey en una extraña sensación de satisfacción.

—Está liado con una mujer que tiene casi la edad de su madre —añadió Zoey.

—¿Y qué? ¡Nadie te pide que te cases con él! Exactamente, ¿cuánto tiempo hace que no te acuestas con un hombre?

Zoey levantó la cabeza. Exactamente un año y dos meses. Y acostarse era mucho decir.

—¿Acaso me estás pidiendo que me acueste con alguien de nuestro medio profesional?

—Te pido que pases de eso y que te acuestes con alguien que te gusta.

—¿Tú, tú me pides que pase del hecho de que él es y cito: «el tipo que puede destruir tu carrera, hacer que pierdas tu empresa»? Exactamente, ¿desde cuándo te drogas?

Sally estalló en carcajadas, antes de dejar una taza de café delante de su amiga.

—Esta es mi única droga conocida. Confiesa que tienes ganas de acostarte con él y dejaré de darte la paliza con eso.

—No, no tengo ganas de acostarme con él —mintió Zoey.

Esa idea le traía imágenes insoportables. Veía la boca de Matthew, las manos de Matthew y el momento en el que le había levantado el top para acariciarla en plena calle. Se removió en su silla confiando en que Sally no se diera cuenta de nada.

—Entonces, ya no tengo más argumentos —continuó su amiga—. Esta noche salimos y te presento a un hombre decente. Bueno, como Dios manda. O, si no, vamos a ver a Josh al Raines Law Room. Los dos tenéis el corazón roto, así que deberíais llegar a algún entendimiento...

—Una idea muy sexi, si no fuera porque no pienso acostarme con el mejor amigo de mi hermano. Esta noche tengo el cumpleaños de Nana.

—Ay, cuánto lo siento, lo había olvidado completamente. Imagino que iré todo el mundo. ¿También Adrian?

—No, es estrictamente familiar.

El cumpleaños de Nana siempre se celebraba en un restaurante e indefectiblemente marcaba el inicio de las vacaciones de los Westwood. Fran Westwood consideraba ese acontecimiento como el último compromiso, luego

las maletas y la limpieza general de la casa. Al día siguiente, los Westwood se subían a un avión rumbo a Florida, donde Jo se reunía con su familia. Antiguamente, Dalton y ella los acompañaban, pero en la actualidad siempre utilizaban alguna excusa profesional para librarse de ese marrón. No es que no tuvieran cariño a los tíos Westwood, pero la perspectiva de pasar tres semanas de vacaciones con su madre, interpretando continuamente un papel dentro de su familia política, a la que nunca había apreciado demasiado, estaba por encima de las fuerzas de los dos hermanos.

—Dicho esto, Zoey —señaló Sally, dando vueltas a la taza de café entre las manos—, aunque te resulte difícil, tienes que darle las gracias a Matthew Ziegler. Es una crítica realmente elogiosa y eso tiene aún más valor si la cosa acabó mal entre vosotros. Ziegler se ha comportado de un modo muy profesional. Haz tú lo mismo. Pero, por supuesto, no quiero darte lecciones.

—Si no me dieras lecciones, pediría que te hicieran un escáner.

—Te aseguro que es muy importante. Se llama «comunicar» y creo que eres la única en el mundo que no sabe hacerlo correctamente, excepto cuando se trata de echarle la bronca a alguien. Por favor, Zoey, no tires por tierra todos nuestros esfuerzos. —Zoey suspiró. Había dejado de contar el número de veces que acababa respondiendo «lo haré» con el mismo tono, medio enfadado, medio cansado—. ¿Lo harás? —preguntó Sally, revolviendo detrás del mostrador en busca de las tarjetas previstas para eso.

—No lo sé —respondió Zoey, socarrona.

Sally dejó una tarjeta y un boli delante de ella, con un gesto autoritario.

—Zoey, no me hagas reír.

—¿Sabes?, tengo verdaderos problemas de conciencia. Se destruyen los bosques para producir papel. No me gustaría participar en esa matanza solo para satisfacer el ego de Matthew Ziegler. —Se llevó la taza a la boca—. Le enviaré un e-mail. —Esquivó el boli que su amiga acababa de lanzarle a la cara y saboreó el café—. Estoy muy contenta de que hayamos hecho las paces —susurró, al cabo de un momento.

Sally soltó un suspiro exagerado.

—¡Yo también! Estar de morros contigo ha sido la cosa más agotadora que he vivido en estos últimos tiempos... Bueno, si exceptuamos...

Se detuvo repentinamente y se sonrojó.

—¿Qué?

—La recepción del cónsul.

Zoey frunció el ceño. Sabía cuándo Sally no le decía la verdad. No era difícil

teniendo una amiga de tez pelirroja con tendencia a enrojecer a la menor emoción.

—¿Hay algo que no me has contado? —preguntó Zoey, suspicaz.

—Nada que realmente valga la pena —respondió Sally.

Luego se marchó con una cierta precipitación.

Zoey encendió el ordenador. Por principio y sobre todo porque no podía evitarlo, tecleó el nombre de Matthew en el buscador. Cuando apareció su rostro, a Zoey se le encogió el corazón y le sobrevino una oleada de calor, particularmente molesta, en el bajo vientre. En todas las fotos, Matthew tenía la misma sonrisa profesional y encantadora. Zoey advirtió, no sin cierta satisfacción, que una de las personas con su mismo nombre era un cincuentón calvo y tonto que parecía haber pasado por la cárcel. Luego pulsó en una de las críticas:

El No Limit podría recordar un *food-concept* futurista de estilo *Blade Runner* si el propietario no hubiera decidido seguir la detestable moda del local-concepto en el que todo se mezcla; y digo bien, se mezcla, no se fusiona. Sofás barrocos, estanterías industriales y lámparas del siglo XIX falsas en ese antiguo garaje con volúmenes demasiado reducidos, no se ha ahorrado nada que nos evite recordar los límites del decorador. La propia cocina, lejos de rechazar fronteras, te lleva de un modo bastante hipócrita a las mismas bases del restaurante familiar, sin su calidez ni autenticidad y con poca hospitalidad. Del mismo modo, darás una vuelta por la zona de los cócteles que ofrece Steve Serder, sin llegar a la borrachera. La tristeza de la carta, aliada con el abigarramiento casi fúngico del local, te llevará deprimido y un poco pesado al rectángulo bien delimitado de tu cama, porque en el No Limit te sientas a la mesa tarde, seguramente debido a la espera interminable durante la que el único lugar al que puedes mirar sin soltar un grito de horror es la pared blanca en la que Beyoncé puso las manos, con toda seguridad vencida por la inanición y el vértigo que provoca la decoración.

Zoey no pudo evitar reírse. El crítico era displicente, divertido y esnob solo en el buen sentido, exactamente como ella lo imaginaba. Sus críticas se le parecían. Hasta resultaba irritante, con ella había sido displicente y esnob, pero sin haber hecho alarde de tanta sensatez y lleno de esa insoportable seguridad de los hombres cuyo oficio consiste en juzgar.

Tecleando con rabia, abrió el correo electrónico.

«¿Querido Matthew?». Demasiado familiar. «¿Querido señor Ziegler...?». Estúpido, si se tenía en cuenta que...

La escena del taxi le vino a la memoria. La manera en la que la había aplastado contra el asiento, a la vez que con una mano buscaba un billete en el bolsillo y con la otra le hacía doblar los riñones.

Zoey agitó la cabeza.

«Buenos días». Vale, bien.

Se detuvo para pensar. El mensaje debía, además de incluir el agradecimiento, ser breve, educado y distante.

«Te agradezco el artículo». Demasiado seco. «Ha sido un placer...». Ay, no, placer no, no...

Soltó un gruñido desesperado y luego con un ataque de rabia tecleó furiosamente:

Buenos días. Muchas gracias por tu crítica tan elogiosa. La habría valorado mucho más si no te hubieras portado como un auténtico cerdo las dos últimas noches que nos vimos. Quizá eres un experto en cocina, pero permíteme decirte que aún tienes mucho que aprender en materia de relaciones humanas. Haces todo lo que te viene en gana, sin preocuparte por saber si yo siento algo por ti. No voy a negar que te deseo, aunque, en este momento, desearía más bien darte un puñetazo en los morros por haberme humillado en público y en privado y por haberme dejado plantada en tal estado que tuve que darme una ducha de agua fría cuando llegué a casa y me pasé toda la semana buscando en Google tu nombre para insultarte. Es una pena, internet no pone en evidencia a los mentirosos.

Zoey se detuvo y rio. Por supuesto, nunca enviaría ese e-mail, pero escribirlo le sentaba extraordinariamente bien. Lamentaba que Sally no estuviera allí para que se riera y disgustara a la vez y luego le sugiriese otras fórmulas convincentes.

Que sepas que tu forma de actuar no me ha parecido creativa ni innovadora y que tus besos no se desmarcan de los clásicos para volver a ellos y mejorarlos. Zoey.

Volvió a leerlo aliviada. Luego marcó el texto para borrarlo. En ese momento, se abrió la puerta de la tienda. Zoey cerró precipitadamente el ordenador.

No era Sally, sino Gabriella. La joven, con su enorme vientre por delante, llevaba una bandeja no menos enorme en el extremo de los brazos.

Zoey se precipitó para quitarle el peso.

—Son *agnolotti* para tu abuela —explicó Gabriella.

—Gabriella, ¡eres encantadora! —exclamó Zoey, al tiempo que dejaba la bandeja en el mostrador—. ¡Nunca te olvidas del cumpleaños de Nana!

—No me olvido de que gracias a tu abuela nuestro restaurante empezó a funcionar.

—¡No exageres! Lo único que hizo Nana fue dar a conocer tus recetas.

—Deja que pague mis deudas —respondió Gabriella riendo—. Mientras aún pueda. Cuando el bebé llegue, tendré menos tiempo.

Zoey lanzó una mirada al vientre de su vecina. Parecía a punto de dar a luz y solo estaba embarazada de seis meses.

—¿Estás segura de que no son gemelos? Siéntate un minuto.

Gabriella miró el taburete con cara apenada y se decidió por uno de los asientos que utilizaban los clientes, más accesibles.

—Créeme que, si no hubiera visto al bebé en la ecografía, pensaría que son trillizos.

Antes de quedarse embarazada, Gabriella había sido una chica ágil y activa, con gestos rápidos y con una cháchara divertida y locuaz. En ese momento, tenía cara de agotamiento, los rasgos marcados, y tanto el calor como el embarazo le hacían sentirse extremadamente pesada. Hasta el pelo, que unos meses antes había sido de un castaño rojizo brillante y profundo, parecía apagado y triste.

—No te quedes nunca embarazada —le recomendó—. Estoy fea hasta llorar. Que no vuelvan a decirme que esto es una bendición. Odio a todo el mundo, pero sobre todo a las mujeres embarazadas resplandecientes con las que me cruzo. ¡Es la última vez! —Zoey le sirvió un vaso de agua—. Ya no me reconozco. Me peleo continuamente con Orlando, que se pasa el día diciéndome que estoy magnífica y extasiándose con todo. Es horrible, hasta llego a plantearme si no voy a odiar a este niño.

—¡Pues claro que no! Estoy segura de que lo olvidarás todo cuando haya nacido.

Gabriella esbozó una débil sonrisa.

—Eso me dice mi madre, aunque también me dijo que el dentista no hacía daño. Y tú, ¿qué tal?

—Tirando a bien. Mucho trabajo.

Gabriella suspiró.

—¡Dios mío, cuéntame algo más entretenido! ¡Estoy embarazada, no muerta! Déjame imaginar que tu vida de soltera es más excitante que la mía.

—Mucho me temo que no, lo siento.

Gabriella hizo una mueca dubitativa y luego se levantó apoyándose en el respaldo de la silla.

—Bueno, ya que no tienes nada interesante que contar, me voy. Siento mi humor... ¡Estoy completamente odiosa! Da un beso a Nana de mi parte.

—Con mucho gusto —contestó Zoey sonriendo—. Cuidado al volver.

—Voy a la puerta de al lado —subrayó—. Pero tienes razón, que no me pille un empleado de la limpieza, no vaya a ser que me confunda con algún desperdicio.

Le hizo un gesto con la mano y se marchó dejando sola a Zoey.

Zoey se estiró. Le quedaba una hora para ducharse, vestirse y llegar al restaurante donde estaría la familia reunida para celebrar el cumpleaños de su

abuela. Le alegraba aquella reunión, aunque solo fuera por los recuerdos agradables que le traía. Nana entendía que el festejo tenía que ser a su medida y la cena siempre se desarrollaba en un ambiente de buen humor. Aquellas noches, hasta Tina y Fran se esforzaban para jugar a la perfecta familia ideal.

También ella necesitaba una auténtica velada de relax.

Dejó el ordenador y los dosieres abiertos y comprobó que todas las luces estaban apagadas.

Las chicas buenas hacen honor a sus familias

El restaurante que Nana había elegido aquel año respondía a los mismos criterios que los de los anteriores: bonita decoración, una excelente carta y una no menos excelente bodega.

Zoey se detuvo a la entrada para disfrutar de la vista que ofrecía el comedor, de razonables proporciones, ni demasiado grande ni demasiado pequeño. Las mesas redondas y ovaladas, cubiertas con manteles blancos, estaban dispuestas alrededor de otra rectangular, en la que dominaban cinco enormes jarrones llenos de flores también blancas.

Sobrio y elegante.

La recibió el maître, que, sin pestañear, le cogió la estola que había llevado más por estilo que para abrigarse: la noche era casi canicular. Para hacer honor a Nana, a la que le gustaba la elegancia más por principio personal que por convencionalismo social, se había comprado para la ocasión un mono de color gris claro, en el que se entrelazaban unas flores de cerezo en hilo de seda tono sobre tono, que combinó con una sandalias muy sencillas, con cordones que le rodeaban delicadamente el tobillo. Se había dejado el pelo suelto, sujeto desordenadamente con una cinta de seda gris. En el cuello, un collar de plata con dos plumas azules le daba un toque divertido al conjunto.

El maître la acompañó a la mesa que habían reservado Fran y Jo. Como siempre, a Nana la rodeaban sus dos hijas y estas estaban junto a sus maridos. A la izquierda de Jo, Dalton, extraordinario con un traje gris y una camisa azul —seguro que una autoritaria «sugerencia» de Fran—, hizo un gesto a su hermana para indicarle un sitio libre a su lado.

Zoey se colocó junto a Tina, que había cambiado su traje sastre habitual y la cola de caballo por un vestidito blanco y verde y una trenza a un lado que le destacaba la fragilidad de la nuca.

«Tu prima es encantadora, muy guapa», le repetía la voz de Matthew Ziegler

en la cabeza.

La sonrisa hipócrita con la que la miraba sentarse no era tan encantadora. Otro sitio vacío esperaba a la tía abuela Vic.

—¡Por fin ha llegado mi heredera! —soltó Nana, con un resplandor intenso en la mirada.

—Si ya se han lanzado los dados, no sé por qué tendría que padecer otra cena en tu compañía —dijo Dalton, jovial.

—¡Dalton! —exclamó Fran, que se tomaba todo al pie de la letra, mientras Jo sonreía.

—Dalton, estás especialmente desagradable desde que eres abogado —dijo Nana, con un humor socarrón—. No te preocupes, cuando me muera no saldrás perjudicado. Te quedará el recuerdo de todo el amor que te he dado.

—¿Acaso puede comprarse un Porsche con amor? —preguntó Dalton en el mismo tono.

—Sí, pero me parece que elegiste otra carrera —respondió su abuela, antes de estallar en francas carcajadas.

—¡Mamá! —gritaron al mismo tiempo Fran y su hermana Babeth.

—No hagáis como si no conocierais mi sentido del humor.

—Lo conocemos demasiado bien —contestó Fran entre dientes—. Tus nietos lo han heredado. ¿Podríamos dejar de llamar la atención?

—¿Dónde estaría la gracia de gastar tanto dinero si no es para llamar la atención? —comentó Zoey suspirando.

Cruzó la mirada con su abuela y leyó una aprobación divertida. La tía Vic apareció en ese instante, con un vestido elegante, pero de otra época, bordado con lentejuelas brillantes. Le dio un cariñoso beso a Zoey.

—Estaba en el cuarto de baño —precisó.

Fran Westwood levantó la mirada al cielo; parecía vivir un suplicio.

—Nunca pierdes las buenas costumbres.

—A un restaurante se le juzga por los cuartos de baño, eso es lo que nos enseñó tu bisabuelo.

—¿Y tu veredicto?

—Aceptable —respondió la anciana riendo y luego se dirigió a Zoey—: ¿Cómo estás? ¿Has venido sola?

—¿Con quién quieres que venga, tía Vic?

—Siéntate, Victoria —refunfuñó Nana, autoritaria.

La anciana obedeció, como hacía siempre que su hermana le daba una orden desde hacía setenta y cinco años; se sentó entre Tina y Malcolm y empezó a

hablar con su sobrino político.

Zoey se concentró en la carta que un camarero acababa de entregarle. Dalton no le había dirigido la palabra y se cuidaba mucho de hacerlo, vuelto hacia su padre y ocupado en una conversación en voz baja que no dejaba oír la charla, más animada, de Fran y su hermana con su madre. El tío Malcolm ya parecía muerto de aburrimiento. Todo era normal.

—¿Y la fiesta en el consulado? —preguntó de pronto Tina, a la que Zoey se había limitado a saludar rápidamente.

Zoey conocía la mecánica de la conversación de Tina durante los cumpleaños de Nana. Como no podía provocar abiertamente otro conflicto dentro de la guerra fría que libraban desde hacía treinta años, siempre empezaba interesándose por sus novedades para luego encontrar la ocasión de soltarle un comentario desagradable con medias palabras, generalmente sobre su carrera.

En ese aspecto, Tina podía permitirse mirarla por encima del hombro. Su prima trabajaba en la inmensa empresa de su padre, dedicada fundamentalmente a comprar empresas ruinosas para ponerlas en pie y luego volver a venderlas o liquidarlas, según su estado. Ocupaba el cargo de directora comercial en una de las filiales.

Un oficio cuando menos ingrato y con la peculiaridad de ser moralmente dudoso, según Zoey.

En cambio, la vida sentimental de Tina discurría por un terreno más resbaladizo. Zoey estaba convencida de que su prima buscaba un marido tan extremadamente ideal que rechazaba a todos sus pretendientes por detalles ridículos, como el nombre o el color de los calcetines. Se acordaba de que, en la universidad, Tina había dejado a uno de sus novietes porque le gustaba el rugby y a ella le parecía un deporte sin nobleza.

—Fabulosa —respondió Zoey—. Y tú, ¿cómo lo llevas?

A Zoey le divertía mucho utilizar las expresiones más coloquiales que se permitían en aquellas circunstancias para irritar a Tina.

—Todo bien —contestó su prima—. Mucho trabajo. También salgo mucho. Así es el verano. Este año me iré de vacaciones en septiembre. Me apetece disfrutar del verano en India. ¿Y tú?

—Yo nunca tengo vacaciones en verano, es época de bodas.

—Ay, es verdad. ¿No te resulta muy deprimente?

—No, me encanta Nueva York en verano.

—No, quiero decir, organizar tantas bodas cuando tú ni siquiera estás prometida.

Primera salva. Al ataque le faltaba sutileza y podía volverse peligroso para la propia atacante. Tina debía de estar muy nerviosa.

—No más deprimente que ser sistemáticamente testigo de las amigas —respondió Zoey, con una sonrisa que no dejaba lugar a dudas.

—¡Qué gracia lo que dices! ¡Ayer mismo, Laurie me pidió que fuera su testigo!

Segunda salva. Ahí era adonde quería llegar. Tina estaba impaciente. Por lo general esperaba al plato fuerte para pasar a las cosas serias. Zoey mantuvo la sonrisa, pero sus manos se crisparon ligeramente sobre la carta.

—¡Qué maravilla! —respondió, melosa—. Otro vestido de dama de honor. ¿Ya sabes de qué color va a ser en esta ocasión? ¿Rosa? ¿Verde almendra?

—Azul. Iremos a probarnos a la boutique de Dior. Será una boda fantástica. Me imagino que estarás invitada.

Zoey contuvo un insulto especialmente gráfico.

—¡No sé para qué nos han traído las cartas! —exclamó Nana en voz alta.

Su abuela la miraba en ese momento. Debía de haber seguido de lejos la conversación. Fran y Babeth charlaba entre ellas. Por sus expresiones, Zoey sabía que estaban criticando algo, probablemente la elección de Nana.

—He pedido lo mismo para todos. Así que tendréis que fiaros de mi juicio. No me apetecía nada que nos pasáramos horas eligiendo. Ya sabéis que tengo poca paciencia.

—Usted sabe lo que quiere, eso es todo —intervino el tío Malcolm—. Ese es un aspecto en común con Tina. También tiene sus ojos. Desde luego, es la que más se parece a usted, Angelina.

Tercera salva. Indefectiblemente, el tío Malcolm intentaba dar un lugar más importante a Tina, porque consideraba que su abuela la perjudicaba en todos los aspectos. No debía de haberle gustado que Nana llamara a Zoey «la heredera» delante de ellos.

—Tina se parece bastante a mí —convino Nana, con una voz dulce—. Zoey ha heredado mi amor por la cocina. Pero el nieto que más se me parece es este cretinito que se remueve en la silla porque no tiene nada para beber.

Dalton levantó la cabeza y sonrió a la anciana.

—Todo esto me recuerda a los cumpleaños en Nápoles —intervino la tía Vic, sin que, en esta ocasión, nadie quisiera callarla—. Es maravilloso, ¿no os parece?

—Sí —murmuró Nana, con los ojos brillantes—. Mis padres los celebraban siempre como si fuéramos la Virgen María en persona... Decoraban todo el

restaurante con guirnaldas de flores. La tía Tilla preparaba el pastel de azahar. Nunca encontré esa receta.

—Y la homenajeadá podía sentarse en la presidencia de la mesa —añadió la tía Vic—. Papá abría el restaurante solo para los mejores clientes y todo el mundo bebía a nuestra salud. ¡Una vez llegué hasta a probar el vino blanco!

La tía Vic rio de manera traviesa con ese recuerdo. La mirada de Nana se empañó mientras miraba a su hermana.

—Hasta una pequeñaja como tú podía beber —dijo Nana, con una pizca de ternura—. Daría cualquier cosa por volver a vivir un solo minuto de aquellos... Los padres bailaban..., muy mal por cierto, y nosotras nos quedábamos dormidas en las sillas, ahítas por haber bailado y comido demasiado... Y papá... —Nana se detuvo de repente y con la voz ligeramente temblorosa siguió hablando—: Pide el vino, Malcolm, ya sé que eso te gusta.

—Tu marido perpetuó esta tradición —continuó la tía Vic—. ¡Menudos cumpleaños has tenido! ¡Qué fiestas! ¡Únicas!

—También él era único —respondió Nana.

Zoey siempre había lamentado no haber conocido a su abuelo, que había muerto de un ataque al corazón justo antes de que ella naciera.

—Zoey se parece tanto a papá —la interrumpió Fran—. Sin noción del dinero y con una total incapacidad para vestirse correctamente.

—Y con el mismo sentido del humor —respondió Nana, con un tono de pronto menos amable—. También la frente y esa manera tan particular de liarla sin motivo. —Zoey rio. Los comentarios de Nana sobre ella siempre estaban llenos de ternura—. No me gusta demasiado que dibujes un retrato tan negativo de tu padre, Francesca —añadió Nana, dirigiéndose a su hija—. Él te adoraba. Aún me preguntó por qué cuando te oigo hablar de él de esa manera.

Fran apretó los dientes.

—Bien —murmuró Babeth, lanzando una mirada incómoda al camarero que se había acercado—. Me parece que al menos podemos pedir los vinos.

Malcolm recorrió la carta desgranando su selección de comentarios estudiados, como de costumbre.

En ese momento la conversación ya iba por buen camino. Zoey respondía a las preguntas de su padre sobre la recepción en el consulado, luego prestó atención a la tía Vic, que obsequiaba a Tina con el relato del día de voluntariado que había pasado en un hogar para jóvenes.

Cuando el camarero llegaba para dejar delante de Zoey una cazuelita de langostinos al jerez, del que ya saboreaba el olor, Dalton le dio un codazo que

casi le hizo tirar el tenedor.

—¿Tú estás pirado o qué? —exclamó Zoey, furiosa.

A la estela del maître, Adrian y Marianita se abrían paso hasta el fondo del comedor.

Nana les hizo un gesto con la mano.

—Anda, ¿vosotros aquí? —dijo Adrian, con un tono festivo.

—Definitivamente, Nueva York es un pueblo —siseó Zoey.

Seguro que Adrian sabía perfectamente dónde se celebraba el cumpleaños de Nana. Fran le contaba todo a su madre, fundamentalmente todo de lo que de paso podía presumir.

—Sentaos con nosotros —los invitó Nana.

—Ya habéis empezado y estáis en familia.

—Pero —contestó la tía Vic riendo— ¡si tú eres prácticamente de la familia!

Adrian bajó modestamente los ojos y su sonrisa le despertó a Zoey instintos asesinos. Se daba cuenta de qué clase de mensaje quería enviarle su amigo. Y eso la ponía furiosa y triste a la vez. Adrian no necesitaba comportarse como un amante que quisiera poner los puntos sobre las íes.

Nana hizo un gesto al camarero, que llevó dos sillas y las colocó donde la anciana le indicaba, entre Dalton y Zoey. Durante un minuto, todos movieron sus platos, en un caos de traqueteos de sillas arrastrando por el suelo y de tintinear de cubiertos. El maître se acercó a toda prisa.

—Esto no molestará a Frédéric, estoy segura —informó tranquilamente Nana.

Al mencionar al prestigioso chef francés responsable del restaurante, el maître se relajó inmediatamente y apremió al camarero sin motivo alguno.

—Marianita, siéntate a mi lado —exclamó Zoey, con una sonrisa encantadora.

Zoey no quería estar junto a Adrian para no clavarle el tenedor en la mano, como hizo el día que cumplió once años por una absurda discusión por una porción de tarta. Adrian se apresuró a sentarse en la silla que Zoey le indicaba a Marianita antes de decir, autoritario:

—¿Y privarme de tu compañía? ¡Antes morir!

—Algo que bien podría ocurrir —murmuró ella, al tiempo que inclinaba la cabeza hacia él.

—No seas malvada, Zoey.

Adrian le dirigió una mirada socarrona.

—¿Qué narices hacéis vosotros aquí? —preguntó Zoey, en voz baja.

—Simple coincidencia.

—No te creo. Te horrorizan esta clase de restaurantes.

Adrian se encogió de hombros. Junto a Zoey, Tina lanzaba miradas de admiración y envidia a la vez a Marianita. La joven se había esmerado. Llevaba un vestido de verano de corte años cincuenta, ceñido en la cintura y largo hasta las rodillas, de un color verde que destacaba su tez dorada y su cabello negro. Dalton charlaba con ella, mostrándose de lo más educado y con una sonrisa desganada desenfundada para la ocasión. Al otro lado de la mesa, Fran la miraba por el rabillo del ojo, con la cara impasible.

Cuando Zoey recordó repentinamente dónde estaba y que los oídos de Tina andaban por los alrededores, decidió callarse el comentario ofensivo que rumiaba para Adrian.

—Arreglaremos cuentas en tiempo y forma —refunfuñó.

—No lo he dudado ni por un segundo.

Zoey suspiró. Conocía muy bien a Adrian. Se conocían mutuamente. Ninguno de los dos bajaría la guardia.

Y los langostinos ya estaban enfriándose.

Zoey se pasó el rato de los entrantes escuchando al resto de los comensales de mal humor. Solo las preguntas de la tía Vic a Tina la animaron. Su prima se defendía de la curiosidad de la anciana como podía, al menos tan educadamente como podía, sin darse cuenta de que Zoey seguía la conversación.

—¿Y el chico que llevaste a casa de tus tíos? —preguntó la tía Vic—. ¿No ha venido hoy?

—Es una cena íntima —señaló Tina bajando la voz, probablemente con la esperanza de que su tía abuela hiciera lo mismo.

—¿Sales con él desde hace mucho?

—Desde hace unas semanas.

—Se llama Matthew, ¿no es así?

Zoey se sobresaltó. Hasta que no se pronunció su nombre, la realidad de la relación que había entre Matthew y Tina no parecía realmente palpable, incluso cuando, según las palabras del crítico, no había ido más allá de un par de citas.

—Entonces, ¿volverás a verlo? —insistió la tía Vic.

Tina hizo un gesto pensativo para demostrar que tampoco le daba tanta importancia a Matthew Ziegler.

—Sí, seguro. La próxima semana cenaremos juntos.

—¡Tía Vic! —exclamó de pronto el tío Malcolm—. ¡No me ha contado la fiesta del Country Club!

Mientras la tía Vic se giraba hacia él, alegre y parlanchina, el tío Malcolm le lanzó una mirada a Zoey. No le gustó lo que leyó en ella. Se había dado cuenta

de que estaba escuchando la conversación. Por alguna razón, el tío estaba enfadado.

«A no ser que se deba a que no quiere que mi querida prima desvele que llevé a una fiesta familiar a alguien que realmente no está interesado en ella y a quien presenté como su pareja tan tranquila».

Le daba igual. Matthew y Tina iban a verse la siguiente semana. ¿Por qué? Para romper quizá, tal y como él había asegurado.

«Ya no salgo con ella».

¿Quién se tomaba la molestia de romper cara a cara una relación de unas cuantas cenas?

«A lo mejor no todo el mundo es como Spencer...», pensó con amargura. «O quizá no se rompe por e-mail con una chica como Tina y en cambio conmigo sí».

El plato fuerte llegó. Cuando el camarero puso delante de ella un lenguado con pistachos y almendras, Zoey seguía pensando. Adrian se inclinó hacia ella. Estaba especialmente atractivo.

—Estás muy tranquila —le comentó.

—Muy a menudo estoy tranquila.

Adrian levantó la mirada al cielo.

—Cuando duermes ¡y ni aun así!

—Estoy disfrutando de la cena. Deliciosa, ¿no te parece? ¿Ya habías estado aquí con Marianita?

—No salgo mucho con Marianita.

—Ah, ya entiendo. —Seguramente preferían quedarse encerrados en alguna habitación—. Pues no es lo que diría después de todo lo que os he visto esta semana —insistió Zoey.

—Trabajamos juntos. Marianita está pasando una mala época. No entiendo. ¿Desde cuándo eres tan... inquisidora? Te pareces a tu tía Vic —añadió, bajando la voz.

—Me preocupo por saber cómo te va.

—Me va perfectamente.

—No, porque tú también pareces nervioso —dijo Zoey, cogiendo el vaso de chardonnay con un gesto desenfadado.

—Estoy bien, Zoey. Digamos sencillamente que estoy en un momento de la vida en el que necesito comprender algunos de mis funcionamientos.

Zoey sintió que se derrumbaban algunas de sus resistencias. Acababa de ver a Adrian tal y como él era a veces, en la intimidad, inquieto y casi charlatán. El

recuerdo de su larga amistad, que hasta entonces solo había sufrido por algunas tonterías, le hizo tanto bien que la preocupó. Si Adrian necesitaba confesarse, la situación era grave. Sin embargo, Zoey aún seguía un poco enfadada con él. Fundamentalmente, no sabía qué pensar.

—Entiendo lo que quieres decir —murmuró, antes de dar otro trago de vino. Adrian estaba encantador y le devolvió una breve sonrisa.

—¿De verdad? —respondió Adrian.

—De verdad. También a mí me cuesta atender a mis deseos... Me creía muy liberada y me veo rodeada de muchas barreras. Quizá tenía que llegar a esta situación para darme cuenta.

—Eso es exactamente. Atender a tus deseos. —Adrian lanzó una de sus sonrisas soñadoras, su verdadera sonrisa, una sonrisa que pocas veces se le veía desde que se había hecho mayor, y movió la mano por su antebrazo. Sus dedos se deslizaron por la piel de Zoey y le produjeron un escalofrío—. Si atiendo a mis deseos, me da miedo perder algo muy preciado...

Zoey sintió cómo se sonrojaba poco a poco. ¿Qué estaba haciendo Adrian exactamente? Dejó el vaso, incómoda, y aprovechó el movimiento para retirar el brazo. Cuando levantó los ojos, se encontró con los de Nana observándola.

El corazón le latió más deprisa. ¿Había entendido bien lo que Adrian quería decirle? ¿Y si, después de todo, la presencia de Marianita solo fuera una forma de..., de ponerla celosa?

Zoey no estaba preparada para mantener esa conversación con Adrian. Tal vez debería haberse sentido incómoda o conmovida, en el buen sentido de la palabra, o incluso halagada, pero no sabía cómo desenredar los pensamientos y sentimientos que se enmarañaban en su cabeza y le estrujaban el estómago.

Entre el plato principal y el postre, las conversaciones se centraron principalmente en las obras que Nana iba a empezar a hacer en su casa. Fran intentaba que aceptara la idea de que habría que instalar un ascensor para acceder a la planta de arriba, como medida previsoras para cuando no pudiera subir las escaleras.

—¿Y hacer un agujero en el suelo de mi habitación? —se indignaba la anciana.

—Como te niegas a plantearte una residencia... Tendrás que poder ir a la cama.

—Pondremos la cama en el salón. De todos modos, allí es donde paso la mayor parte del tiempo. ¡Nadie tocará mi casa! Y si no te parece bien, Fran, ¡solo tienes que llevarme a la tuya!

Fran no captó el punto de ironía en la voz de su madre.

—Mientras tanto, con tus ocurrencias, Babeth y yo tendremos que andar yendo y viniendo para ocuparnos de ti.

Los ojos de Nana se achicaron.

—Siento mucho que el momento en que no pueda valerme por mí misma, que aún no ha llegado, dicho sea de paso, os perturbe el mucho tiempo libre que tenéis tu hermana y tú. Tendría que haber pensado en eso cuando erais pequeñas y me pasaba el día llevándoos a clase de música, de danza y de hípica. Encuentro inapropiado este tema de conversación el día de mi cumpleaños. Zoey, ¿me acompañarías al cuarto de baño?

Zoey se levantó tremendamente aliviada por alejarse de Adrian y, ya de paso, de aquella mesa que empezaba a ser asfixiante.

Sujetó el brazo de su abuela.

—No te vuelvas loca por culpa de mamá —le susurró al oído—. De verdad está preocupada por tu futuro.

—¿Mi futuro? ¡Qué mona eres...! Ya lo sé, cariño. Lo único que, si ahora le sigo la corriente a tu madre, mi «senilidad», como ella dice, será una auténtica pesadilla. Quiero a mis hijas, Zoey; hasta que tú no tengas hijos, no sabrás lo que se es capaz de hacer por ellos. Pero, dicho esto, lo último que desearía en el mundo es tenerlas a mi alrededor durante los últimos años de mi vida. Contrataré a una mujer para que me ayude y amenazaré a tu madre con dejárselo todo a ella.

Nana sonrió, evidentemente encantada ante esa perspectiva.

Abuela y nieta entraron en los servicios. Nana se acercó al espejo y se retocó el peinado con un gesto elegante.

Zoey admiró la finura de sus muñecas y de sus dedos. Nana siempre había tenido unas manos extraordinarias. Luego le observó la cara en el espejo, mientras su abuela se miraba con un aspecto poco amable, como si estuviera preguntándose quién era esa mujer de edad avanzada que había salido de no se sabía dónde.

A Zoey le invadió una oleada de ternura hacia su abuela. A menudo la había oído decir que no le importaba envejecer. La intimidad del espejo subrayaba esa mentira, en el fondo coqueta.

—No necesitaba ir al cuarto de baño —dijo Nana.

—Lo sospechaba —respondió Zoey.

—Necesitaba recomponerme la cara... ¡Dios mío, a estas alturas tendrían que ponerme una sonrisa con colágeno, como a los cadáveres! Pero es fundamental. No puedo ser siempre desagradable. Todos hacen auténticos esfuerzos; hasta tu

padre, que odia el pescado, finge que le gusta en todos mis cumpleaños. Me darán los regalos. ¿Cuánto te apuestas a que habrá un chal? Y todo porque un año dije que me parecían agradables y prácticos... —Nana hizo una pausa para sujetarse un mechón de pelo en el moño—. Tu madre ha sacado el tema de la vejez antes del postre. Tu tío Malcolm esperará al café para atacar, como todos los hombres de negocios.

—¿Atacar? ¿Respecto a qué tema? —preguntó Zoey, inclinándose también frente al espejo para comprobar el maquillaje.

—Quiere que escriba otro libro de recetas. ¡No sé qué manía le ha entrado! Pero insiste y no muy sutilmente, por cierto.

—A lo mejor cree que te aburres.

—Yo más bien creo que tu tío no concibe que se deje de producir dinero. ¿Zoey?

Los ojos verdes de Nana la miraron fijamente.

—¿Sí, Nana?

—¿Tú qué piensas realmente de Tina?

—Sabes muy bien lo que pienso.

—Te hablo en serio. No te estoy preguntando lo que la Zoey de doce años pensaba... Tú, adulta, hoy, ¿qué piensas? ¿Sabes algo de su vida, de sus amigos?

—No mucho —refunfuñó Zoey. Y evitó decir que solo conocía a Matthew Ziegler y que sinceramente creía que era demasiado sexi e inteligente para su prima—. Creo que se calienta mucho la cabeza —continuó—. Es brillante y guapa, pero quiere complacer a sus padres demasiado.

—Eso es propio de los hijos. Mira tu madre y tu tía. Por mucho que les parezca insoportable, hacen todo para satisfacerme. —Nana se colocó el último mechón, cogió su bolso de mano y se giró hacia su nieta—. Es sorprendente que Adrian esté aquí, ¿no te parece? —soltó con tono neutro, sin dejar de mirar a Zoey por el espejo delante de ella—. Quiero mucho a ese chico.

Zoey se apoyó en la pared.

—Él también te quiere mucho. Tiene mucho cariño a toda la familia.

Nana no dejaba de mirarla con su sonrisa más alegre, estirando los labios sin carmín.

—¿Cómo se llama el chico de *Mujercitas*?

—Nana, te aseguro que Adrian no es mi Teddy...

—¿Estás segura? Os he estado observando en la mesa.

—¡Ya lo creo que nos has observado! ¿Y eso es lo mejor que tienes que hacer la noche de tu cumpleaños? —contestó Zoey, con el ceño fruncido—. Adrian es

un amigo. ¿Vas a empezar tú también con eso como la tía Vic?

—Yo no empiezo con nada —respondió secamente Nana, probablemente ofendida por la comparación con su hermana—. Solo digo que deberías tener cuidado de no darle falsas esperanzas.

—Nunca le he dado falsas esperanzas a Adrian, que, por cierto, no tiene esperanzas. La amistad entre hombres y mujeres a veces resulta complicada, eso es todo.

—Yo no creo en la amistad hombre-mujer.

—Seguro que porque en tu época no existía.

—¿De verdad piensas eso? —respondió Nana, con tono socarrón.

—Exista o no, tú no crees en esa clase de amistad, punto final —replicó Zoey, que no estaba dispuesta a perder esa batalla.

—Vale, Zoey. Pero quiero que sepas que a ese chico le influye mucho lo que tú piensas. Desde que erais niños, te sigue en todo lo que haces. No lo utilices como...

Nana dudó.

—¿Cómo? —preguntó Zoey.

—Como un sustituto. No creo en la amistad hombre-mujer y seguramente tienes razón en que eso era algo menos corriente en mi época. Sin embargo, sé algo: simplemente no puede utilizarse a las personas para colmar el vacío de nuestras vidas. Pórtate correctamente, ¿de acuerdo?

—No sé por qué me sometes a este juicio ahora —refunfuñó Zoey, al tiempo que levantaba la cabeza. Cruzó la mirada con la de su abuela, que no tenía nada de gruñona ni de autoritaria—. Me portaré como una chica buena, ¿vale? —murmuró.

—Porque tú eres una chica buena. Eso es lo que cuenta, comportarnos correctamente, según nuestra conciencia y con los demás. Este es un principio que siempre he intentado seguir. —La boca de Nana se estiró con aspecto malicioso—. Pero esta noche no. Esta noche es mi cumpleaños y la edad te permite ciertos excesos, como el de torturar a tu familia.

Se sujetó del brazo de Zoey y la empujó hacia la salida.

El postre ya estaba servido. Nana odiaba las tartas de cumpleaños, así que Zoey pudo saborear una bomba de lichi, disfrutando a la vez desde los sutiles sabores de la albahaca hasta el punto amargo del vinagre balsámico que el chef había introducido bajo la capa crujiente de chocolate negro.

Adrian estaba vuelto hacia Marianita y escuchaba la alegre conversación que mantenía con Jo y Dalton. Jo, como aficionado a la música, le hablaba de los

músicos brasileños que más le gustaban. Marianita nombraba a los más recientes y el padre de Zoey los iba apuntando en el *smartphone*. Dalton los interrumpía de vez en cuando con algún comentario. Entonces Marianita se callaba y se limitaba a asentir con la cabeza, como si Dalton fuera un gran especialista.

Zoey se fijó en que su hermano parecía un gallito cuando la guapa brasileña inclinaba la cabeza hacia un lado —seguramente para oírle mejor—; a cualquier persona un poco objetiva le habría parecido ridícula esa actitud. Zoey grabó mentalmente ese momento y lo colocó en el archivo personal de Dalton, aunque esa noche no podía usarlo por el cumpleaños y por el enfado pasajero.

Cuando cada uno sacó su regalo, Nana adoptó una expresión feliz y abrió el primer paquete, que contenía un chal. La abuela intercambió una risa silenciosa con Zoey.

—¡De seda, cariño! —exclamó, dando un beso a Fran—. Me mimas demasiado.

Fran Westwood parecía satisfecha comentando la textura del tejido y el motivo especialmente delicado. Luego Nana abrió los demás: otro bolso de mano de Babeth, un broche *vintage* de Tina —que Zoey contempló, envidiosa y sintiéndose especialmente generosa como para concederle un gusto exquisito a su prima— y un *e-book* de Dalton. El chico le explicó cómo funcionaba y le prometió que iría a su casa para enseñarle a usarlo, aunque de una manera poco convincente.

Por último, el tío Malcolm le entregó un paquetito envuelto en papel blanco con un lazo amarillo pálido.

—¿Y esto qué es? —murmuró Nana, traviesa—. ¿Una mecedora, tal vez? —El contenido de la caja desveló un extraordinario bolígrafo con punta de oro, que se deslizó sobre el papel de regalo cuando Nana lo probó—. Te lo agradezco, Malcolm —dijo amablemente. Zoey se fijó en su expresión brevemente glacial, que consiguió ocultar bajo la máscara de circunstancias—. Seguro que lo usaré. He entendido la indirecta —añadió, agitando el dedo índice en su dirección.

—¡Solo la espera a usted! —contestó el yerno con aire satisfecho.

Zoey se levantó para darle su regalo. Lo dejó delante de la abuela y, cuando quiso volver a su sitio, Nana la sujetó de la muñeca.

—Quédate aquí, ¿quieres? Veamos qué me has regalado.

Soltó la cuerdecilla que sujetaba el papel japonés e hizo rodar el regalo por la mesa.

Nana levantó la cabeza hacia Zoey, sujetando en la mano la cuchara de plata desgastada por el tiempo, con mango de nácar, que su nieta acababa de regalarle.

—¿La has encontrado?

—Es casi la misma...

—Mi Zoey...

Unas lágrimas empezaron a brotar de la comisura de los ojos de Nana. Se hizo el silencio. La anciana no era famosa por su tendencia a llorar.

—¿Una cuchara? —exclamó Fran, riendo—. Nos lo tendréis que explicar. ¡Es un regalo cuando menos original!

Nana dio vueltas a la cuchara entre los dedos sin dejar de sonreír, enternecida.

—Cuando Zoey era muy pequeña y pasaba mucho tiempo conmigo en la cocina, nunca quería usar cucharas de madera —explicó Nana—. Por más que le dijera y volviera a decirle que no se cocinaba con una cuchara de plata, ella quería una como esta y, por supuesto, yo me negaba a dejársela, porque era la última pieza de la cubertería del restaurante de mi padre, en Nápoles. Las demás piezas las vendieron para pagar el viaje... o las deudas, vete a saber. De cualquier modo, un día, esta señorita aquí presente decidió que conseguiría esa cuchara costara lo que costase. ¿Qué tendría? ¿Tres años? Entró en la cocina, cogió la cuchara y se fue a jugar al descampado detrás de casa, el que hoy pertenece a los Gloucester, pero que en aquella época estaba en construcción. Cuando regresó, estaba cubierta de tierra. Le pregunté que dónde estaba mi cuchara y me contestó que la había enterrado para que nadie la tuviera, ya que ella no podía tenerla. Nunca volvimos a encontrarla. —Zoey hizo una mueca, incómoda por sentirse bajo los focos. Toda la familia la miraba, salvo Fran, que observaba la cuchara frunciendo el ceño, y Dalton, que murmuraba algo al oído de Marianita—. Pero la historia no acaba ahí —siguió Nana, especialmente emocionada—. Siempre que Zoey me pedía algo que yo no quería o no podía darle, le respondía: «Cuando encuentres la cuchara de plata».

—¿Qué culpable me he sentido a causa de esa cuchara! —exclamó Zoey—. Veía continuamente tu cara cuando hablabas de eso... «La cuchara de mi padre»... Lo sentía realmente, Nana. Y tú te aprovechaste de eso.

—Nunca había oído esta anécdota —refunfuñó Fran, abiertamente enfadada—. Pero es muy típico de Zoey.

Zoey apretó la mandíbula. Fran tenía el don de estropear los momentos emotivos, sobre todo cuando no la afectaban directamente.

—Quizá porque en aquella época yo pasaba más tiempo en casa de Nana que en la mía propia y tú no te preocupabas realmente de lo que hacía allí.

Zoey había hablado demasiado aprisa y demasiado alto. La boca de Fran se contrajo. Jo frunció el ceño, mirando a su hija. Era un hombre de pocas palabras,

así que odiaba las grandes revelaciones públicas. Los ojos de Zoey se llenaron inmediatamente de lágrimas. Su padre nunca la había mirado con esa cara de reproche.

—No es el momento —siseó Nana, acercando a Zoey hacia ella para hablarle al oído y apretándole discretamente la mano—. Y no te enfades con ella, Fran —siguió la abuela, sin que le importara la expresión cada vez más crispada de su hija—. No tienes nada que reprocharte, porque todos estamos de acuerdo en decir que soy yo la que ha malcriado a esta niña... Es lo que hice con la cuchara. Había que enseñarle algunos principios... Al menos los más fáciles de mantener. ¡Has pagado tu deuda, Zoey! Así que ya puedes pedirme lo que quieras. ¡Lo que quieras!

Zoey contempló a su abuela, el rostro arrugado, el pelo blanco, la mirada de una extrema acuidad y con la misma juventud de antaño. Se fijó en la finura de sus hombros y en el ligero temblor de las preciosas manos. La vio frágil por primera vez. Una vocecita dentro de ella, seguramente la que debía tener de niña, murmuró: «Quiero que no te mueras».

La mesa entera esperaba.

Zoey sonrió a Nana y respondió:

—¡Quiero la cuchara de plata!

Todo el mundo estalló en carcajadas y Nana, riendo más alto que los demás, le abrió los brazos.

—Yo te regalo dulces de frutas —dijo la tía Vic, al tiempo que tendía una caja enorme con un lazo a su hermana—. Me parece ridículo hacer regalos a los ancianos. ¡Cómo si fuéramos a disfrutarlos mucho tiempo!

—Con esos dulces de frutas disfrutaré menos tiempo de mis dientes, Victoria —respondió alegre Nana—. De cualquier modo, a ti nunca te han gustado los regalos. A mí me encantan. —Se envolvió con el chal que su hija le había regalado. Aún parecía más minúscula arrebujada en toda aquella seda. Luego, levantó la cabeza majestuosa y anunció—: ¡Diré que me entierren con todos ellos, como a un faraón!

Zoey rio muy a su pesar. Seguía con el corazón encogido tras la visión que había tenido, esa pequeñísima mujer que había sacado adelante a su familia sin ayuda, había educado a sus hijas y luego a sus nietos, obsequiado con sus guisos a su entorno y con sus recetas casi al mundo entero, y a ella con todas aquellas cosas que formaban hoy su vida.

Las chicas buenas escuchan educadamente a sus interlocutores

El día siguiente transcurrió despacio. La noche anterior, después de la cena, Zoey había declinado la invitación de Adrian y de Marianita para ir a tomar una última copa con Dalton, al que habían conseguido arrastrar. Su padre la había convencido para llevarla a casa. Fran no había abierto la boca en todo el trayecto. Por primera vez, Zoey se avergonzó de lo que le había dicho a su madre, aunque lo pensara y aunque, en cierto modo, estuviera completamente justificado. Se había despedido delante del portal con un gesto, al que Fran no había respondido.

Apesadumbrada, Zoey contó rápidamente la velada a Sally, sin mencionar la llegada de Adrian. No le apetecía especialmente examinar con lupa lo que pensaba respecto a aquel incidente y aún menos explicarle por qué no quería hablar de eso.

Sally tuvo que marcharse antes de lo habitual para visitar a un proveedor. Así que Zoey cerró sola la tienda, después de haber dado exageradas vueltas a un presupuesto que se había metido en la cabeza hacer para aliviar un poco de trabajo a su amiga. Lo cierto era que Zoey mimaba a Sally desde que se habían reconciliado y, al hacerlo, se había dado cuenta de la carga monstruosa que asumía su amiga: todo el trabajo que poco a poco Zoey había ido dejando en sus manos con auténtico gusto y sin darse cuenta de su envergadura, todas las tareas administrativas de la primera a la última.

Al fin, hacia las nueve de la noche, apagó el ordenador y se estiró; la torturaban los omoplatos por haber estado tanto tiempo delante del teclado, así que decidió marcharse a casa, hacerse una ensalada y ver la primera serie que pusieran en la tele. Bajó la reja y se dirigió hacia el portal de su casa. Casi lamentaba vivir tan cerca. Aquella noche le habría gustado caminar un poco,

disfrutar de la tibieza después de cuatro días de bochorno, pero no tenía valor para dar un paseo en solitario a aquella hora.

Lo había hecho con frecuencia, cuando estuvo muy triste, justo después de su ruptura con Spencer. De aquella época guardaba recuerdos de una espantosa tristeza mezclados con otros más dulces, porque veía y entendía mejor Nueva York desde que paseaba por la ciudad al caer la noche.

De vez en cuando, se paraba a tomar una copa de *chianti* en el restaurante de Orlando y Gabriella. Así se hizo amiga de la joven. Hasta entonces, no habían intercambiado más que palabras banales entre vecinos y cumplidos sobre sus respectivas cocinas.

Gabriella se había dado cuenta rápidamente de la tristeza de Zoey y, sin demostrarlo, se había esforzado para hacerle la vida más fácil. Le mandaba a Orlando a ayudarla cuando hacía falta y le contaba muchísimas anécdotas de sus clientes.

Aquella noche, Zoey habría necesitado que le levantaran el ánimo. Era demasiado temprano. Los molestaría durante el servicio de cenas, a no ser que los clientes no tuvieran prisa.

Lanzó una mirada hacia el restaurante. Orlando había sacado dos mesas fuera, como siempre hacía en verano. Sentada a una de ellas estaba un pareja y a la otra, Matthew Ziegler.

Cuando él la vio, le hizo un gesto con la cabeza y luego otro con la mano.

La rabia la sacudió un poco, después de un día gris de trabajo agobiante.

Zoey se dirigió hacia él con paso decidido.

—Esto se está convirtiendo en acoso, ¡imagino que eres consciente de ello! —gruñó Zoey, en pie, delante de él.

Ziegler se levantó y la invitó a sentarse, lo que Zoey fingió ignorar.

—¿Acoso? Llevo dos horas esperándote.

Sobre el mantel de topos, una botella de vino medio vacía confirmaba esa información.

—¿Habíamos quedado?

—No, claro que no —admitió Matthew—. No obstante, me parece que me debes una explicación.

—¿Te parece?

—Siéntate.

—¡No me des órdenes!

Gabrielle salió del restaurante con un plato en cada mano. El vientre la desequilibraba ligeramente e iba haciendo muecas. Al ver a Zoey, su boca dibujó

una sonrisa de alegría.

—¡Ya le dije que acabaría saliendo de su antro! —le comentó a Matthew—. Ahora traigo otra copa.

—No te molestes —respondió Zoey—. El señor no se queda.

—¿De verdad? —Gabriella puso una expresión de pesar—. Un hombre que ha estado dos horas esperando merece que le escuchen unos minutos —afirmó—. Siéntate y te traigo una copa, ¿vale?

—Gabriella, te aseguro...

—¡No se te ocurrirá echar a un cliente de mi restaurante!

Su tono parecía dulce, pero Zoey reconoció los acentos autoritarios que Gabriella utilizaba a veces con Orlando. La única solución habría sido marcharse, pero no tenía ganas de provocar un escándalo, sobre todo porque los comensales de la mesa de al lado habían vuelto ya entonces la cabeza para seguir la conversación. Gabriella no se merecía que montase un follón en su restaurante. De todos modos, tampoco lo habría consentido, tal y como tan claramente había expresado.

—Tienes cinco minutos —dijo Zoey, al tiempo que se sentaba frente a Matthew—. Ni uno más.

—Pues te escucho.

—¿Que me escuchas?

—Sí, te recuerdo que estoy esperando una explicación. —¿Estaría jugando al truco de «debemos tener esta conversación»? ¿De qué hablaba? Él era el que se le había echado encima y le había mentido en dos ocasiones. Matthew puso una mano en la mesa, tranquilamente, con la actitud de un jefe de equipo que ha convocado a una empleada un poco demasiado reivindicativa—. ¿Qué quieres decir exactamente con: «Es una pena, internet no pone en evidencia a los mentirosos?».

Zoey reprimió un hipido.

—¡No sé de qué me hablas, yo nunca he dicho eso!

—No, lo has escrito. —Se puso las gafas, sacó el *smartphone* del bolsillo de la chaqueta y pulsó la pantalla—. ¿Te cito? —preguntó, levantando una ceja—: «No voy a negar que te deseo, aunque, en este momento, desearía más bien darte un puñetazo en los morros por haberme humillado en público y en privado y por haberme dejado plantada en tal estado que tuve que darme una ducha de agua fría cuando llegué a casa y me pasé toda la semana buscando en Google tu nombre para insultarte. Es una pena, internet no pone en evidencia a los mentirosos».

—¿Cómo has conseguido ese e-mail?

Zoey ya no estaba furiosa. Estaba más allá de la rabia.

—Tú me lo enviaste.

—¡Yo jamás he enviado ese correo!

—Pues yo lo recibí.

—¡Lo había borrado!

—¿Entonces admites haberlo escrito? Me gustó especialmente la conclusión: «Que sepas que tu forma de actuar no me ha parecido creativa ni innovadora y que tus besos no se desmarcan de los clásicos para volver a ellos y mejorarlos». Si dejamos al margen la redacción un poco dudosa, eso no es exactamente lo que parecías sentir.

—¡Dame eso!

Zoey le arrancó el teléfono de las manos. Sin poder creerlo, vio desfilas sus palabras tal y como las había escrito la víspera, antes de ir al cumpleaños de Nana.

—Considero que me debes más de cinco minutos —precisó Matthew. Bebió un trago de vino, completamente feliz. Zoey lo miró muda—. No me gusta que me traten de mentiroso. Si yo te hubiera seducido, si te hubiera prometido algo... Sin embargo, me parece que no nos dimos tiempo para hablar de lo que podríamos esperar el uno del otro. —Zoey tenía de nuevo los ojos clavados en la pantalla. No conseguía creer que ella hubiera enviado ese e-mail. Se veía marcando el texto para borrarlo y... cerrar el portátil. Debía de haber pulsado «Enviar» sin querer. Otra explicación sería que su ordenador estuviera dotado de inteligencia propia y hubiera decidido arruinarle la vida—. Puedes volver a leerlo —siguió Matthew—. No te dirá nada que ya no sepamos.

—Eres de una suficiencia insoportable —respondió Zoey, antes de lanzar el *smartphone* a la mesa.

Gabriella apareció otra vez para dejar una copa delante de ella y volvió a marcharse igual de deprisa, sin decir ni una palabra.

La interrupción la tranquilizó un poco y Zoey miró a Matthew servirle vino.

«Bien, vamos a tener esa conversación».

Respiró una bocanada de aire.

—Me mentiste sobre Tina.

—No.

La firmeza de su voz la sorprendió.

—¿Niegas que la vas a ver la próxima semana?

—Tampoco.

—¡Deja ya de jugar! —tronó Zoey—. Así que me mentiste.

—En absoluto, te dije que ya no salía con ella. No dije que no la vería nunca más.

—Juegas con las palabras.

—Suelo hacerlo. Ese es mi oficio. Pero ahora no. Le he dejado muy claro a Tina que no volveremos a vernos de manera personal.

—En ese caso, ¿de qué manera os veréis?

Matthew se quedó un instante sorprendido, lo que permitió a Zoey darse cuenta de la estupidez de la pregunta.

—De manera profesional —respondió Matthew.

—Ya lo había entendido —replicó Zoey, antes de coger la copa para recuperar la compostura.

Habida cuenta del número de copas que sujetaba en la mano para mostrarse resuelta, Zoey ya sabía por qué se emborrachaba tan rápidamente. A ese ritmo, corría el riesgo de acabar definitivamente alcohólica.

—Y entenderás que no te diga nada más sobre este tema. Eso no es una mentira.

Pero a Zoey le habría gustado saber. Se preguntaba qué interés podía tener una empresa como la de su tío Malcolm en un crítico gastronómico y viceversa.

—¿Y Sofia? ¿Fuiste con ella a la fiesta del consulado?

—Así es —dijo Matthew, con una voz medio titubeante, medio divertida.

—¿Y entonces?

—Entonces, otra vez sacas a relucir un tema del que no quiero hablar.

—¡Ah! —exclamó Zoey, victoriosa.

—Por cierto, si tenemos en cuenta que nunca te he hablado de ella, tampoco te he mentado respecto a Sofia. ¿Así que estamos de acuerdo en que tu acusación no tenía fundamento?

—Quizá.

Ziegler le lanzó una mirada elocuente, que le relajó la cara de golpe.

—Ahora bien, me tiene completamente sorprendido tu facultad para buscar excusas.

—¿Buscar excusas?

—Sí. Vayamos a la otra parte de tu e-mail.

Zoey bebió otro trago de vino, más precipitadamente de lo que le habría gustado.

—Podemos perfectamente quedarnos donde lo hemos dejado.

—¿Y ahorrarme el placer de recordarte tus propias palabras una vez más? «No

voy a negar que te deseo». Esta frase suena a música celestial en mis oídos.

—Espera un segundo... ¡Tu mala fe desafía a la decencia! Tú me has demostrado claramente que me deseabas.

—No lo niego.

—¡Muy amable! Y me dejaste tirada.

—Nunca te he dejado tirada, como tú dices.

—Te marchaste diciendo, y ahora soy yo la que cita, que «no te gustaría hacer nada desconsiderado».

—Fue una torpeza, lo acepto. A veces expreso demasiado mis pensamientos en voz alta. Vale, te lo explicaré. En ese momento, yo «salía» aún con tu prima Tina, porque todavía no le había dicho que no quería seguir viéndola de manera personal. Al contrario de lo que tú crees, soy una persona profundamente honesta. Pensé que no lo estaba siendo y que eso, además, podría colocarte en una posición difícil. —Ziegler sonrió—. Y ya que estamos teniendo esta clase de conversación, quiero que sepas que te deseo muchísimo. Aquí, en este mismo momento, mientras me miras con esa cara furiosa y te derramas *chianti* en la camiseta, solo deseo una cosa: arrastrarte hasta tu casa y quitarte la ropa de inmediato. Ahora bien, no puedo creer que seas de la clase de mujeres que exigen garantías para este tipo de cosas. Aun así, no puedo asegurarte que luego vayamos a tener una relación.

—Yo no te he pedido nada.

Zoey tuvo que reconocer que Matthew se había apuntado un tanto. A ella siempre le sorprendían las mujeres que, como Tina, querían estar seguras de los sentimientos de su pareja antes de dejarse llevar por una auténtica seducción. Siempre le había gustado la pulsión del momento, esos instantes en los que se abandonaba, aunque algunas veces lo lamentara después. A decir verdad, Zoey siempre se había relacionado con hombres más bien respetuosos con esa especie de pacto y, aunque ella odiaba los pactos, tenía que admitir que todas las relaciones llevaban uno implícito.

Un pacto de respeto o de sinceridad y, a menudo, un pacto de mutua libertad.

A fin de cuentas, en la única relación en la que había seguido las etapas —esa seducción apropiada—, se había enamorado de Spencer y había sufrido.

—Me reconocerás que empezamos de una manera particular —añadió.

Matthew se inclinó hacia ella. Casi le tocaba las manos con las suyas. Apoyó los codos en la mesa, poniendo todo su poder de convicción en ese gesto.

—Empezamos de una forma física. Te deseo, ¿te lo había dicho ya? —Cada vez que Matthew decía «te deseo», una parte de ella se consideraba tan ligera

como para saltar por encima de la mesa y besarlo en toda la boca, mientras que la otra parte, más realista, se limitaba a reír tontamente de manera nerviosa—. Ni yo mismo sé por qué —añadió Ziegler.

—Encantador...

—Déjalo ya. Sabes muy bien lo que quiero decir.

Efectivamente, lo sabía. Aunque Matthew la irritara con esa seguridad de hijo de buena familia y ella hubiera conseguido resistirse por lo menos una vez a sus ataques, Zoey sabía, en ese preciso instante, que nunca tendría la voluntad —y probablemente tampoco el orgullo— de rechazar aquella exquisita sensación. Matthew seguía hablando, mientras ella lo imaginaba levantándose, cogiéndola de la mano y haciéndole el amor debajo del primer soportal que encontraran, probablemente el suyo.

—¿Cuántas veces ocurre esto? Soy alguien más bien comedido en lo que se refiere a mi vida sentimental. Un tipo al que le organizan citas a ciegas desde la adolescencia. No estoy acostumbrado a tirarme encima de las «chicas que apenas conozco», como tú dices. Ni de cruzar toda Nueva York para que me den una explicación sobre el texto de un e-mail. Pero no diré que eso me suponga un esfuerzo enorme. —Matthew la contempló un instante—. Aunque contigo tengo la sensación de estar pasando una entrevista de trabajo, algo que detesto, que te conste. —Zoey no supo qué responder—. ¿Tienes planes para esta noche? —preguntó al fin.

—Tal y como ves, ninguno en especial —murmuró Zoey.

Desde hacía un año, se había resignado a no acercarse más a un hombre y menos aún a aceptar una cita. A Zoey la invadió un arrebato de timidez que no iba con ella, pero la contradicción entre el dominio que Matthew mostraba y la dulzura de su mirada la empujó a no rechazar la invitación.

—¿Tienes algún inconveniente en pasar la noche conmigo?

«¿Tienes algún inconveniente en pasar la noche conmigo? ¿Quién hablaba así, excepto él?».

—Quizá no —dijo ella por fin—. Si me prometes que no volverás a mencionar ese e-mail. Me da tanta vergüenza... Te juro que no quería decir todo eso, de verdad. Era solo una forma de..., de...

—De desahogo. Sé de qué hablas. ¡Si supieras el número de correos que he escrito y luego borrado! Gracias a Dios, nunca los he mandado sin querer.

—Te lo agradezco... —murmuró Zoey, con una sonrisa en los labios—. Insultante y torpe... Un buen resumen de lo que soy en este momento.

—Y divertida. Y, a todas luces, lo bastante inteligente como para reírte de ti

misma por tus errores. Es una auténtica forma de delicadeza, ¿lo sabías?

—Es la primera vez que me dicen que puedo ser delicada...

Su tono había sido frívolo, pero formulaba una verdad que le había hecho sufrir muy a menudo.

Matthew deslizó los dedos sobre la mesa hacia los de Zoey.

—Es la primera vez que me dicen que soy ofensivo...

—Tengo un auténtico don para sacar lo mejor de las personas... —Los dedos de Matthew acariciaban el extremo de sus falanges. El contacto le produjo a Zoey un delicioso escalofrío, muy suave, muy distinto del que había sentido cuando la tocó por primera vez. Límpido y reconfortante—. Me habías prometido mantener las manos lejos de mí —susurró.

—Las manos, no los dedos. —Zoey rio y se preguntó si Gabriella se enfadaría si por casualidad volara la mesa por la acera—. Y solo los de mi mano izquierda —siguió Matthew—. ¿Te he dicho alguna vez que mi expresión preferida es «que tu mano izquierda ignore lo que hace la derecha»? Te aseguro que mi mano derecha se sentirá ultrajada si sabe que la izquierda no mantiene sus promesas. O celosa.

—Me intriga de dónde has sacado tanta seguridad...

—Me alimentaron con ella desde que nací.

—En ese caso, me sorprende que sigas aún soltero. Debes de ser especialmente difícil.

—¿Realmente crees que la seguridad es la única cualidad necesaria para triunfar en el amor? En efecto, habitualmente a los hombres se les divide entre los que se atreven y los que no se atreven. Yo nunca he sido así. Estar seguro de uno mismo no significa correr riesgos. Sobre todo, cuando la seguridad ha sido frecuentemente más social que personal. Digamos que, hace unos cuantos años, aprendí que la vida era demasiado corta para permitir dejar pasar la ocasión de vivir una historia interesante. —Matthew se calló y pasó unos segundos entretenido con sus pensamientos. Sus dedos seguían jugando con los de Zoey—. Me niego categóricamente a vivir historias a medias tintas —añadió.

—¿Y cómo has llegado a esa conclusión? Sobre tus relaciones, quiero decir.

—Ah, muy bien... Llegamos al momento en el que debemos hablar de nuestro pasado. Bien. Saquemos los archivos antiguos. Te lo advierto, corres el riesgo de aburrirte muchísimo.

Para gran pena de Zoey, le soltó los dedos. Siguió el movimiento de la mano, que se había vuelto formal y terriblemente distante, hasta el extremo de la mesa. Habría dado cualquier cosa para que volviera a ponerla encima de la suya.

—Pues tentaré a la suerte —respondió, muy seria—. Al menos algún riesgo tendré que correr en mi triste vida.

—Creo que, después de mi parrafada, tu vida te parecerá mucho más atractiva. Solo he tenido una relación larga, suponiendo que se juzgue el valor de una persona por el número de años durante los que ha soportado a otro ser humano. Rompimos hace cinco años. Más exactamente, Kat rompió. Acabó considerando que todas las cualidades que le habían hecho enamorarse de mí eran defectos. Típico, ¿no te parece? Un día se largó, dejando todo atrás. Le mandé sus cosas a su nueva dirección. Nunca me dio las gracias. ¿Sabes cómo terminan la mayoría de las historias de amor? En cajas. Yo también metí todas las cosas que me recordaban esa época en cajas que tiré a un contenedor, con la sensación insoportable y regocijante a la vez de que lo que habíamos sido merecía exactamente acabar en la basura.

—¿Esa sensación es la que te ha llevado a no vivir medias tintas?

—En absoluto. Ese sentimiento hizo que me comportara como un perfecto estúpido durante el año siguiente. Cuando llegas a considerar a la mujer que has amado como un desecho, uno no se siente demasiado orgulloso. Y como el ser humano es orgulloso por principio, sigue por el mismo camino para darse la razón. Lo que me obligó a abrir los ojos no me pasó a mí directamente y no puedo permitirme revelar secretos que atañen a otras personas. ¿Lo entiendes?

—Por supuesto —mintió Zoey.

Ardía en deseos de saber más.

—Tuve algunas relaciones breves, a menudo porque me equivoqué o porque la otra parte se equivocó conmigo, así que cuatro o cinco noches sin futuro, pero siempre sobrio.

—Una pena, porque el alcohol proporciona un excelente pretexto para vivir en la negación.

—Nunca niego nada... Por otra parte, es un poco inútil cuando te vas antes de desayunar.

—Así que eres de esa clase...

—Ah, ¿acaso las mujeres no lo hacen nunca?

—A lo mejor, menos —afirmó Zoey, aunque sin gran convicción.

—Solo porque en la mayoría de las ocasiones nosotros vamos a vuestras casas y no al contrario, por seguridad. Te lo garantizo, tres de cada cinco veces me han hecho sentir que ya era hora de que me fuera.

—Admitámoslo. Eso me ha pasado.

«Solo dos veces».

—¿Es aceptable mi CV? —preguntó Matthew.

—En absoluto. La única relación que has tenido te salió mal y tres de cada cinco mujeres te han hecho sentir que no habías estado a la altura después de haber pasado una noche contigo.

—Si conoces a alguien universalmente bueno en la cama, comparte la información, te lo ruego.

Zoey estalló en carcajadas. Cuando dejó de reír, se dio cuenta de que Matthew la miraba de un modo serio. Leyó en sus ojos una avidez que ya había visto cuando lo empujó contra la pared y lo besó. Tenía las manos ligeramente crispadas en el borde de la mesa. Zoey no dudó ni por un instante que también Matthew solo deseaba una cosa: mandar todo a la porra y lanzarse sobre ella.

—¿Te encuentras bien? —preguntó, consciente de que era completamente socarrona.

—¿Dónde aprendiste a reír así? —susurró Ziegler.

—¿Tienes algo contra mi modo de reír?

—Es una auténtica tortura.

—Muy amable, gracias.

Zoey no podía dejar de sonreír.

—Te aseguro que si no me propones inmediatamente subir a tu casa, cometeré un atentado contra el pudor y acabaremos los dos en comisaría.

Zoey se pasó la lengua por los labios.

—Me tienta la perspectiva de verte con esposas. —La mirada que Matthew le lanzó era indescifrable, al menos en una dimensión en la que esa mirada hubiera transmitido el deseo de comunicar algo vagamente civilizado. Tenía un brillo como mínimo bestial—. Precisamente iba a proponerte subir a casa —añadió, forzándose a mantener una voz tranquila. Hubo un instante de desconcierto—. Tengo que ir a dar de comer a Sushi, mi gato. No digas nada sobre mi pésimo sentido del humor.

—No me iba a reír, aunque es la peor excusa que he oído.

—Te prometo que no es una excusa. Podría dejarte aquí, pero si te dejo plantado me da miedo encontrarte en estado de autocombustión.

Matthew rio.

—Eres una mujer cruel. No le das ninguna oportunidad a tu adversario, ni siquiera la de conservar algo de dignidad.

—Creía que esa cuestión ya estaba solucionada.

Matthew inclinó ligeramente la cabeza hacia un lado.

—¿Me invitas de verdad a subir a tu casa?

—Para dar de comer al gato y, posiblemente, quitarme esta camiseta manchada de vino. —Zoey sonrió de un modo malicioso—. Y conseguiré hacerlo sola.

—Definitivamente es la peor excusa que has podido encontrar para invitarme a subir.

—Buscaré otra para evitar que vuelvas a bajar.

Las falanges de Matthew estaban blancas de tanto agarrarse a la mesa. Su seguridad parecía haberse fundido con el calor difuso de las velas, lo mismo que la dignidad que había mencionado, mientras Zoey pensaba que la suya había comprado un billete solo de ida a Paraguay desde el mismo instante en que ese hombre la había mirado.

Zoey se levantó e inmediatamente Matthew la siguió. Hizo un gesto de lejos a Gabriella, se dirigió hacia la puerta de su casa y se giró.

—¡No te preocupes! ¡Estoy a bastante distancia! —dijo Matthew, exagerando la prudencia.

—Solo estaba comprobando que seguías ahí.

—No perdonas una, ¿no es cierto? —murmuró Matthew.

Zoey abrió la puerta.

—Jamás —contestó, mientras entraba en el portal—. Ya ves, no era tan terrible.

—No puedes reprocharme el haber dudado en seguir a una perfecta desconocida hasta su casa. Sobre todo con la excusa de «dar de comer al gato».

—No tengo tanto sentido de la metáfora —rio Zoey—. Eso es más propio de Adrian cuando está en vena.

Y una vez más se quitó con determinación la imagen que acababa de resurgir en su cabeza: Adrian inclinándose hacia ella...

Luego subió las escaleras sin hablar. Matthew también se mantuvo en silencio. Solo el crujido de los peldaños los acompañó hasta el tercer piso.

Cuando Zoey abrió la puerta, Sushi le saltó a las piernas lanzando un maullido furioso.

—Así que era verdad. Casi me siento decepcionado —dijo Matthew, agachándose para acariciar al gato. Sushi recibió su saludo con un zarpazo con todas las uñas fuera—. Además, se parece a ti... —añadió sonriendo, antes de llevarse la mano a la boca.

Las chicas buenas beben un litro y medio de agua al día

Es exactamente la casa que me esperaba de ti —comentó Matthew.

Zoey no sabía qué quería decir, ni siquiera si era un cumplido. Un espantoso desorden invadía el minúsculo cuarto de estar. Una pila de ropa, afortunadamente limpia, se amontonaba en una cesta detrás de la puerta. La mesa de centro estaba llena de periódicos y libros. Zoey había dejado una deportiva en medio de la habitación y la otra asomaba por debajo de la cortina. El gato había participado activamente en aquel desastre. Seguramente por rabia, había tirado un montón de papeles y el tarro de los bolis, que se habían esparcido por el suelo desde la mesa de despacho.

Solo la cocina, de donde Zoey salía después de que Sushi la atacara, porque el gato no había estado dispuesto a esperar a que ella metiera su comida en un bol, estaba ordenada.

Le dio un vaso de agua a Matthew y se sentó junto a él en el sofá. No tenía sillón y no pensaba sentarse en una silla, lejos de él. En medio de aquel caos, con un brazo en el reposabrazos, Matthew provocaba en ella unas pulsiones que no le apetecía nada reprimir.

—Supongo que esta eres tú.

Matthew señaló una foto en la pared. Dalton y ella posaban delante de la cabaña. Dalton ya tenía el aspecto cordial del hombre en el que se había convertido. Junto a él, Zoey, que tendría unos ocho o nueve años, se agarraba al árbol con una mano y levantaba la otra al cielo. Llevaba unas bermudas con un cinturón salpicado de estrellas azules y tenía las rodillas despellejadas. El pelo ya se le disparaba por todas partes, desafiando la ley de la gravedad y la deontología de la mayoría de los fabricantes de horquillas.

—Eres un perspicaz observador —respondió.

Dentro de un marco, en un recorte de prensa se veía a Zoey con Sally, sentadas delante del mostrador de la tienda, tres años antes. Debajo, en otro marco aparecía con Adrian de adolescentes, muy formales, apoyados en la barandilla de un pontón. Adrian tenía ese aire sombrío que, al crecer, había dejado sitio a una socarronería tranquila.

—¿Estas son las únicas personas importantes para ti? —preguntó Matthew.

—Más o menos, sí.

—Pues también pareces muy unida a tu familia.

—Unida, esa es la palabra. Si quieres decir que los quiero, por supuesto. Pero solo mis amigos me resultan preciosos. —Zoey suspiró—. Me encantaría dramatizar la situación. Estoy segura de que me valorarías más, pero tuve una infancia más bien privilegiada.

—¿Por qué crees que con un pasado doloroso te valoraría más? —dijo Matthew, burlón.

—¿No se hace eso generalmente? ¿Adquirir trascendencia con un terrible secreto? —preguntó Zoey.

—Los auténticos secretos no se revelan así, en un sofá, después de haber detallado el CV sentimental, sobre todo si son terribles —respondió Matthew, con una mueca.

—Pero, aun así, has de saber que mi madre me pegó una vez.

—¿De verdad?

—Me lo merecía. Le caramelicé su mejor juego de té. Un juego que compró en un mercadillo de antigüedades. Era del siglo XVIII.

—¿Explotaron las tazas?

—Solo cuando les eché agua fría encima, pensando que eso ayudaría a que se despegara el caramelo. Aquel día aprendí que no había que jugar con el frío y el calor.

—No aprendiste absolutamente nada —respondió Matthew—. Sigues jugando con ellos con mucho talento.

Zoey se acercó a él.

—Eso lo dices tú... ¿Cómo tienes la mano?

Matthew movió los dedos varias veces y le enseñó una falange arañada.

—El gato tiene buena puntería. Por suerte es la derecha.

—Habías prometido mantenerla quieta.

—Pero tú no, ¿no es así?

—Mis manos también pueden tener vida propia, pero de momento aún hacen lo que les mando.

Zoey cogió el vaso de la mesa para subrayar su respuesta irónica. Matthew entrecerró los ojos cuando Sushi saltó entre los dos, arrogante.

—Eso me vale perfectamente —murmuró Matthew, al tiempo que ponía los pies encima de la mesa de centro y cruzaba los brazos detrás de la cabeza, completamente cómodo—. Lógicamente, si bebes te pondrás insoportable.

—Es agua —le señaló Zoey.

El modo en que había puesto los pies en la mesa, con el cuerpo relajado, como si estuviera ofreciéndoselo, despertó un delicioso picor en el vientre de Zoey.

—Exactamente —respondió él—. Vete tú a saber lo que puede producirte..., por la falta de costumbre... ¿Tienes planeado algo especial?

—Ver una serie en el sofá completamente desnuda —contestó, con un tono neutro.

Matthew ahogó una especie de hipido, pero sonrió. Aquella sonrisa rapaz le dejó los dientes al descubierto.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó, con un tono igual de indiferente.

Zoey creyó que iba a clavarla en el respaldo del sofá: vio cómo la sujetaba por las muñecas, le separaba los brazos y se deslizaba sobre sus rodillas.

Literalmente.

Un segundo después, ella se giró y se subió sobre él.

Matthew dejó escapar un gemido ahogado, un poco sorprendido, pero encogió una pierna en el sofá para dejar que ella pasara las suyas a cada lado de sus caderas.

La camiseta de Zoey se frotaba con la camisa de Matthew con un frufú delicioso que ella escuchaba por encima de su respiración acelerada. Las pieles de los vientres se tocaban. Ese contacto la volvió loca, aún más loca de lo que ya estaba en ese instante, instalada encima de él, con el bulto del pantalón vaquero contra su propio sexo.

Zoey movió los dedos por el antebrazo de Matthew hasta el codo, que rodeó para acariciar el lugar en el que su piel era más suave. Con la otra mano, se apoyó en el sofá, junto a su cadera. Tenía la cara tan cerca de la de él que sentía su aliento en la barbilla. Matthew abrió la boca evidentemente para hablar.

Por desgracia.

—Sé muy bien lo que vas a decir —comentó Zoey.

—Te aseguro que no. —Matthew se removió debajo de ella, con una mueca incómoda—. El gato me está clavando las uñas en las costillas.

Zoey sacó a Sushi del cojín donde se había dormido y donde se había despertado sobresaltado. El gato maulló enfadado y saltó del sofá.

A continuación puso las manos en los hombros de Matthew y las subió hasta su nuca, con los dedos entrecruzados. Tomándose su tiempo, con la mirada fija en el rostro de él —que sonreía, probablemente de alivio al haber desenganchado al animal de sus costillas—, Zoey se acercó hasta tocar con sus labios los de él. Matthew entreabrió la boca y ella la acarició suavemente, apoyando su bajo vientre contra el de él.

Bajó las manos hacia el cuello de la camisa y desabrochó un botón.

Zoey olía su perfume y el aroma de su piel cálida, que exhalaba oleadas de almizcle salado. El calor y la proximidad de los cuerpos le habían cubierto el pecho con una ligera película de sudor, algo que ella pudo descubrir cuando desabrochó dos botones más.

Le rozó con los dedos hasta por encima del cinturón. Le pasó el índice por encima del vaquero. Con la otra mano, retrocediendo un poco, deslizó el cinturón por las trabillas. Sintió que el cuerpo de Matthew se encorvaba y que adelantaba el vientre para ayudarla. Él parecía combatir el deseo de mover los brazos, pero ella sospechaba que luchaba más por placer que por respetar una promesa que en ese momento daba risa.

Zoey tardó en desabrochar el vaquero. Disfrutó viendo en la cara de Matthew, que había cerrado los ojos, cómo pasaban muchas emociones y luego el deseo más fulgurante, con la boca entreabierta y el cuello estirado hacia ella, hasta la exasperación febril, con el ceño fruncido y un temblor en las aletas de la nariz.

Una deliciosa pulsión, hecha con una pizca de rencor y con un cierto gusto por ese juego que a él parecía encandilarle, la empujó a ralentizar aún más sus movimientos.

La mano abandonó el último botón y se quedó colgando un instante. Matthew abrió los ojos. La voracidad que Zoey leyó en ellos la asustó tanto como la excitó. La boca de Matthew se cerró en la suya y sus manos le rodearon la cintura para atraerla hacia él. El contacto la electrizó.

Otra oleada de su olor, en el que ya no quedaba nada de perfume, se extendió por el aire desde su camisa entreabierta en el momento en que él la tumbó contra el respaldo del sofá.

Ese gesto provocó en Zoey un escalofrío, al que Matthew respondió con un movimiento voluptuoso para colocarla debajo de él.

La abrazó. Zoey sentía cada uno de los músculos contra sus hombros y su pecho, y cuando la lengua se hizo camino entre sus labios, él le abrió los muslos con una pierna. Luego, con un dominio seguro, le levantó la camiseta y con los dedos jugó en su vientre, recorrió el hueco de su cintura y los subió hasta el

pecho. Levantándose a medias, pasó la otra mano a la espalda y le desabrochó el sujetador con tal facilidad que arrancó una sonrisa en Zoey.

También él sonrió y luego la besó con más ímpetu, enrollando la lengua alrededor de la suya; le desabrochó el vaquero y lo bajó hasta las pantorrillas. Zoey lo ayudó con un movimiento de riñones. Él se lo quitó rápidamente y, abandonando su boca por un instante, también le quitó la camiseta y el sujetador, que tiró por detrás del respaldo del sofá.

—Estás prácticamente desnuda —susurró Matthew—. ¿Te paso el mando de la tele?

—No te subestimes.

Un resplandor de diversión pasó por la mirada de Matthew y luego volvió a mostrar un rostro serio, antes de hundirlo en el cuello de Zoey.

Primero, la lengua trazó un rastro por detrás de su oreja, luego siguió por la nuca y el hombro, bajó rápidamente hacia el seno derecho y giró alrededor del pezón. A Zoey se le escapó un gemido, casi una súplica. Se le contrajo el vientre deliciosamente, mientras los labios de Matthew le rodeaban el pezón, con una dulzura que le provocó una oleada de calor en el cuerpo.

Matthew continuó avanzando con la lengua marcando la piel, se entretuvo en el vientre y luego en el pubis.

—Estaba seguro de que llevabas ropa interior desaparejada —dijo.

Zoey evitó un gruñido incómodo. ¿Estaba hablando con la nariz pegada en sus bragas? ¿Acaso ese hombre nunca dejaba de hablar?

—Por lo que más quieras, ¡estate callado dos minutos! —rezongó Zoey, con la respiración entrecortada.

—Si me lo permites, será un poco más de dos minutos.

Las braguitas se unieron al resto de la ropa en el suelo.

La respiración de Zoey se aceleró. Efectivamente, Matthew se calló más de dos minutos. Lo suficiente para que el corazón de Zoey estuviera a punto de estallar, hasta que el orgasmo le hizo olvidar el posible ataque al corazón.

Era como si se hubiera formado una galaxia en su vientre, como si ella dominara todos los secretos del universo y que todo aquel conocimiento no tuviera en el fondo ninguna importancia. El Big Bang a escala humana y más allá.

Muy lejos de aquellas consideraciones científicas, Matthew remontó despacio, besando el vientre y los senos de Zoey, y se tumbó junto a ella con los ojos cerrados.

—Vamos a tener que parar —jadeó, con una sonrisa.

Zoey se apoyó en un codo.

—Porque no tienes preservativos, ¿es por eso?

—Estoy intentando desdramatizar —señaló él.

Zoey se levantó sin que le preocupara su desnudez en el salón iluminado, porque no habían apagado las luces, y rebuscó en su bolso. Triunfante, sacó un preservativo. Matthew ni se rio ni pareció incómodo, se limitó a abrir los brazos, mientras ella iba a tumbarse junto a él, con un equilibrio que se había vuelto precario por lo pequeño del sofá y a coger el preservativo con las manos, firmemente decidido a ocuparse de ese asunto él mismo.

A Zoey le dio la impresión de que tardaba una eternidad en esa tarea y le pareció oírle maldecir, dos veces, antes de ponerse encima de ella con el ceño aún fruncido por culpa de ese contratiempo.

—¿No volverás a jugármela? —susurró Zoey.

—¿Jugártela otra vez?

—Detenerte a la mitad.

Matthew mostró una dulce expresión. El corazón de Zoey volvió a latir más deprisa, pero esta vez la excitación no tenía casi nada que ver. Matthew dejó asomar un breve desconcierto que Zoey no comprendió, pero que le pareció enternecedor. Un segundo después, él tenía otra vez esa mirada lasciva, su favorita hasta entonces.

—Estaba pensando que no te he visto la cara en el momento del orgasmo.

—Por Dios, no —respondió Zoey.

—También pensaba que la primera vez siempre es el momento en que... — Mientras hablaba la penetró suavemente. Definitivamente, ese hombre no sabía callarse—. En que descubres que el otro cuerpo casa perfectamente con el tuyo. —Zoey gimió, escuchando su propio aliento abriéndose paso por su garganta encogida. Instintivamente, anudó las piernas alrededor de la cintura de Matthew—. La manera en la que has subido las piernas alrededor de mi cintura en el momento en que iba a pedírtelo... —Un escalofrío recorrió su sexo, le subió al vientre y luego al pecho, mientras se metía un poco más dentro de ella. Zoey dejó escapar otro gemido más profundo, más animal. Encima de ella, Matthew tembló—. Te lo ruego, no gimias así —dijo, jadeando.

Zoey no pudo evitar reírse. Por toda respuesta, arqueó los riñones, para invitarlo a deslizarse más profundamente dentro de ella. Entonces gimió él.

—Te aseguro que intento contenerme —susurró Zoey, colocando las manos en sus caderas para guiarlo.

—Te aseguro que yo también —gruñó Matthew.

Zoey se acompasó al ritmo de los riñones, cuyos movimientos, aparentemente a duras penas contenidos, la excitaban aún más de lo que leía en su rostro. Su sexo, aún sacudido por las pulsaciones del orgasmo, se estrechaba alrededor del de Matthew.

Él reprimió un quejido ronco.

—A lo mejor esta postura no te parece adecuada —dijo Zoey, sin poder evitar soltar la broma.

Por toda respuesta, Matthew se medio separó, la sujetó por la cintura y giró junto a ella, hasta que los dos estuvieron sentados en el sofá, ella sobre él y él dentro de ella. Zoey lo felicitó en silencio por su capacidad de reacción y por la hábil firmeza con la que le había evitado una caída embarazosa.

Zoey empezó a moverse encima de él y él tuvo el buen gusto —o el instinto de supervivencia, porque el respaldo del sofá era más bien bajo— de no echar la cabeza hacia atrás ni cerrar los ojos, sino que la contemplaba con una deliciosa obstinación, siguiendo las etapas del placer en el rostro que sujetaba entre sus manos.

Zoey intentó acomodar la respiración a un ritmo más normal.

El calor que había atravesado su vientre pasó entonces a sus muslos, esta vez con gran disgusto. Zoey se maldijo por no haber hecho más deporte. Siempre le habían dicho que algún día le sería útil, pero ella se empeñaba en no creerlo.

Aquella postura le mostraba músculos que hacía tiempo había olvidado que tenía sin añorarlos en absoluto.

Matthew se dio cuenta de que estaba un poco incómoda y soltó un principio de risa completamente desagradable. Zoey le hizo callar inmediatamente con un chasquido de labios furibundo.

Muy cortés, Matthew fue el que imprimió un movimiento más regular a los dos cuerpos y luego cada vez más rápido hasta su propio orgasmo, con la nariz dentro del pelo de Zoey, tan violento que ella tuvo que sujetarse al respaldo del sofá para no caer.

Luego, de un modo completamente inesperado, Matthew empezó a reír.

Zoey tardó unos segundos en comprender. Todo el cuerpo de Matthew se sobresaltó y ella era incapaz de distinguir si él sentía un resto de placer o simplemente una incontenible hilaridad.

Zoey se levantó y se liberó del musculoso abrazo con cierta dificultad. Sus torsos se separaron con un ruido de lo más vergonzoso.

Jamás ningún hombre había estallado en carcajadas después de haber hecho el amor con ella. Una vez, uno de sus ex, en la universidad, lloró, pero prefería no

recordar aquel lamentable momento.

La risa de Matthew fue disminuyendo hasta que solo se escuchó su respiración entrecortada.

—¿Ha pasado algo gracioso? —preguntó desconcertada.

Matthew contuvo el aliento como pudo.

—Lo siento, tenía que haberte avisado. Me río cuando... tengo un orgasmo. Es bastante perturbador, lo admito.

—¡Más bien sí!

Zoey se incorporó por completo. Lógicamente, tendría que haberse levantado y vestido, humillada. Pero tenía la ropa al otro lado del sofá y Matthew no parecía decidido a soltarla.

—No me crees, ¿es eso? —soltó—. Si me das un poco de tiempo, te prometo demostrarte que no miento. Y a lo mejor también aguantaré un poco más. Soy el primero que lo siente, créeme.

Matthew no parecía especialmente afligido. Tenía la misma sonrisa socarrona de la primera noche.

«Satisfecha».

Cuando Zoey estaba pensando en darle una buena bofetada, él le dio un beso en la punta de la nariz.

—Me estoy haciendo daño en los muslos —le dijo.

—Te prohíbo moverte ahora —susurró él. Zoey obedeció y se apoyó un poco más en él, con el trasero en la parte delantera de sus muslos. Matthew hizo una mueca bruscamente—. En realidad, quizá sería más prudente que te..., te..., bueno, que te levantas un instante.

—El preservativo...

—Las alegrías de la sexualidad moderna —se excusó él—. Deja de reírte así. Podrías tener un mínimo de consideración ante una situación en la que, me parece, también estás implicada.

La siguiente escena fue de una torpeza desconcertante. Zoey se contorsionó para levantarse y estuvo a punto de caer, sin que él pudiera ayudarla, porque tenía las manos ocupadas; ella consiguió recuperar el equilibrio de una manera especialmente ridícula. Por último, Zoey aterrizó en el sofá, que crujió bajo su peso de un modo muy poco delicado. Luego Matthew desapareció en la cocina. Zoey se fijó en que, después de todo, su modo de andar mantenía una cierta distinción en cualquier circunstancia y que tenía el culo especialmente musculoso.

Contuvo una nueva pulsión, pues expresarla claramente habría sido impropio,

teniendo en cuenta la situación. Al menos, no antes de un ratito, como él había sugerido.

Matthew regresó y se sentó junto a ella, cruzando elegantemente las piernas, aún desnudo. Luego estiró un brazo encima del respaldo del sofá para que Zoey se acurrucara, exactamente como si se dispusiera a seguir el plan inicial de la noche: encender la tele. Ese hombre conseguía alternar los momentos más convencionales y los más enloquecidos sin transición ni aparente malestar.

Zoey se sentía claramente menos cómoda. Sin ninguna duda, esa postura le sacaba tripa, aunque en ese instante preciso no se atreviera a bajar la mirada. Habría preferido que él apagara la luz al pasar, pero pedirselo la obligaría a confesar sus complejos.

«Pero también podré verle cuando se levante», pensó Zoey, animada ante la perspectiva de contemplarlo de nuevo de pie, de espaldas y en movimiento.

—Es la primera vez que consigues estar mudo más de cinco segundos — comentó Zoey, al cabo de un rato.

—Es la primera vez que consigues quedarte a mi lado dejando las manos quietas. —Zoey dejó escapar un hipido furioso—. Por el amor de Dios, ¿quieres quitarlas de la tripa? Me da la impresión de que tienes una indigestión, lo que no resulta muy halagador para mí. ¿Tienes café?

—¿Entonces piensas quedarte a desayunar? ¿De verdad? —respondió Zoey, burlona.

—Apenas deben de ser las diez de la noche. —Matthew le dio un beso en la coronilla y otro en la frente. Separó los dedos, que habían cogido los de Zoey para interrumpir la tentativa de camuflaje, y los acopló para unir palma con palma—. Si me lo permites, me quedaré aún un rato. —Zoey se lo permitía, aunque fuera incapaz de expresarlo inmediatamente—. Y aunque te parezca duro en términos de negociación, necesito de verdad un café —añadió.

—Entiendo. Te cansas rápidamente.

Matthew hizo una mueca que le dio a entender que no le había gustado aquella broma.

—Hay que admitir que eres tremendamente agotadora —respondió displicente—. Pero estoy seguro de que, si me caigo, tendrás una cama para ofrecerme, aunque solo sea por caridad.

Zoey rio, pero con una risa tan estúpida que le entraron ganas de proceder a su propia lobotomía, si es que no la tenía ya hecha.

Las chicas buenas no mienten

Mientras tomaba un café, Zoey miraba a Matthew andar de un lado a otro de la tienda, hablando por teléfono, con la misma ropa de la víspera, lo que le daba un aspecto deliciosamente desaliñado.

Se habían despertado mucho más tarde de lo normal, enrollados en las sábanas inútiles por el calor, acariciados por los rayos de sol que caían sobre la cama. Matthew se había estirado como un gato —bueno, como cualquier gato que no fuera Sushi, que tenía tendencia a despertarse y saltar encima de la cabeza de Zoey reclamando comida—, le había sonreído, la había atraído hacia él, vientre contra espalda, y había pasado el brazo sobre el de ella para acoplarla. Luego le había recorrido el cuello con la boca hasta la oreja y había murmurado:

—¿Tienes una impresora?

A aquello había seguido una conversación sobre el mejor modo de dar los buenos días y habían acabado poniéndose de acuerdo en el más adecuado.

Dos veces.

En ese momento, Matthew hablaba con voz seria a una secretaria sobre una invitación que no podía descargar. Zoey lo escuchaba vagamente con la mirada fija en la forma en la que el vaquero se le estiraba sobre el culo con cada paso.

—¡Como mínimo es asombroso que utilicen un medio como internet y sean incapaces de ofrecer un código QR! —exclamó Matthew, después de colgar—. ¿De verdad no sabes cómo funciona la impresora?

La miró con el ceño fruncido. En otro momento, a Zoey le habría parecido irritante y autoritario, pero en ese preciso instante habría soportado cualquier conversación, incluso sobre un tema tan insípido como los límites de la tecnología moderna, siempre que siguiera recorriendo aquella habitación de esa manera.

Incluso habría admitido que le hablara de temas administrativos si se le hubiese ocurrido acercarse a ella en unas cuantas zancadas y la hubiese sentado

encima del mostrador.

Zoey se dio cuenta de inmediato de que esa actitud se debía a una sobredosis de hormonas, lo que la empujó a limitarse a tomar el café lanzándole miradas interesadas.

—No sabes de qué hablo, ¿verdad? —preguntó Matthew.

—¡Pero bueno, yo también tengo un *smartphone*!

—Y seguro que solo lo usas para jugar al *Candy Crush*. —Zoey reprimió una respuesta displicente—. ¿En qué nivel estás? —continuó Matthew con una sonrisa alegre.

—Cuarenta y siete —respondió ella de mala gana—. También tengo derecho a ser una amish, ¿no?

—Tienes todos los derechos, eso es una realidad —contestó él muy serio—. Siempre y cuando me dejes alguno, en circunstancias muy precisas.

Zoey se preguntó si a los transeúntes les molestaría que la apoyara en un taburete para besarla.

En cualquier caso, eso le molestaría a Sally, que acababa de entrar, pararse en seco, mirar a Matthew Ziegler con la camisa arrugada, esbozar una sonrisa y entonar un alegre «buenos días».

Zoey soltó una risa nerviosa, a clasificar dentro de las risas más estúpidas que podía haber soltado, aunque Sally no lo señaló, una auténtica amiga.

Su ayudante se limitó a dejar el bolso y alzar una ceja hacia la impresora encendida.

—Para que funcione hay que conectarla al wifi —indicó—. Espera...

Aquello le llevó dos minutos, durante los que Zoey preparó otro café sin decir ni una palabra mientras suplicaba a su risa estúpida que fuera a reunirse con lo que le quedaba de dignidad. Sally sacó una hoja de papel de la impresora y se la entregó a Matthew.

—Muchas gracias —dijo él, mientras leía rápidamente el contenido.

—¿Vas a ir al Wonderful Lunch? —preguntó Sally.

Por supuesto, Sally parecía estar perfectamente al corriente de qué era aquello y también sentir mucha envidia.

—¿Qué es el Wonderful Lunch? —intervino Zoey, con un tono desenvuelto.

—Una reunión de blogueros culinarios en torno a tres chefs, con degustación.

—¿Y qué tiene eso de maravilloso?

Sally la miró con los ojos abiertos como platos. Se contenía delante de Matthew, pero toda su cara expresaba una profunda indignación.

—Los personajes con más seguidores de la blogosfera asisten a esa comida.

Es un magnífico trampolín de comunicación.

—¿De verdad los chefs necesitan eso para asentar su reputación?

—Sí, Zoey.

Sally sonrió de un modo muy inquietante. Matthew acudió en su auxilio.

—Tu amiga tiene razón. Actualmente sin la blogosfera es difícil dar el salto.

—Yo no estoy convencida de eso.

Matthew se sentó junto al mostrador, delante del café que acababa de servirle. Incluso con ese aspecto serio y profesional estaba sexi. También lo era su tono, que en otro momento le habría parecido condescendiente, sobre todo delante de Sally, que desbordaba alegría en silencio.

—Zoey, te pareces a alguno de mis compañeros críticos... Los de la antigua usanza, que lanzan gritos contra la idea de que internet pueda sustituir a su querido papel.

—Muchas gracias... Tampoco soy tan conservadora.

—La comunidad de blogueros es amplia, viva y reactiva. Los blogueros son curiosos y están sedientos por aprender. Realmente creo que una unión de los dos soportes, la crítica tradicional y el entusiasmo colectivo de los blogueros, que no carecen de experiencia, es del todo posible, imagínate. Algunos chefs se han vuelto muy famosos, y alguno de ellos de manera más que justificada, gracias a los blogueros.

—Pareces olvidar que yo preparo fundamentalmente banquetes de boda.

Matthew meneó la cabeza. No debía de ser de la clase de personas que se callan algo. Le lanzó una sonrisa a Zoey que le hizo preguntarse si de verdad pensaba convencerla de lo bien argumentado de su estrategia o si también a él le alteraban las imágenes que la asaltaban desde la mañana. Zoey estaba viendo exactamente la arruguita que le aparecía entre los ojos cerrados cuando la besaba en el momento en que le respondió con aspecto serio.

—También ahí hay un auténtico terreno para explotar. Los *wedding planners* y sobre todo los estilistas culinarios pueden poner de relieve vuestras presentaciones con sus reportajes fotográficos. Vosotras ya tenéis el sentido de la escenografía, así que podíais ser mucho más visibles en internet, que sigue siendo el primer lugar al que acude la generación que se casa actualmente.

Zoey levantó los ojos al cielo.

—Gracias —dijo Sally a Matthew suspirando.

—De nada —respondió él, con una sonrisa—. Zoey, ¿te apetecería acompañarme?

Sally soltó una especie de gritito histérico. Zoey nunca se habría imaginado

que su amiga pudiera comportarse como una *groupie*. Parecía una víctima de la moda delante de un vestido de Max Azria, lo que no le pegaba nada. La última vez que su ayudante había tenido ese tipo de reacción había sido cuando al alcalde de Nueva York se le ocurrió hacer otro aparcamiento para bicicletas en Manhattan.

—Ahí no me sentiría en mi sitio. En cambio Sally...

Zoey dirigió una sonrisa a su amiga que quiso ser bondadosa, pero que, al final, debió de parecer especialmente burlesca. Sally se encogió de hombros, parecía lamentar mucho su falta de tacto.

—Es una buena idea —estuvo de acuerdo Matthew—. Podría presentarte a Cybil Green.

—¡Me encanta esa estilista culinaria! —gritó Sally—. Si Zoey pudiera reservar una partida presupuestaria para ella, ¡por fin tendríamos fotos dignas de nuestro nombre!

—Yo no me atrevía a comentarlo —respondió Matthew.

—¿Qué tienen de malo nuestras fotos? —preguntó Zoey ofendida, pese al hecho de que ella no tenía nada que ver con las fotos ni con su página web.

Sally puso cara de arrepentida y empezó a triturar un mechón de su pelo, lo que hacía a menudo cuando se veía en una situación incómoda.

—Son fotos de bodas.

—Son fotos de banquetes de bodas —corrigió Zoey.

—Podríamos tener fotos más profesionales.

—Que destacarían vuestro excelente trabajo de presentación —repitió Matthew, al que Sally ofrecía su sonrisa más agradecida.

Acabaron acordando que Zoey pensaría en esa propuesta y luego establecieron la hora en la que Sally y Matthew se encontrarían. Por último, Sally esperó el tiempo estrictamente necesario para que la conversación transcurriera con una normalidad un poco apagada para desaparecer, dejándolos solos, en un incómodo silencio.

—Bien —dijo de pronto Matthew, cogiendo la taza de café—. Te agradezco el café.

Zoey levantó los ojos al cielo. Habían vuelto al punto de partida. Iban a ser educados, distantes, a darse las gracias...

O él diría algo así como: «¿Tendrías algún inconveniente en que te llamara?».

O aún peor: «¿Tendrías algún inconveniente en que hagamos como si no hubiera pasado nada?».

Probablemente no diría eso. Se limitaría a no volver a llamarla y Zoey sabía

muy bien que eso la pondría furiosa. Ella se negaría a llamarlo, no porque eso no se hiciera, sino porque ni se le ocurriría mostrar el menor interés en esas circunstancias.

—Ya que estamos hablando de trabajo... —empezó Matthew. Zoey no iba a librarse de nada—. A mi amigo Rafael Branco, el agregado cultural, le encantó tu comida, ya te lo dijo él, y me ha encargado que te pregunte si sería posible que prepararas una cena para él y unos cuantos amigos íntimos. —Zoey dudó. Llevaba años sin hacer cenas privadas. Aunque le gustaba el reto que suponía el trabajo en una cocina no profesional, odiaba la sensación que ese trabajo le había producido: ser un simple subalterno trabajando para unos ricos aficionados a la gastronomía—. Yo entendería —continuó Matthew—, y él también, que no tengas tiempo. Sin embargo, la experiencia podría ser interesante y diversificar tu oferta. —Zoey se sintió herida en su amor propio. Su empresa de *catering* funcionaba honrosamente, pero, en ese momento, Sally y Matthew le estaban dando la impresión de que tenía continuamente necesidad de nuevas oportunidades—. Si quieres mi opinión, deberías aceptar —siguió—. Está pensando desde hace tiempo montar un restaurante en Nueva York.

—¿A ti te vendría bien que aceptara? —preguntó Zoey, con vehemencia.

—No te entiendo.

—¿Tienes interés en que acepte?

—En cierto modo, sí, porque Rafael es un amigo y me gusta hacer felices a mis amigos. Desde un punto de vista profesional, ninguno —añadió con un rictus burlón.

—Bien. Pues esto es lo que te propongo. Yo preparo la cena para tu amigo y, a cambio, tú ayudas a que Sally consiga un buen precio por las fotos de esa Cybil Green a la que tanto admira.

—No tienes un pelo de tonta —observó Matthew—. ¿El próximo martes?

—Es poco tiempo, pero vale. Un trato es un trato.

Matthew se terminó el café y dejó la taza en el fregadero, junto a la cafetera. Cuando se dio la vuelta, con cara de pensar seriamente, Zoey tuvo de inmediato ganas de abalanzarse sobre él, algo que sentía cada vez que él ponía esa expresión encantadora y ligeramente irónica al mismo tiempo.

—Afortunadamente no negocias tan duro en la intimidad, de lo contrario en este momento estaría en calzoncillos —murmuró.

Zoey contuvo una risita.

—Tal vez presumes demasiado sobre lo que tienes para ofrecer.

—Sin duda alguna —respondió—. Y si no estás preparando otra respuesta

mordaz, me gustaría decirte que me encantó la noche pasada.

—Tu absoluta falta de orgullo me entristece —contestó ella, ocultado una sonrisa.

—El orgullo y el sexo nunca van bien juntos. Creo que te lo demostré ayer, esperando dos horas en una terraza para que luego me gritaras y encima en público. —Pareció dudar si acercarse a ella, luego se echó atrás—. Supongo que debería darte un beso de despedida.

«¡Ay, Dios mío! —pensó Zoey—. ¿Siempre tiene que comentar lo que se dispone a hacer?».

—No estás obligado a nada —contestó, un poco excesivamente seca.

Se moría de ganas de que la besara y, siendo del todo honesta, no para despedirse.

—Perfecto —respondió—. Odio esa clase de demostraciones públicas.

Dio unos pasos hacia la puerta y se giró.

—No obstante, te doy permiso para que me llames —dijo Matthew.

Zoey no tuvo tiempo de digerir esas palabras. Sally, que había evitado escuchar la conversación desde el laboratorio, o así lo esperaba Zoey, reapareció tan pronto como se cerró la puerta de la tienda.

—¡Te has acostado con Matthew Ziegler! —rugió, alegre.

—Tu capacidad de deducción siempre me deja asombrada —respondió Zoey, al tiempo que sacaba el archivador de los pedidos.

—¿Cómo ha sido? ¿Es igual de sexi en privado? ¿Volveréis a veros?

Zoey pensó un instante. La pelota estaba en su tejado. Una parte de ella se moría de ganas de volver a ver a Matthew, mientras la otra no tenía ni idea de qué hacer. Él había hablado de sexo, no de relación. Zoey no tenía nada en contra de la idea de tener un amigo con derecho a roce, sobre todo si era Matthew, pero le parecía que no eran amigos y no tenía ninguna intención de enredarse en una historia que acabaría siendo inevitablemente decepcionante, una vez que pasara la etapa de descubrimiento.

Especialmente con un hombre capaz de decirle: «Me encantó la noche pasada», algo que parecía ser su máximo grado de espontaneidad.

Por no hablar del «Supongo que debería darte un beso».

Sally seguía, con cierto nerviosismo, el curso de su pensamiento.

—No voy a darte ni un detalle —anunció Zoey, abriendo el archivador con un golpe seco.

—No eres una auténtica amiga.

—¿De verdad? ¿Acaso yo te pido detalles de tus muchas experiencias sexuales?

—Continuamente.

—Solo porque sé que te encanta hablar de eso. Eso es ser una auténtica amiga, ¿te das cuenta?

Sally rio.

—Vamos, al menos dime si vais a volver a veros...

—Aún no lo sé —mintió Zoey. No pensaba hablarle del servicio que se había comprometido a ofrecer a Rafael Branco ni de lo que había negociado con Matthew. Quería que, si Cybil Green aceptaba trabajar para ellas, la victoria fuera solo de Sally. Eso se lo debía—. Al menos la próxima semana no. El sábado tenemos el enlace Hawkins-López y el viernes por la noche la fiesta de Cass.

—Cada vez tengo más la impresión de que somos una pareja —refunfuñó Sally, soplando uno de sus mechones pelirrojos—. Si seguimos así, sería mejor que viviéramos juntas, eso reduciría los gastos de transporte.

—Solo depende de ti estar con cualquier otra persona —respondió Zoey, socarrona.

—¿Por qué dices eso?

—Pues porque te bastaría con quererlo —dijo, encogiéndose de hombros.

En ese momento, su amiga tenía la misma mirada extraña de la víspera. Casi de acorralada. Entonces Zoey ya estaba segura de que le ocultaba algo.

Una señal de alarma le sonó en la cabeza. Sally había expresado muy claramente el déficit de perspectiva de Zoey's Kitchen y la falta de iniciativa de Zoey. Su amiga intentaba continuamente desarrollar nuevos modos de comunicación y Zoey daba a eso poco importancia, tal y como acababa de hacer con Matthew. La manera en la que su ayudante había aprovechado la oportunidad para ir a esa comida y el interés que había mostrado por la estilista culinaria daban prueba otra vez más de que tenía que aburrirse siendo ayudante en una estructura tan pequeña y conservadora.

—Sally, si te preocupara algo me lo dirías, ¿no?

—¡Sí, por supuesto!

Su amiga pareció relajarse ligeramente, aunque su cara mantenía una expresión ansiosa.

—Nos lo decimos todo, ¿no es así? —insistió Zoey, con un nudo en el estómago.

—Parece ser que no en lo que se refiere a nuestra vida sentimental —intentó bromear Sally.

El tono no había sido sincero. Zoey no supo qué responder. No quería acosar a Sally con preguntas, ni ser la clase de jefa que controla a sus empleados. Por primera vez, su doble papel, amiga y ayudante a la vez, le pareció difícil de manejar. Sally debía de sentir lo mismo.

Sin embargo, esta se dejó caer en el taburete, junto a Zoey, y se sumergió en el archivador de pedidos.

—¿A trabajar? —dijo alegremente.

—A trabajar —asintió Zoey, aunque con menos alegría.

Había surgido una duda en su cabeza y sabía que no se la quitaría.

Sin embargo, sonrió a Sally y ambas se concentraron en los pedidos.

Las chicas buenas se ocupan de los asuntos de los demás

El piso que Rafael Branco tenía alquilado en Nueva York cumplía los sueños más delirantes de Zoey. La cocina era una joyita de la tecnología, con muchas encimeras de mármol negro que le ofrecían el espacio suficiente para desplegarse con toda tranquilidad.

Llevaba en los fogones desde primera hora de la tarde cuando el agregado cultural asomó la cabeza, contento, para saludarla. Zoey aún no lo había visto, la había recibido una empleada de hogar seca y discreta que la había guiado por un laberinto de pasillos hasta la cocina.

—¿Tiene todo lo necesario? —le preguntó Rafael Branco después de haberle dado las buenas noches.

—Esta cocina es un sueño —respondió espontáneamente Zoey—. ¿Quiere ver lo que...?

—¡No, no! —exclamó el brasileño—. Quiero que todo sea una sorpresa. Los invitados llegarán de un momento a otro. Si necesita cualquier cosa, estaré en el salón.

Zoey era incapaz de localizar el salón, ni siquiera el comedor, aunque ya la había llevado allí la empleada de hogar.

—Todo estará dispuesto —dijo Zoey, con su voz más profesional.

Y no mentía. Solo tenía que emplatar los entrantes —gambas con puré de aguacate y cilantro fresco—, rayar las lascas de parmesano para la ensalada y meter al horno, en el momento preciso, las cazuelitas de pato con higo y trufas. En la nevera, los pastelitos de limón especiales de Nana esperaban el chocolate blanco y las cortezas confitadas. Todo eso no le llevaría más de dos minutos.

El sumiller había llevado los vinos y los había decantado en la bodega y la empleada de hogar tenía que ocuparse del servicio. Tal y como Branco había

dicho, era una cena completamente íntima.

Cuando Zoey recibió la señal, mandó servir los entrantes, con un *timing* perfecto. El resto de la cena transcurrió igual. Veinte minutos después de haber mandado servir el postre, su teléfono emitió unos cuantos pitidos sostenidos que le indicaban que había recibido un mensaje.

Se sentó en el borde de la mesa y lo miró: era de Matthew.

«Ha sido absolutamente divino».

Pulsó «Responder».

Otro pitido la interrumpió.

«Me refiero a los pastelitos».

Por supuesto, Matthew estaba en el comedor. Tendría que haberse figurado que, siendo amigo de Rafael Branco, asistiría a esa cena que él había iniciado. Zoey no había pensado ni por un segundo en que las personas que disfrutarían de sus platos eran personas a las que podía conocer. Eso formaba parte del difícil juego de la comida a domicilio cuando el cliente era alguien tan excéntrico como Rafael Branco, porque la mayoría de sus clientes tenían las ideas muy claras sobre lo que querían en sus mesas. Zoey se había metido en la cabeza que debía seducir, cuando no complacer, a unos perfectos desconocidos.

Afortunadamente, Matthew había tenido la delicadeza de no manifestarse antes de la cena.

Zoey iba a responder cuando la empleada de hogar, de la que seguía sin saber el nombre, entró para pedirle que se presentara en el salón. Luego se dirigió a la cafetera y, con una mirada fría, le dio a entender que molestaba para el desarrollo de la siguiente operación.

Zoey se quitó el delantal y se pasó la mano por el pelo. Había conseguido sujetarlo en un moño bajo muy prieto. Ese peinado mantenía el pelo arreglado, pero generalmente lo evitaba porque le daba un aspecto demasiado estricto, algo que le recordaba a su madre, y le producía un dolor de cráneo espantoso.

Tardó unos minutos en encontrar el salón. Tuvo que abrir puertas al azar e incluso un armario. Al salir de la cocina, siempre el lugar más familiar, el ambiente sereno y elegante la impresionó un poco.

Acabó entrando en el salón. En las paredes grises se abrían varias ventanas de cuadraditos que daban a una terraza. En un sofá tapizado de blanco, Rafael Branco charlaba con una pareja de su edad, de una elegancia bohemia. El hombre vestía de lino claro y la mujer, pese al calor, se cubría con un vestido largo de seda de color crudo. El ambiente resultaba casi cegador, pese a la luz tamizada de las velas dispuestas aquí y allá. En el sofá frente a ellos, Matthew

estiraba sus largas piernas con una actitud indolente que Zoey ya reconocía como habitual. Los invitados bebían champán y coñac con el café, que había llegado más rápido que ella. Unas voces llegaban de la terraza.

Rafael Branco la recibió cariñosamente, le presentó a la pareja —músicos brasileños— y la invitó a sentarse frente a ellos, muy cerca de Matthew. Los invitados la felicitaron entusiasmados, le hicieron preguntas y luego respondieron a las suyas sobre la cocina de su país, de la que resultaron ser, igual que Branco, unos expertos aficionados.

—Llevo años buscando un chef como usted —dijo repentinamente Rafael Branco, aprovechando un breve silencio en la conversación—. Mi sueño es montar un restaurante aquí.

—Pues oportunidades no faltan —respondió Zoey—. Los neoyorquinos siempre andan al acecho de sitios nuevos para salir a comer.

Rafael Branco entrecerró los ojos.

—Yo no quiero uno de esos restaurantes que se ponen de moda y de los que luego, al cabo de un año, la gente se harta. Quiero una carta exquisita que gire en torno a ciertos platos y una cuidada decoración. Algo original, pero también auténtico.

—Estoy segura de que un restaurante así funcionaría —respondió Zoey, muy educadamente.

—Piénselo —soltó Rafael, mirándola con aire indulgente.

Matthew seguía en silencio, su muslo tocaba el de Zoey y a ella esa proximidad le parecía cada vez más difícil de manejar. Sobre todo porque Matthew aprovechaba la mano que tenía descuidadamente apoyada en el respaldo del sofá para acariciarle la espalda con la punta de los dedos, discretamente.

O al menos en eso confiaba Zoey.

Ese simple contacto la excitaba más de la cuenta, le producía unos escalofríos que la recorrían de la cabeza a los pies y poco a poco iba transformando su sonrisa educada en una especie de risita ahogada histérica. Zoey se preguntaba cómo Matthew conseguía mantener la cara impasible mientras dibujaba arabescos por encima de la tela de su top.

Cuando los dedos de Matthew se aventuraban hacia los riñones, en el borde de su falda, Zoey aprovechó otro silencio para pedir que le enseñaran la terraza.

La vista era espléndida. Igual que Sofia Alves, que charlaba con Luis de la Cruz, acodados ambos a la balastrada. La mujer vestía un top que dejaba la espalda al descubierto y un pantalón fluido de cintura alta, la clase de pantalón

que Zoey no podía ponerse porque parecería un marinerito regordete, como los de los anuncios publicitarios de los años treinta. Sofia se dio media vuelta, vio a Zoey y a Matthew, que la había seguido, y se dirigió hacia ellos con una sonrisa en los labios.

—Todo ha estado delicioso, querida Zoey —dijo con un tono que la chef calificó inmediatamente de artificial.

Luego Zoey recordó que Marianita y Matthew habían destacado su temible franqueza. Sin embargo, se mantuvo en guardia, fundamentalmente porque había convertido en una cuestión de honor no permitir que la humillara delante de Matthew, ya que este le había dejado claro que ella era la que repartía las cartas y, al mismo tiempo, que realmente no tenían una relación. Por mucho que Zoey siempre se hubiera negado a participar en los juegos sociales, seguía siendo hija de Fran Westwood: negarse no quería decir que no fuera capaz de ganarlos.

—Muchas gracias. Viniendo de usted, esas palabras me conmueven especialmente.

—Siempre ando en busca de nuevos talentos —respondió Sofia—. ¿Le interesaría visitar mis restaurantes?

La pregunta la cogió desprevenida. Nunca se había planteado tener que responder de una manera tan directa a una oferta de empleo apenas esbozada. Zoey siempre había soñado con viajar. Por supuesto, desde hacía cuatro años Zoey's Kitchen le quitaba todo el tiempo y la energía, pero, en el fondo, solo la idea de dejar a su familia y amigos la había detenido. Junto a ellos Matthew se agitó.

—Es una excelente idea —dijo.

La perspectiva de que Zoey se fuera a Brasil no parecía molestarle. A ella eso le resultó casi decepcionante.

—Me encantaría —respondió la chef.

—Matthew, cariño, ¿podrías traerme el bolso? —pidió Sofia.

El «cariño» produjo una aguda pulsación de irritación en Zoey. Aquella intimidad, resaltada con un arrumaco que a Zoey le pareció ridículo en una mujer de su edad, aunque fuera perfectamente consciente de que no significaba nada, le dio ganas de dejarse llevar por los peores sarcasmos.

No obstante se contuvo.

Solo se dio cuenta de que Matthew obedecía. Habría resultado curioso verle la cara si ella hubiera utilizado el «cariño» para darle órdenes, aunque la idea le recordó inmediatamente unas órdenes de una naturaleza completamente distinta.

Cuando le trajo el bolso, Sofia le dirigió una sonrisa intencionadamente

burlona, a la que Matthew no respondió. Sofia sacó una tarjeta.

—Mi ayudante la llamará, pero también puede usted ponerse en contacto directamente conmigo si tiene alguna pregunta. —A Zoey le habría gustado responderle con un tono idéntico, pero ella nunca había dicho cosas como «mi ayudante la llamará», aunque esa era la categoría oficial de Sally. Y sus tarjetas tenían el nombre de Zoey's Kitchen, no el suyo—. Los pastelitos de limón me han sorprendido —añadió Sofia—. ¿Cuál era el ingrediente especial?

—Es un secreto —respondió Zoey.

—Efectivamente —intervino Matthew—. Demasiado sutil como para que ninguno de nosotros consiga descubrirlo. ¿Una pista?

—No revelo mis recetas —contestó Zoey, con un tono risueño—. Ni siquiera a Sally.

—Usted es menos generosa que su abuela —le señaló Sofia.

Zoey frunció el ceño. No esperaba esa salida ni que la temible brasileña abordase de un modo tan directo ese tema. La chef estaba acostumbrada a que todo el mundo ignorase ese detalle de su biografía.

—No estoy muy seguro de que a Zoey le guste que se establezca una comparación tan directa, Sofia —murmuró Matthew.

Ella le agradeció que acudiera en su ayuda, aunque consideraba que no lo necesitaba.

—Mi abuela escribía libros de cocina. Yo soy chef. Imagino que ve la diferencia.

—Sí. No quería ser grosera. Me gustan mucho los libros de su abuela. Me parece que usted es su digna heredera en muchos aspectos. —Su voz se había suavizado. El hecho de que se excusara con medias palabras hizo que a Zoey le pareciera más simpática. Sofia sencillamente no sabía controlar sus pensamientos. Zoey se preguntó cómo aquella mujer había podido construir semejante imperio sin el sentido de la diplomacia que necesitan todos los grandes fundadores—. Usted me recuerda a mí a su edad, algo que no debería decir delante de una mujer más joven y también evidentemente más atractiva —continuó Sofia. Ese comentario dejó confundida a Zoey—. Tiene usted un don precioso y sospecho que debe de tener una buena estrategia. La estrategia, eso es lo que importa.

—Imagino que, efectivamente, ha necesitado mucha para llegar a desarrollar unos restaurantes tan excepcionales en un país como Brasil y, además, siendo mujer.

—Bueno, me limito a explotar a los demás —murmuró Sofia, de pronto

modesta.

—Sofia es realmente una excelente estratega —dijo Matthew.

—Desgraciadamente no en todos los ámbitos —respondió Sofia.

Su mirada se veló repentinamente cuando la dirigió a Matthew. Mostró una expresión de tristeza, breve pero violenta. Zoey observó a Matthew. Él también miraba a Sofia y esbozó un gesto hacia ella. Zoey se sintió inmediatamente excluida de aquel intercambio y bastante incómoda.

—Les ruego que me excusen —balbuceó.

Sofia se enderezó bruscamente, como si se hubiera dado cuenta de que se había puesto en evidencia.

—Por supuesto.

Zoey desapareció. Cruzó el salón, se topó con la empleada de hogar sin nombre y le preguntó dónde estaba el cuarto de baño. Esta se lo indicó con un gesto bastante poco preciso. Le estaba dejando muy claro que ese no era su sitio.

Zoey siguió por un pasillo empapelado con un papel pintado azul con motivos plateados, seguramente dibujados a mano, hasta una intersección que reconoció, porque había pasado por allí desde la cocina. Así que se dirigió hacia la derecha, empujó una puerta y luego otra hasta que dio con una habitación en la que habían dejado la luz encendida. Al pie de la cama deshecha, vio unos zapatos de mujer y un vestido arrugado. Entró con la esperanza de encontrar un cuarto de baño.

La primera puerta se abrió a un inmenso vestidor, del que solo se utilizaba uno de los roperos. Justo cuando la estaba cerrando, un ruido de pasos, que amortiguaba una gruesa moqueta, le hizo darse la vuelta. Matthew estaba delante de ella.

—Me he perdido —masculló.

A Zoey no le apetecía nada que él pensara que era una torpe incapaz de orientarse en más de treinta metros cuadrados, pero no supo qué otra cosa decir.

—He venido a salvarte —respondió Matthew, con un brillo divertido en los ojos.

Él estaba a menos de un metro de ella y parecía firmemente decidido a reducir aún más la distancia social adecuada.

—Es verdad que aquí mi vida está en riesgo —dijo Zoey—. Quizá me encontrarían mañana errando por uno de los vestidores, completamente deshidratada.

—Efectivamente, no eres consciente de los riesgos que corres paseando sola por esta casa.

—Sofía tiene que estar preguntándose dónde estás.

Matthew se encogió de hombros sin dejar de sonreír.

—¿Te pondrías celosa de una mujer que te ha ofrecido un puesto de trabajo con el que soñarían la mayoría de los chefs de una manera del todo elegante?

—No estoy celosa.

—Haces bien. Odio a las mujeres celosas.

Matthew tenía el arte de ser irritante en los momentos en los que debería ser simplemente atractivo y divertido.

—Volvamos allí —ordenó Zoey, más por ella que por él—. Todo el mundo se preguntará qué tipo de relación tenemos, si aún no te han visto acariciarme la espalda mientras intentaba mantener una conversación profesional.

Matthew asintió con la cabeza.

—Te encanta que te acaricie la espalda. Te estremeces como una estudiante. Es adorable.

—Realmente tienes el don de ponerme en ridículo —rezongó Zoey.

Si Matthew daba otro paso, Zoey estaba casi del todo segura de que no podría controlarse más.

—He dicho que eres adorable —insistió él.

Se acercó un poco más. Zoey olía su perfume y el olor enloquecedor de su piel. Matthew se inclinó sobre ella.

—Tienes tan poca confianza en ti misma que te imaginas que las muestras de interés solo pueden ser condescendencia.

—Ahórrame el psicoanálisis —se burló Zoey, confundida.

Las manos de Matthew se acercaban peligrosamente a su cadera.

—Eres tan orgullosa que habrías muerto antes que llamarme.

—¡No soy orgullosa!

—Sí lo eres. —La punta de los dedos de Matthew acariciaban el tejido del top de Zoey en el punto en el que rozaba la falda, hasta llegar un poco a la piel. A Zoey le recorrió un delicioso escalofrío—. Confiésalo o te hago el amor aquí mismo y te hago gritar tanto que a ninguna de las personas presentes le cabrá alguna duda sobre el tipo de relación que tenemos.

—¿Cómo te atreves? —murmuró ella, con el aliento entrecortado—. Nunca he gritado.

—Precisamente —respondió Matthew—. Me lo he tomado como una afrenta personal.

—Te aseguro que, si grito por tu culpa, será porque has conseguido exasperarme.

Zoey actuaba con una mala fe ejemplar y Matthew tenía temibles respuestas para todo.

—Te prometo no caer en el exceso, aunque me muera de ganas.

—¿Qué te hace pensar que...?

Sin dejar que continuara, Matthew la atrajo hacia sí. Su boca buscó la de ella, la encontró y la besó de un modo tan feroz que estuvo a punto de hacerla gritar. Inmediatamente metió la mano debajo del top, sin preocuparse por respetar ni siquiera un poco el tiempo reglamentario antes de pasar a esa fase. De todos modos, ya no estaban allí.

Zoey se colgó de su cuello y respondió a su beso con la misma avidez. Su lengua se insinuó en la boca de él. Alentado por su iniciativa, Matthew apoyó las manos en sus riñones para que se arqueara y aplastó su bajo vientre contra el de ella.

Zoey olvidó dónde estaba y qué hacía. Solo deseaba una cosa, arrancarle la camisa y el pantalón y tirarlos encima de la moqueta, por donde se esparcían las cosas de otra mujer, en aquella habitación desconocida.

Matthew dio un paso atrás para recuperar el aliento, deslizando los dedos sobre la piel de Zoey con una dulzura ligeramente febril.

—¿Mencionaste un vestidor? —preguntó.

Zoey buscó el picaporte de la puerta a su espalda y la abrió. Luego se afanó en desabrocharle la camisa, mientras él entraba con ella en el vestidor, con la boca de nuevo pegada a la suya y las manos enganchadas a sus caderas. Matthew se dejó hacer y luego, cuando ella peleaba con los botones de los puños, la ayudó a quitarle la camisa. Las manos de Zoey, que se movían con voluntad propia, atacaron el cinturón, que salió fuera de la hebilla, y los botones del pantalón, que le cayó a los tobillos. Entonces Zoey levantó la cabeza hacia él triunfante.

Él entrecerró los ojos color avellana, con unas chispas doradas que le daban más que nunca el aspecto de un lobo dispuesto a lanzarse sobre su presa, y luego la hizo girar. Zoey se vio frente al ropero. Instintivamente se agarró a la barra para no caer. En otras circunstancias, esa iniciativa le habría parecido poco apropiada e incluso ligeramente humillante, pero Matthew tenía la boca en su cuello y, con una dulzura infinita, hacía bailar las manos por sus caderas y le subía la falda poco a poco.

Con la mano derecha le rozó el culo, a través del tejido de las braguitas. Zoey oyó el ruido del papel al desgarrarse y sonrió ante la idea de que, esta vez, él sí tenía previsto hacerle el amor. Matthew le apoyó las manos en el culo y le deslizó las bragas. Zoey las tiró por los aires con un movimiento rápido de

tobillo. Con una ávida firmeza, él le abrió las piernas, colocó las suyas a cada lado y la obligó a arquearse al máximo. Cuando la penetró, Matthew soltó un gemido sordo que el eco del vestidor vacío amplificó.

Subió las manos hasta el vientre de Zoey y luego al pecho, mientras aceleraba los movimientos de la pelvis y ella se abría aún más para recibirlo. Le bajó las copas del sujetador y le acarició el pecho con una dulzura que escondía una brutalidad difícil de controlar, como la de su sexo al hundirse un poco más dentro de ella.

Zoey se agarró a la varilla del armario. Más tarde, se preguntó cómo no se había caído con su peso y la fuerza con la que Matthew le hacía el amor y gemía en su cuello. En aquel momento, no pensaba en eso. Su mente se encontraba en algún lugar entre el bajo vientre y la garganta y se contenía para no aullar de placer.

Por orgullo, tenía que admitirlo, pero también porque Matthew no resistiría sus gemidos.

Matthew dejó de moverse bruscamente, con las manos en el pecho y su sexo palpitando en el de ella. Deslizó la mano hasta el bajo vientre de Zoey. Ella se adelantó un poco, para dejar que los dedos alcanzaran el clítoris. La otra mano la tenía suspendida sobre el pecho y se limitaba a rozarlo, lo que empujó a Zoey a avanzar más hacia la mano. En vano, porque los dedos se alejaban despacio, a medida que ella se incorporaba.

Mientras Matthew se dedicaba a acariciarla con una destreza sorprendente, hundió los dientes en el cuello de Zoey. Ella sintió cómo se le aceleraba la respiración, cuando él la mordisqueaba, y le sacudía el torso un jadeo que traicionaba su impaciencia.

Su bajo vientre ya solo era una sucesión lenta de olas de crispación que la llevaban hacia un placer que presentía brutal.

Matthew le murmuró algo que ella no entendió realmente, concentrada únicamente en la onda que subía de su vientre, mientras él aceleraba la presión de los dedos.

Al fin, ella alcanzó un orgasmo de tal violencia que la varilla del armario tembló bajo sus manos.

Zoey, invadida de espasmos, no pudo reprimir un quejido lánguido, al que Matthew respondió con una palabrota antes de volver a penetrarla frenéticamente. Unos minutos más tarde, él la sujetó por las caderas, tiró brutalmente hacia él y Zoey escuchó la carcajada que tanto la había desconcertado la primera vez y que seguía sorprendiéndola.

—Lo siento muchísimo —susurró Matthew—. Creo que me he dejado llevar.

—No te has dejado llevar —respondió Zoey, con una voz ronca.

—Deja ese tono —gruñó él—. O nos encierro aquí hasta el fin de los días.

Zoey movió la pelvis para liberarse.

—Eres de un romanticismo desenfrenado... Acabarán descubriéndonos.

Zoey se dio la vuelta. La luz de la habitación entraba en el vestidor e iluminaba el rostro de Matthew. Él la abrazó y la apretó fuerte contra él, con una dulzura que la desconcertó un poco.

—Diré que has abusado de mí —declaró.

—Yo lo negaré.

—Nadie se fiará de una mujer que pone tequila en los pastelitos de limón.

—Así que has averiguado...

La boca de Matthew, que se abatió sobre la suya, borró la sonrisa de Zoey. Su beso le arrancó otra ola de calor del vientre al pecho. Él la empujó delicadamente.

—Voy a dejar que te vistas —susurró, antes de recorrer su rostro con los labios hasta la cabeza.

Galante. Educado. Eficaz.

Zoey levantó los ojos al cielo pero no hizo nada para detenerlo cuando él se subió el pantalón, tanteó el suelo para encontrar la camisa y salió del vestidor.

Zoey se apoyó en la pared con el corazón a mil por hora. No estaba segura de poder acostumbrarse a ese tipo de relación, pero, en cambio, sabía que nunca había sentido ni tanto deseo ni tanto placer. Zoey ya lo había hecho en diferentes lugares y alardeaba de no ser especialmente mojigata. Incluso, alguna vez, dejó sorprendido a Spencer, algo que no le había resultado muy difícil. Spencer era más bien clásico desde el punto de vista sexual, lo que ponía muy en entredicho su propia escala de valores.

Matthew podría convencerla para hacer el amor en cualquier sitio y en cualquier momento, como acababa de demostrar. También él era capaz de comportarse en un momento dado como un perfecto caballero y un minuto después como un auténtico canalla.

Zoey oyó cómo se abría y luego se cerraba la puerta de la habitación y empezó a buscar las bragas, que al final encontró colgando lamentablemente de una de las baldas del vestidor.

Una vez en la habitación, se cruzó con su reflejo en un espejo que había frente a la cama. El moño se tambaleaba peligrosamente en la nuca. Tenía los ojos brillantes, las mejillas encarnadas y la marca de los dientes de Matthew en el

cuello.

No podía presentarse así, no inmediatamente. Tenía que volver a la cocina, donde le esperaba su material para ser empaquetado y luego encontraría un modo de despedirse lo más rápidamente posible.

Tardó veinte minutos en recomponerse. Cuando volvió a mirarse en uno de los espejos del pasillo, su piel había recuperado el color normal y la mordedura de Matthew ya solo era una imperceptible rojez que podría haber provocado cualquier rozamiento. Al menos, se haría la ilusión de que la gran teoría de Dalton de que las personas después de un orgasmo desprenden un olor particular tan atiborrado de hormonas que despierta los instintos más primitivos era falsa.

Recorrió otra vez el laberinto de pasillos y dio con el salón. Los vasos vacíos estaban desparramados sobre la mesa de centro y la mayoría de los invitados debían de estar en la terraza.

Pero no todos. Zoey se detuvo en seco.

Matthew estaba sentado en el sofá. La luz vacilante de la velas bailaba en la camisa que ella casi le había arrancado media hora antes.

Con la cabeza apoyada en su hombro, las rodillas dobladas en una postura graciosa, Sofia Alves acercaba la boca a su oreja.

Matthew no se movió y tampoco parecía tener la más mínima intención de rechazarla, con las piernas estiradas debajo de la mesa, en su postura preferida. Y, lo que era peor, el rostro expresaba una emoción que Zoey aún no le había visto nunca.

Sin decir ni una palabra, retrocedió un paso, dio media vuelta y se fue de aquella casa.

Las chicas buenas no salen de noche

La fiesta de Cass siempre se celebraba el segundo viernes de julio, en su piso, en la última planta de un edificio que parecía sistemáticamente a punto de derrumbarse. Igual que la barbacoa anual de sus padres o el cumpleaños de Nana, ese acontecimiento, rotundamente más alcohólico y divertido, señalaba el mes de julio.

En el último momento, Zoey estuvo a punto de no asistir. Acababa de pasar dos días completamente deprimentes, durante los que había dudado entre expresar directamente su indignación o abandonarse a las lágrimas cuando estaba sola.

Al día siguiente de la cena, Matthew le había mandado tres mensajes. En el último le preguntaba si le pasaba algo. No era en absoluto consciente de que ella lo había sorprendido con Sofia. Zoey había tenido el valor de borrar los mensajes para no caer en la tentación de responderle una sarta de insultos, lo que habría supuesto relacionarse de algún modo con él, algo que ya no quería ni siquiera para desahogarse. Durante el día, el trabajo, una vez más, no le había permitido pensar demasiado en aquello, pero por la noche, sola, en la cama, había tenido todo el tiempo del mundo para dar vueltas a aquella noche y a los sentimientos aún violentos que le despertaba.

Había necesitado hablar con Sally, pero las dos estaban tan concentradas preparando el enlace Hawkins-López que había preferido retrasar esa conversación para más adelante.

Cuando llegó al portal del edificio de Cass, Zoey solo quería encontrarse con su amiga, contarle todo hasta el último detalle y llorar en su hombro, hasta que Sally encontrara las palabras para reconfortarla, lo que siempre hacía muy oportunamente.

El ruido de la fiesta ya se oía desde el ascensor.

Cass siempre organizaba unas veladas de lo más excéntricas, en las que

mezclaba un temible sentido de la logística con una bulimia de asistentes. Según ella, la fiesta ideal se componía de un treinta y tres por ciento de amigos, un treinta y tres por ciento de coleguillas, entre ellos algún juerguista imprescindible, y otro treinta y tres por ciento de lo que ella llamaba «invitados espontáneos», es decir, personas que le habían gustado en el momento y que quería conocer mejor. El porcentaje que faltaba lo formaban los «imponderables del último minuto», según ella el margen de riesgo necesario en cualquier fiesta.

En un principio, Zoey había formado parte de los invitados espontáneos. Había conocido a Cass en una clase de yoga, el primer año en que fue a vivir a Nueva York, en la época en la que aún se hacía ilusiones de que podría practicar deporte y, después de las primeras agujetas, había llegado a la conclusión de que el yoga era, indiscutiblemente, un deporte. Se había imaginado vagamente que bastaría con tumbarse sobre una alfombra y concentrarse en la respiración. Para su gran horror, le habían obligado a hacer abdominales.

Antes de la tercera clase, mientras esperaba en el pasillo, se le había acercado Cass y le había propuesto ir a tomar un café, en lugar de «morirse de aburrimiento encima de un colchón que olía a muerte». Muy agradecida, había aceptado la invitación.

Cass le había parecido divertida, un poco loca y perfectamente cómoda con la idea de que ir corriendo a por un capuchino ya era hacer deporte. A Zoey inmediatamente le había caído bien aquella chica larguirucha, con un estilo tirando a roquero, que trabajaba en una agencia de prensa. Cass la había invitado a su fiesta de julio, aunque aquella regularidad, que solo había visto en casa de sus padres y de sus amigos, a la hora de reunir a gente cercana en una fecha fija la había sorprendido un poco.

«Las tradiciones son guais», le había explicado Cass. «La propia idea de una cita anual es guay. Los amantes de las novedades no entienden absolutamente nada de lo que es realmente fantástico».

A Zoey, esa frase en boca de cualquier otra persona le habría arrancado una sonrisa tirando a sarcástica. Sin embargo, Cass desprendía una seguridad y un sentido de la tendencia que podría haber convencido a Fran Westwood de ponerse *print* de leopardo si ella se lo hubiera aconsejado.

Adrian y Dalton se habían acoplado a las fiestas. Al principio, Zoey había pedido a Adrian que la acompañara, porque tenía que reconocer que su nueva amiga la impresionaba bastante. Luego Cass y Adrian se habían gustado; Zoey a menudo se había planteado hasta qué punto. Y Dalton, que nunca dejaba pasar la oportunidad de salir de juerga, había acabado colándose, como el hermano

pequeño que nunca había dejado de ser. En otro momento, Zoey había preguntado a Cass si podía llevar a Sally.

Cuando llegó a la última planta, la música hacía vibrar el parqué debajo de sus pies. Cass nunca había tenido problemas con eso: los vecinos, exclusivamente artistas o juerguistas como ella, estaban en la fiesta.

Zoey no tuvo que llamar. La puerta estaba abierta y el pasillo lleno de gente que charlaba, con un vaso en la mano. Saludó a los que conocía y luego entró en el piso, buscando a Cass y a Sally. Precisamente, la dueña de la casa apareció en el pasillo, seguida por su mejor amigo, Morgan, que le susurraba algo al oído. Cass llevaba un top de seda de color amarillo pastel de volantes y una minúscula falda de color pomelo. Una diadema dorada se perdía entre el pelo moreno, suelto sobre los hombros.

—¡Cuánto me alegro de verte! —exclamó Cass, dando un abrazo a Zoey—. ¡Estás deslumbrante!

Zoey soltó un gruñido dubitativo.

—¡Te lo aseguro! —insistió Cass.

—Yo lo confirmo —comentó Morgan, alegremente, a su lado.

Zoey prefirió obviar el tema, que le parecía sin interés y peligroso a la vez. No le apetecía nada entrar en detalles sobre sus problemas, y mucho menos con Cass y Morgan, que eran todo alegría y le habían dado al alcohol.

—¿Cómo estáis vosotros?

—¡Superbién! —respondió Cass, con una voz aguda—. ¿No estás tomando nada? Morgan te irá a buscar algo para beber.

Él asintió. Cass miró cómo se marchaba, con aspecto atareado, después de haberle hecho un gestito de complicidad.

Cuando Zoey se dirigía hacia el salón, Morgan la detuvo.

—Por ahí no —dijo, empujándola por el pasillo que conducía a la inmensa cocina hecha con cosas de baratillo de Cass—. Ya están muy pasados. Esta noche, tu hermano es el peor de todos. Parece que no ha cumplido los veinte. Físicamente también, todo hay que decirlo... ¿Y tú cómo andas?

—Tengo unos cuantos años más y lo noto.

Morgan soltó una carcajada especialmente alcohólica. Con el pelo recién cortado y el rostro de rasgos dulces y finos, parecía recién salido de la adolescencia.

Se abrieron paso por la cocina, saludando a la gente que Zoey conocía y que la recibía ruidosamente, hasta llegar a la encimera, desbordante de botellas de lo más variado que habían llevado los invitados. Zoey cogió un vaso y lo que

parecía ser vino italiano.

—¡No irás a beber una botella que ha debido de pasar por tres fiestas! —gritó Morgan.

—¡No iba a beber la botella! —contestó Zoey riendo.

Morgan se dio la vuelta hacia el congelador y sacó una bebida que puso debajo de la nariz de Zoey. El color ligeramente ambarino y el aspecto artesanal del brebaje no decía nada bueno o, más en concreto, le traían a la memoria recuerdos brumosos que habían terminado con un espantoso dolor de cabeza y un día en la cama.

—No es nada fuerte, muchachita —le indicó Morgan, al ver su expresión dubitativa—. Solo es vodka con miel.

—En un vaso de limonada —comentó Zoey cuando el chico le sirvió una cantidad más que generosa—. ¿Has visto a Sally?

Morgan guardó la botella con cara de conspirador.

—Las inseparables... Me ha parecido verla en la terraza, hablando con un tipo tremendamente sexi y completamente hetero.

De pronto, dejó de oírlo. Adrian acababa de entrar en la cocina, con un vaso vacío en la mano y la cabeza mirando hacia la puerta abierta, para responder a alguien que estaba en el salón, aunque Zoey no entendía lo que decía, porque la música tapaba sus palabras. Volvió la cara. Cuando la vio, su mirada se oscureció ligeramente. También él parecía bastante borracho, despeinado y de mal humor.

—Hola, Morgan —dijo dándole una palmada en el hombro—. ¿Te queda de ese increíble vodka que vamos a rematar?

En efecto, su entusiasmo daba pruebas de que Adrian había participado enormemente en su agonía.

Abrió los brazos y estrechó con fuerza a Zoey.

—¡Te he echado de menos! —suspiró, con hedor a alcohol.

—Nos vimos la semana pasada.

—En el curro y en el sarao de nuestros padres.

—Me encantaría ir al sarao de vuestros padres —dijo Morgan, riendo ahogadamente mientras servía a Adrian y, de paso, a él mismo—. Soy un tipo serio, cortés y bien educado y tengo una capacidad de escucha excepcional. Los viejos me adoran. Es una pena que no haya tenido nunca suegros. Zoey, tú que has tenido, podrías contarnos cómo es eso.

Los únicos «suegros» que Zoey había tenido eran los padres de Spencer. Desde el primer momento, su madre le había dado a entender muy claramente

que no estaba a la altura de su hijo y su padre se había limitado a dirigirle el mínimo de palabras que exigían las circunstancias. Ambos le ponían mala cara por su trabajo y por su forma de vestir. Debían de adorar a Laurie.

—Yo no gusto a los padres en general —repuso Zoey.

—Los míos te tienen cariño —replicó Adrian.

—Sois encantadores —dijo Morgan—. Si no fuera incesto, quedaríais fenomenal juntos. —Adrian escupió el trago de vodka que acababa de dar en el vaso. Su rostro cambió brevemente de color—. De todos modos —continuó Morgan, sin darse cuenta del cambio de expresión de Adrian—, el día que salgas en serio con una chica, tendrás que contar con el visto bueno de Zoey. Con la simbiosis que tenéis, Zoey será peor que tu madre.

—Ese problema no se plantea —murmuró Adrian—. Por lo demás, Zoey, ¿te van bien las cosas?

—Mejor imposible.

—Causaste una profunda impresión en la gala del consulado.

La gala del consulado le recordaba a Matthew y su abominable comportamiento. Una vez más, Zoey decidió aplazar la conversación que debía mantener con su mejor amigo. La única persona que podría consolarla y con la que tenía ganas de hablar estaba en algún lugar en aquella fiesta, disfrutando de una conversación con un hombre «tremendamente sexi».

—¿Sabes dónde está Sally?

—Hace cinco minutos estaba ligando con un idiota de campeonato. Uno de esos hijos de papá que presumen de guais...

—... Cuando abusan del vodka con miel —lo interrumpió Zoey.

—Haciéndose pasar por feministas —terminó Adrian—. Le he oído tres veces el mismo discurso. Con movimientos de melena. Porque, por supuesto, tiene el pelo largo.

—Voy a mandar a Dalton a solucionar eso —dijo Zoey, antes de acordarse de que estaba enfadada con su hermano.

—Deja a Dalton al margen —respondió Adrian, dándose la vuelta—. Él anda ocupado y parece que el problema está solucionado.

Hizo un gesto desenvuelto hacia el salón, que se veía por la puerta entreabierta. Zoey vio, efectivamente, a su hermano hablando con Marianita y Sally, que se había escapado del ligón, ahora apoyado en la pared. Dalton contaba una anécdota, seguro que apasionante, porque las dos chicas lo escuchaban con una gran atención, subrayada con carcajadas.

—¿Tenías que traer a Marianita? —comentó Zoey suspirando.

—¿Y eso a ti qué te importa?

Su cara seria no presagiaba nada bueno para el resto de la noche. Morgan pareció cansarse de la conversación e hizo un valiente quiebro hacia otro grupo de gente. Zoey se vio sola frente a Adrian.

—¿Que qué me importa? —dijo ella, rechinando los dientes—. Llega sin más a nuestras vidas y de repente está en todas partes y, encima, me dice que me tome un café con ella. Como si fuera su amiga.

—¿Qué le reprochas exactamente? —Zoey recordaba perfectamente las palabras de la brasileña respecto a Matthew que, en ese momento, la irritaban, aunque Matthew no mereciera que se preocupara por él y aunque todo lo que tuviera que ver con él debía quedar relegado al pasado; eso sí, un pasado reciente y ligeramente doloroso—. Marianita es una chica agradable y abierta —continuó Adrian—. Deberías cambiar un poco y dejar de andar en circuito cerrado entre Sally, Dalton y yo.

—¿Porque quizá no tengo más amigos? ¿Dónde estamos ahora, por cierto?

El tono subía poco a poco. A Zoey le cansaba por adelantado tener que volver a discutir con Adrian, pero, a su pesar, el enfado la empujaba a seguir. Estaba tan rabiosa con Matthew que se sentía dispuesta a enfrentarse a cualquier otro hombre.

—Conocidos sí —le concedió Adrian—. Morgan tiene razón. Mantienes una relación tan simbiótica con tus amigos...

—¿Yo relación simbiótica? ¿Y tú, Adrian? ¿Quieres que hagamos tu retrato psicológico? Eres incapaz de confesar tus sentimientos.

Zoey no sabía si, en ese preciso instante, estaba hablando de ella o de Adrian, pero como Adrian había dado donde más dolía, no se sentía de un humor especialmente indulgente.

No necesitaba que le dijeran que sus relaciones eran simbióticas. Conocía esa parte de su personalidad. Durante toda su vida, incluso cuando era pequeña, le habían reprochado esa necesidad de simbiosis total con las personas a las que quería. Así había sido con Adrian, al que impedía acercarse a los otros niños con la excusa de protegerlo. Así había sido con Spencer.

Así habría sido con Matthew Ziegler, si este le hubiera dado la oportunidad, es decir, si hubiera evitado jugar a dos bandas y, además, revolcarse en un sofá con su amante oficial cuando acababa de hacerle el amor a ella.

—Tú rechazas sistemáticamente a todas las chicas que soportan tu perpetua ironía y las bromas crueles que utilizas para protegerte —añadió Zoey y se dio cuenta, con una mezquina satisfacción, de que Adrian palidecía. El tono

chirriante de su voz había llamado la atención del grupo que charlaba animadamente junto a ellos. Adrian la sujetó del brazo y tiró de ella hacia el fregadero, al fondo de la cocina—. ¿Estás pensando en ahogarme? —preguntó Zoey, inclinándose peligrosamente por encima de la vajilla sucia.

En ese momento no era un simple enfado, sino rabia, lo que le retorció el estómago. Dio un manotazo en el antebrazo de Adrian para soltarse de su presa.

—Por supuesto —estalló Adrian—, Zoey, la reina del saber escuchar... La chica que nunca suelta mierda sobre nadie.

—¿Alguna vez he soltado mierda sobre ti? ¡Tú deliras!

—Pues claro —replicó Adrian con furia—. Tú lanzas chismes y los olvidas.

—No entiendo de qué me hablas —contestó Zoey marcando las sílabas, como si se dirigiera a un niño.

—La noche de la fiesta de tus padres, cuando...

Una silueta dando saltos irrumpió en la cocina y llegó hasta ellos. La cabeza despeinada y feliz de Sally apareció por encima del hombro de Adrian.

—¡Zoey! ¿Sabes lo que acaba de contar Dalton?

También apareció Dalton gritando como un poseso, visiblemente tan borracho como los demás.

—¡Te juro que lo lamentarás! —la advirtió.

Dalton agarró a Sally por la cintura y la arrancó de la espalda de Adrian, a la que se había enganchado. Luego, la rodeó con los brazos, perdió el equilibrio y cayó con ella sobre la encimera, haciendo que sonaran todas las botellas.

Zoey miró a Adrian, él la observaba con un velo oscuro en la expresión.

A su espalda, Sally y Dalton armaban jaleo, soltando unos gritos estridentes. Marianita se abalanzó sobre ellos, ya nada elegante ni sofisticada, con los ojos empañados de alcohol y risa, y saltó encima de Dalton, ordenándole que dejara a su amiga.

«Su amiga».

Zoey soltó un gruñido de rabia.

Odiaba a Marianita.

En la habitación de al lado sonaron los primeros compases de *Go all the way*, de los Raspberries, seguidos de unos abucheos y aplausos.

—*Baby, please, go all the way* —cantó Dalton con voz de *crooner*, mientras bloqueaba a Sally riendo, sentada en la encimera. Su hermano estaba desatado. Con una mano, atrapó a Marianita y la atrajo hacia él, sin dejar de cantar—. *It feels so right being with you here tonight* —siguió Dalton, hundiendo la nariz en el cuello de Marianita, que se defendía débilmente, y luego en el de Sally, que lo

rodeaba con los brazos.

—Dalton, ¡deja ya de montar el espectáculo! —chilló Adrian, con los dientes apretados.

—¡Relájate un poco, tío! —respondió Dalton, divertido—. *Go all the way!* Entonces, ¿cuál de las dos va a pagar primero? Sally, siempre he soñado con meterte un cubito de hielo en el escote.

—Tío, ¡que ya no estás en la universidad!

Dalton ignoró por completo a su amigo de la infancia.

—¿Marianita?

Abrazó con más fuerza a Marianita. La brasileña, con la cabeza hacia atrás, se reía y suplicaba al mismo tiempo.

—¡Dalton! Para inmediatamente o te juro que lo lamentarás.

—Adrian, ¡nos tienes hartos! —gritó Dalton, lanzando una mirada burlona por encima del hombro—. Porque hayas dejado escapar tu oportunidad no vas...

Entonces sucedió algo completamente increíble.

Adrian saltó sobre ellos como un loco furioso, se plantó delante de Dalton, lo agarró del hombro con una mano para obligarlo a darse la vuelta y le soltó un puñetazo en toda la cara. La cabeza de Dalton salió disparada hacia atrás y luego, como tensada por una goma, rebotó hacia delante, en el momento en el que Adrian se abalanzaba sobre él y lo empujaba contra el suelo.

Sally gritó, seguida de Marianita. Los invitados que presenciaban la escena dieron unos pasos hacia atrás.

Zoey se lanzó sobre ellos para tratar de detener a Dalton, que intentaba liberar un brazo para golpear a Adrian. Morgan apareció a su lado y, mientras Zoey tiraba del cuello de la camiseta de su hermano, él lo agarró por la cintura y le obligó a levantarse.

Dalton se debatía furioso y estuvo a punto de darle un codazo en la nariz a Morgan.

—¡No ataques a los refuerzos! —se quejó Morgan, al tiempo que dominaba a Dalton.

Adrian se levantó de un brinco. Antes de que hiciera nada más, Marianita saltó en medio y les rogó que se controlaran. A Zoey le dio tiempo de sujetar a su amigo de la muñeca y de llevárselo hacia la puerta.

—¡Pero tranquilízate! ¡Te has vuelto completamente loco!

Zoey lo empujó contra la pared. Con el rabillo del ojo vio aparecer a Cass delante de su hermano, al que rodeaban Morgan y Marianita.

—¡Te juro que la próxima vez te reviento esa cara de nenaza! —gritó Adrian

dirigiéndose a Dalton, que inmediatamente embistió contra él, pero lo contuvieron sus amigos.

De la fosa nasal derecha le salía un hilito de sangre y de los ojos unas chispas furibundas.

—¡Os habéis vuelto todos completamente locos! —bramó Zoey.

Sally salió corriendo al pasillo, con las mejillas encarnadas.

—¡Tu comportamiento es intolerable! —le gritó a Adrian.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir? —respondió Adrian.

Zoey se quedó paralizada. Aquello no era otra de las respuestas habituales con las que Adrian contestaba a los que lo atacaban. Había una especie de...

«¡De herida!», pensó Zoey.

Igual que cuando en el colegio lo criticaban por su incapacidad de comprender la interacción social, o cuando Dalton y ella se dejaban llevar por aquella complicidad, a veces cruel, que era una prerrogativa de los hermanos.

Sally acababa de plantarse delante de Adrian y lo contemplaba, empapada en sudor.

—¡Solo era un estúpido juego!

—Tienes razón, Sally, era un juego completamente estúpido —respondió Adrian, con un tono indiferente, teñido, sin embargo, de agresividad.

—Escucha, Adrian —intervino Zoey—. Están borrachos y ya sabes cuánto le gusta a Dalton sobrepasar los límites, pero estoy segura de que no tenía ninguna mala intención...

—Siempre defendiendo a tu querido hermano, Zoey —replicó su amigo, suspirando—. Vosotros dos os pareáis. Unos niños mimados que nunca sois conscientes de los sentimientos de los demás.

Luego se desprendió de ella y desapareció por el pasillo, dejándola sola, sin entender nada.

No completamente sola. Sally la observaba, con los labios apretados. Dalton se acercó, con la camiseta manchada de sangre.

Zoey miró la nariz de su hermano pequeño. Probablemente no estaría rota, Adrian no tenía precisión ni experiencia en peleas.

—¿Piensas explicármelo? —preguntó Zoey.

—¿Explicarte qué? —contestó Dalton, a la defensiva—. ¿Que tu amigo es un salvaje?

—Adrian no es un salvaje —murmuró Zoey.

Dalton la fulminó con una mirada brillante.

—Por lo menos, voy a explicarte una cosa, Zoey. El mundo dejó de girar

alrededor de Adrian Peters y de ti después de primaria. Por mucho que hayáis intentado hacer como si fuerais el centro del universo, los demás también tienen vida. A vosotros dos os importan un pepino los sentimientos de los que os rodean y eso no es de hoy.

—Está bien. Hablas igual que él —respondió Zoey, notando que, poco a poco, se le helaba el rostro—. Perdóname, no sabía que restregarte con Sally y Marianita era una manera de expresar sentimientos.

—Pobre Zoey... —Puso todo el desprecio posible en el tono. Sabía que eso la volvería loca. Había usado y abusado de eso cuando eran adolescentes—. ¿Sabes qué? Ya no tengo ganas de ser el que te aclare las ideas. Después de todo, eso no es asunto mío.

Le lanzó una última mirada, en la que Zoey leyó un resto de rabia y un resplandor de duda, y luego se fue hacia la salida. Zoey se apoyó en la pared, sin nada de energía. A su alrededor, la fiesta había retomado su curso y ya a nadie le preocupaba el incidente.

—¿En qué momento hemos dejado todos de entendernos? —preguntó a Sally.

Se sentía paralizada y perdida. Nunca habría imaginado que discutirían así. Nunca habría imaginado que Adrian golpearía a Dalton ni a ninguna otra persona.

—Si quieres mi opinión, fue cuando... —Sally dudó.

—Te escucho —susurró Zoey.

—No te lo tomes a mal, pero creo que es desde que rompiste con Spencer. Te volviste tan...

—¿Tan qué, Sally?

En ese momento, su voz era claramente agresiva.

—Un poco seca —contestó Sally—. Menos respetuosa.

—Parece que estáis todos de acuerdo sobre la realidad de los hechos. Es maravilloso. ¿De manera que si Adrian le planta un puñetazo en la nariz a mi hermano es por mi culpa?

—Eso no es lo que he dicho, pero la situación quizá sería más fácil si tú...

—¿Qué situación?

Sally inspiró profundamente.

—Podríamos buscar un rato para charlar. Zoey, tengo un montón de cosas que decir. Sobre esto y sobre Matthew Ziegler y sobre...

—¿Qué pasa con Matthew Ziegler? —gritó Zoey, a flor de piel.

—¿Ves cómo resulta imposible...?

—¿Imposible qué?

—¡Hablar contigo! —exclamó precipitadamente su amiga—. Y además, mierda, ¡soy incapaz!

Sally desapareció y Zoey se quedó realmente sola, esta vez sí, en el pasillo, donde resonaban la música y las risas de los invitados.

Las chicas buenas se comportan púdicamente en cualquier circunstancia

Zoey se dejó caer en la silla de hierro forjado, enfrente de Gabriella y de su hermana Elena, que disfrutaban del sol de última hora de la tarde. Acababa de recorrer el barrio y, de regreso, no había tenido el valor de enfrentarse a la soledad dominical de su casa. Se sentía tan desamparada y vacía como después de su ruptura con Spencer.

Gabriella llevaba un bonito vestido de algodón de color azul. Junto a ella, Elena era su doble, más delgada, en realidad no estaba embarazada, y algo más joven. Se había recogido el pelo negro con un pañuelo rojo y daba sorbos con una pajita a un zumo de naranja. Con un pantalón pirata y una camisa sin mangas, que dejaba al descubierto un tatuaje en el bíceps, parecía salida de *Grease*.

—Así que, si entiendo bien —Gabriella siguió con la conversación—, en dos semanas has perdido a un extraordinario amante y te has enfadado con tu hermano y con tu mejor amigo...

—¡Ellos se han enfadado conmigo! —rectificó Zoey.

—La intención nunca procede solo de una parte. Cuando discuto con Orlando, siempre me encuentro con un adversario que tiene bien afiladas las armas y que solo espera el primer cañonazo. A menudo, yo provocho la pelea porque, en el fondo, sé que he hecho algo que le ha disgustado.

—Una vez también nos peleamos nosotras —intervino Elena.

—¿Solo una vez? —exclamó Zoey—. ¡Debería haber tenido una hermana! Yo me he peleado con Dalton un número incalculable de veces.

—Eso es porque yo soy una excelente hermana mayor —afirmó Gabriella.

—Y a lo mejor también porque nos llevamos cinco años de diferencia —comentó Elena—. Dalton y tú sois casi de la misma edad. He comprobado que

eso provoca relaciones simbióticas entre hermanos, así que en ocasiones les cuesta mucho comunicarse normalmente.

Zoey tuvo que admitir que ese análisis era bastante exacto. Dalton y ella habían desarrollado una complicidad que, a veces, Nana calificaba de gemelar. El hecho de que Elena estuviera estudiando psicología por una vez le pareció útil.

—Creo que Sally también se ha enfadado conmigo.

—¿Crees?

—Al día siguiente de la fiesta de Cass, trabajamos juntas y ya está. No me ha llamado en toda la semana.

—¿No ha venido a trabajar?

—Siempre se coge unos días libres en julio. Después de las dos primeras semanas, llega una época tranquila hasta finales de agosto. Volverá para el enlace Welleba-Richardson. No estoy segura de estar dispuesta a verla de nuevo en estas condiciones. En estas dos semanas nos hemos tratado dos veces y ha sido con... frialdad. ¡Y os juro que me esfuerzo!

—Quizá deberías llamarla tú, ¿no? —preguntó Gabriella—. Es más fácil llamar a tu mejor amiga que a un amante indecente. Aunque también creo que tienes que pedir explicaciones a Matthew.

—¡Nunca! —exclamó Zoey, con un tono feroz.

—Lo que yo he visto de él no tiene nada que ver con lo que tú cuentas.

—Tú lo has visto cinco minutos en una terraza.

—¡Yo lo vi esperándote durante dos horas, Zoey! Y también vi el modo en el que te miraba. Se comportaba como un hombre enamorado.

Esa perspectiva la satisfizo durante un instante, luego decidió que odiaba sentir un poco de ternura en medio del torrente de rabia que la actitud de Matthew le había provocado.

—Se comportaba como un tipo que quería conseguir su fin —gritó Zoey.

Las dos hermanas intercambiaron una mirada cómplice que le recordó, de un modo un poco cruel, las que compartía con su hermano.

—Un tipo que solo quiere conseguir su fin no se humilla en público, sobre todo uno con la pinta de Matthew —dijo Gabriella.

—Zoey, mis consejos valen lo que valen —intervino Elena—. Yo en tu lugar llamaría a todo el mundo e intentaría resolver lo que me parece una serie de malentendidos. Quizá, efectivamente, Adrian esté enamorado de ti y quizá Matthew solo hizo un gesto de consuelo a una mujer a la que, a todas luces, ha dejado por ti.

—¿Permitiéndole que le metiera la lengua en la oreja? ¡Muy generoso, tienes razón!

—¿De verdad la viste meterle la lengua en la oreja?

Zoey no estaba en absoluto segura, pero tenía la firme intención de creerlo, aunque solo fuera para fortalecer los argumentos que esgrimía ante sí misma desde hacía una semana.

—Adrian no está enamorado de mí. ¿Cómo explicas que se volviera loco de rabia al ver a Dalton ligando con Marianita?

—En mi opinión, esos dos ajustan viejas cuentas —dijo Elena—. Cuando alguien llega a ponerse agresivo, sobre todo si me dices que Adrian nunca lo ha sido, es que se han agotado todos los demás medios de comunicación. Quizá Dalton es una especie de freno para lo que Adrian siente por ti. El hermano, fíjate, lo que Adrian siempre ha sido para ti, ¿no?

Zoey se mordió el labio.

—En realidad, se puso agresivo una vez, con Jon, uno de mis primeros novietes.

Elena soltó un gruñido de satisfacción.

—¿Y dices que todo está claro entre vosotros? El primer novio, el hermano... Muy ambiguo situarse en esas circunstancias...

—¿Quieres decir que Dalton sería un símbolo? ¿Una proyección de Adrian? —siguió Zoey.

Gabriella estalló en carcajadas.

—Te pasas un poco con el análisis, Elena... A veces, las cosas son más sencillas de lo que parecen en los libros de psicología. Dalton y Adrian también son amigos, ¿no es así?

—Sí —respondió Zoey—. No tanto como Adrian y yo, pero muy buenos amigos.

—Llama a tu hermano, es aún más fácil. Según lo que él te diga, llamas a Adrian.

—Adrian es muy seductor —señaló Elena, mientras jugaba, pensativa, con la pajita—. ¿Nunca has querido plantearte algo con él?

—¡Qué horror! —exclamó Zoey, lo que arrancó otra risa a las dos hermanas.

—Ya me contentaría yo con un horror así —respondió Gabriella—. Siempre me han encantado los tipos callados.

—¿Callado Adrian? ¡Desde hace años, de eso nada!

—Cuando lo vi el otro día...

La chica se calló de pronto y miró a Zoey con la boca abierta.

—¿Cuándo lo viste? ¿Dónde?

—Le prometí no decir nada... —murmuró Gabriella, sonrojándose de manera violenta.

—Ya has dicho demasiado, sin duda. ¿Dónde lo viste y por qué le prometiste no decirme nada?

—¿Me juras que no se lo dirás a él? —preguntó Gabriella de un modo lastimero.

—Te lo juro. ¿Y?

—La noche que te fuiste con Matthew... Adrian llegó al restaurante. Bueno, pasó por delante del restaurante y nos preguntó si te habíamos visto. Le dije que acababas de marcharte con un amigo. ¡No me fui de la lengua, te lo juro! Pero él levantó la cabeza hacia tu casa y vio la luz. Parecía muy decepcionado. Me pidió que no te dijera nada y ni siquiera se despidió.

Zoey suspiró.

—Una cita frustrada —apuntó Elena, para disipar la tensión que se había instalado en la mesa—. Llámalo.

—No lo sé —dijo Zoey—. Él se ha alejado de mí. Ya no me cuenta nada.

—¿Y tú? —preguntó Gabriella, con un tono dulce—. ¿Tú le has dicho algo de Matthew?

—No.

En efecto, ella había sido la que había empezado con los tapujos. Aunque no fuera del todo culpa de Adrian, Zoey era incapaz de hablar con él desde que se despertó en su cama, al día siguiente del aniversario de boda de sus padres.

—¿Y a Dalton?

—¿A Dalton? Yo no le cuento con quién me acuesto a mi hermano pequeño.

—Yo le cuento todo a Gabriella —precisó Elena.

—¡Pues claro que sí! —exclamó su hermana—. ¡Y la mayor parte de las veces tengo que contenerme para no pedir a uno de sus profesores que la ingrese en un psiquiátrico!

Zoey y Elena rieron ante su aspecto sinceramente indignado.

Luego Zoey sintió que vibraba el teléfono dentro del bolso. Miró la llamada.

—Es Dalton —anunció a las dos hermanas.

—¡Ya ves! —comentó contenta Elena—. ¡Contesta!

Zoey se levantó para alejarse unos pasos.

—Dalton, me alegro de oírte —dijo, a modo de saludo—. Siento...

—¿Zoey?

La voz de su hermano despertó una alerta brutal en su cerebro.

—Zoey, estoy en la carretera, voy a buscarte. ¿Estás en tu casa?

—¿Qué pasa?

—Tenemos que ir a casa de nuestros padres.

La señal de alarma se convirtió en sirena estridente y dolorosa. Nana... Parecía tan frágil el día de su cumpleaños. Zoey lanzó un grito interior.

«Cualquier cosa menos eso...».

Y escuchó de nuevo la última frase que su abuela había pronunciado en la cena y que entonces sonaba a funesta predicción:

«¡Diré que me entierren con todos ellos, como a un faraón!».

—¿Es Nana? —balbuceó.

El suspiro de Dalton casi le hizo liberar el grito que reprimía en la garganta. Dalton no conseguía responder. En el teléfono se escuchó un sollozo ahogado.

—No, Zoey, es mamá...

Las chicas buenas lloran cuando sienten pena

Dalton sollozaba cuando llegó delante del edificio de Zoey y necesitó varios minutos para conseguir formular una frase coherente. Zoey nunca había visto así a su hermano. Cuando dejó de llorar en sus brazos y se subieron al coche, intentó explicarle la situación con un relato entrecortado por los hipidos.

—Regresaron ayer de Florida. Mamá dijo que estaba cansada... ¡Mamá cansada! Y fue a acostarse antes que papá. Durante la noche, él la oyó levantarse y se imaginó que iba al cuarto de baño. Mamá se derrumbó en el pasillo. Un ictus isquémico. Está en observación. Ha recobrado el conocimiento, pero no puede hablar; los médicos dicen que hay que esperar. Papá está destrozado. Me llamó desde el hospital. Afortunadamente, el padre de Adrian es médico. Inmediatamente supo qué hacer.

—¿Está Nana allí?

—Sí, papá ha esperado a tener los primeros informes de los médicos para llamarla, a mediodía.

—Debe de estar loca de angustia.

Dalton le lanzó una mirada indescifrable. Por supuesto que Zoey estaba aterrorizada ante la idea de que su madre no se recuperara de algo tan grave como un ictus, pero inmediatamente había pensado en Nana. No podía evitar considerar a la anciana como una madre, porque en el fondo lo había sido más que la suya.

—Sí, está muy angustiada, pero es Nana. Nana es fuerte, mucho más que mamá.

Zoey puso una mano tranquilizadora en la nuca de su hermano.

—Dalton, mamá es indestructible.

Zoey quería creerlo, lo creía.

—No es tan fuerte como tú piensas —murmuró Dalton—. Parece que quiere manejarlo todo, pero a menudo se ha visto obligada a hacerlo por papá, porque él

no sabe nada de los quehaceres cotidianos y le horrorizan las obligaciones. No siempre le ha resultado fácil sacar adelante un trabajo, a dos niños y a un marido que solo se ocupaba de su carrera.

—Nana la ayudó mucho...

Inmediatamente Zoey sintió remordimientos. No era el momento de ajustar cuentas.

—Estás tan equivocada —replicó Dalton, pero sin ninguna maldad—. Evidentemente, para ti Nana es la persona más importante del mundo. Pero no para mí, que no comparto vuestro amor por la cocina. Yo tengo unos recuerdos completamente distintos, Zoey. Nana no era la que me daba la tabarra para que acabara los deberes ni me llevaba al tenis, ni repasaba conmigo los exámenes del instituto... Te aseguro que no era Nana la que se quedaba despierta para llevarme café cuando me examiné del título de derecho. Fue mamá. Simplemente, tú estabas encerrada en la cocina de Nana y no te enterabas de nada de todo eso ni de los domingos que se pasaba haciendo la contabilidad con papá, porque tú no estabas allí. Tú estabas con Adrian o en casa de Nana...

Zoey bajó la cabeza, muy emocionada. Su hermano nunca le había hablado así de su madre o de su infancia. Igual que ella, Dalton se había limitado a señalar sus defectos bajo una capa de humor y pocas veces delante de ella. En ese momento, su hermano se confesaba y brutalmente le llegaron unas imágenes de Fran y Dalton.

Fran y Dalton sentados a la misma mesa y, de golpe, Zoey oyó la risa de su madre, mientras se inclinaba sobre el libro que leía su hijo. También la vio vestida impecable con la ropa de tenis, estilo Fran, perfectamente integrada en el espíritu del Country Club, esperando a Dalton en la entrada, mientras él arrastraba los pies para llegar a su encuentro. Luego, de pronto, Zoey recordó esa manera tan particular que su hermano tenía de besar a su madre, abrazándola y dándole un beso muy dulce en la frente, protector y tierno. En efecto, ellos siempre habían tenido esa complicidad, que ella no había podido compartir con su madre, pero había desarrollado con su abuela.

«Porque mamá nunca supo hablar conmigo», pensaba Zoey.

—¿Quieres que conduzca yo? —preguntó a Dalton, que había apoyado la cabeza en las manos sujetas al volante.

—Estoy bien. No perdamos más tiempo.

El viaje transcurrió como en una pesadilla. Solo de vez en cuando Dalton aflojaba los dientes para dejar escapar un sollozo sordo. Tuvieron que parar para tomar café y cambiar de conductor, porque a Dalton le costaba mucho

concentrarse en la carretera.

Zoey se reprochaba no estar tan destrozada como su hermano. Tenía el corazón encogido, pero una cierta distancia le permitió hacer el camino sin demasiado nerviosismo, como si se hubiera convertido en otra persona más madura, más tranquila.

Cuando llegaron al hospital, Dalton se detuvo delante de la puerta.

—No soy capaz —susurró, pasándose la mano por la cara.

—Por supuesto que sí, Dalton. —Le rodeó los hombros con el brazo y se acurrucó contra él—. Piensa en todas las veces que mamá ha estado ahí para ti. Solo vas a hacer lo mismo, ¿de acuerdo? Ella te necesita. Yo estoy contigo.

Dalton pareció recuperar algo de valor y accedió a entrar en el vestíbulo del hospital. En la sala del servicio de reanimación, Jo Westwood estaba sentado, derrumbado, en una silla junto a su suegra, a la que se le iluminó ligeramente el rostro cuando vio a sus nietos. Le abrió los brazos y Zoey se lanzó a ellos, mientras Dalton daba un beso a su padre.

—¿Cómo está? —preguntó Zoey.

A su padre le empezó a temblar la boca mientras le contaba que lo único que hacía era esperar desde que los Peters lo habían llevado al hospital, después de haber pedido una ambulancia. Adrian ya había llamado dos veces y le mandaba un beso y otro para Dalton.

Zoey sintió que se le encogía el corazón otra vez. En otro momento cualquiera, Adrian la habría llamado a ella directamente.

—Se lo agradezco —dijo la voz de Nana, dirigiéndose a alguien detrás de ella.

Zoey se dio la vuelta. Matthew estaba de pie, delante de ella, con una expresión incómoda en la cara y un vasito en cada mano. Le dirigió una mirada insistente y luego entregó un café a Nana y el otro a Jo. Zoey reprimió la pregunta. Tenía otras cosas que hacer y que pensar antes que desentrañar los motivos por los que Matthew Ziegler se encontraba en la sala de espera del hospital de Nueva Jersey, donde estaba ingresada su madre.

Zoey se giró hacia su abuela.

—Papá tendría que volver a casa —dijo—. Parece agotado.

—Estoy bien —respondió Jo.

—Papá, estás blanco como la cal. Mamá te necesita. No le servirás de mucho en ese estado. Vuelve a casa con Nana, por favor. Dalton y yo tomaremos el relevo.

Dalton argumentó también en ese sentido y cinco minutos después habían conseguido convencerlo. Matthew Ziegler se ofreció a acompañarlos a casa, lo

que Nana aceptó con agrado, consciente de que su yerno estaba demasiado cansado para conducir.

Zoey y Dalton se quedaron solos, uno junto al otro, en las incómodas sillas de plástico de la sala de espera. De pronto, ella se derrumbó.

—Le hablé fatal a mamá la noche del cumpleaños de Nana —dijo, sintiendo que le despuntaban unas lágrimas en la comisura de los ojos—. Si muere...

—¡No va a morir! —exclamó Dalton, con una voz llena de desesperación—. Zoey, no estuviste más dura de lo normal con mamá. Ella sabe ver las cosas con perspectiva. Se sentirá feliz al verte cuando despierte y estoy seguro de que sabrás decirle cuánto la quieres.

—¿De verdad piensas que soy injusta?

—Nunca he dicho que fueras injusta... Solo dije que, a veces, tienes dificultad para imaginar que tu percepción de las cosas no constituye la verdad absoluta. Siempre has sido así, Zoey.

—Lo sé.

Lo sabía demasiado bien. Su vida parecía un campo de batalla. En dos semanas, había perdido a las personas que más quería en el mundo y en ese momento estaba a punto de perder a su madre, con la que nunca había intercambiado más que salidas de tono hirientes.

—Por cierto, ¿podrías explicarme qué hacía aquí el novio de Tina? —preguntó de repente Dalton.

—No es el novio de Tina...

—Entonces, su presencia es doblemente sospechosa.

—No sé qué hacía aquí ni cómo se ha enterado de lo de mamá. Yo..., yo me acosté con él.

Dalton soltó un silbido burlón y, durante un instante, volvió a ser el hermanito divertido y alborotador que siempre había sido.

—¿Te has acostado con el novio de Tina?

—Acabo de decirte que no es el novio de Tina.

—¿Fue la misma semana que con Adrian?

—Dalton... No tengo ganas de bromas.

La cara de su hermano se ensombreció.

—Pues a mí me vendrían muy bien. Ya que estamos de confianzas, yo me acuesto con Marianita.

Zoey miró a su hermano.

—¿Desde cuándo?

—Desde la noche que celebramos mi contrato.

—Por eso te pegó Adrian...

—No exactamente. De todos modos y por decirlo todo, no solo me acuesto con Marianita. Tengo una... relación con ella. Y es tremendo porque... —Dalton miró a su hermana. Por un instante, parecía exactamente el mismo que cuando tenía cuatro años, estaba triste y acudía a ella para que lo consolara. Zoey no pudo evitar fijarse en lo guapo que era su hermano y en lo sensible y cariñoso, debajo de esa apariencia de joven ejecutivo arrogante—. Porque regresa a Brasil dentro de dos semanas y creo que... —suspiró— estoy enamorado de ella. Y si te burlas, te juro que me las pagarás.

—No voy a burlarme —respondió Zoey, con voz dulce—. Lo siento tanto por ti.

—No tanto como yo —contestó Dalton, con una mueca.

—¿Y no se plantea quedarse?

—No puede. No quiere estar lejos de su madre. Dice que es demasiado frágil. Se topó con un tipo que, según lo que Marianita me contó, jugó con ella.

Entonces le tocó a Zoey torcer el gesto.

—¿Y tú? ¿Tú no te planteas irte con ella?

—¿A Brasil? Si ni siquiera hablo portugués.

—Eso se aprende.

—Ya conoces mi gran facilidad para los idiomas en general. De todos modos, eso ya ni se plantea. Ahora soy yo el que no puede abandonar a su madre. Salvo que...

Un sollozo inesperado lo interrumpió. Zoey lo abrazó otra vez. Dalton apoyó la cabeza en el hombro de su hermana y lloró desconsoladamente. Por extraño que pudiera parecer, las lágrimas de Dalton la tranquilizaban. Estuvieron así un buen rato, hasta que poco a poco disminuyó el llanto y se paró.

Matthew entró en la sala de espera en el mismo momento en el que Dalton levantaba la cabeza y cogía un clínex que le daba su hermana.

—Vuestro padre me ha pedido que os traiga su coche, por si alguno de los dos quiere reunirse con él —dijo, al tiempo que le entregaba las llaves del Mercedes a Zoey. Ella le dio las gracias de mala gana—. ¿Puedo ayudaros en algo? —preguntó.

—Voy a buscar café —dijo Dalton—. Quédate con Zoey.

—De verdad, no es necesario —murmuró esta.

—Sí —insistió Dalton—. No quiero que estés sola si aparecen los médicos. Gracias, Matthew.

Dalton cruzó la sala hasta el pasillo que conducía a los ascensores. Matthew se

sentó junto a Zoey.

—¿Te importa?

—Ya te has sentado.

Se hizo un largo silencio. Una vez más, Zoey estaba hirviendo de rabia. La última persona a la que le apetecía ver en aquel lugar y en ese momento era precisamente al tipo que la había manipulado y humillado.

—Me parece que, dadas las circunstancias, podrías tener la decencia de irte —acabó explotando.

—Tu hermano me ha pedido que te cuide.

—Mi hermano haría mejor cuidándose a sí mismo —respondió Zoey—. ¿Podría saber qué haces aquí exactamente?

Matthew se puso recto en la silla.

—No creo que sea el momento de tener esta conversación —respondió, con el tono educado que acostumbraba.

—¡Pues entonces lárgate!

El grito le sobresaltó ligeramente. Sus manos se crisparon, pero, aparentemente, Matthew consiguió recuperar la calma y se giró hacia ella.

—Me quedaré hasta que vuelva Dalton, luego me iré.

Zoey asintió con la cabeza. De nuevo, las lágrimas amenazaban con brotar e inundar sus mejillas, enrojecidas por la violencia de la conversación y por lo que estaba sintiendo. Un médico bastante joven, con cara amable bajo un pelo negro pero con aspecto agotado, apareció por el pasillo y se acercó a ellos.

—¿Son ustedes los hijos de Francesca Westwood?

—Soy su hija —confirmó Zoey—. ¿Cómo está?

—Está completamente consciente y habla. Ha preguntado por su hermano y por usted.

—¿Puedo verla?

El médico puso una cara de auténtica pena; seguro que la mostraba varias veces al día y que se debía de haber convertido en un tic.

—Me temo que en este momento no. Todavía nos preocupa mucho su estado y tiene que permanecer lo más tranquila posible. Demasiada emoción podría alterarla aún más.

—¿Está fuera de peligro?

—No puedo adelantar tanto, pero digamos que su estado es bastante esperanzador. El ictus isquémico no ha sido violento. Mañana podrán verla.

—Si no le molesta, preferimos quedarnos aquí esta noche.

—No serviría de nada. Si hay algún problema, los llamaremos. ¿Usted es su

marido?

—Solo un amigo —respondió Matthew, neutro.

Zoey soltó un chasquido con la lengua y se acercó al médico para excluirlo ostensiblemente de la conversación.

—Le aseguro que debería volver a casa —insistió el médico—. Las sillas de la sala de espera son incómodas. Mañana su madre necesitará que esté en forma y no demasiado agotada para que no se note su preocupación.

Las palabras del médico dieron en el clavo. Zoey le había dicho casi lo mismo a su padre. Dalton regresó en ese momento y escuchó las recomendaciones del médico. Admitió con más facilidad sus órdenes.

—¿Te dejo en la estación? —preguntó Dalton a Matthew, mientras los tres salían del hospital.

Hacía un rato que había oscurecido. Debía de ser casi medianoche.

—Preferiría que lo hiciera Zoey. Tenemos que hablar.

—A mí no me apetece —respondió Zoey.

—Espera un segundo —dijo Dalton, al tiempo que sujetaba a su hermana del brazo y la apartaba un poco—. Escucha, Zoey... No tengo ni idea de las razones que te empujan a tratar con este desdén a Matthew ni de lo que pasó exactamente entre vosotros. Lo que sé es que se quedó con papá y Nana hasta que llegamos y que por ese motivo, al menos, tienes que estar agradecida.

—¿Me estás soltando un sermón? —siseó Zoey.

—Sí, efectivamente, estoy sermoneándote. Y eso no te viene mal. No sé mucho de tu vida sentimental desde Spencer y me alegro. Ya tengo bastantes problemas con la mía como para aguantar tus confidencias histéricas.

—¿Histéricas?

—Cuando te pones, eres una auténtica furia. De todos modos, lo que yo sé de ti y de cómo... manejas tus relaciones afectivas es que condenas demasiado pronto a las personas, sin escucharlas. Has tenido ese problema con Adrian y algo me dice que, últimamente, te pasa lo mismo con Sally. Así que vas a oír lo que él tenga que decirte durante el trayecto hasta la estación y después harás lo que mejor te parezca. ¿Entendido?

—Yo...

—¿Lo has entendido? —insistió su hermano sin una sonrisa.

—Entendido —murmuró ella.

Y Dalton la abrazó fuerte.

—Eres una buena chica —dijo medio en serio, medio en broma—. Y si necesitaras deshacerte de un cadáver, podrías contar conmigo.

Dalton se alejó después de haberle dado las gracias a Matthew y estrechado su mano.

—Bien —dijo Zoey, dándose la vuelta hacia Matthew—. Te llevo a la estación.

Ambos subieron al coche de Jo.

—Voy a explicarte el motivo de mi presencia aquí —empezó a hablar Matthew—. E inmediatamente te aclaro que no tiene nada que ver contigo. Yo había ido a ver a tu abuela.

—¿A mi abuela?

—Tenemos un proyecto de trabajo juntos.

—¿Vas a trabajar con mi abuela?

—Es idea de tu prima. No podía hablarte de eso porque esa clase de proyectos implican una cierta confidencialidad. Pero teniendo en cuenta las circunstancias...

—Las mejores para que me des una explicación, en efecto.

Zoey miró el aparcamiento casi vacío en torno a ellos, perdida y de pronto agotada. Necesitaba aire. El coche de Jo olía a cuero nuevo y a ella siempre le había horrorizado ese olor. Y el perfume de Matthew también flotaba en el coche, recordándole cuánto le había gustado respirarlo. Bajó su ventanilla.

—Tengo que ayudarla a escoger las recetas para un libro y escribir el prólogo —siguió Matthew—. Estaba comiendo con ella, en su casa, cuando la llamó tu padre. La traje en taxi al hospital y preferí quedarme con ellos hasta que llegara. Estaban completamente destrozados. Tu abuela es una mujer excepcional, ya lo sabes.

—Lo sé, gracias —respondió Zoey, con un nudo en la garganta.

—Tú te pareces a ella. Tienes su sentido del humor y su fuerza. Tienes suerte de tenerla y también de tener a tus padres. Tu madre se repondrá rápidamente.

—¿Eres médico?

Matthew suspiró.

—No, no soy médico. Zoey, respecto a la otra noche...

—No es el momento.

Zoey arrancó el motor.

—Para ti nunca es el momento, ¿no es eso? —murmuró Matthew.

—Si el accidente de mi madre no te parece una razón suficiente, no sé qué añadir.

—Este es precisamente el momento.

—¿Vas a volver a soltar el discurso de que hay que saber vivir, porque

podemos morir de un momento a otro? ¿De verdad? Tú, que siempre estás controlándote, ¿tú vas a elegir el día en que quizá mi madre se esté muriendo para pasar a las grandes confesiones?

—Yo no estoy siempre controlándome —replicó Matthew, herido—. Quizá, la otra noche hubiera debido. Entiendo que mi actitud te haya ofendido.

Zoey se giró hacia él para lanzarle una mirada burlona.

—Hace falta más que eso para ofenderme.

—Entonces, explícame tu silencio. —Zoey tenía unas terribles ganas de hablarle de Sofia y de expresarle todo el rencor que había acumulado durante una semana, pero también estaba muy cansada, después de la noche dura que acababa de vivir—. Te marchaste sin despedirte de nadie... Pensé que..., que lo que había pasado en el vestidor...

—No tuvo nada que ver con lo del vestidor —dijo ella, con un tono cansado—. O mejor dicho, sí. No estoy hecha para ese tipo de relación.

—¿Puedo saber de qué tipo de relación hablamos exactamente?

—Del tipo de relación que tienes con Sofia Alves.

Matthew bajó la cabeza hacia las manos, murmurando. Cuando volvió a levantarla, tenía una expresión cansada, casi perdida.

—Efectivamente, nosotros no tenemos esa clase de relación.

—Lo admites. Perfecto.

Una fría rabia le crispó las manos al volante.

—¿Qué otra cosa quieres que haga? No sé qué imaginas...

—Aclárame ese tema.

—Ya te dije que es imposible. No me corresponde a mí hablar de ello.

—Porque jugaste con ella, ¿es eso?

—¿Que hice qué? —exclamó Matthew con furia.

—Marianita le dijo a mi hermano que un hombre le había jugado una mala pasada.

Matthew silbó entre dientes.

—Marianita debería aprender a perdonar. Simplemente no puedo hablar de eso. Te pido que confíes en mí.

Zoey soltó una risa socarrona y cruel.

—¿Que confíe en ti? ¿En base a qué?

—En base a que te has pasado todo el tiempo rechazándome y yo siempre he vuelto.

—Ese es tu problema, no el mío.

Matthew arrugó la nariz sin que Zoey pudiera decir si se trataba de una

expresión de rabia o de desprecio. De todos modos, nunca se la había visto. Con un gesto duro, abrió la puerta y salió.

—Ya me las arreglaré para volver. No quiero hacerte padecer mi presencia por más tiempo.

—No seas ridículo, son más de la doce de la noche, a esta hora no encontrarás un taxi en esta ciudad.

—Es mi problema, no el tuyo.

Dio un portazo. Aparentemente, no siempre conseguía controlarse.

Las chicas buenas no buscan confiancias

Zoey no durmió prácticamente nada. A las seis de la mañana, después de haber estado dando vueltas en la cama sin conseguir pegar ojo, bajó a la cocina y se encontró con Dalton, con aspecto aturdido, delante de un café frío. Le había cedido la cama a su abuela y había pasado una noche tan agitada como la de Zoey en el sofá del salón.

—¿Quieres que te haga otro? —preguntó, al tiempo que cogía la taza de su hermano.

—Métela en el microondas —respondió Dalton—. Aunque mamá nos mataría si se enterase.

Zoey sospechó que se había pasado toda la noche pensando en ella y se sintió avergonzada. Durante su insomnio, lo que había recordado fundamentalmente era la conversación con Matthew. Le había dado vueltas en bucle, intercalando las frases que no había tenido la presencia de ánimo para responderle.

—No han llamado del hospital. Estoy segura de que va mejor —dijo ella, mientras tiraba el café por el fregadero y se dirigía hacia la cafetera—. ¿No has podido dormir?

—No. Estuve hablando por teléfono con Marianita hasta las cuatro y luego ya no conseguí conciliar el sueño.

—¿Y?

Dalton sonrió débilmente.

—Creo que ella también está enamorada.

—¡Es fantástico! —respondió Zoey, con el corazón algo encogido.

—¿Sabes? Le sentó fatal cuando le dije que Matthew estaba en el hospital. Creo que da por hecho que es él quien se la jugó a su madre.

—Lo sé —dijo Zoey, suspirando.

Y se concentró en llenar el filtro de café para que Dalton no le viera la cara.

—Yo no lo creo —respondió Dalton—. Marianita no fue muy clara. Estaba

muy alterada y hablaba medio en portugués. ¿Pudisteis hablar?

—Hablamos. Pero no llegamos a nada.

—¿Te gusta mucho ese tipo, Zoey?

Ella colocó la taza y accionó la cafetera, lo que le permitió ganar tiempo para escoger la respuesta. Habría sido fácil mentir a Dalton, algo que hacía con frecuencia cuando se trataba de su vida sentimental.

Estaba harta de mentir.

Estaba harta de cuentos chinos, de malentendidos, de amigos que discuten y se alejan. Por encima de todo, estaba harta de ocultar sus sentimientos bajo una capa de «ingenio» que no era más que una manera de protegerse. Lo que había reprochado a Adrian también se aplicaba a ella. Lo echaba terriblemente de menos. Si Adrian hubiera estado allí, ella podría haber descansado en su hombro y haberle oído decir tonterías para distraerla.

Zoey reprimió un suspiro de agotamiento. No era el hombro de Adrian el que echaba de menos, sino el de Matthew. No necesitaba reír ni distraerse. En ese momento preciso, necesitaba a alguien que la abrazara y le susurrara que todo saldría bien.

—Sí —contestó al fin suspirando—. Me gusta mucho ese tipo. —Dejó la taza llena delante de su hermano y lo miró a los ojos—. Ese chico me gusta de verdad —repitió, a punto de llorar.

Dalton sonrió.

—Entonces, a ti qué te importa que haya dejado a otras mujeres. Díselo.

—Tú me has pedido que sea una chica buena, ¿no? Así no lo sería. A las chicas buenas les gustan los chicos rectos.

—Mierda, Zoey, ¿no conoces el dicho? Las chicas buenas van al cielo..., las malas a todas partes.

—Ya que estamos..., si yo hablo con Matthew..., ¿tú le pedirás a Marianita que se quede?

Dalton bebió un sorbo de café, pensando. Zoey sintió un impulso de ternura hacia él. En el fondo, se parecían tanto.

—Hagamos un trato —respondió—. Yo le digo a Marianita que es la mujer de mi vida y tú le dices a su padrastro que te gusta mucho.

—Dalton, no es su padrastro.

—Técnicamente, casi.

—Técnicamente, tú eres un cretino.

Dalton rio.

—Y ya de paso, arrastrada por esa nueva manera de manejar tu vida afectiva,

llamas a Sally y le pides perdón.

—¿Y tú llamas a Adrian?

—Eso es un poco más complicado.

—¿Porque os pegasteis? ¿Eso proporciona una dimensión viril al asunto que te impide dar el primer paso?

—No puedo decirte más.

Zoey fue a buscar su café y volvió a sentarse, dubitativa.

—Es de locos la cantidad de personas que no pueden darme precisamente la información que nos permitiría reconciliarnos.

—Es un secreto, eso es todo.

—¿Tienes secretos con Adrian que no compartís conmigo? Genial.

Dalton rio de nuevo, pero esta vez en silencio.

—Mira, esto es lo que te propongo —dijo al cabo, volviendo a dejar la taza—. Tú llamas a Sally, luego a Adrian y luego lo llamo yo. Si aún vivo.

—¿Por qué si aún vives?

—Porque cuando sepas el meollo de la cuestión, estoy seguro de que vas a liquidarme —respondió, con una mueca.

Zoey volvió a ver la pinta de mocosos que tenía su hermano cuando era niño y le enterneció tanto que se olvidó de los reproches y también le sonrió.

Las chicas buenas son respetuosas con sus madres

Zoey entró la última en la habitación de su madre. Dalton ya estaba en los brazos de Fran y lloraba a lágrima viva, aunque el médico había dicho explícitamente que no debía emocionarse demasiado. Bastante pálida, pero bien peinada, encajada en las almohadas, a Fran Westwood no parecían alterarle las ruidosas muestras de cariño de su hijo. En cierto modo, Zoey podría haber dicho que su madre estaba exultante.

—Ya veo que te has recuperado —se burló Nana, mientras aceptaba un sillón que su yerno le acercaba a la cama.

Fran se mantuvo en silencio y se limitó a dirigir una pálida sonrisa a su madre. Zoey se acercó para darle un beso y se plantó detrás de su abuela. Al cabo de un momento, durante el que estuvo respondiendo preguntas, Fran pidió a Jo y a Dalton que salieran de la habitación.

—Tengo que hablar con Zoey y Nana —explicó de la manera más delicada del mundo, lo que dejó un poco apesadumbrados a su hijo y a su marido.

No obstante, ambos se fueron envueltos en un silencio preocupado.

—Bueno —dijo Nana—. Ha llegado la hora de echar cuentas.

—Mamá, no empieces. Zoey, la noche del cumpleaños de tu abuela estuviste muy dura conmigo. A decir verdad, más de lo habitual. Yo me quedé muy desconcertada y estoy casi segura de que el accidente de anoche es consecuencia de aquella velada.

—¿Así que yo tengo la culpa de que hayas tenido un ictus? —replicó Zoey, palideciendo.

—En parte, sí.

Zoey apretó las manos en el respaldo del sillón con tanta violencia que las falanges se le pusieron blancas y le dolieron.

—Me niego a oír eso.

—Pues vas a escucharme. Una vez más, me reprochaste no haberme ocupado

de ti cuando eras pequeña y estás convencida de que no tenemos la relación que a ti te habría gustado que tuviéramos.

—Estoy muy contenta con la relación que tenemos —repuso Zoey, con la mandíbula crispada—. De todas maneras, teniendo en cuenta lo diferentes que somos, no seríamos capaces de tener otra.

—¿Cómo diferentes? —preguntó Fran—. Eres obstinada e incapaz de expresar tus sentimientos. Esos ya son dos puntos en común conmigo.

Intentaba, en vano, suavizar la voz.

—Habría que verlo. Creía que yo era el vivo retrato del abuelo.

—También yo me parezco a él. Anoche, cuando me sentí mal, tuve tiempo de darme cuenta de qué era lo verdaderamente importante para mí. Desde ayer, completamente sola en esta espantosa habitación, he estado pensando. ¿Sabes qué vi, Zoey, justo antes de..., de desvanecerme?

—No.

—Os vi a tu hermano y a ti.

—Creo que voy a dejaros —comentó Nana en ese momento, apoyándose en el reposabrazos para levantarse.

—No, mamá, tú te quedas. También tengo cosas que decirte a ti.

—¿Es una orden?

El desafío le hizo temblar la voz. Zoey tuvo ganas de hacerse invisible, como siempre que su abuela se ponía terrible, pero a Fran le trajo sin cuidado.

—Sí. Tampoco tú eres eterna. No pienso morirme mañana, así que es probable que tú te vayas antes que yo. Pero eso no sucederá sin que hayas escuchado lo que llevo en el corazón. —Contra todo pronóstico y pese a su aspecto enfadado, Nana volvió a sentarse—. También necesito que confirmes algunas cosas. Zoey, te tuve muy joven y, aunque tu padre y yo éramos felices, no fue en un buen momento. Tu padre acababa de empezar su carrera y yo apenas había tenido tiempo de vivir con él. Tu nacimiento fue difícil. Tu hermano me supuso menos problemas en ese aspecto.

—Evidentemente —masculló Zoey, levantando los ojos al cielo.

—Tu hermano no pesó cuatro kilos —continuó Fran—. Y omito los detalles del festejo, ya los descubrirás si algún día decides tener hijos. En cualquier caso, yo no estaba nada preparada para ser madre y aún menos una madre como la que yo había tenido, siempre al servicio de su marido y de sus hijos. Nana estaba feliz por haber tenido una nieta y empezó a ocuparse de ti como lo había hecho con nosotras. Incluso más. ¿Me equivoco, mamá?

—No te equivocas —murmuró Nana—. Inmediatamente quise a Zoey. Más

que a Tina o al propio Dalton.

—Realmente tienes un talento increíble para recordar lo que te conviene —dijo Fran, riendo con un poco de amargura—. No solo te motivaba el amor, créeme. Podría decirse que todo lo que no nos diste a nosotras se lo serviste inmediatamente a Zoey en bandeja de plata.

—A tu hermana y a ti nunca os faltó de nada —respondió Nana.

—No, es verdad. Fuimos a los mejores colegios, tuvimos la ropa más elegante..., pero tú, Zoey, tú tuviste todo lo demás. Si hacías algo mal, si cometías una travesura, ahí estaba Nana para animarte o excusarte.

—¿Qué quieres decir exactamente, Francesca? —preguntó Nana, fulminando a su hija con una mirada despiadada.

—Quiero explicar a Zoey que si no he estado a la altura como madre, es porque no me necesitaba. El amor, la educación, el consuelo, todo lo que una madre debe a sus hijos siempre lo encontré en ti.

—No comprendo qué reprochas a Nana —intervino Zoey.

Fran mostró de golpe una expresión de tristeza.

Zoey no supo si tenía que preocuparse o sentirse mejor al ver algo diferente a la indignación en la cara de su madre.

—No reprocho nada a Nana —se defendió, con cierta dulzura—. Durante mucho tiempo, yo me reproché un montón de cosas: no haberte dedicado más tiempo, no haber dejado que te cuidara una niñera, porque eso seguro que me habría permitido ser más importante para ti que la persona que se ocupaba de ti todo el día.

Fran guardó silencio. Zoey se acercó a su abuela. Nana seguía mirando a su hija con ojos fríos. Luego, repentinamente, se suavizó su dureza y esta dejó sitio a unas minúsculas lágrimas que no se molestó en contener.

—Lo siento muchísimo, Francesca —respondió, con una voz vibrante de emoción—. Tienes razón, en cierto modo te robé a Zoey. —Nana se interrumpió, pero Zoey no se atrevió a intervenir; si hubiera intentado defender a su abuela, solo habría empeorado las cosas—. Tenía que rectificar, ¿te das cuenta? —continuó Nana—. Yo fui dura con tu hermana y contigo. Pero quería que triunfais más deprisa que yo. Cuando empezaron a funcionar mis libros, entendí la extraordinaria vida que me proporcionaban. La independencia. No porque tu padre hubiera sido un tirano, todo lo contrario. Pero él no era de la misma generación que Jo y que tú. Nunca habría consentido que trabajara fuera de casa, porque él nos aseguraba una vida más que confortable. En ese momento, nunca pensé que os obligaba a sacrificaros: os ofrecía la vida que yo no había

podido tener. Os facilité las cosas.

Zoey contempló a su madre. También a ella le rodaban unas lágrimas por las mejillas que acababan en la almohada.

—Lo hiciste —murmuró Fran.

—Sí, pero te convertí en una persona dura y sedienta de libertad. Cuando Zoey nació, fui egoísta. Vi la oportunidad de redimirme. No fue nada complicado, Zoey era una niña fácil.

—¿Una niña fácil? —murmuró Zoey—. Creía que era un auténtico demonio.

—Tú solo eras un auténtico demonio con tu madre —dijo Nana—. Porque yo te mimaba realmente demasiado. Te gustaban las mismas cosas que a mí y, es verdad, me gustaba fastidiar a tu madre, que se mostraba especialmente fría conmigo, al contrario que su hermana, que siempre fue más dócil. Con Dalton las cosas se equilibraron un poco, porque yo no supe ocuparme de él. Era mucho más travieso que tú y nunca ha sabido hacer ni un huevo frito en la cocina. ¡Tú tenías talento! Causé un buen desastre.

Un resplandor de admiración pasó furtivamente por sus ojos empañados.

—¡No! —exclamó Fran, con su tono más autoritario—. Triunfaste con Zoey.

Zoey miró a su madre. Era la primera vez que recibía un cumplido de ella y encima espontáneo.

—No quiero echar cuentas —continuó Fran—. Ahora no. He pasado tanto miedo... Zoey, eres una chica divertida y guapa, a pesar de tus excéntricos peinados y de tus deportivas de un gusto sospechoso. Tienes talento, como te ha dicho tu abuela, y gestionas tu empresa mucho mejor de lo que lo habríamos hecho ella o yo. Y eso es gracias a Nana. Simplemente lamento muchísimo no haber sabido ver todo eso antes.

—También es gracias a ti —replicó Nana—. Tú has luchado encarnizadamente contra el espantoso ego que estaba construyendo en esta niña.

Y Nana soltó una débil risita.

—¡Yo no tengo un ego desmesurado! —gritó Zoey.

—¡Sí! —respondieron al unísono Fran y Nana.

Les había salido el mismo timbre de voz y, por un instante, el mismo gesto divertido. También ellas se parecían mucho. El sentido del humor y la autoridad se habían transmitido definitivamente de generación en generación.

—No tengo ninguna seguridad en mí misma —se defendió Zoey.

—No confundas el ego con la confianza en ti —dijo Nana—. Si no fuera por tu madre, serías una persona autoritaria y pagada de sí misma, porque yo fui demasiado débil y estaba demasiado impresionada por tu talento.

—¡Os aliáis contra mí! —respondió Zoey.

Sin embargo, se sintió ligeramente satisfecha de eso. Ver que su madre y su abuela se entendían, por una vez, arrancaba una capa de plomo de algún lugar de su pecho. Cuando era niña, debió de sufrir por sus tácitas discusiones en relación con ella e incluso interpretarlas como un auténtico conflicto de lealtad.

—Me alegro de que hayamos podido hablar de todo esto —dijo Fran—. Ahora, Zoey, ve a buscar a tu padre y a tu hermano. Estoy segura de que creen que nos estamos matando. Aún tengo que hablar un poco con Nana.

Zoey sonrió a su madre. Luego, espontáneamente, se inclinó hacia ella para abrazarla.

—¡No me despeines! —gritó su madre, empujándola. También ella sonrió—. No quiero parecer una enferma. Ya conoces a tu padre, eso lo destrozaría.

Zoey asintió y luego, después de haber dado un beso a Nana, fue a buscar a Jo y Dalton a la sala de espera.

Ante sus expresiones aterrorizadas, supo que su madre tenía razón: debían de haberse imaginado lo peor. Zoey se sentó entre los dos.

—¿Has sido cariñosa con tu madre, Zoey? —preguntó Jo.

—Tan cariñosa como Nana —respondió.

Jo torció el gesto.

—Estaba bromeando, papá —añadió—. Mamá ha sido cariñosa conmigo.

Jo soltó una exclamación de sorpresa.

—Realmente, mamá ha debido de recibir una fuerte impresión —murmuró Dalton.

—Creo que todos estamos muy impresionados —susurró Zoey—. No sé si voy a recuperarme.

—Eres una chica buena —dijo Jo, al tiempo que le pasaba el brazo alrededor del cuello—. Siempre has sido una chica buena.

—Yo no paro de decírselo —insistió Dalton. Luego, se inclinó hacia el oído de su hermana—. Pero ya sabes a dónde van las malas.

—Dalton...

—¿Sí?

—¡Tú también eres bueno! Pero...

—¿Pero?

—Eres tan pesado...

Zoey lanzó el puño hacia el bíceps de su hermano pequeño, que, por una vez, no respondió.

Las chicas buenas no trepan a los árboles

Zoey decidió quedarse en casa de sus padres hasta que su madre volviera del hospital. El esfuerzo era encomiable, pero el resultado no estuvo tan a la altura de lo que habría deseado. La falta de organización doméstica le impedía llevar la casa como le gustaba a Fran. Afortunadamente, la eficaz presencia de Dalton había compensado la temible facilidad con la que Jo y ella guardaban las cosas fuera de su sitio e incluso las perdían.

Así que Fran Westwood llegó a una casa limpia y acogedora. En aquella silla de ruedas, parecía la reina madre visitando a sus súbditos, papel al que Nana no renunciaba sin luchar y le comentaba que podría pensar en acondicionar la casa para minusválidos. Las respuestas mordaces de Fran permitieron a Zoey comprobar que su madre había recuperado todas sus facultades.

Todo había vuelto a la normalidad.

Zoey intentó rodear a Fran de cuidados discretos, incluso llegó a prepararle comidas equilibradas con la vaporera, sin añadir ningún toque personal.

Cuando le llevó un té a la terraza que estaba junto al salón, Fran la retuvo.

—Tengo muchas ganas de contratar a un paisajista para rehacer el jardín —le dijo—. ¿Qué te parece?

Zoey valoró que su madre la implicara en ese proyecto, aunque fuera más por una cuestión de principios que por su propia opinión.

—Siempre y cuando no toques la cabaña, me parece una buena idea —respondió.

Zoey veía una esquina de la famosa cabaña, donde tan a menudo se había refugiado.

—En esa cabaña —murmuró Fran— habéis hecho las mayores tonterías...

—No es para tanto —se defendió Zoey.

—¡Si crees que no sé por qué te encerrabas ahí de adolescente! Y eso por no hablar de Dalton. No me tomes por una ingenua, Zoey. Todos los adolescentes

del mundo se encierran en las cabañas de su infancia para besarse. Y luego continúan...

—¿Qué quieres decir?

—Nada —respondió Fran, misteriosa—. Me alegra mucho que tu hermano piense en estabilizarse.

—Ya lo sabes...

Fran levantó el rostro perfectamente maquillado hacia su hija.

—Dalton me cuenta muchas cosas —comentó, sin ningún reproche en la voz—. Soy su madre. Bueno, una brasileña... Me pregunto si no habría preferido a tu ayudante. Es muy guapa, aunque comparta tu inaptitud para peinarse.

—Sally y Dalton...

—Una historia sin futuro, lo sé.

—¿Perdón?

Fran suspiró teatralmente.

—Tu hermano algún día me hará morir de vergüenza.

Zoey notó con una cierta satisfacción que el querido Dalton había perdido el puesto de hijo favorito, probablemente ante la perspectiva de que, algún día, se fuera a vivir a Brasil y alejara a Fran de los preciosos nietos que deseaba tener cerca.

—La noche del aniversario de boda... ¡con esa Sally en la cabaña! No sé de quién ha sacado esa necesidad de seducir permanentemente. ¡Por suerte, tu padre no los vio! Ya sabes lo chapado a la antigua que está.

—¿Sally y Dalton?

Zoey estaba completamente atónita.

—Solo fue un beso. A Dios gracias, Adrian y tú los interrumpisteis.

Zoey no recordaba haber visto a Dalton y Sally en la cabaña, besándose o no. Solo se acordaba de haber intentado subir la escalera.

—¿Cómo lo sabes? ¿Dalton te lo ha contado?

—Zoey, mi habitación da directamente a la ventana de la cabaña... De verdad me tomáis por idiota.

Zoey no respondió. Sally y Dalton... Y Adrian y ella los habían interrumpido... Adrian...

—¡Pero qué idiota! —exclamó.

—¿Tengo que pedirte perdón? —respondió Fran secamente.

—¡Tú no, mamá! ¡Yo! ¡Estaba ahí, delante de mis narices! ¡Gracias!

Saltó sobre su madre para darle un beso.

—No me despeines —refunfuñó Fran—. ¿Dónde vas así? ¿Y por qué me das

las gracias?

—¡A casa de los Peters! Cuando vuelva Dalton, dile que deje de marear la perdiz.

—Zoey, ¡ese vocabulario!

—¡Lo siento, mamá! ¡Ya te explicaré!

Y salió de casa corriendo.

Las chicas buenas nunca escuchan conversaciones inapropiadas

Sally cambiaba el peso de un pie al otro en el salón de los Westwood. Miraba a Zoey y a Fran Westwood con aspecto de no saber qué decir. Había hecho un alarde de elegancia a la hora de arreglarse para ir a casa de los padres de su amiga, aunque, seguramente, para el gusto de Fran, el suéter de color verde almendra contrastaba demasiado con el vestido de color pomelo, si bien la madre de Zoey se limitó a dirigirle una sonrisa de lo más educada.

Intercambiaron algunas banalidades sobre la salud de Fran y su pronta recuperación y luego vieron pasar a Dalton por delante de la puerta acristalada del salón y levantar el pulgar.

—Ven conmigo —dijo Zoey, cogiendo de la mano a Sally y arrastrándola hacia la puerta de entrada.

—¿Podrías explicarme?

—No. Tendrás que confiar en mí, Sally. Después de todo, soy tu mejor amiga.

—A veces me lo planteo —rezongó ella—. No ha sido fácil estar contigo esta última temporada. Me has herido.

—Lo siento muchísimo. No era mi intención. Pero tengo una buena noticia para ti. He recibido el presupuesto de Cybil Green que tan brillantemente has negociado y estoy completamente de acuerdo con esas nuevas fotos. Cuando empiece la nueva temporada, organizaré una degustación para blogueros. Podríamos llamarlo el *Marvellous lunch*.

La expresión de Sally dio a entender que no sería Zoey la que se encargara del nombre ni de la promoción del evento. Luego mostró una franca sonrisa en el rostro.

—¿Podría comunicarlo en las redes sociales?

—Por supuesto...

—Vale. Sigues siendo mi mejor amiga y una jefa bastante buena...

Zoey rio.

—A cambio, necesito que me hagas un favor.

—Como siempre —dijo Sally, con desconfianza.

—Que sigas sin hacerme preguntas.

Sally accedió. La siguió, efectivamente, hasta la cabaña y subió la escalera detrás de su amiga.

Zoey sonrió de satisfacción al ver el resultado de su trabajo. Había limpiado la cabaña, con cierta pena había tirado el viejo sofá que siempre había visto allí y, con la ayuda de Dalton, había dado una mano de pintura a las paredes. Unos farolillos blancos que habían sobrado de la fiesta de sus padres le daban un toque de elegancia bohemia. En el sofá nuevo, de un elegante color azul cielo, esperaba Adrian, que parecía tan suspicaz como Sally unos minutos antes.

—Sally, te presento a Adrian. —Las mejillas de Sally enrojecieron al ver al chico, que carraspeó, incómodo—. Es mi mejor amigo —añadió—. A veces un poco sarcástico, pero no conozco a nadie que se preocupe tanto por los demás como él.

—Zoey, esto no tiene gracia —comentó Adrian.

—Adrian, haz un esfuerzo.

—Ha sido una traición utilizar a tu madre para traerme hasta aquí.

—Ya ves que a él no le apetece —dijo Sally, muy bajito.

Zoey la ignoró.

—Adrian, te presento a Sally. También es mi mejor amiga. Compartimos un montón de cosas, entre otras la desconfianza hacia los hombres. Dicho esto, su caso no es tan desesperado como el mío, creo.

—¿A qué estás jugando? —preguntó Adrian, sin atreverse a mirar a Sally.

—No juego a nada —contestó Zoey—. Estoy restableciendo el orden de las cosas y reparo mis errores. Sally, creo que Adrian te quiere.

Adrian aflojó los dientes para dejar escapar un silbido irónico.

—Ya no estamos en el jardín de infancia —dijo—. ¿Acaso la palabra «entrometida» te suena de algo?

—Sally, Adrian merece que le des una oportunidad y que no lo veas solo como a un amigo con el que salir de juerga —continuó Zoey, sin escucharlo.

—Eres el hada madrina más grotesca que he visto en mi vida —comentó Adrian.

Sally no decía ni una palabra y miraba a uno y otro incómoda.

—Ganaréis conociéndoos. Sally, por favor, ¿solo una cita?

Su amiga soltó un sonido inarticulado. Parecía un ratón atrapado en la jaula de un laboratorio loco.

—Es un enfoque interesante —replicó Adrian, con una sonrisa en los labios—. Es verdad, Sally, quizá deberíamos ir a cenar juntos. —El tono que utilizaba era peligrosamente burlón. Zoey quiso detenerlo, pero ya era demasiado tarde. Los ojos de Adrian echaban chispas de su peor ironía—. Después, podría..., ¿cómo dices tú? ¿Follarte?

—Dios mío... —exclamó Sally, levantando los ojos al cielo.

—¡Dios mío! —repitió Zoey—. ¡Adrian! Esto no es en absoluto...

—¿No es en absoluto qué? —gritó él, con maldad—. ¿Romántico? ¿Apropiado? ¿Conoces el concepto de romanticismo de tu amiga? Un mensaje cuando a ella le apetece para que me pase por su casa.

—Tienes una manera divertida de reescribir la historia —le interrumpió Sally.

—¿Os acostáis? —exclamó Zoey.

Ambos le dirigieron la misma mirada consternada.

—De vez en cuando —siseó Sally, muy bajito.

—¿Desde hace mucho?

La voz de Zoey había adquirido tonos sobreagudos. No podía creer que le hubieran mentado o, más exactamente, que hubieran omitido tenerla informada de un acontecimiento tan inesperado.

—Desde hace unos meses —contestó Adrian—. Pregunta a Sally, ella es la que maneja el calendario.

—Por supuesto —respondió Sally—. La malvada Sally que utiliza a los hombres para el sexo y no tiene corazón. Te olvidas de una parte de la historia, Adrian. Esa en la que no había que contarle a Zoey que nos acostábamos porque te asustaba mucho su reacción. ¿Cuándo me dijiste eso? Después de nuestra primera noche, ¿no? ¿Cómo querías que me sintiera?

—No entiendo por qué el hecho de no ser claros es un problema entre nosotros —murmuró Adrian, con aspecto culpable.

—Pero el hecho de que estés enamorado de mi mejor amiga a lo mejor sí —respondió Sally.

Adrian la miró un breve instante, con la cara crispada.

—Yo no estoy enamorado de Zoey.

—Yo lo confirmo —añadió Zoey.

—Nos importa un bledo tu opinión —replicó Adrian entre dientes—. Si estuviera enamorado de Zoey, perdóname que te lo diga, no habría cometido el error de acostarme contigo.

—¿Porque ha sido un error?

—Eso no es en absoluto lo que he dicho. Pero vale, oyes lo que quieres oír.

Giró la cabeza y se encerró en un silencio malhumorado.

—Esto es completamente estúpido —dijo Zoey—. Sally, si aún tienes alguna duda, explícame por qué Adrian reaccionó así después de haberos sorprendido en la cabaña a Dalton y a ti.

—¿Porque también sabes eso? —gritó Sally, mirando a Adrian, dispuesta a pedirle explicaciones.

—Adrian no tiene nada que ver con eso. Me lo dijo mi madre.

—Ay, perfecto —gimió Sally.

Se moría de vergüenza.

—Adrian estaba celoso —dijo Zoey antes de darse la vuelta hacia su amigo—. Por eso te pegaste con Dalton, ¿no es así? Porque lo viste en la cabaña.

Adrian se encogió de hombros, visiblemente indiferente a los esfuerzos desesperados que Zoey hacía.

—La mejor noche de mi vida. Primero, tú sueltas esa chorrada en la cocina y después presencio un apasionado beso entre tu hermano y Sally.

—¿Qué chorrada?

—Nada que valga la pena repetir —intervino Sally, en un susurro.

—No, espera, Sally. Tengo que saber —la cortó Zoey—. ¿Qué dije?

—Dijiste que no volverías a dirigirnos la palabra si pasaba algo entre nosotros.

—¿Qué? ¿Yo dije algo así?

—No —la excusó Adrian—. Estaba dentro de un contexto. Y dada nuestra tasa de alcohol, no en un contexto muy inteligente. Pero tú le dijiste eso a Sally y ella se lo tomó al pie de la letra.

—Yo..., yo estaba llena de dudas respecto a Adrian —chilló Sally, con una mueca.

—¿Y os lo creísteis? —gritó Zoey—. ¡Estaba borracha! —Los dos guardaron silencio, bastante preocupados y esperando que el otro tuviera el valor de ser el primero en hablar—. ¿Tanto miedo me tenéis? —preguntó. Lamentó la pregunta cuando leyó la respuesta en sus ojos—. No, olvidaos de eso. Si salís juntos os seguiré hablando. Para ser sincera, me haría feliz, excepto si os besuqueáis delante de mí.

—Eso ni se plantea —dijo Adrian, al tiempo que se levantaba.

—Adrian, por favor. Ya sé que no te gusta la idea de pareja, pero...

Él levantó la cabeza y la miró, desafiante.

—No soy yo el que tiene un problema con eso, Zoey. Al principio, quizá un poco. Pero no después. Lo que ocurre es que Sally ha hecho todo lo posible para que me despegue de ella repitiéndome que solo era un amigo con derecho a roce. Por otra parte, Sally, te equivocas, lo que querías decir era un juguete sexual. Puede ser muy duro guardarnos a Dalton y a mí juntos en un cajón.

—No seas hiriente —murmuró Sally. Parecía al borde de las lágrimas. En cuanto a Zoey, visualizaba a Adrian y a su hermano acostados juntos en un gigantesco cajón, como dos muñecas hinchables. Habría preferido con mucho mantener el cerebro concentrado en la propia conversación—. Yo no me he acostado con Dalton —continuó Sally—. El comentario de Zoey me enfureció y vosotros estabais bromeando como dos chalados. Parecíais tan unidos. Estaba celosa y Dalton hizo de... Dalton.

—No merece la pena entrar en detalles —refunfuñó Zoey, que seguía intentando quitarse de la cabeza esa molesta imagen.

—Te confieso que me pasé la noche esperando a tener un momento contigo —dijo Adrian.

Le resultó muy difícil decir esas pocas palabras. Sally soltó un hipido desesperado.

—Te pasaste toda la noche bebiendo con Zoey —protestó Sally, con las mejillas encarnadas en ese momento—. Ni siquiera sabía que tú querías algo más.

—Tú eras la que no dejaba de hablar del pacto —gritó Adrian.

El pacto... La noche de la copa en el Raines Law Room, cuando Adrian mencionó el estúpido pacto, hablaba del que había acordado con Sally, no de su pacto adolescente, que en sí mismo no tenía nada de estúpido.

Zoey se sentía ridícula. Había creído que Adrian sentía algo por ella. No había sido capaz de ver las señales que le enviaba a otra, a su mejor amiga. Delante de ella, Adrian y Sally seguían gritándose.

Hizo un movimiento, que le pareció discreto, hacia la trampilla de la cabaña.

Adrian estiró un brazo hacia ella sin mirarla.

—Tú te quedas aquí. Contigo en el mismo sitio, quizá Sally no se largue.

—No voy a largarme.

—A mí me gustaría mucho poder hacerlo —comentó Zoey suspirando.

Pero se quedó allí de pie, mientras sus amigos se desafiaban con la mirada. Era la versión más *trash* de una terapia de pareja que había visto en su vida e incluso pensó que aquello se adecuaba al concepto de un programa de telerrealidad. Lo llamaría *La cabaña*, aunque el título le recordaba más a una

lúgubre escena de la película *Deliverance* que a un programa de televisión familiar.

Sally se cruzó de brazos.

—Bien. Pues sí, hablé de un pacto.

Adrian soltó una exclamación triunfante.

—Un pacto que implicaba la no exclusividad entre nosotros, lo que estaba dispuesto a aceptar. Pero tuviste que besarte con mi mejor amigo de la infancia.

—Mi hermano, dicho sea de paso —dejó escapar Zoey.

—¡Fue en un momento de pánico! —gritó Sally.

—¡Qué bonita excusa! —dijo con desprecio Adrian—. Yo también, cuando vivo un momento de pánico, siento un irresistible deseo de meter la lengua en la boca de alguien.

—No quiero oír esta parte de la conversación —murmuró Zoey.

Adrian volvió la cabeza hacia ella.

—¿Alguna palabra en particular te plantea problemas, Zoey? ¿De pronto te has vuelto pura e inocente?

—Adrian no se equivoca —suspiró Sally—. Me reprochas que besara a tu hermano, pero, si lo piensas bien, tú te acostaste con mi chico.

Adrian y Zoey se dieron la vuelta hacia ella al mismo tiempo.

—Así que, entonces, ¿soy tu chico?

—Sí —afirmó Sally, sin perder el aplomo.

Zoey nunca había visto a Sally tan enfadada. Le temblaba la nariz y se le movía la boca como si estuviera conteniendo una carcajada.

—¡Eres la persona más complicada de la tierra! —chilló Adrian—. ¡Llegas a ser más inaguantable que Zoey! ¡Y eso que tiene el listón muy alto!

—¡Hey, no te descargues conmigo! ¡Por una vez, no tengo nada que ver con esto!

—Así es, nada que ver. Que sepas que aquella noche no nos acostamos juntos. ¿Satisfecha, Sally?

—Haz lo que te dé la gana —respondió Sally, aún con los brazos cruzados.

Adrian levantó los brazos al cielo, desesperado.

—Podías habérmelo dicho antes —murmuró Zoey.

—Francamente, Zoey, tú en mi lugar ¿no habrías dejado que planeara la duda hasta que me volviera medio loco? Y sobre todo si eso podía hacer reaccionar a Sally. Me parece que sí.

—Me has utilizado para darle celos. Eres asqueroso, Adrian —gritó Zoey, recordando la escena de regreso en la furgoneta.

Recordó el perfecto dominio de Sally cuando Adrian se perdió en alusiones que sembraban la duda y, sobre todo, cuando ellas estuvieron hablando, justo antes de llegar a la tienda. Su amiga no manifestó el menor malestar y, pensándolo bien, tampoco mostró ningún sentimiento.

—Tú hiciste lo mismo conmigo para llamar la atención de Stan Meyer —protestó Adrian.

—Teníamos seis años...

—Pues a pesar de todo me sentí herido —insistió Adrian.

—Bien —resopló Sally—. Me gustaría quedarme a escuchar vuestros recuerdos de infancia, pero creo que ya he tenido una dosis de revelaciones suficiente por hoy.

—¿Te das cuenta de cómo se escabulle tu amiga, una vez más? —dijo enfadado Adrian.

Se cruzó de brazos y levantó la barbilla en un gesto irascible y despectivo a la vez.

—¡Ahora ya basta! —gritó Zoey—. Sally, vas a responderme honestamente. ¿Estás enamorada de Adrian, sí o no?

—No respondas —intervino Adrian.

—Habría que saberlo —contestó Sally, con una sonrisa burlona—. Para empezar, ni siquiera sé qué quiere decir eso. Luego, no soporto los tipos celosos y aún menos los tipos violentos. Ni los tipos incapaces de asumir sus sentimientos. O sus no sentimientos. ¡Al final, es fácil pensar que todo depende de mí! Adrian nunca ha manifestado el menor interés por mí, fuera de la cama. Todo lo que le importaba era qué pensarías tú de eso.

—Ya lo has dicho —farfulló Zoey.

—A lo mejor porque es importante. Hasta para hablar conmigo necesita que tú lo arrastres hasta aquí.

—También te he arrastrado a ti aquí —respondió Zoey.

—Es diferente. Yo no quiero saber nada de un tipo que no es capaz de expresar una opinión sin preguntar a su mejor amiga.

Entonces fue Zoey la que levantó los ojos al cielo. Sally no tomaba ninguna decisión sin hablarlo antes con ella.

—Los amigos sirven para eso —señaló Zoey—. Adrian no me habla nunca de su vida personal.

—¡No merece la pena! —ironizó Sally—. Le basta con imitarte punto por punto.

—¡Ahora me toca decir a mí que ya basta! —exclamó Adrian, ofendido—.

Desde luego, no necesito a Zoey para saber qué pienso de ti.

—Ardo en deseos de saberlo —gruñó Sally, con tono amargo.

Adrian la miró fijamente y luego lanzó un profundo suspiro.

—Para empezar, es cierto, nunca he querido definir lo que había entre nosotros. Los pactos y las definiciones no son cosa mía, sino tuya. —Sally no respondió—. Tampoco tengo la facilidad de Dalton ni su facultad para ser tan convincente en todo lo que dice. Y, si quieres saber la verdad, antes de verte besándolo ni siquiera sabía que estaba enamorado de ti. —Zoey miró a Sally. Ante su mirada, su amiga perdió un poco el aplomo que con tanta energía se esforzaba en mantener—. Y eso era lo último que quería, dada la forma en la que me tratabas.

—Yo nunca te he tratado mal.

—Si no tenemos en cuenta que jamás me dejaste quedarme en tu casa toda la noche y que eso nunca te impidió dormirte en mis brazos...

—Esto se está volviendo muy embarazoso —masculló Zoey, haciendo una mueca.

Adrian la ignoró y siguió con su arrebato.

—¿Sabes lo que haces cuando duermes, Sally? No soportas tener el pelo en el cuello y te pasas la mano por detrás de la oreja, como un gato lavándose.

—Yo no hago eso —susurró Sally con dulzura.

—Sí. Quizá no aceptes a un tipo que no sabe tomar una decisión solo, pero seguro que yo no acepto a una chica que hace lo más adorable de la tierra en mis brazos y que el resto del tiempo pasa de mí como si fuera un inepto.

—Así que nadie acepta a nadie —concluyó Sally.

Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Sí —afirmó Adrian. Por un instante, recobró su expresión habitual, burlona y despegada—. Yo te acepto si me dejas pasar toda la noche en tu casa.

—¿Otro pacto? Creía que no te gustaban.

—Lo tomas o lo dejas.

Sally bajó la cabeza.

—No se dice «yo te acepto» —murmuró—. Suena condescendiente. No estoy suplicándote.

—Yo puedo hacerlo —respondió Adrian—. Incluso delante de Zoey.

—Por lo que más quieras, no... —gimió Zoey, en el colmo del malestar.

—Si yo te acepto, ¿me prometes no esconder lo que sientes? —preguntó Sally, ablandada.

—Lo intentaré.

—¿Tan difícil es?

Adrian soltó una risita burlona.

—Te recuerdo que la única mujer con la que he tenido una relación de más de dos horas es la idiota de tu amiga. No es la mejor persona para aprender a expresar sentimientos.

—Efectivamente —admitió Sally, guiñando un ojo a Zoey, que se disponía a chillar—. Entonces, tenemos un pacto.

—Una enmienda al menos.

Intercambiaron una sonrisa de sincera complicidad que decidió a Zoey a desaparecer. Se deslizó hasta la trampilla de la cabaña y se metió por la abertura.

Ya ajustaría cuentas más tarde.

Esta vez, nadie intentó retenerla.

Dalton la esperaba al pie del árbol, curioso.

—¡Pero, bueno, te ha engordado el culo! —dijo cuando Zoey saltó al suelo, no sin cierta dificultad.

—Deja en paz mi culo —refunfuñó ella.

Desde la cabaña, los gritos de Sally y Adrian se habían convertido en un murmullo que Dalton y ella escuchaban por encima de la tranquilidad de la tarde.

—A lo mejor podríamos dejar de espiarlos —soltó Zoey.

Los dos hermanos se alejaron hasta el medio del jardín, donde los esperaban unas hamacas.

—Sobre todo porque mamá ya se encarga de eso —respondió Dalton, con un tono amargo.

—Lo que impedirá que hagas sinvergonzonerías. Y ya que estamos, ¿tienes algo más que confesarme?

Dalton rio, con la risa falsamente incómoda que tenía cuando había hecho algo de lo que se avergonzaba un poco.

—El año pasado me acosté con tu amiga Cass. Una sola vez.

—¿Tengo alguna amiga a la que no hayas intentado llevarte a la cama, Dalton?

—No hay ni una que no haya conseguido meter en la cama, excepto Sally, y solo porque no he tenido tiempo. Ahora la cuestión ni se plantea. Y, ya que estamos de confidencias, Josh fantasea contigo desde hace años, lo que me parece especialmente incomprensible, además de ser asqueroso.

—¿Sabes qué, Dalton? Sally y Adrian van a ser pareja y Marianita y tú también.

—No hay nada menos seguro —respondió Dalton, con el gesto torcido.

—Sí. Voy a quedarme sola. Al final, me plantearé algo con Josh.

—Te prohíbo que utilices a mi mejor amigo como último recurso.

Zoey alzo una ceja circunspecta.

—¿De verdad quieres que hablemos de lo que podemos hacer con los amigos de los demás? De todos modos, estaba bromeando.

—Ya lo sé... Matthew Ziegler... ¿Cómo piensas resolver el problema?

—Ni idea.

—Tendrías que mandarle un e-mail.

Zoey estalló en carcajadas, sin que Dalton entendiera por qué. Pero ella no tenía el corazón para bromas. Realmente no sabía qué hacer ni si de verdad tenía ganas de arreglar la situación. Matthew debía de estar furioso con ella y la consideraría una caprichosa.

«Además de paranoica», pensó.

—¿Eso es lo que haces tú cuando quieres seducir a alguien? ¿Un e-mail?

—¿Yo? —dijo Dalton—. No.

Cruzó los brazos detrás de la cabeza y cerró los ojos.

—Yo, amiga mía, me muestro brillante.

Zoey sonrió. Dalton tenía razón.

Las chicas buenas no hablan con los hombres desde el balcón

Por la noche, muy tarde, mientras daba vueltas en la cama, Zoey oyó unos golpes en el cristal de su ventana. Tardó más de un minuto en entender que alguien le tiraba piedrecitas y acabó levantándose. Adrian estaba en el césped del jardín de sus padres, vestido solo con el pantalón del pijama. Zoey le sonrió; de pronto, tenía la sensación de haber retrocedido unos años.

—Espera —susurró.

Salió de la habitación sin hacer ruido y cruzó el cuarto de Dalton, que dormía el sueño de los justos atravesado en la cama. Un mechón de pelo le caía por la frente. Solo le faltaba el pijama de Batman para volver a ser el niño que ella había recuperado desde hacía un tiempo.

Abrió la ventana con cuidado y empezó a bajar por el emparrado, rogando al cielo no arrancarlo con su peso.

La noche era fresca, para ser una noche de agosto. A Zoey le recorrió un escalofrío cuando saltó a la hierba, que ya había mojado el rocío. El alba no tardaría en despuntar.

Adrian la esperaba en la esquina de la casa.

—¿No estás con Sally? —le preguntó.

—Está durmiendo en mi habitación —respondió él—. Menuda cara van a poner mis padres en el desayuno...

—¡Un acontecimiento, desde luego...! ¿Te preocupa alguna otra cosa, al margen de que por fin hayas llevado a una chica a tu casa y de que tu madre probablemente publique las amonestaciones para la boda a primera hora de la mañana?

—Quería darte las gracias.

—¿Por qué? ¿Por ser la amiga idiota de tu enamorada?

Adrian hizo una mueca.

—No me gusta esa palabra. Enamorada. Es ridícula.

—¿Porque amiga idiota tiene un pase?

—Zoey, por favor... Sabes perfectamente que no pienso eso. Bueno, no siempre. Si quisieras escucharme...

Se sentó en el banco que había junto al camino del jardín, dispuesta a escuchar lo que su amigo tenía que decirle. Él se sentó junto a ella.

—Realmente te lo agradezco —continuó—. Sé cuánto debió costarte arriesgarte de ese modo. Anoche, supe que seguías siendo mi amiga.

—¿Lo habías dudado?

—Algunas veces, sí. Siento mucho haberte ocultado secretos. Es difícil enfrentarse a tu mirada. Estamos tan acostumbrados los dos a burlarnos. Creo que no lo habrías soportado.

—Seguro que con Sally no, es cierto —aseguró Zoey—. Estoy feliz por vosotros, ¿lo sabes?

—Así podrás tiranizarnos a la vez.

—Me controlaré —respondió, sonriendo—. Pese a todo, hay algo a lo que no dejo de darle vueltas, ¿cómo aparecimos desnudos en mi cama?

—Me desnudaste con la firme intención de violarme.

Una breve sonrisa le dio a entender que estaba bromeando.

—La verdad, Adrian...

—La verdad es que no tengo ni idea —admitió—. Creo que era incapaz de dormir bajo el mismo techo que Sally, después de haberla visto besar a Dalton. Y me acosté donde estaba.

—¿Desnudo?

—Siempre duermo desnudo y tú no estabas como para ponerte un pijama. Hasta me pregunto cómo pudiste quitarte la ropa.

—¿Estás completamente seguro de que no pasó nada?

—Zoey, dada mi tasa de alcohol, habría sido incapaz de tener una erección. Y encima contigo...

—Un encanto.

—Sincero —afirmó—. Si te hubiera deseado alguna vez, los dos lo habríamos sabido. No digo que no se me pasara por la cabeza cuando éramos adolescentes..., las hormonas...

—Entiendo lo que quieres decir.

Se acurrucó en sus brazos, con un gesto que le resultaba muy familiar.

—Estoy tan contenta de haberte recuperado —murmuró—. Tienes los

hombros más cómodos del mundo.

—Espera a que me salga tripa, como a mi padre —respondió él.

Zoey se incorporó repentinamente.

—¿Crees que eso le molestará a Sally? No consigo imaginar tener que controlarme delante de ella o sentirme culpable.

Adrian rio ligeramente y la atrajo hacia sí, de una manera tierna y autoritaria. Zoey se dejó hacer. Necesitaba tanto que la abrazaran.

—Si le molesta, peor para ella. Nunca se me ocurriría salir con una chica que no te aceptara. Sally lo entenderá, de todos modos, mejor que cualquier otra. Sobre todo porque se siente bastante culpable por haber mantenido el secreto, diga lo que diga, y quizá más que yo.

—¿Por qué más que tú?

—Porque no es el primer secreto que no te confío; igual que tú, seguro que tienes alguno que no me has contado.

—Quizá. Mejor digamos que no he tenido la oportunidad de hablar contigo esta última temporada. También era complicado. Teniendo en cuenta a Marianita y lo que ella te haya podido decir.

La sorpresa que leyó en su rostro la tranquilizó, un ratito.

—¿Qué tiene que ver Marianita en esto?

—Nada directamente —balbuceó ella—. Pero Matthew, en cambio... Me acosté con él, estuve pésima y ahora no sé qué hacer.

—¿Estuviste pésima en la cama con él?

—No digas tonterías —respondió, ofendida—. Estuve pésima después.

Adrian le dio un golpecito cariñoso en la frente.

—Hiciste de Zoey, qué...

—¿De verdad quieres que volvamos a hablar de tu follón con Sally?

—No merece la pena. Creo que hemos dado la vuelta a la pregunta. ¿Y él? ¿Él qué piensa?

—No lo sé. La última vez que hablé con él, salió del coche de mi padre dando un portazo.

—Tiene más carácter de lo que parece...

Zoey se encogió de hombros, lo que casi le hizo caer del banco y obligó a Adrian a abrazarla más fuerte.

—Todo tiene solución —bromeó él—. Si Sally y yo hemos conseguido salir del atolladero, tú también lo lograrás. Seguro que embrollándote, pero sin la ayuda de nadie. Quizá es el tipo imperfecto que estabas esperando.

—A ti no te cae muy bien —le señaló Zoey.

Adrian la incorporó un poco, para mirarla a los ojos.

—Zoey, mi opinión no cuenta. ¿Sabes...? —añadió, carraspeando—. Es muy posible que haya estado un poco celoso de él.

—No seas idiota. No entiendo por qué ibas a estar celoso de Matthew.

La miró fijamente y le acercó la cara, a la que la luna le daba un tinte pálido. Un resto de exasperación le crispó el rostro.

—Sally y tú os portabais como dos pavas con ese tipo. Ahora en serio, Zoey, si de verdad quieres a Matthew, que aún es peor que yo respecto a la autoestima afectiva, te aconsejo que hagas lo imposible por recuperarlo. Si tienes que rebajarte hasta el fondo, hazlo. Puedo darte clases.

Zoey rio.

—Dalton me sugirió lo mismo.

—¡Dalton, consejero sentimental...! —refunfuñó Adrian—. Aunque tengo que confesar que esta vez ha acertado.

Zoey se quedó un instante pensativa. Efectivamente, tenía que darle una explicación a Matthew.

—Voy a tener que volver a casa —anunció repentinamente Adrian—. No me gustaría que Sally se despertara sola en mi habitación de adolescente. Conseguí que mi madre no la tapizara de Liberty, pero, aun así, es un *shock*.

—Entiendo.

Pero Zoey se quedó en el banco, acurrucada junto a él.

—¿Algún problema? —preguntó Adrian—. Siento dejarte aquí plantada si estás tan mal, Zoey, pero...

—Me siento tan humillada —balbuceó ella.

Adrian le lanzó una mirada desconcertada.

—¿Humillada? ¿He dicho algo hiriente?

—No es eso...

Zoey bajó la cabeza; un rictus le torcía la boca.

—No sé subir por el emparrado —confesó.

Evidentemente, Adrian estalló en carcajadas.

Las chicas buenas no mendigan

Una vez que Zoey estuvo segura de que su madre se encontraba mejor y de que empezaba a manejar la vida de su marido, se permitió volver a casa. Su vecina había dado de comer a Sushi y Zoey se sintió feliz cuando volvió a verlo, aunque había arrasado una parte del cuarto de estar por la rabia de haberse visto abandonado.

Tenía dos días de relativa calma antes del próximo compromiso laboral. Sally y Adrian seguían negociando la reconciliación en casa de ella. Zoey se había abstenido de llamarlos, pero envió un mensaje a Sally para decirle que no la necesitaba en el trabajo y que podía disfrutar de unos días más de vacaciones. Cuando sonó el teléfono con la respuesta, le dio un ataque de risa. Le había respondido Adrian.

Todo iba bien entre ellos. Quedaba Dalton, que seguía alternando los grandes momentos de su habitual alegría con otros en los que Zoey lo veía completamente perdido y especialmente triste.

Tenía que intervenir. Después de todo, por su condición de hermana mayor, le debía ayuda y protección. O quizá por sentimiento de culpa. Además, preocuparse por los demás le permitía sufrir menos el vacío de su existencia y los remordimientos que padecía frente a la idea de haber perdido a Matthew.

Zoey se sentía importante con ese tipo de tareas, mucho más de lo que lo había sido durante toda su carrera. Hasta sacaba de aquello un placer ligeramente egoísta.

Decidida a solucionar el asunto de Dalton, que sospechaba embrollado en cualquier circunstancia, cogió el teléfono y marcó el número de Marianita para quedar con ella a tomar un café.

Probablemente la chica había llegado puntual, porque ya había desparramado

todo el sobre de azúcar alrededor de la taza cuando Zoey se presentó, con su legendaria impuntualidad. Se excusó por ello muchas veces.

—Bueno —le dijo Zoey, después de las preguntas de rigor—. Supongo que sabes por qué te he llamado para vernos.

—¿Para hablarme de Matthew Ziegler? Lo siento tanto, Zoey... Dalton me lo contó.

—No. Estoy aquí para hablar contigo de Dalton, solo eso.

De pronto Marianita puso cara de espanto.

—¿De verdad provocho esto en la gente? —preguntó Zoey—. ¿Aterrorizo de verdad a las personas que se acercan a mi hermano o a mis amigos?

Marianita tragó saliva y se perdió un instante en la contemplación del estrago que había organizado con la bolsita de azúcar.

—Sí —balbuceó—. A Dalton le importa mucho lo que tú pienses.

—A mí también, a mí también me importa mucho Dalton. Me gustaría saber qué piensas hacer.

—No lo sé.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal? —dijo Zoey, sin esperar respuesta—. ¿Estás enamorada de mi hermano?

Marianita no dudó ni un segundo y asintió con la cabeza.

—Pues entonces..., ¿podrías quedarte?

—No. Mi madre está pasando una época complicada. No quiero abandonarla. Estoy muy unida a ella. Me crio ella sola, ¿sabes? Mi padre la dejó antes de que yo naciera. Nunca tuvo mucha suerte con los hombres.

—Parece ser que no.

De pronto, los ojos de Marianita se incendiaron y le temblaron las fosas nasales.

—Ese Ziegler... ¡Durante años... y años!

Lo siguiente fue una cascada de palabras en portugués que a Zoey le sonaron a insultos.

—Escucha, Marianita... He decidido no darle vueltas al pasado... No quiero oír hablar de Matthew.

Marianita meneó la cabeza, con un movimiento que expresaba su violenta desaprobación.

—¡Cada vez que lo ve, se queda hecha polvo! —gritó la chica, dejándose llevar por la rabia—. Lo sabe y vuelve a hacerlo. ¡Como una droga! Y después, saca las cartas, las fotos y habla de Chicago y de París y de la casa en Bahía... ¡No ha sido suficiente que me arruinara parte de mi infancia!

—¿De tu infancia? Pero... Espera... Matthew Ziegler solo tiene unos años más que tú.

La rabia se leía en su cara. Dalton iba a tener que vérselas con ese carácter impulsivo y algo le decía a Zoey que no siempre saldría con una pirueta, un guiño y su famoso brillo.

—¿Cómo que Matthew Ziegler? ¡Yo te hablo de Richard Ziegler, su padre!

—¿Su padre?

—¡Pues claro que sí, su padre! ¡Ese asqueroso le hizo creer que la amaba, pero nunca jamás dejó a su mujer! Ni siquiera cuando ella murió y se quedó libre. Y aún ahora, que también él ha muerto, sigue haciéndola sufrir. Siempre que ve a Matthew hablan de él. Mi madre da vueltas a todo lo que no tuvo y él, en lugar de cortar por lo sano, le sigue la corriente.

Zoey quiso responder, pero no le salían las palabras de la boca. Una risa nerviosa le subió por la garganta, mientras la brasileña echaba cada vez más pestes contra el padre de Matthew y su propia madre, hasta que volvió a la sarta de insultos en portugués.

—Tranquilízate —le ordenó Zoey tan firmemente como pudo—. Escucha, entiendo perfectamente lo que dices, pero precisamente por eso..., ¿acaso no crees que tu madre querría otra cosa para ti? Dalton está loco por ti y es un tipo genial. Tu madre no te necesita, él sí.

Marianita negó con la cabeza.

—Por favor, piensa en eso. Desde la espantosa Iva, nunca he visto a Dalton así.

—¿La espantosa Iva? ¿La chica que le rompió el corazón?

Zoey sonrió, poco le sorprendió que su hermano le hubiera contado aquella anécdota —aventura, diría él— a la mujer que amaba. Tenía que estar verdaderamente enganchado.

—La misma. El año que cumplió los dieciséis fue una pesadilla para toda la familia. Bajo esa apariencia bondadosa y desenvuelta, mi hermanito es un auténtico sentimental. Es sencillamente..., Dios mío, es Dalton. Nunca hace nada si no se siente involucrado al cien por cien. Él no se verá atrapado en una relación mediocre para no estar solo. Tampoco se plantea dilemas.

A Marianita le brotaron repentinamente las lágrimas. Zoey frunció el ceño y decidió jugar su última baza.

—Aprecio mucho a tu madre, Marianita. Es una mujer fuerte y franca. Saldrá de esta. ¿Sabes?, cuando mamá sufrió el ataque, me dijo algo que realmente me afectó. Algo muy justo.

—¿Sí?

—Me dijo que querer a los hijos no significa querer que reproduzcan tus mismos errores, sino querer que piensen a lo grande, que vuelen alto.

Por supuesto, mentía. Era Nana la que lo había dicho, pero, a su manera, Fran le expresó lo mismo.

—Quizá habría un modo de retener a tu madre aquí.

—¿Qué modo?

—Yo me encargo —respondió Zoey con una sonrisa misteriosa.

Con un movimiento brusco de mano, barrió el desastre de azúcar que Marianita había provocado en la mesa.

Al regresar a su casa, abrió el ordenador, buscó las direcciones de correo electrónico de Rafael Branco y de Sofia Alves en la agenda y rogó al dios de la comunicación que Sally encarnaba que la ayudara a encontrar las palabras justas.

Luego tomó la decisión más lógica de entre todas las posibles para salir del atolladero en el que, ya entonces estaba convencida, se había metido en parte por su culpa.

Abrió otra ventana del correo y escribió un largo e-mail a Matthew.

A falta de brillo, le demostraría una absoluta sinceridad.

Las chicas buenas no se tiran a la cabeza de los hombres

Zoey abrió el portalón del jardín de Nana. Tenía tantos recuerdos de aquel camino bordeado de nomeolvides que no pudo evitar sonreír. Cuando levantó la cabeza, vio a su abuela detrás de la ventana, esperándola impaciente, como cuando regresaba del cole. Volver a casa de su abuela la llenaba de paz, aunque se preguntara por qué la había invitado a ir. Más exactamente, por qué la había citado.

Solo esperaba librarse de otro sermón sobre su ego desmesurado.

Empujó la puerta.

—Entra, cariño —gritó Nana desde el pasillo.

Zoey se acercó a su abuela y le dio un beso.

—¿Has tenido un buen viaje?

—Muy bueno, Nana. ¿Va todo bien?

—Muy bien. Me gustaría presentarte a alguien.

Nana la llevó al salón. Matthew estaba sentado en uno de los sillones Voltaire, con las piernas cruzadas. Cuando vio a Zoey, un brillo de sorpresa atravesó su mirada de color avellana y luego esta volvió a oscurecerse.

—Matthew, le presento a ni nieta Zoey. Es una chef especialmente dotada. Pero quizá ya se conocen. Estoy casi segura de que eso me dijo Dalton. A mi edad, se pierde un poco la cabeza.

Zoey maldijo a su abuela y a su hermano, que seguramente no había podido mantener la boca cerrada.

—Nos conocemos —respondió Matthew, solemne—. Voy a dejarlas en familia.

—Ni hablar de eso —susurró Nana, con su voz más amable—. Tenemos que hablar de trabajo los tres. Voy a preparar un té. Siéntate en mi sitio, Zoey, ahora

vuelvo.

Y Nana se marchó dignamente, no sin antes sonreír de un modo que Zoey habría calificado de satisfecho.

—¿Cómo estás? —preguntó Matthew, educado, igual que siempre.

—Con mucho trabajo. ¿Y tú?

—También, mucho trabajo.

Por un instante se desafiaron con la mirada.

—Te he mandado varios mensajes —dijo Zoey.

—Los he recibido —respondió con frialdad Matthew.

—Perfecto.

El pie derecho de Matthew empezó a golpear nerviosamente un compás inaudible.

—Me gustó especialmente aquel en el que dices que sientes mucho haber sospechado, y cito, «que tenía una relación con», y sigo citando, «una mujer mucho mayor que yo», que resultó ser la amante de mi padre.

—No tengo sentido de la redacción —murmuró Zoey.

—Oh, sí —la contradijo Matthew, con el ceño fruncido—. Sí que lo tienes. Me siento feliz de que ya no pienses que soy un seductor de pacotilla, lo que, y me permitirás que siga citando, «mi actitud en general podía dar a entender». — La miraba fijamente. De pronto saltó del sillón y empezó a recorrer la habitación —. Se te da especialmente bien disculparte. Pero, fíjate, me temo que no será suficiente. Desde que te conozco, me has gritado, humillado e insultado en varias ocasiones, por no hablar de la cantidad de veces que te has burlado de mí y me has empujado a mostrarme tan sarcástico como tú.

—No me he burlado de ti —balbuceó Zoey.

—¿Y eso es lo que más te ofende de la lista?

Matthew estaba fuera de sí. Ella nunca lo había visto furioso. Tenía los mismos ojos sombríos, en los que brillaban aquellas chispas doradas, que cuando la deseaba. A Zoey le costó mucho mantener esa mirada y se levantó.

—Te pido todas las disculpas del mundo. Me he portado como una idiota. Una idiota con un ego desmesurado.

—Y la delicadeza de un tanque.

—Y la delicadeza de un tanque —repitió Zoey, con dificultad—. No podía saber que la historia con Sofia era tan dramática. Admite que las apariencias resultaban engañosas.

—¡Así eres exactamente tú! —exclamó Matthew, presa de una fría rabia—. Te disculpas y luego esperas que los demás asuman su parte de la culpa que tú les

atribuyes. Siéntate, ahora vas a escucharme.

Zoey se sentó en silencio. Matthew se quedó pasmado un instante al comprobar que le obedecía. Entonces se le suavizó el rostro.

—Mi padre no era el cerdo que Marianita da a entender. Que quede claro que no la culpo por eso. Ha visto sufrir a su madre completamente sola, mientras yo tenía la suerte de tener a mis padres. Mi padre quería a mi madre. Pero, si hay que decirlo todo, nada en comparación con lo que sintió por Sofia desde el momento en que la vio. Lo que ocurría es que yo tenía diez años y mi padre se negaba a que fuera un hijo de padres divorciados. Por otra parte, sentía un gran cariño por mi madre y consideraba que ella no era responsable de sus sentimientos hacia Sofia. Mi padre no fue a buscar fuera lo que no encontraba en casa. Aquello fue, sencillamente, un flechazo. Durante años, intentó acabar con esa relación. Se sentía culpable frente a mi madre, frente a Sofia y frente a mí. Yo me enteré de lo que había entre ellos cuando murió mi madre. Tenía veintisiete años y Kat acababa de dejarme. Tengo que reconocer que yo estaba furioso, herido y bastante amargado. Ya conocía a Sofia, porque me formé con ella. En aquel entonces, no me di cuenta de que parte del interés que tenía por mí era por mi padre, aunque creo que al final me cogió cariño de verdad. Pero el destino se ensañó cuando, al fin, podían haber sido felices. Después de mi madre, mi padre enfermó de cáncer. De páncreas. Cuando lo supo, rompió definitivamente con Sofia y, para que lo odiara, le dijo que ya no la quería y que siempre la había considerado una amante. De una crueldad sin nombre. Sin embargo, en realidad fue un delicadeza de enamorado, la delicadeza desesperada de un hombre que no quería que la mujer que amaba lo viera deteriorándose. —Matthew guardó silencio un instante, con la respiración entrecortada y un rictus de dolor impreso en el rostro—. Yo me puse en contacto con Sofia después de su entierro. No soportaba la idea de que pensara que mi padre había dejado de amarla.

—Eso fue lo que te hizo entender que debías vivir intensamente.

La miró un buen rato. El labio inferior le temblaba ligeramente. Zoey sintió ganas de abrazarlo y, por primera vez, para consolarlo.

—Eso me hizo entender que debía buscar a la mujer a la que amara lo bastante como para no soportar que me viera morir. —Zoey esbozó un gesto hacia él, pero luego se echó atrás—. Y acabé por encontrarte. Cuando te vi en el jardín de tus padres con esa carita apasionada, descalza y despeinada, pensé que tú podrías ser esa mujer. —A Zoey le dio un vuelco el corazón—. Incluso cuando me gritaste como una histérica.

—No me puse histérica.

—Hasta cuando montaste el ridículo número del dúo con tu querido amigo Adrian. —Zoey no respondió. No podía negar que habían sido ridículos—. Sentí envidia del imbécil por el que parecías sufrir tanto. Y aún sigo preguntándome qué pudiste ver en ese tipo que es más aburrido que una ostra. —Sin embargo, Zoey tenía que admitir que había cosas que Matthew compartía con Spencer: la educación, su lado comedido, excepto en la cama, por supuesto. Se quitó de la cabeza las imágenes que le traía ese recuerdo—. Y luego te besé en la calle. Aquella noche, quería subir a tu casa. Para ser sincero, hacerte el amor debajo del porche de tu portal no me habría supuesto ningún dilema moral. No obstante, debía ser completamente libre, aunque jamás tuve nada sexual con tu prima...

—Pero salías con ella —murmuró Zoey.

—Salía con ella, en efecto. ¿Y a qué conclusión llegaste?

—Que te estabas divirtiendo.

—¡Fue tremendamente divertido dejar plantada a una chica a la que me moría de ganas de hacer el amor y volver solo a casa! —exclamó.

—Mi abuela está ahí al lado —balbuceó Zoey.

Matthew mostró una sonrisa alegre.

—Si quieres saber mi opinión, tu abuela se ha ido de casa hace un buen rato. No intentes escapar de esta conversación. No he terminado contigo. Recibí tu e-mail. En circunstancias normales, jamás habría vuelto a dirigir la palabra a nadie que me hubiera enviado un correo tan ofensivo.

—Te lo ruego, no me recuerdes ese e-mail... —gimió Zoey.

—¡Pues sí! Porque estuve dos horas esperándote en la terraza del restaurante de tu amiga Gabriella, que, para más humillación, estaba pendiente de todo con mucho interés. Pasamos la noche juntos. Una noche que a mí...

—... Que te encantó, lo sé.

—¡Deja de interrumpirme!

Zoey cerró la boca.

—¿Qué querías que dijera? ¡No me apetecía nada verte alardear! Y justo después, fue la cena en casa de Rafael. Viví un infierno en ese sofá contigo, removiéndote a pocos centímetros. Probablemente no tendría que haberte seguido. Pero... ¿cómo explicarlo? Me conviertes en un hambriento. De manera que sí, te seguí a la habitación. Seguro que te acuerdas del resto.

—Hicimos el amor —murmuró Zoey.

—Muchas gracias, estoy al corriente de esa parte. Ya no puedo entrar en mi propio vestidor sin tener una erección. Lo que me retrasa considerablemente por

las mañanas.

—Y luego me dejaste plantada.

—En eso tienes razón.

Zoey soltó una exclamación satisfecha que su mirada aún furiosa detuvo en seco.

—Estaba incómodo —siguió Matthew—. Me dejé llevar por las circunstancias quizá un poco de más. Al contrario de lo que piensas, no me siento tan cómodo con esa... clase de...

—¿Espontaneidad?

—Pulsión —precisó—. ¡Dios mío, Zoey, me lancé a tus brazos en la habitación de invitados de la casa de uno de los más antiguos amigos de mi padre!

—En el vestidor —precisó ella.

—Deja de sonreír de ese modo. —Matthew se acercó. Zoey reconoció la mirada hambrienta con la que ya la había mirado—. Si no, voy a verme obligado a mostrarme especialmente caballeroso y no me apetece volver a pasar por eso. Me horroriza que siempre quedes por encima.

Matthew estaba tan cerca de ella que le habría bastado con levantar el brazo para tocarla, lo que ella ardía en deseos de hacer.

—Para empezar, no estoy por encima —protestó Zoey—. Llevas al menos un cuarto de hora echándome la bronca.

—No te echo la bronca, te explico. ¿Podría al fin saber qué hizo que te marcharas de aquella casa, si no fueron los remordimientos?

—Te vi abrazando a Sofia. Pensé..., creí...

—Que había ido tranquilamente a reunirme con mi amante oficial.

—Sí.

—¡Eso es completamente ridículo! —se indignó Matthew, alejándose de ella—. Me encontré a Sofia llorando. Si quieres saber la verdad, y Dios sabe que me cuesta confesarla, cuando Sofia vio cómo te miraba, le recordó a mi padre. Le daba una vergüenza horrible romperse delante de todo el mundo. La consolé. Luego estuve buscándote. ¿Qué creíste realmente?

—Que ella te lamía la oreja.

Matthew abrió unos ojos como platos, horrorizado.

—Tienes una mente increíblemente perversa ¡y no tienes ninguna confianza en ti!

—Eso es un hecho —refunfuñó Zoey—. Ya me lo has dicho. No hagas como si te enteraras ahora. —Zoey inspiró profundamente—. Lo siento muchísimo. Ya

está. Entiendo perfectamente que no hayas respondido a mis mensajes y que no quieras volver a verme nunca más.

—Pues es cierto, no quería volver a verte. He pasado las peores semanas de mi vida. Me torturé esperando junto al teléfono. Yo te... —Tragó saliva y la miró lleno de rencor—. Te he buscado en Google todos los días. ¿Sabes que en tu foto oficial estás tremendamente sexi?

—¿En la que estoy con un gorro?

—Esa misma.

—Y luego me llamas a mí perversa...

—Para ser sincero, nunca he conocido a nadie más complicado ni más perverso que tú.

Zoey se levantó.

—Bueno. Te pido disculpas otra vez. Dile a Nana que he tenido que volver a casa por una urgencia del trabajo.

—Me parece que, teniendo en cuenta que no eres cardiócirujana, Nana no se lo creerá —ironizó Matthew. Zoey estaba de pie delante de él y no sabía qué hacer. Matthew había conseguido la increíble proeza de hacerle la más hermosa declaración de amor que jamás hubiera oído, al mismo tiempo que le gritaba y le subrayaba todos sus errores. Y le había recordado la sesión del vestidor—. Y, ahora que ya hemos repasado todo, tengo una última cosa que solucionar. —En pocas zancadas se plantó delante de ella y la miró aún con aspecto ofendido. Zoey se dispuso a oír la última salva de reproches, mientras le latía el corazón a mil por hora, de la emoción y de un deseo tan violento que la paralizaba. Él se inclinó hacia ella y la miró fijamente a los ojos—. ¿Tendrías algún inconveniente en que te besara? —preguntó al fin con una voz ronca.

Zoey negó con la cabeza.

Las chicas buenas siguen los consejos de sus mayores

He aceptado la propuesta de tu tío Malcolm —anunció Nana, al tiempo que le tendía los vasos, nada incómoda ante el hecho de que se había ido a preparar un té y había vuelto media hora más tarde con una jarra de su famosa limonada y tres vasos de cristal tallado, y los había encontrado besándose en la boca en el salón.

Matthew había recobrado su aspecto serio y profesional y Zoey, sentada muy formal en un sofá, cerca de él, evitaba la mirada divertida de su abuela. Nana siempre había sido imposible y, por primera vez en su vida, temía un poco el momento en el que se encontrara a solas con ella y tuviera que soportar sus ironías.

—No entiendo qué tienen que ver en esto el tío Malcolm y Tina —dijo Zoey.

—Han comprado la editorial en la que publicó tu abuela —la informó Matthew—. Eso es lo que no podía contarte.

—Una cosa más —insistió ella, con una pizca de crueldad hacia Matthew—. Nana, ¿no entiendo! Vas a depender del tío Malcolm. ¡Eso es horrible!

—No te preocupes —respondió Nana, con aire astuto—. Tengo unos excelentes abogados y un empresario de poca monta, pagado de sí mismo, no conseguirá manejarme. —Zoey tragó saliva. Solo Nana era capaz de calificar al tío Malcolm como un «empresario de poca monta»—. Nunca me han engañado —siguió la anciana—. Tu tío se ha empeñado en implicar a Tina en lo que será vuestra herencia. No tengo nada en contra. Tú tienes que gestionar tu propia carrera y a Dalton le importa un bledo el dinero, diga lo que diga, y se lo gasta todo. Tina es una chica con los pies en la tierra y, aunque no tenga mucha afinidad con ella, admiro esa cualidad. —Zoey refunfuñó su desaprobación—. Zoey, ¿ya no tienes doce años! —la reprendió Nana—. Tu prima no es el

monstruo que tú crees.

—Nunca he dicho que fuera un monstruo. Simplemente le falta brillo..., generosidad...

—También a ti te faltan. Siempre has sido dura cuando se trataba de recuperar el cariño, ¿no es así? Ya hemos dejado claro que ha sido por mi culpa. Tina no es brillante, pero el brillo no es una cualidad necesaria para triunfar. ¿Cómo dice tu hermano? ¡El resplandor! Qué idea más estúpida... Fundamentalmente en cuestión de negocios. Tina gestionará bien todo esto. Se lo debo. Nunca he sido cariñosa con ella. Ahora, tenemos que definir qué nos apetece hacer.

—¿Tenemos? —dijo Zoey, sorprendida.

Nana estalló en carcajadas.

—¿Qué te creías? ¿Que iba a entregarle al tío Malcolm las recetas antiguas? ¡Me apetece que el libro funcione, ya ves! Así que tú y el señor Ziegler estaréis al mando. Y yo haré el prólogo. Ya está todo claro entre vosotros.

—Te agradezco que me hayas consultado antes —replicó Zoey, indignada.

—¿Vas a negarte a la última voluntad de la mujer que te ha criado, Zoey? —gruñó Nana, con su mirada penetrante fija en ella.

Zoey suspiró.

—No merece la pena que me hagas chantaje emocional. Lo pensaré. Pero acabo de lanzarme a una nueva... aventura que me obligará a delegar mi trabajo en Sally.

—¿Una nueva aventura? —preguntó Matthew, saliendo bruscamente de su educada discreción.

—He aceptado la oferta de Sofia —murmuró Zoey.

La boca de Matthew se abrió y luego se crispó.

—¿La de Brasil? ¿Te estás quedando conmigo?

—A medias —admitió Zoey, con una sonrisa encantada—. He aceptado su oferta con la condición de que abra un restaurante en Nueva York, con la financiación y dirección artística de Rafael Branco.

La boca de Matthew se abrió y volvió a cerrarse antes de reprimir una sonrisa de satisfacción.

—Así que por eso Rafael quería cenar conmigo esta noche... ¿Y qué te ha decidido?

—En el fondo, soy una sentimental.

—Fantasiosa como una joven virgen... —susurró Nana, burlona.

—¡Nana!

—Solo imagino la verdad —repuso la anciana sonriendo—. Así que te has

decidido a ser chef. Bien. ¿Y qué pretexto has encontrado para no confesar que, en el fondo, estás forjada de una temible ambición?

—Dalton. Sofia tendrá que quedarse en Nueva York mientras está montando el restaurante. Así que Marianita ya no tendrá escrúpulos para quedarse también.

—Eres una chica buena, Zoey —respondió Nana, con la mirada brillante de alegría.

—¡Y tenemos dos en una! —respondió Zoey—. Esta solución también le permitirá a Sally estar al mando de Zoey's Kitchen y gestionar mi empresa como ella quiera. Siempre se ha sentido maniatada siendo solo ayudante. Estoy segura de que sabrá hacerlo mejor que yo.

Zoey se levantó.

—Tendrás tiempo de sobra para pulir las recetas e incluso podríamos asociarnos con Sofia Alves —sugirió Nana—. O con cualquier persona que le parezca bien implicar, Matthew. Confío en usted. Su franqueza respecto a la participación de mi yerno me ha dado una buena impresión.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Zoey.

—Fue Matthew quien me avisó de que tu tío había comprado la editorial, en nuestra primera entrevista. No quería que firmara el libro sin ser perfectamente consciente de dónde me metía. ¿Quieres ayudarme a llevar todo esto a la cocina?

Zoey asintió.

Mientras las dos trajinaban por la cocina, donde Zoey había pasado su infancia y había aprendido la base de todo lo que sabía, su abuela se inclinó hacia ella.

—Ese chico es temible, ¿lo sabes? —dijo—. Tiene el demonio en el fondo de los ojos.

—Yo también me he fijado —confirmó Zoey, haciendo una mueca.

—Y tú, tú de verdad eres una chica buena. ¿Y qué dice tu hermano de las chicas buenas?

—Que van al cielo. No lo dice él, Nana. Lo ha cogido de internet.

—Da igual. Es completamente cierto: las chicas malas van a donde quieren. —Agarró del brazo a su nieta, la abrazó con ternura y le susurró maliciosamente —: Sé una chica mala, cariño.

Las chicas buenas no hablan con la boca llena

Matthew daba golpecitos nerviosos en el salpicadero cuando Zoey entró en la furgoneta que había cogido para ir a casa de Nana.

—Tu abuela es excepcional —dijo él, mientras Zoey se sentaba detrás del volante.

Zoey dirigió un último gesto de despedida a Nana, que no apartaba de ellos su mirada chispeante, desde detrás de la ventana del salón.

—Intrusiva —señaló, comprendiendo repentinamente de quién había sacado ella ese rasgo de su carácter.

Arrancó y entró en la carretera que llevaba a la afueras de la ciudad. Cuando llegaron a la autopista, seguían sin haber intercambiado ni una palabra.

—Creo que te confundes de salida —murmuró Matthew de pronto.

—Creo que no.

Y vio cómo la mirada de Matthew se fijaba en la señal que indicaba la dirección de un motel, del que acabó por aparecer el cartel de neón.

—¿Estás pensando en llevarme a un motel?

—Exactamente. —La cara con la que la miró era de sorpresa y horror a la vez—. Me pones a mil —añadió.

Zoey disminuyó la velocidad al acercarse al aparcamiento. El edificio gris que tenían delante la hizo dudar un breve instante. Sin embargo, consiguió mantener la sangre fría y exhibir un dominio decidido cuando aparcó lo más lejos posible de la entrada.

—Podrías haber esperado a que llegáramos a tu casa —dijo Matthew.

—No tengo el recuerdo de que, en el pasado, hayas sido muy paciente.

Matthew sonrió.

—Yo cedía a la pulsión del momento; en cambio, esto está perfectamente calculado.

—Lo confieso.

Zoey se quitó el cinturón de seguridad y se inclinó hacia él. Sus labios estaban deliciosamente tibios. Matthew la abrazó suavemente. Zoey lo empujó, salvó el espacio que los separaba, pasó por encima de las piernas de Matthew y se sentó sobre él. Con una sonrisa, Matthew volvió a besarla sin la pasión que había puesto antes en sus besos. No obstante, Zoey reconoció el resplandor salvaje que le atravesaba la mirada.

—Esta vez no perderé el control —dijo él, con tranquilidad.

Al menos con una tranquilidad aparente. Zoey notaba el bulto de su sexo en el muslo.

—¿Estás seguro? —susurró.

—Completamente seguro.

Zoey le sacó la camisa del pantalón vaquero y dejó que los dedos se aventurasen sobre su piel, primero por el cuello, luego por el pecho. Con el gesto firme de una sola mano, desabrochó los botones del pantalón.

—Zoey, es probable que haya cámaras de vigilancia —gimió Matthew.

—Nadie nos reconocerá —murmuró ella.

—La furgoneta lleva escrito el nombre de tu empresa.

Zoey se levantó bruscamente.

Abrochar el pantalón, atravesar el aparcamiento y coger una habitación bajo la mirada aburrida del recepcionista del motel solo les llevó un momento.

Zoey apenas se fijó en la habitación. En cuanto cerró la puerta de un portazo, Matthew se abalanzó sobre ella, sin intentar disimular su impaciencia. Ella lo empujó otra vez para llevarlo a la cama, en la que él se dejó tumbar sin gran resistencia.

—¿Por dónde íbamos? —preguntó Zoey.

Matthew no se molestó en responder y observó cómo le desabrochaba otra vez el pantalón y se lo bajaba por las piernas, quitándole a la vez los zapatos.

Apoyado en un codo, él mismo se quitó la camisa. Zoey se sentía presa de una excitación que a duras penas conseguía contener. Matthew la miraba hacer, con la respiración jadeante, mientras Zoey le trazaba surcos con la lengua en el pecho y luego en el vientre.

Repentinamente, él no pudo más y la atrajo hacia sí, sujetándola con firmeza de las axilas. Su boca se posó en la de Zoey, ya sin ninguna contención. Con una mano, empezó a desnudarla, respirando entrecortadamente.

Luego se inclinó para que Zoey se colocara debajo de él, le arrancó los botones del vaquero y lo bajó hasta los tobillos.

Cuando llegó a los pies, se entretuvo un momento. Parecía estar peleando con

algo.

—¿Por qué llevas estas malditas deportivas? —gruñó Matthew mientras se desesperaba con los cordones.

—No tenía previsto acostarme contigo hoy.

Zoey, conciliadora, lo ayudó, quitándoselas ella misma con la punta del pie; luego el pantalón y las bragas siguieron el mismo camino. Cuando Zoey estuvo desnuda delante de él, tumbada encima de la colcha, Matthew la miró un instante.

—Yo tampoco —respondió, un poco a destiempo—, pero no por eso hice un nudo doble.

Se subió sobre la cama y la abrazó, tiernamente. Zoey permaneció unos segundos en sus brazos y luego, con un atisbo de exasperación, escapó de su presión y se encaramó encima de él. Matthew levantó la mano hacia su rostro y le acarició la mejilla.

—Necesito un poco de tiempo —dijo.

Pero Zoey no estaba dispuesta a esperar. Se inclinó sobre él, dejando que sus labios se deslizaran sobre su piel tibia, y aspiró su olor. El cuello de Matthew se puso tenso cuando lo acarició con la boca.

—¿Ya es suficiente? —preguntó Zoey.

Sin esperar respuesta, bajó un poco más la lengua y empezó a explorar cada parcela de su pecho y luego los pezones, que notó cómo se endurecían, hasta el bajo vientre, que se contrajo bruscamente.

Las manos de Matthew surgieron para acariciarla. Ella le sujetó las muñecas y las mantuvo firmemente sobre la cama. Escuchó un gemido ahogado mientras se deslizaba aún más, hasta que dio con las rodillas en el suelo.

Zoey levantó la cabeza. Él la miraba con la boca entreabierta. Con la punta de los labios, le besó el sexo tenso.

Cuando lo rodeó con los labios, sintió cómo a Matthew le recorría un escalofrío por todo el cuerpo y un rugido sordo le vibraba en el pecho. Entonces se retiró, por el placer de verlo estirarse hacia ella.

—¿Te importaría dejar de jugar? —preguntó Matthew, con una voz ronca.

—No estoy jugando, estoy siendo plenamente consciente de mi poder.

Después cosquilleó la punta del sexo de él con la lengua. En efecto, estaba jugando y ese juego la divertía tanto como la excitaba.

—De verdad, odio que siempre estés por encima —murmuró Matthew.

—Mientes —respondió Zoey, sin dejar de mirarlo.

—Absolutamente.

Mientras ella volvía a acercarse, él dobló los brazos detrás de la cabeza, con ese gesto lleno de elegancia indiferente que le era tan habitual, y sonrió.

Las chicas malas van a donde quieren (excepto a la habitación de su novio)

Fran dio una última pasada de cepillo a su suntuosa cabellera negra para dominar un mechón rebelde que solo existía en su quisquillosa mente.

—¡Veintinueve años de matrimonio! ¿Eso se celebra? —se quejaba delante del espejo de la entrada.

Junto a ella, Zoey miraba su propio reflejo sin grandes esperanzas. Se había esforzado con el maquillaje, pero su pelo era definitivamente desalentador.

A finales de agosto había refrescado el ambiente y Fran aceptó, agradecida, el chal que su marido le colocaba sobre los hombros. Jo evaluó brevemente el nivel de exasperación de su mujer e hizo lo que siempre hacía en ese caso desde treinta años atrás: emprender la huida.

—¡Stella siempre ha tenido un espíritu competitivo descarnado! —siguió Fran—. Y ningún sentido de la conveniencia. ¡Tiene que saber perfectamente que todo el mundo ha hecho el cálculo! ¡Adrian tiene más de treinta años!

—No hay por qué avergonzarse de haber traído al mundo a un hijo del amor —murmuró Zoey.

—¿Y tú qué te crees que eres? —rugió su madre, levantando la cabeza—. No hace falta haber sido concebido en el asiento trasero de un coche para ser hijo del amor.

—¡Mamá!

—No seas tan mojigata. Tu abuela las suelta peores y te da la risa. Soy tu madre, no la superiora de un convento. Y los Peters, pese a esa pinta de conservadores, son unos jipiosos.

Zoey rio, imaginando a Stella y a Darryl Peters vestidos ridículamente con vaqueros de flecos y camisas de flores.

—Mamá, la vida de los demás no es sistemáticamente una afrenta personal a

la tuya —señaló.

Fran la miró solemne y aterradora.

—No tienes ni idea de las guerras que asolan nuestros barrios, pobrecita Zoey —dijo, muy seriamente—. Tengo que utilizar toda mi diplomacia para mantener una cierta armonía dentro de nuestro círculo de amigos. Evidentemente, a ti no te conciernen este tipo de problemas. Tu pandilla y tú os limitáis a tumbaros en lo que vosotros llamáis sofás y compartir paquetes de patatas fritas y cerveza. Estoy segura de que Matthew se sentirá muy incómodo con vosotros.

En el panteón personal masculino de su madre, Matthew estaba sistemáticamente incómodo, igual que Jo siempre irritado o furioso. Cuando lo cierto era que su padre jamás había estado ni lo uno ni lo otro.

Zoey tragó saliva una vez más ante la imagen de Matthew tumbado con un paquete de patatas fritas y una cerveza, más que nada porque la última vez que lo había visto en su sofá estaba completamente desnudo y le suplicaba que acelerara el ritmo. No era realmente la imagen del yerno ideal que Fran se había inventado.

—No entiendo por qué te empeñas en comportarte como una adolescente.

La tregua tras el ictus de su madre había llegado a su fin. Fran se había vuelto más majestuosa y perentoria que nunca. Pero ahora Zoey sabía que su madre la quería y era lo único que importaba. Estaba dispuesta a aceptar de buena gana la bronca, cuando Matthew apareció desde la cocina.

—Seguro que eso lo ha aprendido de usted —dijo en un tono amable.

Fran sonrió y pestañeó.

—Así que estás de acuerdo conmigo.

Zoey levantó los ojos al cielo. Su madre jamás admitía perder una batalla y aún menos una guerra.

Fran giró el collar en el cuello apenas un milímetro y tocó la señal de partida.

—Zoey..., si ese bicho de Suzie Harting intenta minimizar tu nueva campaña, no respondo. Yo me encargo de eso. Estoy realmente harta de oírla hablar de la suntuosa boda de la mema de su hija.

Definitivamente, el ictus la había cambiado. Había ganado labia. En realidad, la de Nana.

Como un general maquillado y perfumado, Fran se dirigió hacia el camino de entrada con su paso elegante.

Matthew abrazó a Zoey con ternura.

—Te agradezco que aguantas a mi madre —le dijo.

—He sobrevivido a toda tu familia —comentó—. ¿Tu tía abuela Vic no se

calla nunca?

—Aún menos que tú.

Como toda respuesta, Matthew hundió la nariz en el pelo de su novia.

—¿No sería posible llegar con un ligero retraso? —preguntó.

Sus manos ya se perdían por las caderas de Zoey. Ella se liberó con un meneo muy poco elegante.

—Mi madre te espera al final del camino de entrada. Si crees que va a privarse de llegar de tu brazo...

Matthew silbó fastidiado, pero, como un buen jugador, recompuso inmediatamente una de sus expresiones más educadas.

Atravesaron juntos el jardín hasta el portón, donde, en efecto, Fran los esperaba, colocándose bien el chal de seda negra.

El césped de los Peters estaba tan invadido como lo había estado el de los Westwood dos meses antes y la reunión la formaban más o menos las mismas personas. Zoey vio el inmenso piano que se había colocado en una tarima, bajo un cenador de algodón de color crudo. Adrian estaba sentado en el mismo taburete en el que se había sentado desde hacía veinte años, mirando al vacío, con un aspecto completamente desesperado. Aparentemente, en esta ocasión no funcionaba su técnica de viaje interior y, cuando volvía a la realidad, se daba cuenta de la horrorosa situación con una dolorosa lucidez. Cerca de él, Marianita hojeaba las partituras, dentro de un vestido muy ceñido, largo, de color blanco con lentejuelas que reflejaban la luz de las velas.

A Fran Westwood iba a horrorizarle ese vestido y Dalton lo pasaría realmente mal durante los próximos días.

Zoey rio tontamente.

Vio cómo su madre se acercaba a Stella, con la expresión más amable dibujada en el rostro, y la escuchó decir maravillas de la decoración. Un poco más lejos, Sally hablaba con Darryl Peters. Verla entre los amigos de sus padres le producía una extraña sensación, pero no desagradable. La manera en la que Adrian y ella vivían lo que se negaban a definir la volvía bondadosa e indulgente.

En definitiva, una nueva Zoey. Y en el fondo no tan diferente, igual que Fran no era tan diferente de la que había sido antes del ictus, aunque, a lo mejor, ahora era menos dura y menos ansiosa.

Zoey consideraba los acontecimientos de ese verano como su ataque cerebral personal. Un ataque existencial y sentimental.

Matthew se acercó a ella cuando se aseguró de que Fran estaba bien inmersa

en la batalla y ya no se preocupaba de él. Matthew tenía una temible capacidad de adaptación.

—Si desaparecemos, nadie se dará cuenta —le susurró al oído—. Lo importante es que todo el mundo nos haya visto llegar a la fiesta.

—No te cansas nunca —respondió Zoey, intentando ignorar el resplandor que tenía en la mirada.

—¿Me habías hablado de una cabaña?

Zoey se volvió para reñirle abiertamente.

—Ya no soy la Zoey que abusa de las margaritas y se encierra en una cabaña para besarse con su novio.

—Qué pena... —murmuró Matthew, atrayéndola hacia él—. Y dicho esto, el pasado lunes, en aquel restaurante, abusaste de las margaritas y me parece que hici...

Zoey le tapó la boca con la mano. Cerca de ellos, una pareja de amigos de sus padres les echaban unas miradas divertidas.

Por el rabillo del ojo, Zoey vio a Laurie y a Spencer abrirse paso entre la multitud cogidos de la mano. Dio un paso atrás y sonrió a Matthew, que, con los ojos sombríos, mantenía las manos en sus caderas, autoritario, y solo separó la derecha para estrechar la de Spencer. Zoey se dio cuenta inmediatamente del nuevo reflejo que tenía en la mirada, mucho menos suave que el que reservaba para ella.

—Zoey, ¿podríamos hablar en privado? —le preguntó Laurie, bastante incómoda.

Cambiaba el peso de un pie al otro como una chiquilla avergonzada.

—No tenemos nada para beber —dijo Matthew—. Spencer, ¿me ayudas a encontrar bebidas?

Y los dos desaparecieron.

—¿Van bien los preparativos de la boda? —preguntó Zoey con tanta educación como pudo.

—Aún tenemos tiempo —respondió Laurie, haciendo un gestito despreocupado con la mano—. Precisamente, quería hablarte de mi boda. Nunca hemos tenido la oportunidad de poner las cartas sobre la mesa.

—No sabía que estuviéramos jugando una partida de póquer —respondió Zoey.

Laurie enrojeció.

—No me lo pones fácil. Sabes que siempre me ha dado un poco de miedo hablar contigo.

—¿Quizá porque sedujiste a mi prometido? Esa es una buena razón para evitar a cualquiera, ¿no?

El gesto de Laurie le inspiró un poco de compasión, pero la borró de un plumazo ante la perspectiva de torturarla como cuando eran niñas.

—Yo no seduje a Spencer —respondió Laurie—. Al menos, no conscientemente. Me enamoré y realmente me sentí culpable por eso. Nunca hemos sido amigas y no podía ser franca contigo. Ahora, estás con Matthew y pareces feliz. Pensaba que podríamos hacer las paces.

—Nunca he estado en guerra contigo, Laurie —subrayó Zoey, malvada—. Hace mucho que no vivo aquí.

—Tampoco has sido especialmente amable.

—¿Tendría que haberlo sido? —gritó Zoey.

En ese momento, Laurie la irritaba. De ningún modo iba a excusarse por que le hubiera sentado mal que Spencer la dejara por su mejor enemiga de la infancia.

—Quizá un poco —respondió Laurie, enderezándose—. Podrías haberte imaginado que no podíamos hacer nada. Spencer no iba a quedarse contigo solo porque te había conocido antes que a mí... Sabes muy bien cómo es... No se expresa con facilidad.

—No me apetece escuchar cómo me explicas quién es Spencer —respondió Zoey—. Hasta ahora he sido más que indulgente.

—¿Indulgente tú? —Su exclamación fue de una espontaneidad humillante—. De verdad que no —continuó—. Me pasé la infancia y la adolescencia sufriendo vuestras burlas, las de Adrian, Dalton y las tuyas. Me hicisteis llorar más de una vez. ¡Fuisteis detestables conmigo y controlabais todo mejor que yo!

—¿Perdón? —Zoey la miró, sinceramente sorprendida—. ¿Nosotros controlábamos todo mejor que tú? —repitió.

—Erais más desenvueltos, más divertidos, teníais más talento. Mi madre se pasaba todo el tiempo comparándome contigo.

A Zoey, esa información le arrancó una oleada de simpatía hacia Laurie, muy a su pesar. También ella había tenido que aguantar la terrible presión de las madres preocupadas por el éxito de sus hijos, sobre todo en comparación con los de las demás, en ese barrio burgués.

—Adrian con el piano, tú con la cocina, Dalton con el título de abogado... Y yo... justo capaz de ser una buena ama de casa. Mis padres acogieron a Spencer como si fuera el mesías, convencidos de que me haría llegar a lo más alto. — Zoey evitó la exquisita salida de tono que le sugería esa frase y lamentó que

Adrian no estuviera allí para compartirla—. ¿Sabes?, me cuesta mucho decirte todo esto —continuó Laurie—. Me gustaría tanto que fueras a nuestra boda, con Matthew. Es importante para mí. Sería como si hiciéramos las paces definitivamente.

—Tu madre estaría encantada pudiendo interpretar hasta la menor de mis expresiones.

Laurie soltó una risita.

—La tuya criticaría mi vestido y la decoración le parecería ostentosa.

—Eso dalo por seguro. Iré a tu boda con o sin Matthew.

—Gracias, Zoey —respondió Laurie, con una sonrisa que iluminó su bonito rostro—. Ya no te molesto más.

Zoey dudó y luego, como había decidido que ya no era la Zoey de antes y se sentía especialmente segura, la detuvo.

—Laurie, ¿Tina me odia por Matthew?

—Por nada del mundo —dijo Laurie, en voz baja—. Le interesaba más por cuestiones laborales que sentimentales. Tina no busca una relación estable.

—¿De verdad? —preguntó atónita Zoey.

—De verdad —contestó Laurie riendo—. Deberías aprender a conocerla. Es una chica extraordinaria y una excelente amiga, mucho menos convencional de lo que puedas creer. Pero en familia, a menudo, todos estamos obligados a disimular. Excepto tú, por supuesto, que siempre has sido libre.

Zoey le sonrió; esa imagen se le adecuaba muy poco.

—No tanto —murmuró, mientras recordaba la manera en la que se había encerrado en su papel de insoportable y rebelde y lo que eso la había hecho sufrir.

Laurie se alejó, fue a buscar a su novio, y Dalton ocupó su lugar de un salto. Llevaba una de las camisas azules que su madre seguía amontonándole en el armario y mostraba una expresión de sufrimiento.

—¿Has visto el vestido de Marianita? —preguntó precipitadamente—. Mamá me matará dos veces si provoca una erección a todos los viejos decrepitos que se supone que son sus amigos.

—Dalton, te lo ruego, ahórrame los detalles.

—Corres el riesgo de que los detalles te salten a las narices, hija mía —respondió secamente.

—Eres repugnante.

Su hermano esbozó una sonrisa burlona.

—Quizá sea repugnante, pero te recuerdo que mi habitación está exactamente

entre la tuya y la de invitados donde duerme Matthew. Si quieres que haga la vista gorda, te interesa estar de mi lado cuando mamá se abata sobre mí para explicarme la diferencia entre un vestido y el atuendo de una estríper.

—No seas exagerado... Marianita está muy elegante... y guapa. Si impides que Matthew pase a mi habitación, no te daré ni una idea.

—Zoey, creo sinceramente que, si me hice abogado, fue solo para tener una posibilidad de ser mejor negociador que tú. Pensándolo bien, debería haberme metido en la mafia.

—Aún te falta un buen trecho, mocoso —respondió Zoey sonriendo.

Y seguía sonriendo cuando Matthew se unió a ella, con una copa de champán en cada mano.

—No hay barra de cócteles —dijo él, al tiempo que le tendía una—. Esta fiesta adolece cruelmente de tu toque.

—Mamá nunca habría permitido que me ocupara del bufé, aunque, por otra parte, Stella tampoco.

—Acabo de pasar los diez minutos más aburridos de mi vida —se quejó Matthew—. Ese Spencer haría dormir a un equipo de velocistas olímpicos.

La cogió por la cintura. Otra vez, Matthew tenía esa mirada maliciosa, un poco sombría, que le había dirigido a Spencer antes.

—Creía que no eras celoso —dijo Zoey.

—Nunca he afirmado nada al respecto. Te dije que no me gustaban las mujeres celosas. No que yo no lo fuera.

—Muy original. Pero de Spencer...

—Ese tipo no tiene ninguna prestancia.

—Eso es casi insultante para mí.

—Lo sería si hubieras seguido con él.

Y la besó bruscamente, delante de todo el mundo. Zoey había creído entender que no le gustaban las demostraciones públicas. Junto a ellos, Dalton hizo un gesto de asco junto a un falso sonido de tripas y se alejó.

—¿Tendrías algún inconveniente en que te secuestrara? —murmuró Matthew.

—Ninguno —respondió Zoey, con la respiración entrecortada.

No obstante, se quedaron en la fiesta. Adrian tocó las piezas que su madre le había impuesto y Marianita cantó, lo que permitió a Dalton reunir algunos argumentos contra el futuro ataque de su madre. A Fran le gustaba la música, igual que a Jo, y había que admitir que Marianita tenía un talento excepcional.

A la mañana siguiente, Zoey entró en la cocina con una bata de su adolescencia, más o menos peinada y desmaquillada. Allí se encontró a Fran, preparando el desayuno familiar.

Zoey estaba ligeramente preocupada por lo que su madre iba a decirle. Matthew había pasado a su habitación con las primeras luces del alba y la había despertado con unos besos demasiado apasionados para su estado somnoliento de esas horas de la mañana. No obstante, no le había costado mucho convencerla para que no siguiera durmiendo.

Fran la miró un instante como si estuviera preparando el rapapolvo, con una ceja levantada.

Zoey enrojeció. Estaba segura de que no había hecho ruido, ni siquiera cuando Matthew la había empujado contra la pared de la habitación de su dormitorio. Ella no había emitido ni un sonido, porque él le había tapado la boca con la mano, delicadamente, lo que había tenido el efecto contrario del esperado y la había excitado aún más.

—Si pudieras ocuparte de las tostadas, cariño, me ayudarías mucho —dijo su madre, con un tono amable—. Tú las haces exactamente como le gustan a tu padre y yo nunca he llegado a entender cómo funciona esta tostadora. ¡Se te da mucho mejor que a mí! —Zoey se abstuvo de señalar a su madre que no hacía falta ningún talento para usar la tostadora, que bastaba con regular la temperatura adecuada con el botón destinado a ello—. ¿Viste el vestido de la novia de tu hermano? —atacó Fran, al tiempo que exprimía unas naranjas.

—Fundamentalmente oí su voz —regateó Zoey, como una buena jugadora.

—Es verdad. Canta muy bien. Espero que se gane correctamente la vida. Dalton nunca aguantaría a una mujer dependiente.

—Está muy enamorado de ella, mamá —la defendió Zoey.

—Lo he educado yo. Tu hermano necesita una mujer independiente y de su mismo círculo.

Zoey quiso aclararle a su madre que probablemente Marianita heredaría un imperio y que el patrimonio de los Westwood, en comparación, parecía una choza de paja. Pero se abstuvo. Su madre se habría sentido amenazada inmediatamente y Zoey prefería que el propio Dalton se encargara de defender a su novia.

Fran le sirvió un café. Durante unos minutos, Zoey disfrutó de la tranquilidad de la cocina y de la imagen reconfortante de su madre, que se afanaba preparando el desayuno correcto, algo que odiaba de siempre, y que hacía, muy probablemente, para impresionar a Matthew. En varias ocasiones su madre había

subrayado que el chico era huérfano y que debía de echar de menos el calor del hogar. En eso no se equivocaba lo más mínimo, aunque Zoey hubiera podido expresar ciertas dudas sobre el hecho de que, para Matthew, el calor del hogar se resumiera en unas tostadas servidas en vajilla de porcelana decorada con pensamientos de color malva.

—¿Sabes, Zoey? —dijo repentinamente Fran—. Espero que a Matthew no le haya molestado dormir en la habitación de invitados. Pero tú entiendes que las reglas no se cambian, ¿verdad? No me apetece nada que traigas a tus novios cada vez que te encapriches con alguno, si cometes la estupidez de romper con ese chico.

Zoey abrió la boca para responder, pero se mantuvo callada otra vez. No servía de nada explicar a Fran Westwood que ya no tenía veinte años y que planeaba evitar una ruptura con Matthew. Ya se había acostumbrado hasta a su detestable manera de estallar en carcajadas después de haber hecho el amor.

—Por supuesto, eso no es muy justo para tu hermano —insistió Fran, pensativa—. Porque yo no podría recibir a Marianita en esas condiciones. Teniendo en cuenta su vida disoluta, prefiero tomar más precauciones con él.

Fran nunca dejaba un cabo suelto.

Colocó las tazas de café en una bandeja, junto a la jarra de zumo de naranja.

—Además, esa chica parece especialmente sentimental. ¡Se las va a hacer pasar canutas! Estoy segura de que tiene un carácter iracundo. Lo peor del mundo. Vivir con alguien colérico resulta infernal. Créeme, ¡llevo treinta años casada con tu padre!

—Papá no tiene un carácter iracundo.

Fran chasqueó los labios.

—Tú no conoces nuestras intimidades, Zoey. El otro día, imagínate, ¡me llevó la contraria sobre el jardín! ¡Con un tono...! —Aún le temblaban las aletas de la nariz de rabia. Luego recuperó la careta sonriente mientras colocaba bien las tazas junto a las servilletas de lino—. Tú no tendrás ese problema con Matthew. Parece que te quiere tal y como eres y que respeta bastante a toda la familia, aunque sé que ha pasado a tu habitación esta mañana. —Zoey abrió unos ojos como platos, incómoda hasta límites insospechados. Fran esbozó una sonrisita—. Pero podría haber sido más discreto. Nos ha despertado a tu padre y a mí. —A Zoey le hubiera gustado que se la tragara la tierra. Se tapó la cara con las manos y se escondió con el pelo para ocultar la vergüenza—. No dramatices tanto. No tengo nada en contra de que vaya a darte los buenos días. No soy tan vieja como te crees y también he tenido vuestra edad. Solo que la próxima vez...

—Zoey levantó la cabeza. Desde el otro lado de la mesa, su madre la miraba sin ningún apuro y añadió—: Dile que se ría más discretamente.

Tarta de limón de Nana *de Zoey Westwood*

- Un paquete de masa quebrada
- 8 cl de margarita (5 cl de tequila, 3 cl de cointreau y el zumo de 2 limones verdes)
- 40 g de maicena
- 150 g de azúcar en polvo
- La cáscara de 2 limones verdes
- 3 yemas de huevo
- 50 g de mantequilla

Saca los ingredientes del frigorífico una hora antes de empezar.

En el momento de cocinar, pon en marcha la lista de reproducción de Dalton (con la garantía de que falta Sinatra).

Con el horno a 210 grados, cuece la masa quebrada sin el relleno durante 20 minutos.

Mezcla el zumo de los limones verdes con el tequila y el cointreau para hacer la margarita. Pruébala (siempre está demasiado fuerte). Haz una para ti. Ya que estamos, dos. Apártalas.

En una cazuela, lleva a ebullición una dosis de margarita.

Bate las yemas de huevo con el azúcar hasta que la mezcla engorde. Añade la cáscara de limón y poco a poco la maicena.

Diluye la mezcla con un poco de margarita caliente.

Vierte la preparación en una cazuela hasta que espese sin dejar de remover, a fuego medio.

Con la mano libre, coge tu vaso y da un trago a la margarita que has apartado.

Fuera del fuego, incorpora despacio la mantequilla.

Cuando se enfríe la mezcla, extiéndela en la base de pasta quebrada que has sacado del horno y vuelve a meter todo al horno durante 20 minutos.

Cuando la tarta esté fría, métela en el frigorífico durante al menos 3 horas.

Sírvela a los invitados.
Evita los vestidores.

Las vidas de cuatro amigos se entrelazan en esta comedia romántica sexy, fresca y llena de humor que demuestra que las chicas buenas van al cielo... pero las malas van a todas partes.



Zoey es hermana de Dalton y la mejor amiga de Adrian, con quien su familia querría verla casada. Con apenas 30 años ya ha montado su propia empresa de catering con su compañera Sally, que quisiera tener algo más con Dalton. Cuatro amigos persiguiendo el amor. ¿O no?

Zoey lleva una vida sin sobresaltos y en realidad lo que más le gusta es el momento de llegar a casa y compartir momentos con Sushi, su gato. Pero todo va a complicarse cuando conoce a Matthew Ziegler, el crítico culinario más influyente de Nueva York, un tipo insoportable que parece decidido a poner prueba sus habilidades de cocinera hasta en los más mínimos detalles...

Los blogueros han dicho...

«Una comedia 100% neoyorquina que nos hará sonreír e incluso reír con su increíble heroína, Zoey... Es una historia de familia y de amistad, pero también una historia de amor que ofrece muchos momentos románticos y sexys.»

Blog *La Dory qui lit*

«¿Buscas una lectura ligera y burbujeante? Este libro es perfecto para ti.»

Blog *La chronicroqueuse de livres*

«Esta novela reúne los mejores ingredientes del género y uno se zambulle en su lectura con placer... Un libro perfecto para hacer una pausa y pasar un buen momento.»

Blog *Au Chapitre*

Sobre la autora

Elie Grimes tiene la receta para una vida perfecta: una gran cocina, amigos un poco locos, unos cuantos cócteles, buena música y muchos libros. Y un día decidió convertir todos estos ingredientes en historias maravillosas. Cuando no está escribiendo, reparte su tiempo entre el supermercado chino y la lavandería, y solo deja su ordenador para ponerse al día con las aventuras de sus dos hijas y su hombre favorito.

Título original: *Les gentilles filles vont au paradis, les autres là où elles veulent*

© La Librairie Générale Française 2017

Publicado por acuerdo con la Librairie Générale Française junto con su agencia debidamente designada 2 Seas Literary Agency y su coagencia SalmaiaLit.

© 2018, Sofía Tros de Ilarduya, por la traducción

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-9129-228-9

Diseño de cubierta: Coverkitchen

Ilustración de portada: © Coverkitchen

Conversión ebook: Javier Barbado

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Las chicas malas besan mejor

Capítulo 1. Las chicas buenas se calzan para salir

Capítulo 2. Las chicas buenas nunca beben demasiado

Capítulo 3. Las chicas buenas no echan a perder los alimentos

Capítulo 4. Las chicas buenas no se acuestan con cualquiera

Capítulo 5. Las chicas buenas asumen sus errores

Capítulo 6. Las chicas buenas escuchan los consejos de sus amigas

Capítulo 7. Las chicas buenas no contestan

Capítulo 8. Las chicas buenas no provocan trifulcas

Capítulo 9. Las chicas buenas no cogen taxis con desconocidos

Capítulo 10. Las chicas buenas siempre mantienen la calma

Capítulo 11. Las chicas buenas comunican con claridad y tranquilamente sus pensamientos

Capítulo 12. Las chicas buenas dan las gracias

Capítulo 13. Las chicas buenas hacen honor a sus familias

Capítulo 14. Las chicas buenas escuchan educadamente a sus interlocutores

Capítulo 15. Las chicas buenas beben un litro y medio de agua al día

Capítulo 16. Las chicas buenas no mienten

Capítulo 17. Las chicas buenas se ocupan de los asuntos de los demás

Capítulo 18. Las chicas buenas no salen de noche

Capítulo 19. Las chicas buenas se comportan públicamente en cualquier circunstancia

Capítulo 20. Las chicas buenas lloran cuando sienten pena

Capítulo 21. Las chicas buenas no buscan confianzas

Capítulo 22. Las chicas buenas son respetuosas con sus madres

Capítulo 23. Las chicas buenas no trepan a los árboles

Capítulo 24. Las chicas buenas nunca escuchan conversaciones inapropiadas

Capítulo 25. Las chicas buenas no hablan con los hombres desde el balcón

Capítulo 26. Las chicas buenas no mendigan

Capítulo 27. Las chicas buenas no se tiran a la cabeza de los hombres

[Capítulo 28. Las chicas buenas siguen los consejos de sus mayores](#)

[Capítulo 29. Las chicas buenas no hablan con la boca llena](#)

[Capítulo 30. Las chicas malas van a donde quieren \(excepto a la habitación de su novio\)](#)

[Tarta de limón de Nana](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre la autora](#)

[Créditos](#)